

BEATRIZ ESTEBAN

LAS VOCES DEL LAGO



Lectulandia

«A veces odiaba ver fantasmas».

Irlanda, 1997. Bree regresa con su madre al pueblo de su infancia para huir del dolor de la muerte de su padre. No obstante, la casa no resulta ser el refugio que esperaba: en medio de la oscuridad, las bombillas se rompen solas, en los espejos aparecen palabras y en las habitaciones se cuela un frío sobrenatural.

Es posible que, como su amigo Adam le asegura, tenga el don de percibir presencias extrañas. Pero a ella le recuerda más a una maldición. A fin de cuentas, a todo el mundo lo persiguen sus propios espíritus... Y los de Bree han dejado de ser invisibles.

«Ya no sabía qué fantasma me asustaba más: el que habitaba la casa o el que habitaba nuestra piel. No sabía cuál nos mataría primero».

Beatriz Esteban

Las voces del lago

ePub r1.0

Titivillus 05.05.2022

Título original: *Las voces del lago*
Beatriz Esteban, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*Para mi madre, la mujer que me enseñó a alzar la voz sin
miedo.
Esta es la historia de cómo sobrevivimos.*

0

1988

Solo la recuerdo a ella.

Me miraba a solo unos pasos, abrazándose los codos como si así pudiera protegerse del frío. Jugaba a acercar la punta de sus zapatos al hielo del lago.

—Eres una miedica. —Le saqué la lengua, pero ella negó con la cabeza.

No iba a moverse.

Por eso lo hice yo.

Me quedé de pie en medio del lago, de cara al bosque que se erguía al otro lado. Solo que entonces ni siquiera sabía lo que significaba «erguirse»; ella tampoco. Teníamos once años. Sabíamos que se acercaba la hora de despedirse, que los valientes se quitaban los guantes, que el agua del lago llevaba siendo hielo desde diciembre.

Pero no recuerdo cómo crucé el lago. No sé cuánto me alejé de ella, ni si las piernas me temblaban de frío, ni si las suyas intentaron seguirme. Uno no se suele acordar de estas cosas, ¿verdad? Nadie recuerda los detalles. Nadie recuerda lo que no importa; lo crea después. No recuerdo si aquel día el cielo estaba gris, si nevaba o llovía. Ya no oigo el crujido del hielo ni el susurro de las zarzas. No siento el frío helándome las manos desnudas ni las mejillas entumecidas. No consigo revivir esa sensación de ser invencible, de ser valiente, de ser por una vez el que diera el primer paso.

Ni siquiera recuerdo apartar los ojos del hielo y girarme para mirarla. Pero sé que lo hice.

Porque a ella sí la recuerdo.

Aquel día la bufanda le llegaba hasta la nariz, el gorro le tapaba el flequillo y solo quedaba a la vista el rubor de sus mejillas y las pecas que adornaban su nariz. Una brisa hizo que se estremeciera y se abrazara con todavía más fuerza.

—Adam, vuelve —murmuró. Echó un vistazo atrás, como si temiera que un lobo apareciera de entre los árboles. O quizás temía a sus padres.

Quizás no quería decir adiós.

Quizás no me pidió que volviera. Quizás no dijera nada. Ella era la más habladora de los dos, la que llevaba la voz cantante, pero el frío siempre la callaba. No recuerdo si me llamó, pero quiero pensar que lo hizo. Igual que tampoco recuerdo en qué momento empezó a llorar o si ya estaba llorando cuando llegamos al lago.

Cuando tienes once años, no es fácil consolar a una niña. Menos aún si estás acostumbrado a que ella sea la fuerte de los dos, la primera en llenarse las manos de barro y hacerse moretones en las rodillas. Lo intenté como pude. Pensé en pasarle el brazo por encima de los hombros o en acercarme y coger su carita entre mis manos, frías, como siempre hacía ella. Pero estaba demasiado lejos.

—Estoy bien, Bree. No va a pasar nada, tonta. ¿Ves? —Di un golpe suave al hielo, fingiendo más valor del que sentía. Sé que el hielo crujió un poco más. Pero crujía siempre, ¿no? Eran los murmullos del agua, que pedía huir. Era normal. Estaba a salvo.

Solo me faltaba ella.

Los dos escuchamos cómo la llamaban. Giró la cabeza y se abrazó todavía más fuerte.

—Tengo que irme ya. —Fue solo un susurro. A las palabras les costaba abrirse camino entre las lágrimas, pero yo seguía viéndolo como un juego. Yo estaba sobre el hielo. Había ganado.

—¿No quieres acercarte un poco? Está helado, Bree, no va a pasarte nada. No a ti.

La niña arrugó la nariz. Dejó de jugar con la linde del lago y se acercó de puntillas, a zancadas, hasta mí. Fue solo un segundo. Y si fueron más, no lo recuerdo. Bree sonrió antes de despedirse.

A veces, cuando me acuerdo de esos dos besos, casi me parece que llego a sentirlos otra vez. Como si ella estuviera aquí, conmigo, como si los dos jugáramos a ser valientes sobre un lago helado.

Uno en la frente.

Otro en la mejilla.

Un apretón de manos y una sonrisa traviesa antes de volver a la orilla.

—¿Volverás en verano?

Bree dejó de darme la espalda y me miró, asomando los labios por encima de la bufanda de lana. Tenía los labios cortados, las mejillas rosas, el pelo

acartonado llegándole a la altura de la barbilla. Pasarían los años y Bree seguiría siendo la niña que escondía constelaciones bajo la piel.

Pero yo no estaría para verla.

—Claro que sí.

Sonreí. Fue ella la que se alejó del lago.

—Te esperaré, ¿vale?

Ninguno supo que los dos mentíamos. Ninguno supo que aquella sería nuestra última despedida. Quizás, si lo hubiéramos sabido, habríamos congelado mejor el recuerdo de aquellos últimos dos besos.

Uno en la frente, otro en la mejilla.

El hielo crujió un poco más cuando Bree se marchó.

1

1997

—Deja que entre yo primero, mamá.

Ella no respondió. Seguía en el asiento del copiloto, con la mirada perdida en la arboleda que se alzaba tras la casa. Nueve años después, parecía que solo hubiéramos cambiado nosotras.

El aire olía a hierba mojada y lo único que daba luz era un tímido rayo de sol entre las nubes. Por el color del cielo se podía anticipar viento, lluvia, niebla; todo a la vez. Así era Irlanda.

Tal vez, de ver un poco más el sol, mi madre hubiera aprendido a ver la vieja casa de Degriffin con otros ojos. Sus recuerdos dejarían de ser grises. A menos que apareciera él.

Escondí las manos en las mangas del jersey y cerré la puerta del coche a mis espaldas. Nuestra antigua casa estaba separada del lago por una parcela con forma de media luna, de una hectárea de hierba salvaje y caótica. Después de nueve años deshabitada, a excepción de un par de turistas que la habían alquilado, la enorme vivienda de paredes de piedra parecía abandonada. Los matojos que crecían alrededor de la entrada no ayudaban a espantar los fantasmas. Habría sido difícil abrirme camino atravesando la hierba de no ser porque los clientes habituales del lago —perros, ciervos, demás animales y turistas perdidos— mantenían un estrecho sendero pisoteado.

Giré la cabeza hacia mi madre antes de meter las llaves en el cerrojo. La puerta crujió al abrirse y estornudé cuando todo aquel polvo me dio la bienvenida. Se suponía que mi padre se había encargado de mantenerla presentable para posibles inquilinos, aunque algo me decía que en los últimos años le había dado un uso distinto.

El amplio vestíbulo daba paso al salón, donde cada mueble seguía oculto bajo una sábana sucia. Las persianas dejaban entrar líneas de luz a la

habitación. El reloj de la pared llevaba meses parado a las 3:43, como si en aquella casa también se hubiera detenido el tiempo.

Sentí un nudo en el estómago nada más entrar. Quería proteger a mi madre de esa extraña sensación de que ya no pertenecíamos aquí, de que era nuestra casa, sí, con el mismo papel de pared y las mismas cortinas, pero algo en el aire parecía gritarnos que nos fuéramos de allí.

Aparté de un tirón la sábana que cubría la cómoda, haciendo tintinear el viejo cenicero y las fotos que se habían pasado los últimos años cogiendo polvo, desde que se marchó el último inquilino y mi padre volvió para pasar una temporada en el pueblo.

Ahora ya nadie fumaba en esta casa. Ahora el rostro que sonreía en las fotografías estaba prohibido.

Por eso me deshice de todo aquello que pudiera recordarnos a él. Subí las persianas y dejé entrar la poca luz que se colaba entre las nubes. Escondí los ceniceros, los recuerdos de aquel viaje a la India, las fotografías en las que fuéramos tres y no dos. Todo. Todo, todo.

—¿Bree? ¿Qué estás...?

A los diez minutos, mi madre apareció en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. A la sombra su rostro se veía todavía más demacrado. Sus brazos más finos, su suéter demasiado ancho, ella demasiado pequeña.

—Mamá, vuelve al coche, yo...

Pero no me escuchaba. Me había llamado, pero ya no me miraba. Sus ojos se habían nublado al ver la única foto que quedaba por esconder. Para cuando llegué hasta ella, las piernas ya habían empezado a temblarle. Tuve que sujetarla de los codos para sostenerla.

—Mamá...

—Son solo recuerdos, Bree. Son solo... —Pero no pudo acabar la frase. Porque hacía meses que los recuerdos rompían, que cualquier calle por la que hubiera pasado mi padre era un camino lleno de fantasmas.

Mi madre fue la primera en convertirse en una casa encantada. Dentro de ella había amores muertos que aún la habitaban, y ya no sabía cómo dejarlos marchar. A veces ni siquiera quería que se fueran. No era un amor real, pero era bonito. Era cálido. Era lo único que le quedaba. Pero seguían siendo fantasmas, y su cuerpo seguía siendo una casa derruida.

—Mamá, vuelve —le pedí, cuando vi que sus ojos se llenaban de lágrimas. Cuando el presente desaparecía para volverse solo recuerdos—. Mamá, olvídate de él, por favor. Olvídalo. Vamos a estar bien, ¿me oyes?

Estaremos mejor. Esto pasará y lo superaremos, juntas, como hemos hecho siempre. —Seguía con la mirada perdida y los brazos débiles. La acompañé con cuidado hacia el sillón. No dejaba de llorar. No me escuchaba—. Solo aguanta un día más, mamá. Solo un día más. Por favor.

Ella asintió, y su llanto se volvió más silencioso. Pero el dolor permanecía, igual que lo había hecho en el último año.

Y todo era por su culpa.

Degriffin tenía que alejarnos de él, no ayudarnos a recordarle. Mi madre veía fantasmas que ya no existían. Recuerdos que ella misma creaba.

Y no se me ocurrían más formas de deshacerme de ellos.

Me dio la sensación de que yo no era la única que había crecido desde que nos marchamos de Degriffin. De pronto, las habitaciones de aquella casa —de *nuestra* casa— me parecían más grandes, las estanterías parecían estar torcidas y de repente la cubertería se guardaba en el segundo cajón de la cocina. Era como si en lugar de volver a casa estuviéramos invadiendo un espacio extraño, que a veces nos daba la bienvenida y otras veces nos daba la espalda.

Porque el horno seguía tardando en calentarse y la televisión no cogía bien la señal. Los primeros escalones todavía crujían como si se quejaban de nuestro peso. Y acosté a mi madre en el mismo lado de la cama de siempre, dejando la persiana lo suficientemente subida para que no se quedara sin luz. Le di dos besos; uno en la mejilla, otro en la frente.

Una vez que cerré su puerta, le bastaron dos segundos para romper a llorar.

Fingí no escucharla, porque sabía que nada de lo que dijera serviría para calmarla. Volví a mi antigua habitación, al lado de la suya, para acabar de vaciar las cajas de la mudanza. Con suerte, aquella habitación en la que había pasado siete años de mi vida y cuatro veranos más dejaría de recordarme todo lo que faltaba.

—Bienvenidos a casa, pequeños.

Los cactus fueron los primeros en abandonar las cajas, dejando detrás un rastro de tierra. Desempaqué un par de libros que había traído desde Dublín, la tira de fotografías que antes encabezaba mi cama y el osito de peluche que todavía llevaba la bufanda de lana que mi madre tejió años atrás. Cuando

tenía tiempo para ella. Cuando su vida era más que el duelo, más que mi padre.

Sacudí la cabeza. Al pensar en él no hacía más que revivirlo, y se suponía que habíamos vuelto a Degriffin para olvidarle. Para empezar de nuevo. Tendría que sentirme aliviada, no..., no así. No como si todavía estuviéramos en peligro, como si el dolor aún nos persiguiera.

El cielo se había despejado al anochecer y la luna iluminaba la explanada que quedaba frente a la casa. La ventana de mi cuarto daba directa a la vieja casa del árbol, que se mantenía firme sobre las ramas y oculta entre las hojas como si para ella el tiempo no hubiera pasado. Me dejé caer sobre la cama con un suspiro.

Las manos todavía me temblaban. Mi madre todavía gimoteaba al otro lado de la pared, como cada maldita noche.

«Nada de esto tendría que ser así», pensé. «No tendría que ser la madre de mi propia madre. No tendría que estar velando todos los días para que hiciera algo más que llorar en su cama, sin fuerzas ni ánimo para levantarse. No tendría que darle a mi madre razones para vivir. Nada de esto... Nada de esto habría pasado si no fuera por ti, papá».

En la vieja casa de Degriffin, las paredes parecían hechas de papel. Por eso no supe si los llantos que interrumpieron mi duermevela fueron los de mi madre. Quizás eran los míos.

Quería acostumbrar a mi madre a la vida en Degriffin: a la televisión que cogía polvo más rápido de lo que podíamos limpiarla, a los desayunos de huevos y pan (pedirle más era mucho pedir), y a los paseos cerca del lago con la única compañía de las gaviotas que se perdían en su camino de vuelta a los acantilados. Pero ella seguía sin ver nada, sin sentir nada, sin querer nada. Tan gris como Irlanda.

—Podríamos visitar la ciudad, mamá.

—¿Dublín?

—Degriffin. El centro, ya sabes. Te vendría bien que te diera un poco el aire, ¿no?

Ella suspiró y giró la cabeza hacia la ventana. Apenas se había movido del sillón desde que llegamos, dos días atrás.

—Podríamos volver a Dublín, Bree. No sé... No sé si esto ha sido buena idea.

Suspiré, conteniéndome para no ponerle los ojos en blanco otra vez.

—¿Tengo que recordarte lo que nos dijo Christine? En Dublín no quedan más que recuerdos de una vida que ya no tenemos, mamá. Aquí... Aquí estaremos tranquilas por fin. Solo necesitas un poco de tiempo. Esto nos ayudará a las dos.

Pero había bastado con recordarle el apartamento para sacarle las lágrimas.

—Esto no hará que vuelva.

Apreté los puños. Siempre decía lo mismo, *siempre*.

—Otra vez no, mamá. Para.

—Bree, es tu padre...

—¡He dicho que pares!

Me levanté de su lado de un salto. Otra vez el pulso acelerado y la mirada de miedo de mi madre, que había perdido hasta las fuerzas para llorar. Y todo por su culpa. Todavía era su culpa. ¿Es que no se daba cuenta?

—Bree...

No la miré. Habíamos repetido esta conversación demasiadas veces.

—Voy a salir a comprar.

No dejé que replicara y recogí el abrigo del perchero. Las llaves tintinearón en mi bolsillo. Necesitaba coger aire, reponer fuerzas. Cuando me volví de nuevo a mi madre, ella se mantenía en el sillón, hundida entre los cojines. Cada día la sentía más lejos.

—Y te recuerdo que el lunes vuelvo a la universidad, mamá. —Abrí la puerta, sin mirarla—. Quizás sería bueno que para entonces salieras de casa.

Quería sonar autoritaria, como a veces sonaba Christine. Pero seguía siendo mi madre. Seguíamos compartiendo el mismo dolor, aunque cada una lo hiciera de forma distinta. Quizás por eso mi voz sonó más a una súplica que a una orden.

Me bastó dar un paso adelante para que una ráfaga helada congelara mis mejillas, como si el invierno hubiera decidido entrar en Degriffin por la puerta grande cuando el otoño todavía se estaba desperezando.

Solo que ya no parecía otoño.

La hierba estaba cubierta de nieve, el lago se había vuelto hielo. El cielo se había oscurecido como si estuviera teniendo lugar un eclipse. Todo era blanco, incluido el color de mi piel y la nieve que se colaba entre mis dedos. El único negro venía de una sombra en medio del lago.

—¿Qué...? —empecé, pero el frío me congeló la garganta. Los copos de nieve se instalaron en mis párpados, nublándome la vista.

Cuando miré a mis pies, oí el crujido del hielo.

Volví al interior de la casa con el corazón amenazando con salirse del pecho.

No tenía sentido.

—Bree, ¿eres tú?

Mi madre se dio la vuelta en el sillón para mirarme, sin molestarse en apartar la manta de sus rodillas. Volví la vista a mis manos, ahora libres de nieve.

No le contesté y abrí la puerta con cuidado, asomando la nariz al exterior. El paisaje volvió a ser el mismo que nos había dado la bienvenida dos días atrás: apagado, otoñal, típico de octubre. La brisa agitaba la arboleda que rodeaba el lago y creaba ondas en el agua. Pero no había nieve ni frío ni hielo.

Sacudí la cabeza. Llevaba demasiadas noches sin dormir bien; tenía que ser eso. Mamá decía que tenía mucha imaginación. La suficiente para ver fotografías a través de la lente segundos antes de tomarlas o hablar de tú a tú a mis cactus. Cambiar paisajes en mi cabeza era solo subir de nivel.

Aunque, bueno, también había otra opción. Me volví a mi madre con una sonrisa, dejando tiempo para que mis latidos volvieran a su ritmo normal.

Quizás sí que estábamos en una casa encantada, después de todo.

2

Necesitaba salir de casa. Pero no como lo había hecho hasta entonces, con viajes rápidos siguiendo el mismo camino de siempre, cogiendo la bicicleta para llegar al mercado del pueblo, no. Me colgué la cámara del cuello y salí a la calle con uno de los viejos jerséis de mi madre. A ella la dejé con la manta sobre los hombros y la televisión sintonizada en el que antes era su canal favorito.

Mis padres compraron la casa de Degriffin meses antes de que naciera, veinte años atrás. Quedábamos a las afueras de un pueblo que ya estaba a las afueras de Dublín; por lo que caminar hacia el centro suponía pasar al lado de viejas cabañas de piedra sin techo ni inquilinos, de campos de color gris verdoso escondidos bajo la niebla. Entre nuestra casa y las primeras viviendas habitadas se erguía una iglesia, protegida del viento por solo dos árboles retorcidos y desnudos en su entrada.

A cualquiera le hubiera parecido una imagen triste, pero no a mí. Saqué la cámara y aproveché esas horas en calma para congelar momentos y buscar paralelismos con los recuerdos deformados de mi infancia. Luego sería tan sencillo como buscar antiguas fotografías y compararlas con lo que recordaba. Con lo que creía que estaba ahí, pero en realidad nunca estuvo.

Como mi padre.

Las fotografías no mentían.

La siguiente parada camino al pueblo fue un poco más dolorosa. Quizás porque allí los recuerdos eran todavía más vividos y no necesitaba ninguna vieja fotografía para compararlos.

La casa de Adam Finn seguía con su camino de piedra, con sus hiedras escalando las paredes y el columpio que colgaba en el patio de atrás todavía balanceándose con el viento, como si aún vivieran niños que pudieran balancearse sin tocar el suelo. Guardaba más recuerdos de mi infancia en

aquella casa que en la mía. Pero nunca tantos como los de la vieja casa del árbol. Nuestro refugio.

Guardé la cámara en su funda y me acerqué a la casa. La hierba había empezado a crecer descontrolada, como en el prado junto al lago, y me hacía cosquillas en los tobillos al andar. Los Finn tenían las cortinas corridas y las persianas bajadas. Había tanto silencio y tanto gris que tampoco se distinguía mucho de las fotografías que guardaba.

Me detuve a un paso de la puerta, con la mano sobre el timbre.

—No hay nadie en casa. ¿Querías algo?

Me giré con un sobresalto hacia la voz a mi espalda. En la entrada del jardín, un joven se bajaba de la bici y la apoyaba sobre el muro. Llevaba una sudadera arremangada; unas gafas redondas le caían sobre la nariz y el pelo sobre la frente, tan castaño y otoñal como el paisaje de atrás. Tuve que contenerme para no fotografiarle y convertirlo en parte de la colección.

—Perdón, yo... —murmuré, deshaciendo mis pasos. Frené en seco en cuanto él alzó la mirada. Eran los mismos ojos pardos, el mismo gesto de sorpresa, el mismo rubor en las mejillas. De pronto, el niño de los recuerdos había llegado al metro ochenta, pero seguía siendo él—. ¿Adam...?

Levantó una ceja al escuchar su nombre y entrecerró los ojos, como si tratara de ubicarme en su memoria. Vi cómo la sorpresa se abría camino hasta que sus labios dejaron de formar una «o» para convertirse en una sonrisa.

—¿Bree?

Se me escapó algo parecido a la risa.

—Ha pasado un tiempo, ¿no?

Antes de que pudiera verlo venir, Adam se acercó a mí de una zancada y me envolvió en un abrazo, estrellando mi mejilla contra su pecho. Me tensé un poco, como si me hubiera vuelto de piedra, hasta que el aroma de Adam me envolvió y mi cerebro recibió la señal de que estaba a salvo. Como en casa, como si no hubieran pasado los años. Adam Finn seguía oliendo a bosque, a la hierba después de la lluvia, a hogueras a medianoche. Sentí que con un abrazo suyo todo mi cuerpo entraba en calor.

Al menos hasta que se separó, dejando que la brisa volviera a correr entre los dos. No había perdido la sonrisa.

—Jobar, ¿de verdad eres tú?

Con esa frase ya me confirmó que él sí era él.

—¿Todavía sigues diciendo «jobar»? Te esperaba más maduro, Adam.

—Y yo te esperaba más alta, pero veo que algunas cosas no cambian.

—Idiota. —Le di un golpe suave en el pecho; su hombro me quedaba muy alto—. El problema eres tú por seguir creciendo. Además, ¿desde cuándo llevas gafas?

—Bueno, llegas unos cuantos años tarde. —Se colocó las gafas sobre el puente de la nariz, con una montura tan fina que parecía que los cristales flotaran. Veía mi sonrisa reflejada en ellos.

—Nueve, de hecho.

—Nueve. —Suspiró. Sus mejillas se ruborizaron en medio segundo—. Quizás era demasiado tiempo como para atacarte con un abrazo así. Lo siento. Ha sido...

—La emoción, lo sé. No pasa nada. No has cambiado nada. —Sentía que me dolían las comisuras de tensarlas, pero reencontrarme con Adam estaba despertando demasiados recuerdos de un tiempo en que las cosas no importaban tanto—. Además, justo iba a llamar a tu casa, así que... ¿Están tus padres? Me gustaría saludar.

Hizo un mohín con los labios.

—Están en el pueblo.

—Me pasaré más tarde, entonces.

Asintió con un pestañeo. No me había dado cuenta hasta ahora de cómo sus ojos parecían imitar el color de las hojas secas.

—A todo esto, ¿qué haces aquí? ¿Has vuelto para quedarte?

No me quedaba otra, pensé.

—Eso espero —dije. Adam levantó una ceja—. Es una larga historia.

—Adoro tus largas historias.

—*Adorabas* —maticé—. Esta no creo que sea tan... Bonita. De todas formas, si tanto te gustaban, ya podrías haber contestado a alguna de mis cartas. —Lo dije intentando quitarle importancia, pero aún tenía demasiado reciente a la Bree de doce años que miraba cada día su buzón de Dublín.

La expresión de Adam se crispó.

—¿Cartas? ¿Qué cartas?

—Cuando me marché... Me diste tu dirección para que mantuviéramos el contacto, ¿recuerdas? Carrie hizo lo mismo.

Se mordió el labio, en un gesto que me recordaba demasiado a un niño pillado con las manos en la masa.

—¿Y estás segura de que escribiste bien la dirección?

—La escribiste tú, so bobo.

—Ya sabes que las letras nunca fueron lo mío.

—Es igual. —Hice un gesto rápido con la mano—. Hubo un momento en el que tuve que empezar a ahorrar en sellos y dejé de escribirte. Culpa tuya. —Adam se contuvo la sonrisa, pero no dijo nada más—. Por cierto, ¿tienes hora?

—Ni idea. ¿Las cinco y media? ¿Seis? Eran las cinco cuando he salido de casa. —Fruncí el ceño—. ¿Tienes prisa?

—Mi madre me está esperando para cenar. Debería volver antes de que anochezca para hacer la cena y... —Me callé. Tenía que asegurarme de que mi madre no estuviera sola cuando el cielo se oscureciera. Había demasiadas sombras y su miedo a la oscuridad no había dejado de potenciarse en los últimos meses.

—Entendido. —Adam suspiró y se apartó el pelo de la frente—. Entonces nos queda pendiente esa larga historia.

—No quieres oírla, créeme.

—Quiero oírte a ti. —Deslizó sus labios en una media sonrisa—. Tenemos que ponernos al día, Bree. Con un poco de suerte habrás crecido un par de centímetros más cuando nos volvamos a ver.

Puse los ojos en blanco. ¿Cómo era posible que las bromas con las que me hacía rabiar se conservaran casi una década después?

¿Cómo era posible que me sintiera tan cómoda con alguien que acabó siendo solo un recuerdo, que ahora tendría que ser un desconocido? Un desconocido con su mismo olor a bosque y los mismos ojos pardos.

—Me acercaré a saludar. —Sonreí.

—Puedo acercarme yo. ¿Sigues teniendo la casa del árbol?

—Claro.

—Entonces nos vemos allí.

—¿Vendrás a verme? —Pestañeeé. No entendía qué hacía Adam malgastando el tiempo que podría invertir en sus amigos, en la universidad, en..., en cualquier otra cosa, solo para verme a mí. Un recuerdo. Estaba intentando recuperar a una niña que no existía—. Yo... Mi madre no está muy bien. No sé si las visitas...

—No me moveré de la casa del árbol, prometido. Tú espérame.

Dio un paso atrás y cogió la bici, que chirrió al apartarla del muro. Me hice a un lado para dejarlo pasar. Sobre nuestras cabezas, el cielo se había ennegrecido como si también se despidiera.

—¿Cuándo vendrás? —pregunté cuando Adam ya me daba la espalda. Se volvió hacia mí con una última sonrisa.

—Cuando te venga bien.

Se encogió de hombros antes de marcharse.

3

Degriffin, 7 de febrero de 1991

Querida Bree:

Siento haber tardado tanto en escribirte, pero he estado muy ocuparla. Tampoco es que tenga mucho que contarte. Aquí todo sigue como siempre. Han puesto un nuevo parque detrás del ayuntamiento, pero es una mierda porque para meter los columpios han quitado de en medio la mayoría de los árboles que había. Así que de parque tiene poco.

Por cierto, mi madre dice que no diga «mierda». Pero lo estoy escribiendo, así que no vale, ¿verdad? Además, ya somos mayores. Es una tontería. Mejor dicho: es una mierda que mis padres sigan mandándome como si fuera una niña. El otro día el grupo de Shonda me invitó a salir por la noche, ¿sabes? En plan de fiesta. Pero no encontramos a nadie que nos acercara a Dublín, y mis padres dijeron (otra vez) que era muy pequeña para estas cosas. Pero los amigos de Shonda conducen. ¡Y yo quería pasarme a verte!

Al final se quedó en nada. Creo que en realidad las amigas de Shonda no querían que fuera. Cuando juego al baloncesto, me miran mal; supongo que no les caigo bien. Ya ves lo que me importa. Lo bueno de que no fuera a Dublín es que al menos Gina se quedó más tranquila (lo malo es que no te vi). No le hacía gracia que me fuera en coche tan lejos, pero bueno, a ella no le hacen gracia muchas cosas. Al final fui a su casa y me lo pasé genial, eso sí. Jugamos al Cluedo (ganó ella). Te manda muchos recuerdos, que también te echa de menos.

No tengo más que contar, la verdad. Todo como siempre. Aburrido. Seguro que Dublín mola mucho más. Voy a dejar de

escribir, que echan El príncipe de Bel-Air en la tele y no me lo pierdo ni loca. ¡Tienes que verlo de una vez!

Un beso,

Carrie

Volví a doblar la carta en cuatro, con una sonrisa. Aquella acabó siendo la última carta de Carrie, aunque yo le envié unas cuantas más. En Dublín siempre tuve demasiado tiempo libre y muy pocas personas con las que quisiera usarlo, de modo que me dedicaba a escribir cartas a Carrie y a Adam (aunque nunca me las contestara), a cuidar mi —por entonces— único cactus, y a leer *La historia interminable* una y otra vez, hasta que me supe los primeros capítulos de memoria. A veces, cuando las cosas en casa se complicaban, me encerraba en mi habitación y empezaba a repetir esas primeras frases como si fueran un mantra. Supongo que era mi manera de rezarle a los finales felices.

Cuando Carrie dejó de responderme, supuse que sería por una de tres posibles razones: porque su vida social la había dejado sin tiempo para escribir cartas (y ella nunca fue de las que se sentaban a dejar pasar el tiempo), porque se había marchado por fin de Degriffin, después de buscar escapar desde que cumplió los diez años; o porque se había olvidado de quién fue Bree Duanne. Una parte de mí prefería la última opción. Se puede recordar lo que olvidas, pero no reencontrarte con quien se marcha. Y ahora necesitaba encontrar un hogar de vuelta en Degriffin.

Mi casa no parecía la misma; estaba más fría, más oscura; las paredes y los techos parecían más estrechos, como si intentaran ahogarme. Mi madre también era una persona totalmente distinta. Quería creer que aún quedaba algo de la inocencia que dejé atrás cuando me marché definitivamente de aquí.

Lo que más me sorprendía era que hablar con Adam hubiera sido como..., como si de verdad nos conociéramos. Yo no era igual que cuando tenía diez años, y no tenía sentido que él lo fuera. Y sin embargo, le había sentido cercano desde el primer momento. Como si no hubiera pasado un día sin vernos. Como si nunca hubiera dejado de conocerle.

Quizás tuviera suerte y con Carrie y Gina fuera igual. Ayudaría a que todo fuera más fácil.

—Bree, ¿está todo bien? —Mi madre me llamó desde el piso de abajo, con la voz temblorosa.

—Sí, mamá, ya bajo.

Guardé la carta de nuevo en la caja, junto al resto.

Cuando bajé, ella seguía con la mirada perdida en el televisor, el cabello despeinado y las manos alrededor de una taza de té que no había llegado a terminarse. El corazón se me encogió un poco más al verla tan débil.

Me acerqué por detrás y le cepillé el pelo con las manos, como ella hacía conmigo cuando era niña. Alargó una mano para rozar las mías.

—He preparado caldo de sopa para cenar, ¿te apetece? —Ella asintió, despacio—. Y te he dejado un sándwich para mañana, por si te entra hambre antes de que vuelva de la uni.

Mi madre suspiró con tanta fuerza que pareció desinflarse.

—Cariño, puedo prepararme un sándwich yo sola...

—Lo sé, pero si no te lo hago eres capaz de olvidarte de comer. Así me aseguro. —Me incliné hacia delante para darle un beso en la mejilla—. Tienes que comer para tener fuerzas. Lo sabes, ¿verdad?

Volvió a asentir, sin mirarme. Pero era un «sí» vacío.

—Hay que empezar a mirar adelante, mamá. —Suspiré. Noté cómo su mano temblaba entre las mías.

—No lo entiendes, Bree. Han sido veintiocho años de mi vida... Veintiocho...

No iba a entrar otra vez en esta discusión. Pasé por delante de ella, que no se había movido del sillón, apagué el televisor y la obligué a quitarse la manta de encima. Por mucho que se quejara de tener el estómago cerrado, tenía que comer. Tenía que avanzar.

Ya habían pasado muchos meses. Tendría que haber mejorado. Tendríamos que estar mejor...

Y estaríamos mejor. Era lo que me prometía todas las noches.

Solo teníamos que seguir intentándolo.

Aquella noche ni siquiera el edredón sirvió para abrigarme, a pesar de que a lo largo del día las temperaturas no habían sido tan bajas. Por Dios, estábamos en octubre. Aún quedaban unos meses para las grandes nevadas, pero toda la isla parecía querer adelantar el tiempo. Y no podía evitar recordar lo distintas que eran las cosas un invierno atrás.

Mañana volvería a clase. Al menos allí no tenía que empezar de cero, aunque tampoco es que hubiera mucho que perder. De hecho, sospechaba que lo único que mis compañeros habían echado en falta durante el mes que había

perdido con la mudanza era a alguien que les pasara los apuntes de Botánica sin pensárselo dos veces.

Después de dar vueltas y vueltas bajo el edredón, incapaz de dormir, salí de la cama de un salto y me calcé. La luz de la luna entraba a raudales por la ventana, entera y brillante en mitad del cielo. Pero no podía culparla de mi insomnio. A ella no.

Me aparté el flequillo de los ojos con un suspiro, aunque fue inútil. Al menos se me ocurrió una forma de pasar el tiempo hasta que me entrara el sueño, si lo hacía.

El baño del piso de arriba estaba tan vacío de decoraciones y tan lleno de cajas como el resto de las habitaciones. Encendí la luz que quedaba sobre el espejo y cogí las tijeras del primer cajón. Bajo la luz fría de la bombilla, mi piel parecía todavía más pálida y las sombras a mi espalda, más vivas.

Me incliné hacia delante y fruncí los labios. Hacía un mes que me había cortado el pelo, que me llegaba casi a la altura de los hombros, y todavía se notaban los trasquilones que habían dejado mis manos inexpertas. Me acerqué las tijeras al flequillo, temblando.

—No seas estúpida —murmuré a la Bree del espejo, un momento después de dar el primer corte—. Las cosas han cambiado. Es solo un recuerdo, es solo un recuerdo, es solo... —No pude acabar la frase por culpa del nudo en la garganta. Parpadeé para apartar las lágrimas de los ojos, que habían empezado a nublar-me la vista.

Pero yo seguí cortando, todo lo recto que pude, mientras los mechones de pelo caían hacia el lavabo. Cuanto antes acabara, antes dejaría de recordar. Y con suerte dejaría de culparme por sentirme así.

Era estúpido que llorara por una mentira.

Pero seguía viendo a mi padre y todas esas veces que entraba en el baño con las tijeras en una mano y la toalla en la otra. Era él quien me la colocaba sobre los hombros, quien encendía el radiocasete y empezaba a cortarme el pelo tarareando siempre la misma canción. Estación tras estación, siempre que el flequillo empezaba a cubrirme los ojos, él era el primero en chasquear la lengua y ofrecerme un nuevo corte de pelo. Adoraba esos pequeños momentos entre nosotros dos, casi tanto como las tardes de lectura, cada uno en un sillón del salón; casi tanto como las escapadas a los acantilados de Moher.

Y ahora recordarlo solo dolía.

—Es solo un recuerdo —murmuré, apretando los dientes. Las tijeras se cerraron con un último chasquido y cayeron los últimos mechones—. Solo un

recuerdo.

Apoyé las manos en el lavabo y bajé la mirada, sin atreverme a ver el resultado en el espejo. Tenía miedo de encontrarle a él entre las sombras que me acompañaban. En cualquier momento me abrazaría por la espalda. O me haría cosquillas. O me levantaría por los aires, como cuando era niña.

«Está detrás de ti», pensé.

«No, está dentro de mí».

4

Degriffin amaneció con niebla, pero no le pilló a nadie por sorpresa. Tampoco me sorprendió que fuera el llanto de alguien lo que me despertara.

Quizás fuera mi madre, quizás fuera un recuerdo, quizás una *banshee*.

Me despedí de la primera con un beso en la frente mientras ella todavía se revolvía entre las sábanas, con el sueño tan profundo que ni una tormenta la despertaría. Era el único efecto que parecían estar teniendo las pastillas. Le dejé una nota sobre la mesita de noche y el desayuno preparado en el comedor.

Bajé al garaje, en cuyas esquinas permanecían los viejos lienzos de mi madre, cubiertos por sábanas. A nadie parecía importarle que su taller se hubiera vuelto polvo, en todos los sentidos. Excepto a mí. El Ford Fiesta de mi madre me dio la bienvenida de nuevo con el suave ronroneo del motor y en la radio enseguida empezaron a sonar las *Spice Girls*. Casi parecía que no hubiera pasado nada, que hoy fuera un lunes más. Llegaría a clase y nadie haría preguntas. Los profesores no se acordarían ni de mi cara ni de mi nombre. Los jardines del Trinity College seguirían llenos de alumnos cruzados de piernas sobre el césped, intentando robar los breves rayos de sol que hubiera aquel día. Para ellos no habría pasado nada. Nadie estaba empezando de nuevo. La Tierra había seguido girando, el cuatrimestre pasaba, y nadie se daba cuenta de cómo Bree Duanne tenía las heridas abiertas.

Dos horas de Botánica y Genética y tres horas de laboratorio en Biología del Desarrollo después, cogí el coche de vuelta a Degriffin, sin que ni un compañero preguntara por el tiempo que llevaba ausente.

No me había dado cuenta de lo sola que me sentía hasta que necesité a alguien que me escuchara. Solo pedía eso: unos oídos que me oyeran incluso cuando no gritaba. Unos brazos que me acogieran sin juzgarme.

Pero mi padre hizo lo que hizo, mi madre enfermó, mi mundo se rompió en mil pedazos y yo sola aprendí a reconstruirlo. Sola.

El hilo de mis pensamientos se detuvo bruscamente cuando un balón cruzó el parabrisas de mi coche, cerca de la entrada del pueblo. El viejo Ford gruñó cuando pegué un frenazo, justo a tiempo para que una chica se detuviera en la acera, a punto de cruzar la calle tras el balón.

—¡Joder! —gritó. Esperó a que el coche frenara por completo y me dirigió una mirada antes de cruzar—. ¡Gracias! —Corrió tras la pelota, maldiciendo a su compañero entre jadeos—: ¡Joder, Louis, eres un cabrón! Ya te vale...

Algo en mi cabeza pareció accionarse cuando la chica se marchó de vuelta a la cancha de baloncesto al otro lado de la calle. Había visto esos rizos antes.

Por un momento no supe si estaba volviendo a ver fantasmas o si podía ser ella, pero la curiosidad ganó. Ganaba siempre. Mamá podía esperar cinco minutos más en casa.

Aparqué en el descampado desierto que quedaba cerca de la cancha, que parecía haberse construido en medio de ninguna parte. Unas pequeñas gradas de madera temblaban con el viento, amenazando con salir volando de no ser por el peso de la única persona que estaba sentada en ellas. Aunque si la memoria no me fallaba, en una guerra del viento contra Gina, ella perdía.

Se había recogido la melena rubia en un moño, pero no había conseguido librarse de los azotes de algunos mechones rebeldes. Escondía las manos y el cuello en un jersey demasiado grande, contenía la sonrisa, y no me hacía falta fijarme en los jugadores para saber que su mirada estaba puesta en Carrie. Como si no hubiera pasado ni un solo día desde que me fui.

Los demás estaban demasiado concentrados en el juego para verme llegar, pero ella no tardó en girar la cabeza. Su rostro pasó de la curiosidad a la sorpresa en medio segundo.

—¿Bree? —dijo, intentando hacerse oír por encima de los gritos de los jugadores.

Sentí que el corazón me daba un vuelco. Era la segunda persona que me reconocía, después de casi nueve años sin vernos. De alguna forma, quería creer que eso significaba que tenían mi recuerdo tan latente como yo tenía los suyos.

Me hacía sentir menos sola. Menos olvidada y un poco más en casa.

—Creía que sería un poco más difícil reconocermme —dije, subiendo los escalones que nos separaban hasta llegar a su grada.

Ella no podía dejar de mirarme, con la sonrisa cada vez más extendida.

—¿Estás de broma? Aunque hubiera dudado, las pecas te delatarían. — Arrugó la nariz como si así señalara la mía—. Y el flequillo también. Pero, oye, ¿qué haces aquí? Creía que estabáis en Dublín, ¿vienes de visita?

Negué con la cabeza.

—Nos hemos mudado de vuelta a Degriffin. La ciudad... Supongo que se nos hacía demasiado grande.

Ella abrió mucho los ojos, expandiendo las pupilas como si fueran dos trocitos de noche.

—Pensaba que en Dublín se vivía mejor. ¿Echabais de menos la vida de campo?

—Algo así. —Echaba de menos la vida, en general. Tampoco pensaba que podría recuperarla—. En la ciudad hay siempre mucha gente, mucho ruido... Demasiado para mí, creo.

Gina rio con suavidad, como si le avergonzara su propia risa, y volvió la mirada al frente.

—Ah, ya entiendo. Nada como volver al pueblo fantasma de Degriffin para remediarlo.

Antes de que me diera tiempo a contestarle, un grito hizo que las dos nos centráramos en la pista. Un chico con gorra intentaba separar a Carrie de otro, que había dejado la pelota dando botes en el suelo, pero la chica se abalanzó sobre él como si fueran a salirle garras y colmillos en cualquier momento. Gina se puso en pie, tensa.

—¡Eso ha sido una falta, cabrón! ¿Es que no sabes jugar limpio o qué?

—¿De qué vas, negra de mierda? ¡Si eres tú la que se me ha tirado encima!

—Tío, ¿en serio? ¿Negra de mierda? —Carrie se irguió, agitando la cabeza con una media sonrisa—. Mira, hasta aquí hemos llegado. Si crees que llamarme negra va a ofenderme, lo llevas claro. —No esperó a que contestara; dio media vuelta y se volvió hacia las gradas, apretando la mandíbula—. Será imbécil...

—¿Qué, te pasas al lado de las animadoras?

Gina puso los ojos en blanco.

—Gilipollas —murmuró.

Carrie le hizo un corte de mangas antes de subir la primera bancada. Se acercó a nosotras con el rostro perlado de sudor y la camiseta arremangada.

Una cinta morada le recogía el pelo hacia atrás, domando los rizos que me habían ayudado a reconocerla. Al lado de Gina pasé totalmente desapercibida; Carrie seguía con el ceño fruncido y la mirada clavada en el suelo.

—¿Estás bien? —dijo Gina.

—No, estoy cabreada. ¿No lo has visto? —Eché una mirada de nuevo a la cancha, donde los chicos se habían reunido para volver a jugar—. Todo el partido ha sido patético. Ni siquiera lo estaban intentando. No sé qué es peor: que sean tan idiotas como para rebajar el nivel solo porque sea una chica, o que el mejor insulto que se les haya ocurrido sea llamarme negra. Gilipollas.

Carrie sacudió la cabeza y debí de entrar dentro de su limitado campo de visión, porque se detuvo a mirarme con los labios entreabiertos y una ceja levantada.

—¿Bree? —dijo.

Respondí con una sonrisa. No me extrañaba que Carrie me recordara: en nuestras últimas cartas había incluido un par de fotos y, aunque ya hacía seis años de eso, mi cara no había cambiado tanto de los catorce a los veinte años (por mucho que me doliera admitirlo).

—Dios, ¡cuánto tiempo! Eres tú de verdad, ¿no? ¿O has conseguido clonarte por fin? —Soltó una carcajada y me abrazó con fuerza, hundiendo mi cara en sus rizos—. ¡Qué ilusión verte por aquí! No me digas que has venido a verme jugar porque no me creeré una mierda.

—No, no, llevo ya un par de días en Degriffin.

—¿Para quedarte?

—Eso parece.

—¿Definitivamente? —Los ojos de Carrie chispearon.

—Definitivamente.

—Y parece que nos ha encontrado por arte de magia —añadió Gina, con una sonrisa—. Aunque conociéndote a ti, Carrie, tampoco había mucho sitio más donde buscarte. En O'Malley's, quizás.

—Ha cruzado por delante de mi coche para coger la pelota; lo difícil hubiera sido no verla.

—Mira, algo que el idiota de Louis ha hecho bien. —Carrie rio y nos miró a Gina y a mí alternativamente, mordiéndose el labio para contener la emoción—. Tía, me alegra verte tan bien, de verdad. Pensaba que no volveríamos a vernos.

Tan bien, decía. Tuve que reírme para no llorar.

—Yo no me puedo creer que sigáis aquí las dos. Pensé...

—Si te sirve, yo tampoco. —Carrie puso los ojos en blanco—. Pero oye, no podía permitir que estos idiotas llevaran a solas el equipo de baloncesto de Degriffin o acabarían todavía más en la mierda. Y, eh, en realidad le tengo cariño a este pueblucho. Dublín no queda tan lejos. La playa tampoco. Está guay.

Dublín no quedaba tan lejos, pero en los años que yo había pasado viviendo en la gran ciudad nadie se había molestado en visitarme. Nadie había preguntado por mí.

Tampoco podía culparlas. Igual que yo pensé que habrían rehecho su vida, que el tiempo las habría convertido en personas distintas; ellas debieron de olvidar a su amiga de la infancia. Nunca fuimos tan importantes, tan imprescindibles.

Carrie se apartó el sudor de la frente.

—Oye, ¿y de dónde venías con el coche?

—De la uni. Estudio Biología en el Trinity College.

—¿Biología? Qué guay. El Trinity queda cerca de nuestra uni, ¿no, Gina? —Ella asintió—. Estamos en el Instituto de Tecnología las dos. Ella Ingeniería, yo Periodismo. Cogemos el coche juntas por la mañana, ¿quieres venirte con nosotras?

No podía (no quería) decirles que no. Carrie había pasado en medio segundo del enfado de la pista a la ilusión de encontrarme, y volví a sentir esa sensación cálida recorriéndome el pecho. Degriffin estaba haciendo todo lo posible para que mi viaje de vuelta a casa fuera más acogedor de lo que imaginaba. Las ausencias seguían doliendo, y mi madre seguía sin avanzar, sin querer seguir adelante. Pero tenía a Adam esperando reunirse conmigo en nuestra vieja casa del árbol. Tenía a dos chicas que no habían dudado en abrirme los brazos de nuevo, sin importar todo lo que callaba. Todo lo que había cambiado estos años. Ellas querían ver lo que aún permanecía.

Solo hubo un pequeño inconveniente.

Cuando un tiempo después me marché de vuelta al coche, ni Gina ni Carrie parecieron escuchar el llanto de la *banshee*.

Gina había definido a Degriffin como un «pueblo fantasma» y, a pesar de los coloridos escaparates que abrían cada mañana y el murmullo de los vecinos que madrugaban para comprar el pan, no andaba tan equivocada. Veía los fantasmas de las niñas que fuimos, trepando de rama en rama hasta la casa del

árbol o construyendo fuertes bajo las sábanas. Veía a una Bree que enseñaba su cuaderno de bitácora con los ojos brillantes, a una Gina que gritaba al ver una araña, a una Carrie que se reía con las dos.

Pero a veces odiaba ver fantasmas.

Porque mi padre siempre volvía. Siempre llamaba a la puerta. Siempre me recordaba que, aunque ahora no estuviera, *había estado*. Y por muchos fantasmas que venciera, el suyo no me abandonaría.

5

Clic.

El *flash* de la cámara disparó directo al rostro de Adam, que no tardó en protegerse de la luz con el brazo, como si fuera un vampiro. El movimiento hizo que se diera contra una de las ramas que habían crecido entre las tablas del techo.

—Oye, eso ha sido a traición —dijo, frotándose la nuca con una mueca.

—Es que me hacía gracia tu postura.

—Creía que te tomabas la fotografía un poco más en serio, Bree. —Adam intentó recolocarse, pero seguía con la espalda encorvada para evitar la dichosa rama, la cabeza ladeada y las piernas dobladas en dirección contraria. Parecía que hubiera querido encajarse en la cabaña como un juguete en su caja de plástico—. Además, esta casa no está hecha para gente alta.

Me mordí el labio para no reír.

—Ven a este lado. El techo está inclinado, ¿lo ves? Aquí tienes un poco más de hueco. Y he comprobado que la madera no esté podrida, prometido. Esta casa es invencible.

Él apartó una rama a su espalda con un suspiro.

—Eso díselo al árbol.

Gateó hacia mí y apoyó la espalda en la pared. Justo por encima de su cabeza quedaba la ventana de la pequeña casita, por la que entraban la brisa de octubre y los últimos rayos del sol de la tarde. A juzgar por el color del cielo, no tardaría en chispear. Apartó una caja de la mudanza para acomodarse y se colocó a mi lado, con su brazo rozando el mío.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Y bien qué?

—¿Dónde está mi historia larga?

Puse los ojos en blanco.

—A ver... Nos marchamos de Degriffin cuando yo tenía unos siete u ocho años, ¿te acuerdas? Porque mi padre encontró trabajo en una empresa en Dublín y pensó que el cambio nos compensaba. Que la ciudad nos abriría más puertas.

—Eso lo sé.

—Aun así, dejamos la casa alquilada por temporadas y volvíamos de vez en cuando, sobre todo en verano y en Navidad, hasta que cumplí los once.

—Eso también lo sé. —Adam suspiró—. ¿Vendisteis la casa?

—No, no. Yo... Mis padres preferían seguir alquilando la casa en vacaciones y luego... Bueno, hicimos vida en Dublín. Dejamos de venir. Supongo que a mis padres ya no les ataba nada aquí.

Callé para no tener que explicarle que mi padre era el único que había vuelto, que había dejado las fotografías listas y los platos limpios por si queríamos seguirle. Que nunca lo hicimos.

—Pero ahora habéis vuelto.

Sacudí la cabeza.

—Mi padre murió el año pasado.

Quería seguir hablando para que aquella frase pasara desapercibida, como si le estuviera hablando del tiempo. Como si no se tratara de mi padre, el hombre que le abría la puerta de casa cuando venía a buscarme y le ofrecía pan con chocolate para merendar.

Ese no era mi padre.

Adam se había quedado pálido como un fantasma. Abrió y cerró los labios un par de veces, como si no estuviera seguro de si le correspondía hablar. Supuse que los dos esperábamos a que el otro dijera algo más. Una explicación por mi parte. Un cambio de tema por la suya. Algo.

—Lo siento —dijo él. Fue solo un susurro. Me miró por encima de las gafas, como si fuera a romperme en cualquier momento.

—No lo sientas. —Creía que estaba preparada para hablar de ello. Creía que podría continuar la frase, que podría explicarle cómo fue, por qué me gustaría que no me doliera, por qué nos mudamos. Pero ni siquiera había conseguido sacar lo que sentía con Christine.

Confiaba en que con Adam sería distinto, pero estaba equivocada. No era un problema de confianza.

Era yo.

No podía hablar en pasado de algo que todavía dolía. Y no quería que Adam viera mis heridas, no todavía.

—No tenía muy buena relación con él, es solo eso. —Le expliqué. Pero no, no era solo eso—. ¿Recuerdas cuando en el colegio celebrábamos el día del padre y se juntaban padres e hijos para comer juntos y jugar después? Él nunca vino. Estaba demasiado ocupado para eso. Y recuerdo que el primer año, en primaria, uno de los profesores se sentó conmigo para que no estuviera sola. Me hizo reír y por un momento me olvidé de lo sola que me sentía. De que no era lo que se suponía que tenía que pasar. —Me encogí de hombros—. Supongo que cualquiera puede ser padre, pero no todos están hechos para serlo.

Adam se revolvió sobre las tablas de madera, incómodo.

—Bree... —empezó, pero yo agité la cabeza.

—Olvidalo. Es una tontería. Además, ahora está muerto. —La palabra parecía hacer eco en la pequeña casa—. Pensé que si volvíamos a Degriffin, lejos de la casa de Dublín, de su empresa, de su coche... Creía que sería más fácil. Cogí a mi madre, metí todo lo que pillé en una maleta y nos marchamos. Por eso estoy aquí. Me he deshecho de toda su ropa, he escondido todas las fotos, todos los libros, todos los puñeteros recuerdos que he encontrado y aun así... Aun así... —Me mordí el labio. Dios, me odiaba por tener ganas de llorar. Por no poder seguir hablando, por ese maldito nudo en la garganta. Estaba cansada de que me doliera algo que me había hecho tanto daño.

Adam se quedó unos segundos en silencio, escuchando el suave traqueteo de la lluvia sobre el techo de la caseta. Ni siquiera me había dado cuenta de que llovía.

—Date tiempo, Bree. —Puso una mano sobre mi rodilla—. Aún es muy reciente y es normal que estéis afectadas...

—Estoy *bien* —le corté, haciendo hincapié en la palabra—. Estoy bien. Solo necesitaba volver a casa.

Me abracé las rodillas y hundí la cabeza entre ellas, como si buscara desaparecer. Mi barbilla chocó contra la cámara que aún colgaba del cuello. Antes la casa del árbol era un refugio. Aún conservaba las pinturas en la pared y las muescas donde Adam y yo marcábamos nuestra altura. Las arañas habían formado una comunidad en la esquina más alta del techo, junto a todas esas pegatinas de estrellas luminiscentes. Parecía que nadie hubiera subido ahí en mucho tiempo, y pensé que volver sería como volver a ser niña.

Y volver con Adam sería como volver a ser nosotros.

Pero era absurdo.

A él no parecía molestarle el silencio. Se quedó dibujando círculos en mi rodilla, con las piernas extendidas y la mirada clavada en sus deportivas.

Cuando habló, parecía mucho más apagado.

—Yo también tendré que contarte mi historia larga —dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde que te fuiste.

—Espero que no incluya ninguna muerte o me quitarás protagonismo —bromeé.

—No. Eso no. —Adam me miró y arqueó una ceja—. ¿Desde cuándo te va ese tipo de humor, Bree?

Me encogí de hombros.

Si bromeaba significaba que no importaba tanto, ¿verdad?

—Ha pasado mucho tiempo.

Y volvió a caer el silencio. Un silencio distinto al que me había encontrado desde que llegué a Degriffin: este ni quemaba ni dolía. Era diferente. Parecía una invitación.

—Gracias por venir, Adam.

Él sonrió.

—De nada. Pero a la próxima tendrás que obligarme a decir la contraseña para entrar, Duanne, o tu yo del pasado estará muy decepcionada.

—¿Me has llamado Duanne? ¿En serio? —Reí—. Tu yo del pasado sí que estaría decepcionado. Eso es demasiado *chulo* para ti.

—O muy inmaduro, depende de cómo lo mires. Ni se te ocurra llamarme Finn. Mi apellido sí que suena mal.

—Finn. Señor Finn. —Saboreé su nombre en mis labios, viendo cómo él se estremecía del horror al oírlo—. ¿Sabes que Finn viene de *Ó Finn*, que significa descendiente de Fionn? Y *Fionn* significa blanco. ¿No te gustaba la nieve? Siempre jugábamos cerca del lago cuando se helaba, en invierno.

—¿Y crees que mi apellido tiene algo que ver? —Adam se incorporó de forma que su cuerpo quedara frente al mío y nuestras cabezas un poco más cerca. Había aparecido una sonrisa en sus labios, acompañada de un pequeño hoyuelo en el lado izquierdo. Solo uno. No lo recordaba—. Además, ¿de dónde sacas todo eso? ¿Desde cuándo eres una enciclopedia, Bree?

—Lo sé por mi madre; siempre me cuenta estas cosas. Sabe que me encanta todo lo que tenga que ver con etimología, mitología, biología... Todas esas cosas que nos rodean, pero que la gente ni ve ni se cuestiona.

Él sacudió la cabeza sin dejar de sonreír, incrédulo.

—Nunca imaginé que acabarías así, Bree... Pero me gusta.

—Entonces me conocías menos de lo que pensabas. —De alguna forma, Adam había conseguido que la sonrisa se hubiera quedado congelada en mis labios—. Además... Los niños se conocen de formas extrañas, ¿no? Se

piensan que conocen perfectamente a alguien porque creen que somos como fotografías, tal y como ellos nos ven. Sinceros, sin secretos ni cambios. En realidad, los niños estamos ciegos. —Noté cómo poco a poco se nos apagaban las sonrisas y meforcé a mirar a Adam a los ojos. A encontrar al niño que fue. Tras él, el trozo de cielo que se veía por la ventana se oscurecía. Igual que nosotros—. ¿Puedo confesarte algo?

La pregunta pareció pillarle por sorpresa. Parpadeó un par de veces y se acomodó en su sitio, como si estuviera preparándose para escucharme.

—Lo que quieras.

—Es que ya no sé cómo conocerte. —Tragué saliva—. Creía que esto sería un reencuentro, como si la vida en Degriffin se hubiera quedado en pausa cuando me fui. Es estúpido. Pero de alguna manera quería tener algo a lo que aferrarme cuando volviera, algo que me hiciera sentir en casa. Y ahora todo lo que tengo son preguntas. Dudas. Es..., es diferente. Creía que ya te conocía.

Pero el Adam que conocía hubiera respondido a mis cartas, para empezar. Lo de la dirección parecía una excusa.

Se quedó en silencio, dejando que la última frase se quedara grabada en la memoria de los dos. Y, para mi sorpresa, respondió con una sonrisa.

—Conque preguntas, ¿eh? No me parece tan horrible. Después de todo, ahora tienes todo el tiempo que quieras para preguntar. No tendrás algo a lo que aferrarte, pero tienes algo que descubrir. ¿No es lo que te gusta? Todas esas cosas que nos rodean, pero que la gente no ve —parafraseó. Con un suspiro, apoyó la cabeza de nuevo en la pared y cerró los ojos, disfrutando como un niño del sonido de la lluvia—. Las personas están incluidas. Y hoy me parece un buen día para empezar, Duanne.

6

Parte de mí quería creer que de verdad eran imaginaciones mías. El frío, las sombras, los llantos que no nos pertenecían y que hacían eco todas las noches.

Estaba durmiendo demasiado poco y recordando con demasiada intensidad. Tenía que ser eso.

Pero bastó una semana en Degriffin para que dejara de engañarme.

Me había acostumbrado a pasar horas bajo la alcachofa de la ducha, a dejar que el agua rodara por mi piel hasta que se me arrugaran los dedos. Una vez que terminara la ducha, tocaría volver al mundo real, donde los apuntes se acumulaban incompletos sobre el escritorio, bajo la crítica mirada de mis cactus, y mi madre seguía arrastrándose lánguida por las habitaciones de la casa, buscando su voz detrás de cada puerta.

Y no va a volver.

Un chasquido hizo que abriera los ojos. Crucé el telón de agua que caía del cabezal y asomé la cabeza por detrás de la cortina, pero el baño seguía como siempre. Hundido en la penumbra de no ser por la débil luz que había sobre el espejo.

Hubo otro chasquido y esta vez me dio tiempo a ver cómo la bombilla parpadeaba, echando chispas.

—¿Qué...?

Cerré el grifo y salí de la ducha, acompañada del ahora constante parpadeo de la bombilla. Luz, sombra, luz. Me envolví el cuerpo en una toalla y fui hasta la puerta, pegada a la pared, con miedo a que algún chispazo me alcanzara.

—¡Mamá! —grité, esperando que me oyera. Tenía que avisarla de que la luz...

Pero el último estallido me dejó sin voz. Me encogí ante el ruido eléctrico de las chispas y solté un grito. Y en un segundo, todo se quedó negro.

Solo podía escuchar mi respiración. Sacudí la cabeza en la oscuridad; estaba comportándome como una niña pequeña y cobarde. Era solo una bombilla.

Tanteé la pared con una mano para dirigirme a la puerta, pero un nuevo destello me detuvo a mitad camino. La bombilla volvió a encenderse con un sonido electrizante.

Cuando levanté la cabeza, vi cómo las últimas letras aparecían sobre el vaho del espejo.

Como si alguien las estuviera trazando.

Níor chóir duit a bheith anseo

«No deberías estar aquí».

Al otro lado del espejo, mi rostro palideció, como si la sangre buscara huir de mis mejillas. El corazón me bombeó con un poco más de fuerza.

«No deberías estar aquí».

Hubo otro parpadeo.

Luz, sombra, luz, sombra, luz, sombra, el ruido de los chasquidos, el color de las chispas, el grueso de esas letras.

La bombilla estalló y dejó el baño sumido en la penumbra. Las esquirlas tintinearón al caer sobre el lavabo y sentí la caricia de algunas sobre mi piel.

Salí del baño sin preocuparme por los cristales que me clavara, sin importarme el destrozo que dejara atrás.

Una vez en el pasillo, cerré la puerta a mi espalda y me apoyé en ella hasta que mi respiración se acompasara de nuevo. Si es que lo hacía.

«No deberías estar aquí».

«No deberías estar aquí».

«*No deberías estar aquí*».

Me escurrí por la puerta hasta sentarme en el suelo, dejando que se formara un charco a mi alrededor. Seguía escuchando el estallido de la bombilla al romperse frente al espejo, creando miles de copias de sus cristales antes de que todo se volviera negro.

Esto era demasiado. Era imposible. Era...

—¿Bree? Bree, ¿qué ha pasado?

Mi madre me encontró temblando en el suelo, con las rodillas junto al pecho y la toalla resbalándose de mi piel. Se agachó junto a mí y, por primera vez en mucho tiempo, fue ella la que me apartó el pelo de la cara y me sostuvo las mejillas entre las manos.

—Estoy bien —me dije a mí misma, tratando de volver a poner los pies en la Tierra. Sacudí la cabeza y me apoyé en mi madre para levantarme—. Se ha ido la luz mientras me duchaba y me he asustado. Tú..., tú no te preocupes.

Pero Fiona Duanne no conocía el significado de esa frase. Por un momento me dio la sensación de que recuperaba a la madre que me curaba las heridas cuando era niña. Llevaba tanto tiempo encerrada en sí misma que verla sorprendida o preocupada se me hacía extraño. Mi madre estaba triste. Creía que lo único que podía estar era triste.

—Voy a cambiarme —dije, apoyando una mano sobre el hombro de mi madre para apartarla—. Ahora iré al salón y vemos alguna serie juntas, ¿vale?

Era lo mejor para las dos. Fingiría que aquellas palabras sobre el espejo nunca se habían escrito. En casa no hablábamos gaélico y llevaba años sin repasar todo lo estudiado en la escuela; que hubiera sido capaz de traducirlo era tan imposible como que alguien lo escribiera. Y no sabía qué me asustaba más.

Ella parpadeó, con las manos todavía en alto.

—¿Seguro que va todo bien, Bree?

—Sí, mamá. —Le sonreí. Si ella mentía cuando yo le preguntaba, yo también podía mentirle. Yo tenía que mentirle—. Ha sido solo un susto.

—Si la luz sigue sin ir, avísame. Puede que la bombilla se haya fundido o...

—Yo me encargo —la interrumpí, haciendo señas con las manos para que se marchara—. De verdad, no te preocupes.

Ya me preocuparía yo por las dos.

Mi madre asintió con la cabeza y dio media vuelta. No abrí la puerta hasta que no escuché cómo arrastraba las pantuflas hacia el salón.

La humedad seguía en el aire, el suelo estaba encharcado, la cortina goteaba y el espejo ya no estaba empañado. Y fui capaz de verlo todo porque la bombilla sobre el cristal estaba intacta, alumbrando la habitación con su luz cálida como si no hubiera pasado nada.

Quería seguir creyendo que eran imaginaciones mías, pero ya no podía.

«No deberías estar aquí».

Alguien no me quería de vuelta en Degriffin.

7

Lo bueno de haber abandonado una casa durante años es que arreglar el jardín se convertía en una distracción perfecta. Una excusa perfecta. Una manera de evitar todos esos trabajos de la universidad a los que tarde o temprano tendría que enfrentarme, todos los miedos que no me dejaban dormir por las noches, y todas las veces que mi madre volvía a hundirse sin razón aparente. Porque la razón la llevábamos arrastrando años, pero ella no se daba cuenta.

La Fiona de hace unos años se hubiera sentido orgullosa de verme quitar las malas hierbas con tanto entusiasmo. El aire era frío y el cielo cubierto de nubes prometía lluvia ya de buena mañana, así que me di prisa. Las fucsias del jardín todavía estaban en flor a pesar de las amenazas de heladas que anunciaban para noviembre. Ojalá llegaran rápido, porque estaba cansada de sentir que el frío venía de dentro.

El chirrido de unas ruedas oxidadas hizo que me volviera hacia la entrada del jardín. Adam no tardó en aparecer, pedaleando en su vieja bicicleta sin apoyarse en el sillín. Llevaba puesta la capucha de la sudadera como si él también fuera capaz de oler la lluvia que vendría. Se bajó de la bici de un salto, la apoyó sobre el muro de piedra, con cuidado de no aplastar la hiedra, y sacó un pequeño paquete de la cesta. Me vio nada más entrar en el jardín.

—Bree —me llamó. Un hilo de vaho salió entre sus labios—, ¿qué haces aquí?

Me levanté y sacudí las manos sobre el delantal para deshacerme de la tierra.

—¿No debería preguntarte eso yo a ti?

—He venido a traerle esto a Fiona. —Se acercó hasta mí, con la mirada clavada en el paquete y las mejillas ruborizadas como un niño al que hubieran pillado robando galletas—. Es..., es una tontería. Pastel de manzana. Pensé que después de..., de lo que os ha pasado, no tendría muchas ganas de cocinar. Y a todo el mundo le anima un dulce, ¿no?

—¿Lo has hecho tú?

Adam rio.

—¿Yo, Duanne? ¿Pretendes que arda la cocina? No, ha sido cosa de Riley's. La mejor pastelería de Degriffin, sin duda.

—¿Siguen abiertos? —El corazón me dio un vuelco. La señora Riley había sido una de las pocas amigas de mi madre cuando estábamos aquí; venía a visitarnos tarde sí y tarde también, y siempre me traía pastelitos a escondidas, recién sacados del horno—. El pastel de manzana es el favorito de mi madre —dije, extendiendo la sonrisa. No sabía si era algo que Adam recordaba de los años que habíamos compartido o si había sido casualidad—. Aún está dormida, pero se lo prepararé para desayunar.

Si desayunaba.

Adam asintió, pero él no sonreía. Pasó la mirada de mis manos a mis ojos, con una ceja arqueada.

—¿No deberías estar en la universidad? —dijo.

—¿No deberías estarlo tú?

—Es mi día libre, ¿cuál es tu excusa?

—Ayer no tuve un buen día. No es ninguna excusa. —Suspiré. Desvié la mirada a la bicicleta de Adam, por detrás de sus hombros, con tal de no mirarle a él—. Creía que mi madre estaba mejor pero le volvió a dar un... Un bajón, supongo. Y no conseguí que dejara de llorar, que cenara o durmiera. Nada. Seguía repitiendo lo mismo una y otra vez y me tuve que quedar en su habitación toda la noche. Así que he decidido que sería mejor que hoy no fuera a clase y me quedara con ella.

Adam frunció los labios.

—Pareces su madre, Bree.

Sabía que no lo decía con maldad, pero su comentario me molestó.

—Soy la única persona que le queda. No voy a dejar que se pudra sin más solo porque tengo clase de Genética, ¿entiendes? Es cuestión de prioridades.

—¿Y cuándo serás tú la prioridad?

—¿Y desde cuándo eres tú mi psicólogo, Adam? —Le respondí con más brusquedad de la que pretendía, pero estaba cansada. Demasiado cansada—. Es igual. No es solo eso, ¿vale? Tengo que cuidar a mi madre porque está enferma, porque soy lo único que tiene, porque *quiero*. Pero... Pero es que últimamente siento que... Que hay algo más. Y tengo que protegerla de ese algo. —Sacudí la cabeza—. Es una tontería, olvídalo.

Le di la espalda para volver al interior de la casa —ese pastel de manzana amenazaba con salir herido si pasaba demasiado tiempo en mis manos—,

pero Adam me rozó el hombro para detenerme.

—No parece ninguna tontería, Bree. —Titubeó un momento antes de seguir hablando, como si no estuviera seguro de lo que quería decir—. Te estás... Te estás matando a trabajar, todo por ella.

No. No me estaba matando: me querían matar. Me querían lejos de aquí, y ya tenía suficiente con cuidar de mi madre y sobrevivir a los estudios como para tenerle miedo a la oscuridad. Pero si llegaba a decírselo a Adam, vería marchitarse la última oportunidad que tenía de ser una joven normal con amigos normales. Él también huiría.

O no.

No le conocía.

No sabía cuánto del Adam que conocí seguía mirándome detrás de los cristales de sus gafas. No sabía si se asustaría al escucharme o sería el primero en hacer guardia desde la casa del árbol. No le conocía y, si seguía evitándole, cada vez le conocería menos. El Adam que una vez fue no me daría la espalda.

—No me estoy matando —murmuré, dando golpes contra el suelo—. Pero tengo miedo. Creo que hay algo en esta casa que... —Cerré los ojos, tratando de poner en orden mis ideas—. ¿Tienes un momento para hablar?

—Claro, ¿qué pasa?

Suspiré, echando un vistazo primero al pastel cubierto entre mis manos, y luego a las nubes que asomaban por detrás de Adam. Esto iría para largo.

—¿Me creerías si te dijera que oí a una *banshee* el día que murió mi padre?

Una conversación así requirió una visita de vuelta a la casa del árbol. Dejé el desayuno preparado a mi madre sobre la mesa de la cocina, con un «¡que aproveche!» escrito por Adam en un pósito a su lado; subí a la habitación a vaciar *por fin* una de las últimas cajas de la mudanza —que no la última— y le pedí a Adam que me siguiera a la parte trasera de la casa. Esta vez, aunque cargáramos con un par de cajas llenas de libros, conseguimos trepar la escalera sin que se nos enredaran las ramas. El único intruso fue una pequeña hoja que Adam me apartó del pelo una vez que nos instalamos en el interior de la cabaña.

Luego me escuchó. Me escuchó con el corazón abierto y las manos abrazándose las rodillas. Tenía el ceño fruncido y el cabello revuelto por

culpa de la capucha; y no tenía miedo. Ni de lo que dijera, ni de lo que creyera, ni de lo que estaba pasando.

Le conté que escuché una *banshee* llorar en el mismo instante en el que el coche de mi padre se estrelló contra aquel camión. O, al menos, yo imaginaba que sería al mismo tiempo. En aquel momento yo no lo sabía. Estaba en casa, sola, pasando apuntes a limpio y perdiendo el tiempo mirando cómo mis cactus cambiaban de color bajo la luz del flexo. Mi padre chocó contra el camión. En mi casa un llanto rompió el silencio, tan intenso que sentí que me reventaba los tímpanos. Mi padre se estrelló contra el parabrisas. Yo me levanté y corrí por toda la casa tapándome los oídos, buscando la causa de aquellos gritos. Mi padre se desangraba. A mí los llantos me hicieron llorar. Mi padre murió.

Y entonces me quedé sola.

Volví a la habitación con la intención de llamar a la policía y avisar de que había pasado algo en mi edificio. En mi piso, quizás. Que alguien gritaba, que de pronto se había callado. No quería recordar que la voz estaba mucho más cerca.

Pero fue la policía la que llamó primero.

Estuve más tiempo pensando en el llanto de la *banshee* que llorando por mi padre.

—Tengo muchos libros sobre el tema, pero tuve que dejarme unos cuantos en Dublín. A los quince años dejé de ir a la iglesia con mis padres y empecé a..., a buscar otra respuesta, supongo. Me compré *El Libro de las Sombras* y todo. Ese que utilizan las brujas. Pero sigo prefiriendo la mitología, todo lo que no depende de mí. —Sonreí para mis adentros. Adam se inclinó, acercando su mejilla a la mía, para ver el libro que sostenía entre las manos: *Mites irlandeses*—. Este es sobre leyendas y..., bueno, mitos. No tiene mucho misterio.

—Sé leer, Bree —dijo él, señalando el título con el mentón—. ¿Y estos?

Me volví hacia los libros con los que él había cargado, que ahora descansaban sobre sus piernas cruzadas. Adam pasaba la mano por sus tapas con cuidado, como si fueran a borrarse en cualquier momento.

—Este es el que más me sirvió. —Cogí el tomo más grueso y usado; con las tapas oscuras y el título escrito en dorado— *Fantasmas y espíritus en el folclore y la religión*.

Quizás fuera la luz del exterior, pero me dio la sensación de que el rostro de Adam palidecía.

—Fantasmas —repitió, dejando saborear la palabra en sus labios.

—¿Qué te pensabas que era una *banshee*?

—Sé lo que es una *banshee*, es solo que... Que nunca pensé que estarían tan cerca. Creía que eran cuentos.

Parpadeé. Lo decía como si me creyera.

Me escuchaba como si me creyera.

—A veces lo son. —Carraspeé, inclinándome para poner el libro de nuevo sobre mis muslos. No me veía con valor suficiente para mirarle a los ojos mientras le hablaba. No quería saber si fingía—. Y supongo que eso ha ayudado a que se les conozca o..., bueno, a que se les olvide. A que se crean que son fantasías. Pero tengo razones para creer que lo que oí fue real, Adam. Y ahora, en Degriffin...

—La volviste a oír. ¿Era la misma mujer? —preguntó. Asentí con la cabeza. Al menos lo parecía—. Y lo de la bombilla...

—No he querido darle más vueltas. He pensado que era otra forma de comunicarse y... Se supone que las *banshees* intentan prevenir a la familia. Se supone que quieren ayudarme.

—Si un día me «ayudas» chillándome al oído, no esperes que te conteste de buen humor. —Adam arqueó una ceja y suspiró—. No me extraña que estés asustada.

—Ojalá fueran solo los malditos llantos... Pero se supone que las *banshees* no lloran sin más, Adam. Avisan. Son mensajeras del otro mundo, ¿entiendes? Mujeres jóvenes que se quedan ancladas en este plano por culpa de la deuda que deben a una familia. La pagan llorando la muerte de cada pariente. Me avisaron de que mi padre iba a morir y ahora...

Él frunció los labios, imaginando cómo acababa mi frase. Hundió las manos en los bolsillos de su sudadera, como si así pretendiera empequeñecerse. Como si de pronto la cabaña se hubiera encogido también. Como si cada vez quedara menos aire. Como si hablara de él.

Abrí los labios para seguir hablando, pero me detuve.

Había cosas que no quería decirle. No todavía. No quería que supiera que sí, algunas *banshees* se dejaban escuchar por familiares, pero otras solo se aparecían a una persona para avisarle sobre su propia muerte. O que temía que mi madre cometiera una locura. Que me quedaba noches enteras sin dormir por miedo a no volver a abrir los ojos.

Que estos cuentos habían llegado demasiado lejos.

—Pero estás a salvo, ¿no? —murmuró él, bajando el tono de voz. Como si temiera que la *banshee* nos escuchara—. Porque no ha pasado nada y...

—Todavía —dije. Adam me atrajo hacia él, con un brazo tras mi espalda, y acomodé la cabeza en su pecho. Estaba demasiado cansada—. Pero mira, hay cosas que aún no me cuadran... —Sin moverme, alargué la mano hacia el tomo que él estaba mirando y pasé las páginas hasta encontrar la que buscaba; llena de tachones rojos y notas que salían por los laterales—. Como esto. Una de las leyendas dice que las *banshees* son los espíritus de mujeres que murieron de formas tan terribles que su alma se quedó anclada a este mundo. Así cuidarían a su familia y les avisarían cuando alguien fuera a morir de algo... horrible. Como un accidente de tráfico, supongo. Pero he rebuscado en mi árbol genealógico todo lo que he podido y no he encontrado a ninguna mujer que muriera joven y por algo desastroso más allá de muertes en el parto. Además, mi familia no siempre fue irlandesa. Mis bisabuelos emigraron desde Inglaterra. Según la mitología irlandesa las *banshees* pertenecían a familias irlandesas muy poderosas. ¿Qué pinto yo aquí?

Adam frunció el ceño y escudriñó el texto. Tenía el mismo gesto que años atrás, en la escuela, cuando los profesores le pedían que leyera en alto y él escondía su miedo a equivocarse. A que las letras y las palabras hicieran de las suyas.

—Pero es solo una teoría, ¿no? Aquí explican más.

—¿Y ves alguna que cuadre mejor?

—Bueno, están las *banshees* cuyo único propósito es volver locas a sus víctimas con sus chillidos hasta que se suicidan. Quiero pensar que la tuya es un poco más considerada.

—Y otra que dice que son demonios que recogen a las almas para que vayan tranquilamente al cielo. Y según algunos mitos cristianos, pueden verse como ángeles de la guarda... O como las almas de los niños que no han sido bautizados y las mujeres que pecaron de orgullo.

—¿De orgullo? —Sacudió la cabeza—. Qué manía con manteneros sumisas.

—Aunque no estaría mal que Elizabeth Bennet fuera mi *banshee*, ¿verdad?

Adam soltó una risa suave, que a duras penas escapaba entre sus labios. Siguió con una mano en el libro, pasando las hojas, y la otra sobre mi hombro.

—Pero esa teoría tampoco acaba de convencerme. Está para meter miedo, no para hablar de la verdad.

—Suele pasar.

—Y hay algo que no entiendo todavía: ¿las *banshees* pueden entrar en contacto con nuestro... nuestro lado? O nuestro plano, como quieras llamarlo. Aún estoy perdido en eso. —Frunció el ceño—. Porque entiendo que normalmente se las oye llorar o gritar, y algunas personas las ven, pero... ¿Sabes de alguna historia en la que se acerquen todavía más? —Pasó las páginas, mirando las ilustraciones oscuras y siniestras que acompañaban el texto—. En la que... Ya sabes, rompan bombillas, corten la luz y esas cosas.

—No la rompió —dije—. Técnicamente me hizo... me hizo ver cómo la rompía, pero no era real. Igual que las palabras en el espejo. Aunque quizás... Quizás simplemente desapareciera la humedad, no lo sé.

—¿Y sabes si las *banshees* pueden hacer eso?

Suspiré y me deshice del abrazo de Adam. Había empezado a dar golpecitos inquietos con los pies sobre la madera y temía contagiarle el miedo. Él decía que estaba a salvo. Teníamos que estar a salvo.

—Las estoy estudiando precisamente por eso.

—Pero quizás... —Se mordió el labio, algo inseguro—. Quizás estás buscando en el lugar equivocado y por eso te da la sensación de que estás dando vueltas en círculos. De que hay cosas que no cuadran.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, tú misma lo has dicho antes, ¿no? Que las *banshees* son fantasmas. Pero estoy seguro de que no son los únicos fantasmas que lloran o gritan.

—¿Y?

—Llevas tanto tiempo pensando que la *banshee* avisó de la muerte de tu padre que ni siquiera te has planteado que quizás..., quizás fuera la causante.

—Hizo una pausa y me miró de reojo, como si temiera haber dicho una locura—. O..., o quizás eso fuera el desencadenante. Quizás estamos persiguiendo a un fantasma, un espíritu sin más, no a una *banshee*.

—Un espíritu sin más... —repetí, dejando escapar una sonrisa. Estiré la mano para recuperar el libro que estábamos hojeando sobre fantasmas y espíritus—. En cualquier caso, él me está persiguiendo a mí.

—Por ahora.

—Toca madera, Adam. —Pasé al apartado en el que se especificaban los tipos de fantasmas. La imagen de un *poltergeist* apareció en medio de la página, partiendo el texto en dos—. ¿Cuál es tu hipótesis?

Adam se inclinó hacia delante, pasó la página con cuidado y se detuvo en la fotografía de la dama de Raynham Hall. Se escondió las manos en las mangas de la sudadera, tratando de ocultar un escalofrío.

—Creo que vamos a necesitar más de una tarde para investigar todo esto.

Adam tuvo razón, y las horas que pasamos entre historias de miedo, juguetes viejos que rescatamos del ático y chistes malos sobre fantasmas se hicieron demasiado cortas. El estómago rugió para recordarme que llevaba horas sin llevarme nada a la boca. No me molestó tanto como caer en que, seguramente, eso significa que mi madre también. Tenía que volver cuanto antes para prepararle el almuerzo y cerciorarme de que comiera algo, o llegaría un punto en el que no tendría fuerzas ni para levantarse de la cama. No se pensaba bien con el estómago vacío.

—Dios, perdona que se haya hecho tan tarde —dije desde el hueco de la escalera, mientras Adam bajaba a tierra de un salto.

—Tranquila, no tengo toque de queda —contestó él con una sonrisa. Una vez en el suelo levantó las manos hacia mí para ayudarme a bajar. Salté hacia sus hombros y él me dejó caer sobre la hierba como si fuera una niña pequeña.

Porque por un momento sentí que volvía a serlo. Que Adam y yo habíamos rescatado algo que ni siquiera sabía que una vez estuvo ahí. Las dudas y el miedo a no conocerlo se habían evaporado como todos esos *poltergeists*, fantasmas y espíritus de los que hablábamos. Me gustaba cómo escuchaba, cómo se frotaba la nariz cada vez que se quedaba pensativo, cómo dejaba caer alguna anécdota de cuando éramos niños para recordarme que no se había olvidado de mí. Que seguía aquí, pasando las horas en la vieja casa del árbol como si fuera 1985 otra vez.

—Ánimo con tu madre ahora —dijo, acompañándolo de un apretón de manos—. Y si necesitas cualquier cosa, ya sabes que vivo cerca. Puedes llamarme y vendré enseguida.

Sonreí.

—Te llamaría encantada si no hubiera perdido la libreta de teléfonos que teníamos en casa.

—Ah, eso tiene solución. —Adam se acercó con agilidad a una de las cajas que no habíamos subido a la caseta, sacó un bolígrafo y cogió una de mis manos entre las suyas. Apuntó el número de su casa sobre el dorso de mi mano, despacio y con cuidado. Se atrapó la lengua entre los dientes mientras escribía—. Aquí está.

Estiré la mano y la miré como si hubiera dibujado un anillo de diamantes. Sonreí al encontrarme un nueve al revés entre los números.

—Me gusta ese nuevo espejo. —Sonreí, pero mi comentario no tuvo el efecto deseado. Adam se ruborizó en una décima de segundo, de los labios a las orejas, y apartó la mirada al suelo.

—Perdona, ya sabes que yo... Yo no...

—Eh, eh. —Le acaricié el hombro con una mano—. Ni se te ocurra disculparte, ha sido un comentario tonto. Estúpido, más bien. Mi comentario, no tú. Eso lo sabes, ¿verdad? —Él asintió, todavía cohibido—. Me ha traído recuerdos. Me gustaban muchos tus nueves. —Sentí cómo el pecho de Adam se deshinchaba ante las caricias de mi mano. Le di unos suaves toques antes de apartarla—. Gracias otra vez por quedarte hoy, Adam.

Él se encogió de hombros, todavía con el rubor en sus mejillas.

—Ha sido un placer. —Dio un paso hacia atrás, guardándose las manos en el bolsillo de su sudadera de nuevo—. Ya me dirás si a tu madre le ha gustado el pastel, ¿vale?

Sonreí, pero no fui capaz de contestarle que dudaba que lo hubiera probado. Llevaba meses en los que ni una comida en su restaurante favorito lograba abrirle el estómago. Y seguramente llevaba esperándome toda la mañana para obligarse a tomar algo, igual que los padres de Adam debían de estar esperándole a él.

—Adam, espera —dije, antes de que se marchara—. Se ha hecho tarde, ¿quieres que llame a tus padres y les diga que estás de camino?

Él rio, como si le hubiera contado un chiste.

—No tengo trece años, Bree.

—Pero supongo que se preguntarán dónde has estado todo el día. ¿O no te dicen nada?

—¿Qué van a decir? —Sacudió la cabeza con un bufido—. Llevas un tiempo fuera y quizás no te acuerdas, pero a mis padres les importo más bien poco.

—No digas eso. —La voz de Adam había sonado tan abatida que me dolía imaginar que se sintiera así. Eran sus padres. Lo normal es que los padres quieran a sus hijos. Lo normal es que a los padres les importen sus hijos,

¿verdad? Yo tenía que ser la excepción, no él. No él...—. Estoy segura de que no es así, ellos no...

Volvió a encogerse de hombros.

—Nunca terminas de conocer a alguien, Bree.

Aquella frase me hizo callar. Porque él era la prueba de que tenía razón.

Porque hubo un tiempo en que a mi padre también le pasó.

9

En Degriffin tendían a la rutina, así que no tardé en forjarme una. La mayoría de las mañanas andaba hasta la plaza del pueblo y allí Carrie nos recogía en coche a Gina y a mí para ir juntas a Dublín. Su universidad quedaba más lejos que la mía, así que yo era la primera en bajar. De vuelta en Degriffin, Gina se encerraba en casa y a Carrie la encontrabas en la cancha de baloncesto de las afueras o en el *pub* de O'Malley's hasta horas indecentes. O eso decía a la mañana siguiente, cuando le cedía el asiento del conductor a Gina por estar demasiado cansada. A Adam no se lo veía nunca por ninguna parte, pero sabía lo mucho que le costaba concentrarse a la hora de estudiar. Y tratándose de Arquitectura, no me extrañaba que todas las horas que no pasaba conmigo en la cabaña las pasara en casa.

—Genial, ya estamos todas —dijo Carrie una vez que me senté en el asiento trasero del coche.

Estaba tan radiante como siempre, con los labios pintados y las pulseras tintineando en sus muñecas al levantar las manos hacia el volante. No me extrañaba que todavía atrajera todas las miradas allá donde fuera. No me extrañaba tampoco que ella las ignorara todas. Y a todos. Carrie Sloan siempre tuvo claras sus prioridades, y ella era la primera.

A su lado, Gina apoyaba la cabeza en el cristal de la ventana, con los ojos fijos en la carretera y los hombros caídos. Soltó un bufido cuando el coche cruzó el campus del Trinity College, donde unos chicos se pasaban el balón de unos a otros sobre el césped.

—Sigo sin entender por qué te juntas con el idiota de Louis y sus amigos —murmuró.

—Porque el idiota de Louis y sus amigos saben jugar al baloncesto. Y les gusta lo suficiente como para venirse a Degriffin de vez en cuando a echarse un partido.

Vi cómo Gina ponía los ojos en blanco desde el espejo del retrovisor.

—Lo que les gusta es tirarte la caña. ¿A que sí, Bree? —Echó la mirada hacia atrás.

Me revolví en mi asiento, notando el calor en mis mejillas.

—Bueno, a mí no me pareció eso precisamente...

—Si lo dices por los insultos, yo creo que es su manera de llamar su atención —dijo Gina—. Están desesperados por ti, Carrie, en serio.

—No me vengas con la estupidez esa de «los que se pelean se desean», Gi, te creía más inteligente. —Carrie rio, girando el volante en una curva—. Además, no fue ningún insulto. Fue una gilipollez.

Carrie cada día me sorprendía más.

—¿«Negra de mierda» no te parece un insulto?

—Negra. La coletilla de después era puro fastidio porque saben que yo tengo razón. Y si me llaman negra es porque no tienen nada mejor con lo que insultarme, lo cual es un cumplido. En Seattle aprendí a que esas gilipolleces no me ofendieran.

Gina volvió a bufar.

—A mí no me parecen gilipolleces —dijo.

—Porque no estás acostumbrada a que te las llamen. Si te llamaran rubia todos los días al final te daría igual. Pues lo mismo da. Eres rubia, ¿y qué? ¿Es lo peor que podías ser?

—No han disparado a nadie por ser rubia, Carrie.

—¡Gi!

—Espera, ¿has dicho Seattle? —dije, inclinándome hacia delante. Mi cerebro parecía asimilar la conversación a una velocidad distinta.

Carrie separó la vista de la carretera un segundo para mirarme a través del retrovisor, con los labios entreabiertos.

—¿No te lo dije?

—Tu última carta es de 1991, ¿recuerdas?

—Ah, mierda. Es que ahí los sellos me costaban una pasta. —Hizo una mueca—. El verano pasado me fui a América de intercambio, a Seattle. Fue una mierda. —Gina le acarició el antebrazo—. En general, no sentirse segura en este puto mundo solo por el color de tu piel es una mierda, pero ahí lo era todavía más. Todavía... Oh, joder. —Dio un frenazo de golpe, con la mirada fija al frente y los ojos abiertos como platos.

Miré a través de la ventana para ver qué pasaba, pero no vi nada. Gina se había vuelto hacia Carrie con los labios fruncidos y las cejas inclinadas.

—¿Qué pasa?

Entonces lo vi. Carrie se hizo a un lado en la carretera y aparcó para dejar que un coche con luces rojas y azules sobre el capó pasara por nuestro lado. Todo el cuerpo de la joven se había tensado, agazapado frente al volante.

—La policía —murmuró Gina, mirándome por encima del hombro. Se acercó un poco más a Carrie, sin soltarle el brazo.

—Perdona, Bree, —dijo ella. Puso el coche otra vez en marcha y sacudió la cabeza, como si saliera de un trance—. Es que ya te he dicho que en Seattle fue una mierda. Y a veces se me olvida que aquí las cosas se supone que son distintas. Pero odio ver a la policía. Odio que me miren. —Alargó la mano para encender la radio del coche y toda ella pareció engrandecerse con las primeras notas de aquella canción *country*. Alzó el pecho, miró a la carretera y siguió hablando—: Lo primero que me enseñó la familia de acogida fue lo que tenía que decir delante de un poli. Que nunca corriera, sin importar lo mucho que me asustaran. Que levantara las manos. Que daba igual lo que mis amigos blancos dijeran o hicieran; yo no podía hacer lo mismo. Que esperase a que alguien llegara antes de hablar.

Tragué saliva. Las conversaciones que compartíamos en el coche nunca habían tenido tanto peso como ahora. Solíamos hablar de las cosas que nos habíamos perdido estos años. Les hablaba de los mejores parques de Dublín —nunca de mi padre— y ellas me contaban los rumores del pueblo, pequeñas anécdotas, o los trabajos que Carrie tenía que entregar para clase. No esto.

Teníamos veinte años, no deberíamos estar hablando de policías amenazando con dispararnos.

No. No nos amenazaban a nosotras, la amenazaban a ella. Y si tenía miedo era porque tenía razones.

—Creo que por eso decidí quedarme en Degriffin en lugar de mudarme a Dublín este año —siguió, bajo la atenta mirada de Gina. Parecía estar preparada para abrazarla en cualquier momento—. Tenía miedo a que en las grandes ciudades hubiera un poco de lo mismo. Que seguramente lo haya, aunque nos enseñen a no mirar. En Degriffin todos me conocen. En Degriffin no... No soy una puta delincuente.

Me quedé callada, porque sentía que no tenía nada que decir ante eso.

Porque mis padres fueron los primeros en enseñarme a mirar a otro lado. Porque cuando somos niños, incluso adultos, lo primero que hacemos cuando nos encontramos con algo *diferente* es quedarnos mirándolo. Intentar entenderlo. Saber si es una amenaza o un amigo. Hombre o mujer. Blanco o negro. Vivo o muerto. Nos enseñan todas las categorías, y lo primero que hacemos cuando algo no encaja es mirarlo.

Y cuando miramos suficiente y decidimos que lo que es diferente es también peligroso, lo matamos.

En la cabeza de los policías que poblaban las pesadillas de Carrie no había otra forma de actuar. En aquel momento me di cuenta de que, por muy enfrascada que estuviera en la búsqueda de la *banshee* (o la *no-banshee*), el mundo real seguía dando miedo. Los vivos seguían dando miedo. A unos más que a otros.

A cada persona la perseguían sus propios fantasmas, y los de Carrie estaban vivos.

10

Adam Finn pasaba demasiado tiempo viendo películas.

Esa fue mi conclusión cuando empezó a tirar pequeñas piedras contra la ventana de mi habitación. Los golpes me despertaban de las pocas siestas que podía echarme cuando mi madre estaba ocupada o me obligaban a dejar dibujos a la mitad. Abrí la ventana despacio, dejándole tiempo suficiente para que no lanzara una nueva piedra que me dejara ciega.

—Un día de estos me romperás el cristal —saludé, apoyando las manos en el alféizar.

Adam me sonrió desde el jardín, con una mano sobre los ojos haciéndole de visera y la otra cargando una caja de cartón bajo la axila.

—Y los gastos correrán de mi cuenta, prometido.

—¿Qué has traído?

Cargó la caja con ambas manos y se la colocó sobre el abdomen, todavía con el hoyuelo y la media sonrisa en los labios.

—Vamos a la casa del árbol y te lo enseño.

—Vale, Romeo, ahora bajo. —Cerré la ventana justo cuando él se daba media vuelta hacia la parte trasera de la casa.

Antes de reunirme con él, me aseguré de que mi madre seguía con la vista clavada en la televisión —y la mirada tan perdida como siempre— y con un tazón de leche fría todavía entre las manos.

El otro día, al volver a casa, me di cuenta de que el pastel de manzana de Adam había desaparecido por completo; así que a partir de entonces me había dedicado a coger la bicicleta cada mañana para visitar la pastelería del señor Riley y comprarle el pan de cada día y algún dulce que animara a mi madre. No todos los días funcionaba, pero que se alegrara por algo, o que al menos fingiera hacerlo, ya era todo un logro. Le saqué unas empanadillas por si le entraba hambre, me despedí con un beso en la mejilla y salí al jardín.

Me abracé los codos nada más enfrentarme a la brisa, cada vez más fría. Subí hasta la casa del árbol tiritando.

—Dime que lo que tienes en esa caja es alguna manta calentita. O chocolate caliente. No le haré ascos a nada.

Adam se hizo a un lado en la cabaña, haciendo crujir las tablas del suelo. Se dio la vuelta para coger una de las mantas que habíamos traído para cuando llegara el invierno.

—Toma, Cascanueces. —Me cubrió con la manta sobre los hombros mientras me acomodaba a su lado, de piernas cruzadas. El polvo que levantó me hizo estornudar. Adam se giró hacia la caja y la plantó frente a nosotros —. He traído libros de la biblioteca.

—Oh, ¿en serio? —Abrí la caja como si fuera una niña pequeña ante su regalo de Navidad—. No tenía ni idea de que en la biblioteca tenían libros de este tipo. Me la imaginaba más... conservadora.

—Bueno, ni confirmo ni desmiento que quizás haya tenido que colarme en la Zona Prohibida. —Me volví hacia Adam con los ojos como platos, pero él solo rio—. Es broma, Duanne. Échales un ojo, anda.

—¿Entonces no hay ninguna Zona Prohibida?

—No, solo un apartado de Religión y Filosofía. Siento decepcionarte.

Hice un mohín con los labios y empecé a sacar los libros de la caja, a cuál más antiguo y pesado. *La enciclopedia del Más Allá; Fantasmas célebres alrededor del mundo; El origen de los espíritus; Muerte y vida*, Adam incluso había sacado un par de libros de ficción que recordaba haber leído años atrás, como *El fantasma de la ópera* o *La leyenda de Sleepy Hollow*.

—¿Te los has leído? —pregunté, colocándome el primer tomo de *La enciclopedia del Más Allá* sobre las piernas.

—He visto la película, pero no creo que ahora nos sea muy útil.

—Quizás calma a mi fantasma. O espíritu. O lo que sea. Pero es algo, estoy segura. —Fruncí el ceño, leyendo en diagonal las primeras páginas de la enciclopedia. Adam se encargó de colocarme sobre los hombros la manta cada vez que se escurría—. ¿Crees que está aquí... siempre, aunque no lo vea? ¿O que se aparece, como el otro día cuando me duchaba?

—Menudo perverso —contestó con una media sonrisa.

—Hablo en serio, Adam.

Él suspiró y se encogió de hombros, dejando descansar sus manos sobre las mías.

—No lo sé, Bree. Creo que tú eres la única que podría saberlo.

—A menos que estuviera persiguiendo a alguien más.

—¿Por qué piensas que te persigue? —Me giré hacia él arqueando una ceja—. Quiero decir, ¿es porque la oíste en Dublín y luego aquí?

—Bueno, es... Es porque he supuesto que eso es lo que hacen. Que me está avisando de algo y que..., que no parará hasta que ocurra, supongo.

«*No deberías estar aquí*».

Si el supuesto espíritu estaba esperando a que algo cambiara, iba a estar rondándome durante mucho tiempo. En Degriffin empezaba a sentirme un poco más viva. En Dublín no nos quedaba nada. Solo recuerdos que dolían y preguntas que ya no podríamos responder. Mi madre y yo habíamos hecho bien en volver; merecíamos esta vida tranquila, esta nueva oportunidad; merecía volver a pasar el tiempo con Adam, Gina y Carrie en lugar de pasar las tardes encerrada en mi habitación con la única compañía de mis cactus, evitando a la gente de clase que me pedía apuntes a la cara y se reía de mí a la espalda, como si tuviéramos trece años. En Dublín no encontré mi sitio, por mucho que mi padre insistiera en que la ciudad nos daría oportunidades. La ciudad solo le quitó la vida.

No iba a dejar que se llevara lo que quedaba de la mía.

Y no me importaba lo que pudiera hacerme un estúpido espíritu. Había soportado sus llantos en Dublín y soportaba los llantos de mi madre cada noche aquí, en Degriffin. No podía hacerme más daño.

O eso quería pensar, pero dudaba que encontrara la respuesta en ningún libro.

Vi cómo Adam recorría mi cuerpo con la mirada, como si buscara al fantasma en él.

—¿Ha hecho algo nuevo últimamente? —dijo.

—¿Aparte de lo de la bombilla? Nada que haya visto. —Fruncí los labios—. Bueno, a veces oigo a alguien llorar por las noches. Justo cuando estoy a punto de dormirme. Pero no duermo mucho, así que tampoco lo oigo mucho. —Le miré de reojo; Adam tenía el ceño fruncido y asentía, despacio, con la mandíbula demasiado tensa como para no ocultar nada—. No me crees, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Porque no tiene sentido. No tiene sentido que me oigas hablar de fantasmas y persecuciones y no me mandes directa a un psiquiátrico.

—Quizás no eres la única que ha vivido estas cosas, Duanne. —No habló con el cariño de hermano mayor con el que solía hablarme—. Quizás no gano nada creyendo que me mientes.

—O creyendo que me estoy mintiendo a mí misma. No sé, Adam... Tú mismo lo dices: no ha hecho nada últimamente. No me persigue. No... Puede que no sea real.

Las palabras sabían amargas en mis labios.

—Lo que has vivido es real, así que deja de engañarte. —Cogió mi muñeca con una agresividad que hizo que me sobresaltara. Había visto aquel gesto demasiadas veces—. ¿Necesitas más pruebas que esto?

Bajó la manga de mi jersey hasta que quedara visible el hematoma que recorría mi antebrazo. Me zafé de él con un movimiento brusco, llevándome el brazo al pecho.

—Esto fue culpa mía. Me..., me golpeé contra la pared cuando...

—Cuando un puñetero fantasma empezó a jugar con las bombillas de tu casa, ¿no? —Me mordí el labio—. ¿Cuánto más vas a aguantar para empezar a creértelo? No puedes esperar que yo te crea si ni siquiera tú...

—Y, aun así, lo haces —le corté. Me volví a cubrir el brazo bajo la manga y me envolví mejor en la manta—. Me crees.

Adam apartó la mirada.

—Tengo mis razones. —Se volvió hacia uno de los libros que habría traído y lo abrió por una página al azar, fingiendo concentrarse—. Además, es un tema que siempre me ha interesado.

—¿De verdad?

—Si no, no estaría aquí leyendo libros de fantasmas, tonta. —Arrugó la nariz—. Y más sabiendo lo poco que me gusta leer. A mí dame números.

Esta vez fui yo la que rehuyó su mirada.

—Antes sí que te gustaba. En primaria. Tenía que ir a buscarte a la biblioteca del colegio todas las tardes.

—Sí, eso fue antes de darme cuenta de que iba un paso por detrás de todo el mundo. Antes de que la gente empezara a reírse cada vez que me trababa al leer en clase. —Sacudió la cabeza—. Es igual. Éramos unos niños. Pero supongo que aún tengo esa espinita cada vez que leo. Me siento... estúpido.

—Y no lo eres.

—Igual que tú sientes que estás loca y no lo estás —soltó. Noté cómo me ruborizaba al instante. Adam se detuvo ante una página y entrecerró los ojos para leerla mejor—. No dirías que la gente que escribió estos libros lo estaba, ¿a que no? No creo que sea una locura. Creo que... Creo que tienes una sensibilidad especial para sentir todo esto. Que algunas personas la tienen, como un sexto sentido. Y por eso algunos lo tachan de locura. Te recuerdo

que cuando Darwin habló de la teoría de la evolución también le tacharon de loco y hereje, señorita bióloga.

—No me compares con Darwin —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Pero tiene sentido. Piensa en la teoría de la evolución: pequeñas mutaciones que ayudan a que la especie sobreviva. ¿Y si algunos humanos hubierais desarrollado un nuevo sentido, algo capaz de sentir... lo que hay más allá? Un sentido espiritual. Estoy seguro de que ya lo has visto, pero nunca te has parado a pensarlo: hay personas a las que les resulta muy fácil creer en un dios, en algo más grande que nosotros, y personas a las que no. ¿Y si fuera porque tienen más desarrollado un sentido que les hace... conectar? Que les hace *sentirlo*. ¿Y si tú también lo tuvieras? Un don, Bree. No es ninguna locura. —Me tendió el libro que sostenía, *Muerte y vida*. La página tenía la esquina doblada y contenía toda la teoría de la que hablaba.

—Veo que has estado estudiando.

Adam se ruborizó.

—Tiene sentido —insistió, como si quisiera repetírselo a sí mismo—. Tienes un don, Bree.

Sacudí la cabeza, conteniéndome para no reír.

—Un don. Vivir en una casa encantada y que un fantasma me persiga es un don.

—Ser capaz de *notarlo* es un don.

—Adam, apagó las luces mientras me duchaba, escribió en mi espejo, me hizo creer que la maldita bombilla había explotado. Lo raro sería que no lo *notara*.

Él solo puso los ojos en blanco.

—No te quites méritos, anda.

Sonreí, conteniendo la risa al ver cómo él también intentaba contenerla. Se colocó las gafas sobre la nariz y volvió a inclinarse sobre un libro, dejando que algunos mechones de pelo le cayeran sobre la frente. Le di un pequeño golpe en el costado.

—Que conste que no se me olvida que me has llamado mutante.

Le miré, pero él seguía con la cabeza enfrascada en la lectura y una pequeña sonrisa que dejaba entrever su hoyuelo. La misma cara de pillo que el día que lo conocí.

—Porque lo eres, Bree. Pero a lo mejor no eres la única.

11

Extendí las fotografías que había tomado en las últimas semanas sobre la mesa. La mayoría captaban los distintos paisajes que se veían desde mi ventana: el atardecer, el amanecer, el cielo tornándose rosa sobre el lago. La arboleda que crecía detrás. Los días de lluvia. Adam trepando a la casa del árbol, girándose en el último momento para sonreír a la cámara. Las fucsias que crecían en el jardín. Una bicicleta apoyada sobre el muro de la casa de los Finn. La luz del sol colándose en mi habitación y la pequeña tira de cactus protegiéndose a la sombra.

Separé las fucsias y guardé el resto de las fotografías en el cajón del escritorio. Hubiera sido el gesto más cotidiano e insignificante del mundo si aquel maldito cuaderno negro no hubiera estado ahí, recordándome las palabras que escondía. Todas las mentiras que había vivido.

Cerré el cajón de golpe.

Volví a centrarme en la foto de las fucsias y humedecí el pincel en el frasco hasta que la pintura roja se diluyó lo suficiente para imitar el color de mis mejillas.

Me gustaba jugar con acuarelas porque, muchas veces, el arte nacía de los errores. Porque no había forma de equivocarme. Y porque era una manera de que mi mente se calmara, siguiendo la línea del pincel sobre el papel. Esa era otra ventaja de pintar: era imposible crear mal. Las flores de mi lienzo cada vez se parecían menos a las flores del jardín, pero nadie había dicho que tuviera que imitarlas.

Un estruendo de metales en el piso de abajo hizo que saliera de mi ensimismamiento, seguido del quejido de mi madre. Con un suspiro, dejé el pincel secándose sobre la mesa y bajé a ver qué había pasado.

—¿Mamá? —pregunté por el hueco de la escalera. Me asomé a tiempo de ver la puerta que daba al garaje abierta, con un par de botes de pintura

rodando por el suelo y el tintineo de una llave inglesa aún en mis oídos—. ¡Mamá!

Bajé a zancadas los escalones que me faltaban y corrí hacia el garaje, donde mi madre trataba de incorporarse desde el suelo. Su moño había resbalado hasta deshacerse en su nuca y tenía la manta a sus espaldas, así que imaginé qué seguía llevándola sobre los hombros como una capa. Como una carga. Verla en el suelo, con las rodillas apuntando al techo y haciendo fuerza con las manos para levantarse, me rompió un poco más el corazón.

Porque me di cuenta otra vez de lo mucho que había cambiado. De cómo sus ojos habían pasado de ser tan claros y almendrados como los míos a no ser más que dos ventanas opacas. De cómo parecía que su cuerpo se hubiera reducido a la mitad; ahora sus piernas eran tan delgadas que a duras penas podían sostenerla, y la piel se le pegaba cada día más a las clavículas. Cada vez que no tenía fuerzas para comer, o para levantarse de la cama, parte de ella se deshacía.

Y yo tenía que vivir con la impotencia de no poder hacer nada para cambiarlo. No hacía caso a los médicos ni a Christine ni a nadie. No podía curarla de una enfermedad que ni ella misma veía. No podía traer de vuelta a mi padre.

No *quería*.

Mi madre solo se percató de mi presencia cuando me senté de cuclillas a su lado y la ayudé a ponerse en pie.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

—Perdona, cielo —dijo, con una mano en el pecho—. Quería... coger una cosa del estante y me he subido al taburete, pero...

—Ya lo veo. —Le solté el codo con cuidado, como una madre primeriza que no está segura de si su bebé puede sostenerse por sí solo—. ¿Qué querías?

—Pintura.

Volví a mirar el estante más alto, como si no hubiera escuchado bien a mi madre o mi vista me hubiera fallado. Pero allí estaba, un estante más arriba de los botes de pintura de pared que habían caído y de unas cuantas cajas de herramientas: una cesta de mimbre con el material de pintura que mi madre utilizó años atrás. Muchos años atrás. La pintura debía de estar seca, al igual que los pinceles, y dudaba de la calidad de los lienzos que llevaban una década esperando a volver a ser pintados. Quizás dos.

—¿Vas a pintar? —pregunté.

Ella se encogió de hombros. Me subí al taburete con cuidado y bajé la cesta hasta las manos de mi madre.

—Si necesitas alguna cosa más, arriba estoy con acuarelas. ¿Quieres que te despeje la cocina?

Negó con la cabeza.

—El taller está bien.

Tragué saliva. Era la primera vez en años (en demasiados años) que mi madre se refería al garaje como su antiguo taller. Quizás incluso se animara a destapar esos lienzos fantasmales que aún esperaban a ser acabados.

Con los ahorros de mi padre y la pensión de viudedad ni siquiera nos habíamos planteado qué sería de nosotras cuando el dinero se acabara, pero quizás, si mi madre volvía a pintar...

Quizás ella también volvería.

—Genial. Llámame si necesitas algo más.

Le di un beso en la mejilla y recogí los botes que aún rodaban por el suelo de camino a la puerta. Subí de nuevo a la habitación, cauta y con un oído todavía puesto en los sonidos del garaje: mi madre arrastrando los pies, el susurro de la tela al correrse, los pinceles chocando unos contra otros.

Llegué al piso de arriba silbando, pero la canción se cortó de golpe en cuanto llegué a mi cuarto. O lo que hasta hacía unos minutos había sido mi cuarto.

Ahora todas las paredes se habían llenado de pintura roja. El techo, el cristal de la ventana, la colcha de mi cama, las tablas de madera del suelo. Todo estaba cubierto por una sola palabra, repetida una y otra vez, con las letras superponiéndose unas sobre otras y haciendo eco del mismo mensaje.

VETE.

Sentí que me faltaba el aire, que mi cuerpo se volvía de piedra junto al umbral de la habitación.

Y cuando di un paso atrás para cerrar la puerta, las letras empezaron a moverse.

La misma palabra cambió de tonalidad, de rojo suave a rojo sangre, iluminándose como si fueran luces de león. Moviéndose por las paredes como reptiles. Pintura roja sobre mi cama, sobre mi escritorio, en mis cactus, cubriendo toda la ventana y hundiendo la habitación en la semipenumbra. Solo para recordarme que Degriffin no era mi hogar.

Que no debía quedarme. Que no pararía hasta que me fuera.

Las palabras empezaron a girar, como si alguien estuviera proyectándolas sobre el techo, el suelo y las paredes. Dieron vueltas a mi alrededor, cada vez más rápido, cada vez más grandes, cada vez más rojas. «VETE, VETE, VETE».

—Basta, ¡para! —Me llevé las manos a los oídos, pero fue inútil. Tampoco sirvió de nada cerrar los ojos, porque incluso en la oscuridad la habitación seguía girando. Todo daba vueltas. Todo me perseguía. Apreté las manos contra las sienes, sintiendo que me faltaba la fuerza de las rodillas.

Y al cerrar los ojos, veía las mismas letras rojas brillando en la oscuridad.

VETE.

—¡Para!

Oí los mismos gritos que me acompañaban desde que mi padre murió.

Y luego llegó el silencio.

Abrí los ojos con miedo a que la pintura siguiera allí, derramándose entre las tablas de madera de las paredes y goteando desde el techo. Pero todo estaba en calma, tal y como lo había dejado al marcharme.

Como la bombilla que nunca se rompió. O que volvió a formarse; aún no lo sabía.

Me acerqué al escritorio sin ser capaz de frenar los palpitos que aún resonaban en mi cabeza. No dejaron de incrementarse, como si sospecharan que el fantasma seguía ahí. Escondido debajo de mi cama, detrás de mi armario, entre las páginas de un cuaderno negro.

O en el rojo de la palabra «VETE», escrita en mayúsculas, que atravesaba de una esquina a otra el dibujo de las fucsias.

12

Aquella tarde abrí la ventana antes de que Adam lanzara la primera piedra.

—¡Sube! —le pedí, congelando su sonrisa a mitad camino.

Él dejó caer las manos a sus costados.

—¿Pretendes que trepe por la pared o qué? A tanto no llego, Bree.

Puse los ojos en blanco.

—No, idiota, quiero que vayas a la puerta, entres, subas las escaleras y vengas. Está abierto. —Los nudillos se volvieron blancos de la fuerza con la que me amarraba al alféizar. Sentía la presencia del dibujo a mis espaldas como si estuviera vivo. Como si pudiera empujarme a través de la ventana. Como si en cualquier momento fuera a atravesar el papel—. En serio, Adam, es..., es importante.

—Voy, voy.

A los dos minutos lo tenía en mi habitación, recostado sobre la cama y jugando con un muelle de colores que debía haber encontrado entre los juguetes de la casa del árbol. Parpadeó y alzó la mirada, acomodándose sobre la colcha.

—A todo esto, ¿y tu madre? Quería saludarla al entrar...

—Imposible, está durmiendo. —En realidad, seguramente estaría mirando al techo desde la cama y dejando que los recuerdos la consumieran. Tendría suerte si dormía—. Pero necesitaba enseñarte algo.

Le lancé el dibujo a sus pies, sobre la cama.

—¿Arte moderno?

—Adam... —Suspiré antes de sentarme a su lado. Su rostro cambió la expresión de la simpatía a la sorpresa, de la sorpresa al miedo, conforme le contaba la visión que había tenido. Palideció como si le estuviera sacando sangre a cuentagotas.

Cuando hube acabado, me levanté de un salto, inquieta. No podía soportar estar tan cerca de ese dibujo. De la pintura, la sangre o lo que fuera que aquel

espíritu había dejado sobre el papel. Apilé sobre el escritorio todos los libros de fantasmas que había traído de la caseta para distraerme, pero era inútil.

Oí a Adam suspirar a mis espaldas.

—Empieza a asustar un poco, ¿no? Podría ser un poco más amable contigo.

Sabía que intentaba bromear, pero me costaba seguirle. Esperaba que Adam dijera algo distinto. Ni siquiera sabía el qué.

—No sé por qué te he enseñado nada —dije, frunciendo el ceño—. No ha hecho nada que no haya hecho antes, solo que ahora lo puedes ver. Y no sirve de nada. Saber esto no te ayuda en nada.

Fui hacia él y le arranqué el dibujo de las manos. Él se quedó con los dedos extendidos, como si aún esperara encontrar los míos.

—Bree, ¿qué estás diciendo?

—Tengo miedo de... De estar utilizándote, supongo. —Adam frunció el ceño, como si la simple idea le ofendiera—. No sé qué está pasando todavía, pero sé que, cuando estoy contigo, todo me asusta menos. Siempre se ha tenido miedo de los fantasmas porque es algo que no conocemos. Y aquí estamos nosotros dos, conociéndolos. Pero no son esos malditos libros los que me dejan más tranquila, eres tú. Es saber que tengo alguien que me escucha *por fin*. Y no quiero que eso me convierta en una carga.

Adam parpadeó.

—Bree, no...

—Te pasas las horas conmigo en la casa del árbol. Horas que podrías pasar en tu casa, con tu familia, con los estudios, jugando a videojuegos. Yo qué sé. A nadie le hace gracia leer sobre la muerte, y tú...

—Paso las horas que quiero contigo porque quiero. —Adam se puso en pie y me puso las manos sobre los hombros, acentuando todavía más la altura que nos separaba. Se esforzó para que le mirara a los ojos—. Y no eres ninguna carga, Bree. Tienes una carga, una jodida carga que te asusta, pero pesa demasiado como para llevarla sola. No te hagas esto.

Me zafé de sus manos, dando un paso hacia atrás. Parecía que mi mente daba vueltas una y otra vez sobre el mismo pensamiento, enredándose cada vez más en él como la cinta de un casete roto.

—No debería haberte metido en todo esto. Tú mismo lo dijiste: ¿y si no soy la única a la que persigue? ¿Y si empieza a hacerte daño? Es capaz. Lo hemos leído, hay fantasmas capaces de muchas cosas peores. Que este se dedique a escribir mensajes parece una broma. Pero no quiero que te quedes

mirando cómo sigue amenazándome sin poder hacer nada. No... No quiero que pienses que lo único que busco de ti es... Yo qué sé.

Hablé muy deprisa; atropellándome con las palabras. Cuando frené y Adam habló, sentí que de alguna forma también frenaba el mundo.

—¿Y qué buscas de mí, Duanne?

Arqueó una ceja y dejó que nos envolviera el silencio, porque de pronto mi mente se vació como si las palabras corrieran a través de un embudo.

—No lo sé —murmuré.

Adam levantó la mano para rozarme la mejilla. O quizás para pedir una explicación; para abrazarme, para abofetearme, para tirarme sobre la cama y hacerme cosquillas o para cogerme de la mano; no lo supe. El silencio me permitió escuchar unos pasos débiles en el pasillo y me separé de él con brusquedad, dejando su mano en el aire.

—¿Bree? —Se oyó al otro lado de la pared, lejos.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Mi madre se ha despertado. —Me mordí el labio y acerqué el oído a la puerta, aunque sabía que a mi madre le llevaría un tiempo acabar de desperezarse. Pero no podía ver a Adam aquí. Ya le había dado demasiados disgustos—. Y conociéndola, lo primero que hará será ver si estoy bien.

—Genial, así la saludo.

—Ni en broma. —Fui hasta Adam y le empujé hacia atrás, aunque apenas se movió dos pasos—. Tú te escondes.

—¿Qué?

—Lo que oyes, ¡venga!

—Bree...

Pero ya no le escuchaba. Me giré hacia el escritorio, con las manos frenéticas buscando algo que aferrar, algo que ocultar, algo de lo que deshacerse. Había demasiadas cosas. Los libros se amontonaban unos sobre otros, con títulos demasiado estrambóticos y páginas demasiado amarillas como para pasar desapercibidos.

Abrí el primer cajón y arrastré la torre de libros al interior, pero la mayoría cayó hacia los lados.

—Mierda, no caben. Mierda, mierda, mierda...

—Bree, son libros. —Adam apareció por detrás, con una ceja levantada.

—Parece que no conozcas a mi madre: católica, romana y apostólica, ¿recuerdas? —Me mordí el labio, saltando la mirada de los libros a Adam como si así fuera a hacerlos desaparecer—. No sé qué le horrorizaría más:

encontrarte aquí o enterarse de que estoy metida en asuntos de fantasmas. — Vacié el contenido del cajón sin pensar y lo tiré al pecho de Adam—. ¡Va, coge esto! ¡Escóndete!

Se quedó sosteniendo el montón de papeles y cuadernos, con una ceja levantada y las gafas resbalándole por el puente de la nariz.

—¿Que me esconda?

—Por Dios, Adam, pareces nuevo en esto. Al armario —dije. Las mejillas se le encendieron con la última palabra—. ¡Va!

No le di tiempo a contestarme. Me aseguré de que no se le caía ni un solo papel por el camino y lo empujé al interior del armario, perdiéndole entre las prendas de invierno. Parecía un gigante atrapado en una caja de cerillas.

—Bree... —murmuró, sacudiendo la cabeza.

—Se irá en dos minutos. Prometido.

Cerré la puerta del armario.

—Bree, ¿con quién hablas?

Quizás fueran a ser menos. Me volví de nuevo al escritorio y escondí los libros que quedaban en el cajón, justo a tiempo de escuchar el picaporte de mi puerta. Cuando me giré, con las manos tras la espalda como si aquel cajón guardara todos los secretos del mundo, mi madre me miraba con la boca entreabierta. Parpadeó; parecía que todavía seguía entre la vigilia y el sueño. Se había anudado un batín a la cintura y no se había molestado en deshacerse la trenza que le peiné por la mañana, cada vez más caótica y con más mechones en el aire.

Se separó del umbral para abrazarse los codos y miró a la habitación como si fuera la primera vez que entrara. Quizás lo era. Después de todo, había pasado yo más noches acompañándola en su habitación que ella aquí.

—Estaba practicando una exposición oral para clase —contesté, aclarándome la garganta—. ¿Se me oía mucho? ¿Te he despertado?

Ella sacudió la cabeza.

—No estaba dormida.

—Una siesta te vendría bien, mamá... Esta noche has dormido muy poco.

—Y volveré a dormir poco. —Sonrió, aunque no había ni una pizca de gracia en esa sonrisa—. No te preocupes, el médico me recetó algo para cuando no pudiera dormir.

—Pero no para el resto de tu vida. Lo sabes, ¿verdad?

Ella no contestó. Empezó a pasear por la habitación perdiendo la mirada en el techo, en las grietas que se abrían sobre las tablas de madera y en los

pocos dibujos y fotografías que me había dado tiempo a colocar en las paredes. Todo con una sonrisa. Como si siguiera en un sueño.

—Tienes que volver a ver a Christine, mamá. —Me mordí el labio—. Necesitas ayuda...

Ella sacudió la cabeza.

—No; necesito tiempo, Bree. Tiempo. Es todo muy reciente y han sido veinti...

—Veintiocho años, mamá, lo sé, lo repites todos los días. —Suspiré—. Pero pasa el tiempo y no das ni un paso adelante, ¿no te das cuenta? Si no estuviera yo aquí, no... No sé cómo...

—Pero lo estás. —Se acercó a mí con cuidado, como si mi piel quemara, y dejó un suave beso sobre mi mejilla—. Y no sabes cuánto lo agradezco, cariño. Solo necesito tiempo...

—Ya. Tiempo. —Alejé la cabeza. Mi madre se separó un paso de mí, hundiendo los hombros—. Debería seguir estudiando, mamá. ¿Necesitas algo más?

Ella negó.

—Creo que..., creo que voy a merendar algo.

—Si quieres, puedo bajar luego a Riley's a por pastel de manzana. —Intenté sonreírle, pero ella ya estaba con la mirada clavada en el suelo.

—No hace falta. Sigue con el trabajo, cariño. —Levantó las comisuras de los labios en un intento de sonrisa, pero su mirada volvió directa al suelo, al igual que sus hombros. Se dio media vuelta arrastrando los pies y se despidió desde la puerta con un beso.

Me tomé un tiempo para asegurarme de que volvía a estar sola. Aunque no lo estaba.

Abrí la puerta del armario y Adam cayó al suelo de bruces, junto al montón de papeles y cuadernos que antes estaban en el cajón. Parecía que había estado demasiado tiempo con la oreja apoyada en la puerta, pero no perdí el tiempo en reñirle. Tenía suficiente con esa caída.

Le di la espalda y me crucé de brazos, todavía con la última visión de mi madre en la retina.

Ya no la reconocía. Como si el duelo le hubiera quitado parte de vida. La persona que me había animado a ir a Christine, a ponerle nombre a lo que sentía, ahora decía que no tenía tiempo para ir ella. Que no era tan importante. Que era normal. Y que el tiempo curaría todo lo que ni el médico ni el psiquiatra estaban consiguiendo sanar.

«Pero no, mamá, después de lo que descubrimos, que te duela su muerte no es normal».

Aunque quizás ella tenía razón. Quizás era yo la que tenía el corazón roto, la cabeza rota. Solo había que escucharme.

—Adam, perdona, yo...

Pero cuando me giré, él no me estaba mirando. Seguía en el suelo, esta vez un poco más incorporado, con los papeles revueltos a su alrededor y un cuaderno de tapas negras abierto de par en par en sus manos.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron en cuanto me di cuenta de lo que Adam leía.

Le arranqué el cuaderno de las manos y me lo llevé al pecho, alejándome de Adam como si quemara.

—Bree, ¿qué coño era eso?

Le di la espalda. Lo había leído. Joder, claro que lo había leído.

Las palabras se hacían más grandes, más negras y más intensas conforme llegabas al final del diario. Cada vez con más rabia, pensando que nadie las leería nunca.

Las mismas palabras que se repetían en mi cabeza cada noche. Cada vez que veía a mi madre llorar como si la víctima hubiera sido él.

Ha sido una semana alucinante, creo que me ha cambiado la vida. Quiero escribir esto para acordarme siempre.

Cállate, cállate, cállate.

Todo empezó en el trabajo, el primer día. Vaya rubia.

Volvió el nudo en la garganta, volvió el dolor en el pecho, volvieron las lágrimas que ardían en mis mejillas.

En nuestra boda pensé que no iba a durar mucho. Tal vez ya hemos durado bastante.

Fue todo una mentira. Y Adam no tenía que saberlo. Adam no tiene que cargar con mis heridas. Adam tiene suficiente con su familia, fuera como fuera, para tratar de recomponer la mía.

Él nunca quiso.

Quiero que Fiona piense en sus fallos y no en los míos. Que se sienta culpable y luego dejarla.

Su certificado de defunción decía que Ivor Duanne había muerto el 3 de noviembre a las 15:11 de la tarde.

Pero mentía.

Mi padre murió mucho antes.

—Bree...

Noté la sombra de Adam a mi espalda un segundo antes de que su mano acabara en mi hombro. Me zafé de él con un movimiento brusco.

—No tenías que verlo. No...

—¿De dónde ha salido eso? ¿Quién...?

—Olvídalo. —Como si mis piernas se hubieran desbloqueado de golpe, apreté el cuaderno contra mi pecho y lo devolví al cajón donde le correspondía estar. Adam me siguió como un fantasma.

—Si no fuera importante, no reaccionarías así. ¿Qué te pasa, Bree? —Cuando creí que lo tenía lejos, noté la caricia de sus dedos en mi hombro—. ¿Es..., es el espíritu?

—¡No, claro que no! —Mi voz sonó más alta de lo que esperaba. Más alarmada, más histérica. Sentía que en mi cabeza las frases se enredaban unas con otras—. Es... Es...

Es peor, pensé. Porque está vivo. Porque estuvo vivo.

—Bree, me estás asustando... —dijo él, alejándose un paso de mí. Me temblaban los hombros por la forma en la que me contenía para no llorar. Para no explotar.

—Era el diario de mi padre.

Cuando me giré hacia Adam, su cara pasaba de la preocupación a la sorpresa.

—Lo... Lo siento, Bree. Quiero decir... —Se mordió la lengua y sacudió la cabeza—. No se me ocurrió pensar que sería suyo. No sabía que escribía.

Claro que no, nadie lo sabía. Ni siquiera su familia.

—Mi padre se pasó la vida escribiendo. Tenía una vieja máquina de escribir en casa, en esta casa, y solía inventarse cuentos para que me durmiera cuando era niña. Pero después... Después empezó a trabajar en Dublín y dejó todos nuestros cuentos de lado. No tenía tiempo, decía. Supongo que encontró una manera de seguir contándose historias a sí mismo. Aunque hubiera preferido que no lo hiciera. —Me mordí el labio y carraspeé—. ¿Has leído algo?

Adam bajó la mirada, cohibido.

—Me hubiera gustado no hacerlo. Pensé que sería otra cosa, alguna historia...

—Es una historia. La suya. Una especie de diario donde escribía lo que había hecho en un día, lo que pensaba. Todo sin filtros.

—Lo he notado.

Tiré el cuaderno sobre la colcha de la cama, como si así pudiera también alejarme de mi padre.

—Lo encontré recogiendo sus cosas el día que murió.

Y me hubiera gustado no encontrarlo nunca y seguir viviendo engañada. Pero no. Conocí a mi padre el día que se fue, gracias a ese estúpido diario.

El rostro de Adam se ensombreció.

—¿Qué has leído? —pregunté.

—No mucho. Algo de una discusión entre sus padres, sobre cómo tu madre nunca quería hacer nada por él, creo...

—Porque estaba deprimida —solté—. Mi madre tenía depresión, por eso no quería hacer nada. No *podía*. Pero para mi padre la culpa siempre fue de ella. Eso no lo escribe, ¿verdad? Esa palabra no aparece ni una sola vez. —Apreté la mandíbula y cerré los puños con fuerza—. Pero sí que escribe cómo se fue con otra y lo infeliz que era en nuestra familia. —Suspiré. No sabía si me dolía más decirlo en voz alta y darme cuenta de que era real, o que Adam me viera con tanto... Tanto odio. Tanta pena—. Y cómo nunca nos lo dijo, cómo pensó que lo veríamos a través de las ausencias, de los golpes, de...

—¿Los golpes? —me interrumpió Adam, llevando la mano a mi mejilla—. Bree, ¿él os...?

—No. No, Adam, no me refería a eso. —Dejé salir el aire lentamente, esperando que así deshiciera el nudo de mi garganta—. Pero... Pensarás que soy una persona horrible, pero no sabes la de veces que he pensado que ojalá nos hubiera pegado. Quizás así mi madre se hubiera dado cuenta del daño que nos hacía. De cómo la menospreciaba. Quizás así el mundo dejaría de verle como la víctima.

Vi la duda en los ojos de Adam. O el miedo, no lo sabía. Pero no me extrañaba que dudara, era lo que le habían enseñado desde siempre. Si no había heridas, no había culpable. Si un hombre saludaba siempre con una sonrisa a sus vecinos y les regalaba piruletas cada vez que entraba en casa, no podía gritar a su familia cada noche. Si le contaba cuentos a su hija antes de dormir, no podía dejarla de lado cuando más lo necesitaba.

Pero las personas cambiaban. O quizá solo se quitaban la máscara.

Llegó un momento en que mi padre se cansó de que la vida no fuera fácil. Mi madre enfermó, sin causa y sin sentido, y él se cansó de lidiar. Había una salida más rápida. Algo que le hiciera más feliz.

Una rubia en un bar.

Unas copas de más.

Unas escapadas.

Mi padre aprendió que para vencer a sus monstruos tenía que convertirse en uno.

Pero nadie se dio cuenta, porque estamos acostumbrados a los monstruos que caminan junto a nosotros. Los mismos que justificamos cada día, los que la sociedad apoya. Los que tienen poder.

—Llegó un momento en el que mi madre empeoró. No hacía caso al psicólogo, las pastillas no funcionaban... Y sé que, de alguna forma, ella sabía que tenía que dejar a mi padre. Que solo se hacían daño, que las discusiones eran el plato de cada día, que cada vez las palabras herían más... Que la hundían más. —La vista se me desenfocó por culpa de las lágrimas, pero Adam alzó la mano con cuidado para secar mis mejillas. Esperó a que continuara. Me escuchó, me escuchaba *de verdad*—. No podía dejarlo porque sabía cómo reaccionaría él. Se arrodillaría, le pediría disculpas, se inventaría alguna excusa, le prometería que todo iría a mejor. Que era solo una mala racha. Y mi madre no podía hablarlo con nadie, porque nadie lo veía. Le conocían como Ivor Duanne, el empresario, el hombre que cada día se encargaba de hacerle la vida más fácil a los demás con una sonrisa. Cuando leí todo lo que pasaba por su cabeza, cuando descubrí el diario... Comprendí que mi padre intentaba huir de la oscuridad, de los problemas, para así ocultar la suya. Era más fácil quejarse de cómo le trataba su jefe, sin darse cuenta de que él trataba igual a su mujer y a su hija. Y no podía soportarlo. Odiaba ver a hombres con poder por encima de él, porque no podía soportar ser la «mujer» de su propia historia. Ser inferior. Ser el dañado.

Cogí aire.

Adam me miraba a dos palmos de distancia, pálido como un fantasma. Tenía las cejas entornadas y sus ojos pardos brillaban a través de los cristales. Abrió y cerró la boca un par de veces, sin saber qué decir.

—Bree, lo siento tanto...

—Nunca se lo había contado a nadie. —Me aparté una lágrima de los ojos, casi con rabia—. Perdona.

—No tienes que pedir perdón por nada. El...

—No quiero hablar más de esto —zanjé—. Solo quería soltarlo. Pero no me hables de él ahora, por favor. No es la persona que recuerdas. Y no tenemos tiempo para esto, y menos cuando hay un estúpido espíritu que no sabe lo que quiere...

—Tu padre.

—No, Adam, he dicho que no quiero...

—No, no me estás entendiendo. —Adam se esforzó por apartar la pena y frunció el ceño, buscando mi cercanía otra vez—. Tu padre. ¿Y si fuera él, Bree?

Parpadeé, deteniéndome un segundo en sus palabras.

Porque no era nada que no hubiera pensado antes, pero me sorprendía que él se lo planteara. Una parte de mí quería creer que era imposible. Que mi padre no jugaría con mi miedo, que no me haría daño.

Pero ya lo había hecho antes, y lo peor es que nunca se dio cuenta.

—Lo pensé. —Callé lo que de verdad pasaba por mi cabeza: que, la primera vez que entendí que un espíritu me perseguía, recé para que fuera mi padre. Porque eso significaba que me escuchaba. Que me veía. Que le importaba. Que de alguna manera quería contactar conmigo, después de más de diez años sin saber hacerlo—. Pero oí la *banshee* el día que murió, Adam.

—No tiene por qué ser una *banshee* y lo sabes. Puede que fuera un mensaje. Una alerta. ¿Eran gritos de mujer, estás segura?

—No. —Arrugué la nariz—. Es... es difícil de describir cuando se oyen «desde dentro», ¿entiendes? Solo son gritos. Solo duelen.

—Podría ser él.

—Podría ser él. —Pero aún no sabía si quería que lo fuera—. Aunque no sé cómo cambiaría las cosas eso.

—Lo cambiaría todo, Bree. —Adam se cruzó de brazos y se volvió hacia el montón de libros que aún no había tenido tiempo de sacar del cajón—. Significa que no podemos quedarnos leyendo enciclopedias y esperar a encontrar en ellas la fórmula mágica que nos diga qué es lo que él quiere. O cómo frenarlo. —Se giró hacia mí. La luz de la tarde se colaba por la ventana y caía directamente en su piel y sus ojos, que parecían provocar destellos—. Tenemos que hacer algo. Tenemos que ser nosotros los que demos el primer paso.

13

El Instituto de Tecnología donde estudiaban las chicas quedaba a poco más de diez minutos andando desde mi universidad. Aproveché que me habían cancelado la última clase para acercarme y ahorrarle a Carrie esa parada en el Trinity antes de regresar a Degriffin.

En los jardines de la entrada había un par de estudiantes cruzados de piernas sobre el césped, con los portafolios sobre las rodillas y la mirada clavada en el tejado. No me hizo falta preguntarles para saber que seguramente eran estudiantes de alguna Ingeniería o de Arquitectura.

Fue entonces cuando pensé que lo más probable era que Adam estudiara aquí. Con suerte lo encontraría por los pasillos y haría tiempo hasta que Carrie y Gina salieran de clase.

Entré en la universidad y me acerqué a recepción, donde una mujer miraba la pantalla del ordenador con el ceño fruncido. Seguramente jugaba al buscaminas.

—Perdone, ¿sabe si los alumnos de Arquitectura han acabado sus clases hoy?

Me lanzó una mirada por encima de las gafas, visiblemente molesta.

—Tienes el horario en el tablón de anuncios, bonita.

Fruncí los labios. Con parsimonia, me di la vuelta en busca del tablón de anuncios mencionado, pero el timbre taladró mis oídos justo antes de que una avalancha de estudiantes saliera de los pasillos.

—¿Bree? —Me pareció oír la voz de Gina a mis espaldas, y a los dos segundos eran sus manos las que me atrapaban desde atrás y me apartaban de la oleada de gente—. No esperaba verte aquí. —Sonrió—. ¿Has acabado antes o te has escaqueado?

—Me han cancelado una clase, así que he aprovechado para acercarme. —Gina me agarró del brazo para guiarme hacia la salida, esquivando a un par

de estudiantes que prácticamente corrían hacia la puerta—. Estaba buscando a Adam.

Ella se detuvo de golpe. No supe si por escuchar su nombre o por el grupo de alumnos de primero que se cruzó en el camino.

—¿Adam?

—Adam Finn. ¿Te acuerdas de él? Cuando éramos más pequeños...

—Claro que me acuerdo —contestó, cortante. Dio un paso hacia adelante, arrastrándome con ella. Apretó la libreta con fuerza, como si fueran a robársela en cualquier momento—. De todas formas, siempre se llevó mejor contigo.

—Lo sé. —Sonreí—. Oye, ¿no esperamos a Carrie? No creo que tengas las llaves de su coche.

—Con la pereza que a veces le da conducir, no tardará mucho en dármelas. —Quiso sonreír, pero parecía que las comisuras le pesaran—. Carrie sale por otra puerta; Periodismo está en el otro edificio. Supongo que ya nos estará esperando.

Cada vez viajábamos más en coche y cada vez las sentía más lejos. Carrie y Gina hacían esfuerzos por acercarse a mí y volver a conocerme, pero yo solo... las apartaba. Como si perteneciéramos a dos dimensiones distintas.

Supuse que mi padre debió de sentirse como yo todo el tiempo que nos ocultó que se veía con Paige. Se sentaba a cenar con nosotras, igual que yo me sentaba en el asiento del copiloto en el coche de Carrie, y nos preguntaba qué tal el día. Y ahora yo, igual que él, parecía estar llevando dos vidas distintas. Y si no me conocías en ambas, no me conocías en ninguna.

Carrie y Gina no lo veían, pero estaba dejando mitad Bree atrás, fuera del coche. La Bree que se encerraba en la habitación para leer cuentos de fantasmas, que escondía cuadernos negros y que mecía a su madre cada noche para ayudarla a dormir. No quería que vieran esa parte de mí. La que estaba rota. La que todavía no sabía si estaba enfadada, asustada o triste, o si era posible que lo sintiera todo a la vez.

Al menos la lluvia se encargaba de rellenar mis silencios. Las gotas empezaron a rebotar contra los cristales del parabrisas y Carrie bufó, sin despegar las manos del volante.

—¿Alguna lleva paraguas?

—Llevo uno en la mochila —contestó Gina desde el asiento de atrás—. ¿Qué clase de dublinesa no lleva un paraguas de repuesto, Carrie?

—Una que se acostumbró demasiado al tiempo que hacía en Seattle y ya estaba un poco cansadita de ir con chubasquero y botas a todas partes. No me juzgues. —Gina no llegó a verlo, pero Carrie puso los ojos en blanco antes de mirarme de reojo—. ¿Tú llevas, Bree? ¿Te viene bien que te deje en la plaza o te acerco a casa?

—Déjame en la plaza. No me importa mojarme.

Carrie hizo una mueca.

—No me cuesta nada, ¿eh? —Se mordió el labio. Durante un segundo, lo único que escuchamos fue la lluvia acompañando la canción que sonaba en la radio, hasta que empezaron las interferencias—. ¿Es que tus padres no quieren verme?

—¿Qué? Claro que no.

Carrie no parecía muy convencida.

—A veces pasa.

—Porque son idiotas, Carrie. —Vi cómo Gina se cruzaba de brazos a través del espejo retrovisor—. Pero en la familia de Bree no son así, ¿a que no? Mis padres preguntan por los tuyos, por cierto. Aún no habéis conocido a Daniel.

—Es un pillo, ya te aviso —dijo Carrie—. Todo lo contrario a su hermana. ¿Cómo va tu familia, Bree?

Sentí un pellizco en el pecho. Como si las dos intentaran cruzar la muralla que erguía a mi alrededor y yo no estuviera preparada para hacerlo.

—Mi madre está... —no podía mentirles. No podía decirles que «bien» cuando era todo lo contrario— mejor. Un poco mejor. Tiene depresión desde hace unos años —puntalicé; las cejas de Carrie se arquearon nada más oírlo—. Quiero pensar que volver a Degriffin le sentará bien.

—Seguro que sí —dijo—. ¿Y tu padre? No le he visto por el pueblo. ¿Sigue trabajando en Dublín?

—Murió hace un año.

Sentí cómo mis palabras caían sobre ellas como una losa. Tanto Gina como Carrie abrieron mucho los ojos, parpadeando como si no me hubieran oído bien. La primera se llevó una mano al pecho, pero fue Carrie quien habló:

—Dios, Bree, lo... Lo siento mucho, no teníamos ni idea.

Me encogí de hombros.

—Estoy bien, de verdad. No os preocupéis. Estos últimos años mi padre y yo... Bueno, no es que tuviéramos una buena relación.

—Pero sigue siendo tu padre —dijo Gina, en mitad de un suspiro. Me mordí la lengua. Estaba cansada de esa misma frase, estaba cansada de que la sangre me atara a un hombre que nos había hecho tanto daño. Que fuera mi padre no justificaba nada. No cambiaba nada—. Es..., es una pérdida enorme, Bree. No me quiero imaginar por lo que habréis pasado.

«No podrías».

—Un duelo sigue siendo un duelo —dijo Carrie—. No creo que no tener relación con él lo hiciera más fácil. Porque, bueno, también has perdido algo. —Giró el volante para coger una curva—. Quizás no una relación cercana, pero sí la oportunidad de que algún día lo fuera. Así que espero que ese «estoy bien» no sea un «no lo estoy para nada, pero no quiero preocuparos», ¿me oyes?

—Y si necesitas hablar, nos tienes aquí. —Gina se inclinó hacia delante y buscó mi mano por el lateral del asiento.

Y por un momento quise hablar, pero no sabía qué decirles. No sabía si me entenderían.

Porque seguramente ellas esperaban encontrarme desconsolada, triste, rota, pero la muerte de mi padre me había dejado vacía. Quizás rota sí que era la palabra, pero no como un Frasco de cristal que se hace pedazos, sino como una caja de música que ya no suena por más que le den cuerda. Que ya no sabe cómo funcionar.

A veces recordaba a mi padre y me rompía. Recordaba cada cuento de buenas noches, cada película en el sofá y cada risa compartida. Pero entonces veía a la persona que había detrás de esa máscara y le odiaba. Le odiaba. Todavía le odiaba. Todavía le quería. No quería odiarle, y odiaba quererle.

Una parte de mí seguía pensando que él se lo había buscado. Fue él quien decidió coger el coche para —sin duda— ver a su querida Paige. El que quiso beber de más para ser más divertido, más joven, para olvidar lo que le esperaba en casa: una mujer enferma a la que no quería cuidar y una hija adolescente que tuvo que adoptar su papel.

A veces me preguntaba si no lo había planeado todo.

Quizás estaba cansado, quizás había descubierto que esta nunca fue la vida que él quiso. Quizás solo quería volver a casa.

Quizás se había dado cuenta del daño que había causado y pensó que esa era la única forma de repararlo. Apartándose del camino. Robándonos la oportunidad de recuperarle.

Pensó mal.

—Mi padre... —empecé, pero una sensación de ardor comenzó a subirme por el antebrazo y me obligué a callar.

Me ardía el brazo como si alguien me hubiera abierto la piel. Cuando levanté la manga, la sangre empezó a brotar por todos los cortes que antes no estaban ahí y el dolor me azotó de golpe.

Sentí que me faltaba el aire.

—¿Bree? —Carrie había amainado la velocidad del coche. Escondí el brazo bajo la manga con prisa e ignoré el roce de la lana contra las heridas.

—Es igual —dije—. No me apetece hablar de esto... No ahora. Lo siento, chicas.

—Tranquila. Nos tienes aquí para lo que haga falta, ¿vale?

Asentí con una sonrisa que quería esconder todo lo contrario.

Con aquellas heridas, mi padre parecía advertirme de que estaba ahí. Que me escuchaba, que me perseguía. Que podía hacerme daño.

Y que no le hacía ninguna gracia lo que estaba haciendo.

—Jobar, Bree...

La casa del árbol no era el lugar más recomendable para sanar mis heridas, pero Adam no quiso esperar más tiempo. Lo encontré esperándome en la puerta de casa, con la bicicleta apoyada sobre el muro del jardín y un cubo de Rubik en las manos. Tenía los hombros y la capucha de su sudadera amarilla mojada a raíz de la lluvia, que ya había amainado, pero en el cristal de sus gafas todavía sobrevivían unas cuantas gotas.

El rostro se deformó de la sonrisa al miedo en cuanto le saludé levantándome la manga izquierda. De los cinco cortes horizontales que recorrían mi antebrazo, cuatro tenían la sangre seca y uno parecía haberse infectado. Fingí que dolían menos. Que Adam no tenía que preocuparse, que era una tontería. Que no estaba tan asustada.

Pero con Adam ya no podía fingir.

Si los cortes hubieran sido en otra dirección, si hubiera elegido mi cuello en lugar de mi brazo, no tendría ninguna historia que contarle.

Llevé algodón y alcohol hasta la casa del árbol para desinfectarme las heridas. Adam me cogió del codo y limpió mi brazo con cuidado, acariciando la piel con el meñique cada vez que me encogía.

—Sé que duele. Pero si duele es que se está curando. Dios, tienes este muy infectado. —Arrugó la nariz—. ¿Cuándo te los hizo?

Sacudí la cabeza. Estaba haciendo un esfuerzo para no quejarme, pero me escocía todo el brazo.

—No lo sé. Me empezó a doler en el coche, justo cuando me preguntaron por él. Pero no todas las heridas estaban recientes. No sé cómo...

—Abre tu mochila.

—¿Qué?

—Abre tu mochila, Bree. Es lo que llevas a clase, ¿no? Igual que escribió sobre tu dibujo puede haber dejado algún mensaje o... yo qué sé. —Adam

dejó caer los hombros. Apartó el algodón de las heridas y sopló para que el alcohol se secara. No soltó mi muñeca ni cuando yo estiré el otro brazo para poner la mochila entre nosotros.

Le lancé los únicos cuadernos que llevaba.

—Toma, ve mirando —dije. Volví al interior de la mochila—. Mierda, se me ha abierto el estuche.

Adam dejó de lado los cuadernos nada más escucharme.

—O te han abierto el estuche. Mira. —Se puso a rebuscar entre los lápices y bolígrafos que habían acabado en el fondo de la mochila.

Sacó un sacapuntas de la mochila. Le faltaba la cuchilla.

Tragué saliva al imaginar cómo la había utilizado para rasgar mi piel. O cuándo. O por qué.

Era mi padre. Se suponía que un padre no buscaba hacerte daño.

Adam dejó caer el sacapuntas de vuelta a la mochila y hundió los hombros. Soltó todo el aire que contenía y siguió acariciando el interior de mi muñeca, siguiendo las líneas de mis venas. Como si así pudiera asegurarse de que la sangre seguía ahí, corriendo, de que mi corazón bombeaba como se esperaba de él. De que mi padre no iba a llevarme con él.

—No sé cómo hacer que deje de molestarnos, Adam.

—A mí no me está molestando. —Arrugó la nariz, como si le asqueara lo que acababa de decir—. Y vamos, Bree, abre los ojos. No quiere molestarte, quiere matarte.

Sentí que me faltaba el aire.

—No digas eso.

—Mira lo que ha hecho. —No lo dijo con reproche, sino con pena—. Ya te lo dije... ¿Cuánto más vas a esperar, Bree? No quiero que te haga más daño.

—¿Y qué propones? ¿Una charla informal, invitarle a un café, un viaje astral...? —Enarqué las cejas.

—¡Yo qué sé, tú eres la experta!

—¿Experta? —Quise reír para no llorar—. Experta en leer historias de fantasmas que luego no sirven de nada, sí; en hacerte perder en tiempo y en que mis amigas crean que tengo una doble vida, porque dudo que algún día sea capaz de contarles todo lo que está pasando sin que crean que estoy loca. Experta en ponerte en peligro y en que un espíritu empiece a jugar con la gente a la que quiero...

—A mí no me está persiguiendo nadie, Bree...

—Eso es lo que dice la gente a la que persiguen justo antes de que los encuentren muertos. —Sacudí la cabeza—. ¿No has leído nada de lo que sacamos de la biblioteca? ¿Todas las leyendas? Los que no creen en fantasmas son los primeros en caer, porque deja de ser divertido jugar con ellos.

—Parece que nuestro fantasma está lo suficientemente entretenido. —Adam se esforzó por sonar despreocupado, pero era incapaz de relajar el ceño—. Bree, tienes que buscar lo que te dije. Tiene que haber algo en tu garaje o...

Nuestra última conversación había terminado con una lluvia de ideas sobre formas de acercarse a un fantasma. No habíamos llegado muy lejos, pero tampoco le di toda la importancia que merecía. Se suponía que solo tendría que soportar llantos antes de dormir, noches de insomnio —a las que ya estaba acostumbrada— y algún que otro susto que incluyera luces, mensajes, pinturas.

Nada de sangre.

Nada que fuera una amenaza.

«No deberías estar aquí».

—No creo que mi padre estuviera metido en esas cosas.

—No lo sabes. Ni siquiera sabemos *aún* si es tu padre. Todo son hipótesis, Bree.

—¡Tú fuiste quien lo dijo primero! —Y tenía sentido. Lo que Adam no entendía es que una parte de mí quería que fuera mi padre. Quizás podía ser mi última oportunidad para cerrar heridas—. Además, los cortes empezaron a dolerme cuando intenté hablar de él con Gina y Carrie. No puede ser casualidad.

—Pero nunca te ha hecho daño cuando has hablado conmigo.

Puse los ojos en blanco.

—Yo qué sé, Adam, supongo que tú le caes bien.

—Bree...

—Lo buscaré, ¿vale? Estate tranquilo. —Me puse de pie de un salto, haciendo que la mano de Adam resbalara entre mis dedos. Para él fue como si le apartara de un empujón. Se quedó mirándome desde el suelo, encogiéndose cada vez más, volviéndose cada vez más niño—. Tengo que volver para hacerle la cena a mi madre.

Él asintió.

—Tenemos que hacer algo. Créeme, Bree...

No dejé que terminara la frase. Le sonreí, cargué con mi mochila al hombro y empecé a bajar las escaleras de la casa.

Costaba creer en algo cuando ni siquiera confiaba en mí. No estaba segura de las decisiones que tomaba, de las voces que oía, de cuántos llantos pertenecían a mi madre, cuántos eran míos y cuántos habían sido de la *banshee*. Era como si todo el mundo tuviera una muralla capaz de separar los sueños de la realidad, pero la mía estuviera llena de grietas. Y de algún modo los sueños se colaban entre ellas. A veces las hacían más grandes para poder pasar. Para engañarme. Para hacerme creer que las cosas podían cambiar.

Y a veces demolían la muralla por completo.

Entonces llegaban las pesadillas.

Dejé que la sopa hirviera en la cocina y fui a llamar a mi madre para que viniera a cenar. Esperaba encontrarla en el garaje, mirando un lienzo en blanco como había acostumbrado a hacer las últimas tardes. Cuando nadie miraba, ella levantaba el pincel y a veces, con suerte, el blanco se volvía color. Quería verlo como una señal de que el deseo de volver a ser ella pesaba un poco más que el dolor.

Pero nada más salir de la cocina vi la sombra de mi madre recostada sobre el sillón. La luz metálica de la televisión se proyectaba en las paredes del salón y ni siquiera las risas enlatadas lograban despertar algo en ella. Parecía un títere al que habían dejado tirado cuando se cansaron de jugar con él.

—Mamá...

Cuando me acerqué a ella, me di cuenta de que estaba llorando.

—Perdona. —Se frotó los ojos—. Esta era la serie favorita de tu padre.

No me hizo falta saber más para coger el mando de la televisión y apagarla. Y eso fue lo único que le hizo reaccionar, haciendo que se inclinara hacia delante como si tuviera un resorte bajo el sillón.

—¿Por qué haces eso?

—Porque estoy harta de verte llorar por él. Estamos mejor, ¿no lo ves? Y estaremos mejor. A veces parece que olvides que nos daba miedo oír las llaves de casa en la puerta, que no éramos felices, que el único momento que pasaba con nosotras era cuando le servíamos la cena. Qué más da ahora cuál era su serie favorita.

Sentí que la rabia hervía en mi estómago, pero mi madre seguía con la mirada vacía, clavada en la pantalla apagada de la televisión.

—A veces no te reconozco cuando dices esas cosas, Bree —dijo, apenas un susurro—. Hablas como... Como si mereciera haber muerto.

—Por Dios, mamá. —Cerré los puños—. Tampoco puedes fingir que te hacía feliz solo porque ya no esté.

—¡Bree! —Volvió su rostro hacia mí, espantada.

—Estoy harta de que no me dejes sentir rabia porque «era mi padre». No se comportó nunca como uno. Y me duele que haya muerto, sí, pero no porque eche de menos la persona que era, sino porque nunca conoceré a la persona que pudo ser. Una que quizás nos pidiera perdón. Una con la que dejaríamos de hacernos daño.

Mi madre apartó la mirada.

—Me casé con un buen hombre, Bree.

«Deja de justificarle».

«Deja de *mentirte*».

Mi madre seguía excusándole, viendo solo lo que ella quería, escuchando cosas y pensando otras; porque aceptar la verdad era mucho más difícil.

—Ya, pero nunca terminas de conocer a nadie —dije, recordando las palabras de Adam. Porque esa misma frase daba esperanza y decepciones al mismo tiempo—. ¿Tengo que recordarte lo que encontramos en el diario? Todas esas veces que habló de cómo pensó en dejarte el mismo día de tu boda. De cómo intentó hacerte sentir culpable. De cómo nos engañó, a ti en todos los aspectos, mamá. Con Paige, con esa tía de Dublín, y a saber qué más golpes decidió no escribir. —Mi madre se estremeció—. Fingimos durante mucho tiempo que no pasaba nada porque teníamos la esperanza de que cambiara. Hiciste todo por él, por nosotros; pero él solo te utilizó. Nos decía lo que queríamos oír. Y durante mucho tiempo nos obligó a callar este dolor, nos *obligamos* a callarnos porque pensábamos que las cosas podrían cambiar. Pues bien, mamá, han cambiado.

Pero ella no me escuchaba.

—No siempre fue así, cariño. No... Él no era así. Le perdonaría las veces que hiciera falta con tal de que...

—¿Con tal de que volviera a maltratarte, dices?

—No digas eso. Bree, por Dios, es tu padre...

—¿Recuerdas la primera vez que fuimos a Christine? —Mi madre ya había empezado a llorar, y verla tan rota hacía que me costara todavía más mantenerme erguida. Mantenerme fuerte—. Después de que te viera, me pidió que pasara. Estaba preocupada por mí, por cómo... Por cómo llevaba tu enfermedad. Le hablé de la situación en casa. Como si le hablaran del tiempo.

Como quien cree que lo que vivíamos era normal. —Tragué saliva—. Ella fue la primera que utilizó esa palabra, mamá, no yo. Porque llamarte preciosa mientras destruye toda la confianza que te queda es maltrato. Decirte que te quería y tratarte como si te odiara es maltrato. Y darnos la esperanza de que las cosas podían cambiar mientras dejaba por escrito su intención de dejarnos tiradas es *maltrato*, mamá. —Le di la espalda; no quería que me viera llorar—. Nunca quise que muriera, pero no voy a fingir que no nos hizo daño.

No la escuché, pero podía imaginarme perfectamente sus palabras. Lloraría y seguiría recordándome lo mismo, como si lo cambiara todo. Como si no lo supiera.

«Es tu padre», diría.

Mi padre.

El primer hombre que conocí, el primer hombre al que quise. Una de las razones por la que aprendí a crecer a base de caídas. Me quería, sí, pero no lo suficiente para que lo sintiera. Mientras que yo lo quería lo suficiente para fingir que sus errores no dolían.

Acepté que sus esfuerzos por quererme serían suficientes. Y solo ahora empezaba a preguntarme si lo que pensé que era amor era solo una mentira.

—Tienes la sopa en el fuego —dije, antes de subir a mi habitación. No quería seguir con una conversación que sabía que no serviría de nada.

Mañana mi madre lloraría por ver perdidos veintiocho años de su vida.

Al día siguiente, quizás, volvería a releer el cuaderno para asegurarse de que no era mentira. De que era su letra, eran las fechas, eran los nombres.

Porque durante demasiados años Ivor había sonreído cada vez que le ofrecía a mi madre un amor enmascarado en abuso. Sal en lugar de azúcar. Y mi madre lo aceptaba con el corazón abierto.

«Eso es maltrato, mamá —pensé—. Esperar que la sal sea azúcar durante veintiocho años».

Subí las escaleras escuchándola llorar.

Con la muerte de mi padre no supe lo que era el duelo. El mío duró los días que tardamos en descubrir quién era él cuando nadie miraba.

Cuando recibimos la noticia del accidente de mi padre, los llantos de la supuesta *banshee* fueron sustituidos por los de mi madre. Pero a mí la noticia me transformó en una autómatas.

Y así fue como al dolor de perderle se le unió la culpa de no estar reaccionando como debería. Se suponía que tenía que estar rota, devastada, arrastrándome por el suelo. Y solo estaba fría.

Tenía que estar despierta por las dos. No podría hundirme como lo estaba haciendo mi madre, o ninguna de las dos se levantaría de nuevo.

Por eso una de las primeras cosas que hice al llegar a casa —a una casa que dolía, una casa en la que no queríamos estar— del tanatorio fue guardar, esconder o tirar todo lo que nos recordara a él.

Encontré sobre su mesita de noche el libro que estaba leyendo, con un tique amarillo todavía arrugado en el interior, marcando el lugar por donde se había quedado.

Fue entonces cuando me rompí.

Porque mi padre nunca llegaría a acabarse ese libro, nunca llegaría a empezar o acabar ningún libro más, nunca me vería graduarme de la universidad, nunca conocería al amor de mi vida, nunca me llevaría de la mano al altar, nunca me esperaría con un cigarro en el porche, nunca volvería a teclear sobre su vieja máquina de escribir, no dejaría los zapatos llenos de polvo y hollín en el recibidor, nunca volvería a reírse de mis cactus, nunca más dejaría las tazas de café acumuladas en la pila, nunca volveríamos a compartir esas historias de buenas noches que me contaba cuando era niña en cada viaje en coche, nunca cambiaría la emisora de la radio, nunca volvería a darme un beso demasiado sonoro delante de demasiada gente, nunca volvería a oírle decir «estoy orgulloso de ti», nunca volvería a escuchar mi nombre de sus labios.

Nunca volvería.

Nunca.

Nunca.

Arrojé el libro al fondo de la caja de cartón, esperando encontrar algún día el valor para tirarlo todo. Vacíé todos los cajones, y fue en uno de sus ellos, escondido entre la ropa, donde encontré el maldito cuaderno de tapas negras.

Ver su letra cursiva y rápida en la primera página fue un puñetazo directo a la boca del estómago.

Había empezado a escribir alrededor de un año atrás. Supuse que no era el primer diario que empezaba, pero nunca llegué a encontrar los demás.

Empezaba hablando de él. Primero solo hablaba de él. De todo lo que a nosotras no supo decirnos.

No estoy bien. Intento pasar cada vez más tiempo en el trabajo porque hace mucho que siento que en casa sobro. Que

no se me escucha. Cada vez que me voy a dormir pienso en irme, en marcharme y desaparecer. Podría volver a Degriffin y quedarme ahí.

Me siento solo. Pero pienso en Bree, en lo defraudada que se sentiría, en la risa de mi mujer, en los momentos en los que nos reunimos para ver juntos la tele. Y me siento mal, pero de verdad pienso que no hay otra opción. Tengo que hacerlo. Es lo que ellas quieren.

Quería decirle que no se fuera, pero a veces olvidaba que no estaba leyendo ninguna historia. Que esta vez había empezado el cuento sabiendo el final.

Ahora que he cumplido los cincuenta, no dejo de pensar en la muerte. Y en mi vida. Necesito una vida más llena.

Y conoció una vida más llena unos meses más tarde, según el diario. Una que hablaba de mil aventuras, de escapadas para ir a correr por los parques de Dublín, de guiños y encuentros fortuitos en la empresa. Primero no fue Paige, pero fue alguien que le hizo sentir un poco más vivo. Y en su diario no habló mucho más de mí. O de mi madre. No comentó su depresión ni todas las veces que tenía que faltar a clase para acompañarla al psiquiatra, porque sabía que él no lo haría.

Yo era la que esperaba en la sala de espera. Él era el que seguía pensando que nosotras le estábamos dejando de lado. Que pasaba demasiado tiempo con mi madre, que no lo quería lo suficiente a él.

Pero nunca me lo dijo. Y nunca me escuchó.

Solo escribió.

Y las palabras se fueron pudriendo, y su forma de ver el mundo fue distorsionándose cada vez más. Porque yo estaba demasiado ocupada cuidando de mi madre para corregirle. Porque ella estaba demasiado ocupada intentando sobrevivir para ver nada más.

Así que mi padre decidió buscar una nueva vida, sin dejar de abandonar otra. La buscó en las fiestas de los *pubs* de Dublín, en mujeres diez años más jóvenes que él, en un par de botellas más de *whisky* para la colección. La buscó lejos de nosotras, pero nunca nos lo dijo.

No tuvo el valor de decirnos que se había cansado de querernos a medias.

Mi padre me dejó su ausencia como un regalo, como algo que él pensaba que nos liberaría. Casi podía imaginármelo despidiéndose de nosotras.

Me daría dos besos, como si eso lo sanara todo.

Uno en la frente, otro en la mejilla.

Después de la última conversación que habíamos tenido en la casa del árbol, Adam me ayudó a convertir la cabaña en un lugar donde me sintiera segura, no donde fuera a curarme las heridas.

Lo encontré esperándome sobre la madera, una vez que hube dejado a mi madre con el desayuno hecho y una nota que le recordaba que mañana la señora Riley pasaría a verla. Había cubierto el suelo de la caseta con mantas mullidas para que las astillas no me hicieran daño y ordenado en montones los libros que habíamos acumulado.

—He traído lo que me dijiste —saludé, colándome por el hueco de la escalera. Adam estaba tendido contra la pared, con un cuaderno de líneas sobre una mano y un bolígrafo en la otra. Dejó de morder la tapa en cuanto me vio llegar.

—Genial.

Dejé la tabla de madera entre los dos, como si ya estuviera maldita.

—¿Tú qué haces?

Adam se ruborizó y se llevó el cuaderno al pecho.

—Dibujar. Se me da algo mejor que las letras.

—¿Es para clase? —Él negó con la cabeza—. Recuerdo que hace años adorabas dibujar. Nos pasábamos las tardes aquí, como ahora.

—Tú con un libro o pegando hojas en una libreta y yo dibujándolo.

—Se llama *botánica*. —Puse los ojos en blanco—. Fue el mismo año que me regalaste el cactus, ¿te acuerdas? Pues para tu información, *Rodolfo* ahora tiene dos hermanos más. Y una nueva inquilina, *Olivia*, un lirio de la paz.

—No me puedo creer que llamaras *Rodolfo* a nuestro retoño.

—Idiota. —No pude evitar contagiarme de su sonrisa, que en mis labios se me antojó rara, forzada. Llevaba seria demasiado tiempo. Llevaba con miedo demasiado tiempo—. ¿Puedo ver tu dibujo?

—Es que...

—Te enseñaré mis cactus.

—Menuda propuesta más indecente, señorita. —Le di un codazo en el costado—. ¿Es que tengo que recordarte que también me llevaste a tu habitación y me arrastraste al armario? Se te ven las intenciones, Duanne.

Puse los ojos en blanco.

—¿No vas a enseñarme ni un dibujo? ¿Por favor? Me encantaba todo lo que hacías.

Adam rio, sacudiendo la cabeza.

—Jobar, espero haber mejorado un poquito.

—Déjame verlo y te diré. —Estiré la mano hacia su libreta, pero él la alzó por encima de su cabeza, demasiado lejos a menos que me pusiera en pie.

—Antes van los cactus —dijo él.

—¡Ya los viste!

—Pero no me los presentaste. Ni siquiera sabía que se llamaba *Rodolfo*. Me siento un poco traicionado, ¿sabes?

—Está bien, está bien. —Me crucé de brazos y hundí los hombros, rendida. Adam dejó de lado el cuaderno y se acercó a mí con una sonrisa antes de darme dos besos. Uno en la frente, otro en la mejilla. Para cuando llegó el cosquilleo del segundo, era incapaz de no sonreír.

—Ahora vamos a ponernos serios. ¿Cómo estás, Bree?

—Bien.

La mentira supo amarga en mi boca, pero no quería perder el tiempo buscando una palabra que lo expresara mejor. No estaba bien, pero no estaba mal. Sentía odio y dolor y rabia al mismo tiempo; pero también pena y culpa, también nostalgia. Tenía miedo y a la vez demasiada ilusión, tenía ganas de que mi madre volviera a ser ella pero estaba cansada de que no avanzara, de no poder hacer nada. Sentía impotencia y dudas. En mi pecho parecían fundirse todas esas emociones al mismo tiempo, como un montón de acuarelas que no acabaran de mezclarse.

—¿Ha habido alguna novedad? —siguió preguntando. Negué con la cabeza—. ¿Y sigues oyendo...?

—Los llantos, sí. Algunas noches, justo antes de dormir. —Me atreví a levantar los ojos hacia él—. Pero quizás son cosas que sueño, Adam. Es muy difícil distinguir...

—Es información, y la información nunca es mala. —Se arrastró hacia atrás hasta dejar un hueco entre nosotros lo suficientemente amplio para la tabla de madera—. Gracias por traerla. ¿Tienes los rotuladores? —Saqué un

par de los bolsillos de mis pantalones—. Genial. ¿Y has mirado cómo son los dibujos, las letras...?

—Sí, sí a todo. Te sorprendería la cantidad de información que tienen esos dichosos libros. Solo les faltaba titular un capítulo «cómo hacer una gñija casera». —Reí para mis adentros—. Si mi madre me pillara leyendo estas cosas, me mandaría directa al infierno.

Adam chasqueó la lengua.

—Así nos ahorraría el viaje. —Sonrió y se inclinó hacia delante sobre el tablero, con uno de los rotuladores en la mano—. ¿Empiezas tú con las letras y yo con los números?

Asentí.

Me bastó coger el rotulador negro que quedaba para darme cuenta de que no estaba del todo convencida. Adam empezó a trazar los primeros números, despacio, con el pulso firme y el ceño fruncido. Romper ese momento de concentración parecía un delito, pero para cuando llegó al número tres ya se percató de que no había sido capaz de juntar el rotulador contra la madera.

—¿Pasa algo?

Dejé que el bolígrafo resbalara entre mis manos.

—Es que... No sé. Algo me dice que esto no va a servir de nada. Si el espíritu es realmente mi padre, y todo apunta a que lo es, no entiendo por qué iba a comunicarse a través de una gñija si ya ha demostrado no tener reparo en escribir sobre cuadernos, paredes y espejos. Él ya ha hablado, Adam. No quiere que esté aquí, eso... Eso es todo lo que sé.

—Pero no sabes por qué.

—Porque no nos querrá cerca y punto. —Me crucé de brazos, pero ahora era Adam al que no parecía convencerle mi respuesta.

—Con la gñija no esperamos solo que él hable, Bree, sino que nos escuche. ¿No te has parado a pensarlo? Solo ha dicho que te vayas, que no deberías estar aquí, pero nunca ha dejado que le expliques nada. Esto sería un canal de doble vía. Puede que así...

—Hay otras maneras —insistí—. Una en la que no corramos el riesgo de que sea otro espíritu el que decida jugar con nosotros.

—¿Te parece que haya muchos más por aquí?

—Si fuera por los que *tú* ves, no habría ninguno. No lo sabemos. Degriffin es un pueblo muy antiguo. Con lagos, con bosques donde perderse, matarse o matar. Con leyendas propias del castillo de Malahide. —Sacudí la cabeza—. Tú mismo lo dijiste, Adam: quizás tú no tengas el sentido que

necesitas para verlos. Pero no sabes si están. No lo sabemos. Por Dios, no sabemos nada.

Dejé caer los hombros, aún con los brazos cruzados. Adam había apartado la mirada hacia su libreta y tenía la expresión rota, como un niño que se cae nada más subir a la bicicleta.

O uno que confiaba en que su amiga le sostuviera mientras pedaleaba, no que lo empujara.

—Bueno... Avísame cuando se te ocurra una idea mejor. Yo solo intentaba ayudar.

—Adam, no quiero decir que...

—No te preocupes —cortó, poniéndose a cuatro patas para recoger sus cosas. Guardó los bolígrafos en la mochila y se la llevó al hombro—. Tú eres la experta en esto y yo solo soy el tonto que intenta ayudarte a ciegas. Debería dejar de intentar controlarlo todo. Solo ten cuidado.

—Adam, escúchame, no quería decir...

—Me esperan en casa. —Pasó de lado dejando un beso *frío en* mi mejilla, demasiado rápido para que me diera tiempo a frenarle—. No te preocupes, Bree, solo ha sido un mal día.

Cuando bajó las escaleras de la casa del árbol, fui tan cobarde que ni siquiera me giré para ver cómo se marchaba.

Parecía que Adam y yo estuviéramos jugando una partida de ajedrez invisible, moviendo nuestras piezas, peones y soldados en silencio como si así pudiéramos mantenernos lejos. Así evitaríamos que uno de los dos perdiera. Que uno de los dos no fuera el niño que el otro recordaba.

Teníamos que jugar a movernos con cuidado, a cambiar las normas del juego, a encontrar la distancia perfecta que nos dejara orbitar el uno junto al otro sin llegar a colisionar.

Porque nada volvería a ser lo mismo si chocábamos.

Después de que Adam se marchara, pasé por el salón para asegurarme de que mi madre no necesitara nada —aunque lo necesitara todo— y subí un segundo a mi habitación para ponerme el pijama.

No llegaban a ser las seis de la tarde, pero ya estaba cansada, como de costumbre. Cansada de estar cansada, de llegar a la cama todas las noches y que fuera el mismo cansancio lo que me mantuviera despierta. Ojalá pudiera desconectarme y pintar con acuarelas mi mente en blanco.

Pero volvería a ver esos trazos rojos en mi mente. Esa advertencia.

«Vete».

Me estaba quedando.

Nada más entrar en la habitación, me encontré con el cuaderno negro de mi padre mirándome desde el escritorio, bajo la luz de la ventana. La rabia me hizo ir directa a él. Quería deshacerme de aquel diario, quería hacerlo trizas o quemarlo o dejarlo abandonado en un bosque en el que pudiera pudrirse. Quería dejar de tenerlo en mis manos con la esperanza de que se borrarán todas aquellas frases que tenía grabadas a fuego en la memoria. Con la esperanza de que algún día se me olvidara que eran suyas.

Pero en el fondo aquel diario era lo único sincero que me quedaba de mi padre.

Fui a apartarlo de mi vista, pero el montón de papeles que descansaba sobre la mesa me obligó a detenerme. Por un momento el corazón se me detuvo pensando que el espíritu había vuelto. Que estaba aquí.

Me bastó con ver el primer dibujo para darme cuenta de que me equivocaba. Llamarlo «dibujo» me parecía menospreciarlo; las manos que lo habían creado parecían haber convertido una fotografía en trazos y líneas de lápiz. No me costó reconocer mi propia cara: el flequillo rozándome los ojos, los párpados caídos, las pestañas, la mirada fija en lo que supuse que era uno de los libros que llevábamos a la casa del árbol. Parecía que no faltaba ni una

peca sobre mi nariz. Tenía los labios curvados en una sonrisa. Me pareció que en cualquier momento levantaría la mirada para salir de aquel dibujo.

Abajo, en una esquina, el dibujo estaba firmado con una A.

Sonreí. A pesar de lo abrupta de nuestra despedida, Adam había decidido dejarme los dibujos antes de marcharse. Quizás incluso había saludado a mi madre, como si nada hubiera pasado. Como si no hiciera más de nueve años que aquel niño pisaba nuestra casa.

Bajo el primer dibujo descubrí muchos más de lo que esperaba. La mayoría eran escenas que Adam y yo habíamos vivido en las últimas semanas: meriendas sobre la madera de la casa del árbol; días de lluvia con una sola linterna que nos ayudara a seguir leyendo; la primera vez que lo vi, en la puerta de su casa. Adam aparecía siempre más emborronado, como si fuera un espejismo, o como si sus propias manos hubieran decidido que no quería perder el tiempo en retratarse a sí mismo. Que no era el protagonista de sus dibujos.

A veces las escenas se acompañaban de pequeñas frases. Fragmentos de diálogos, palabras sueltas. Recuerdos. Siempre parecían salir de nuestras bocas, hasta que llegué a uno de los últimos dibujos.

«No quiero nueve años más para volver a encontrarte».

Me llevé una mano al pecho y salí de la habitación, con las comisuras cansadas de tanto sonreír.

Después de aquello, no podía seguir permitiendo que el silencio fuera lo único que nos envolviera. Lo quería otra vez, conmigo, con un lápiz entre las manos y la cabeza llena de fantasmas. Y si tenía que tragarme el orgullo por él, lo haría.

Bajé de la bicicleta de un salto y la dejé sobre el césped, lleno de matojos y hierbajos que necesitaban la mano de un jardinero. Con el cielo nublado y el columpio del jardín balanceándose bajo la lluvia, la casa de Adam no podía parecer más tétrica.

—¡Adam! —grité, haciendo eco con mis manos. Quizás él también se asomara cual Julieta desde su habitación—. ¡Adam, he visto lo que has hecho y...!

«Y se me ha olvidado enseñarte mis cactus de vuelta», pensé, conteniendo la sonrisa. A la próxima le llevaría mis fotografías, incluida aquella en la que aparecía de espaldas, el día que nos reencontramos, y la primera que le hice al

subir a la casa del árbol. Después de ver la calidad de sus dibujos, dudaba que lo que yo hiciera con mi cámara le sorprendiera, pero al fin y al cabo era otra manera de guardar recuerdos.

Me acerqué a la puerta y llamé con los nudillos, esperando no molestar al señor y la señora Finn. Necesitaba ver a su hijo y agradecerle esos pequeños gestos. Hablarle de lo bonito de los dibujos y recordarle lo mucho que valía, porque algo me decía que el simple gesto de dejar que los viera le había costado lo indecible.

Pero cinco golpes a la puerta después, seguía sin recibir respuesta. El timbre tampoco funcionaba.

—¿Adam? ¿Señores Finn? —grité, esta vez un poco más alto. Me acerqué a la ventana, pero las cortinas corridas no me dejaban ver el interior.

Después de tres golpes más a la puerta, me quedó claro que los Finn no estaban en casa. Atravesé el jardín de vuelta a la bici. Con la lluvia golpeando los cristales, los matojos enredados y los charcos de barro que empezaban a expandirse hacia la entrada, costaba recordar la casa donde de niña pasé tantas horas.

Parecía que nos faltara color a las dos.

Aquella noche no podía dejar de pensar en que Adam no había querido abrirme la puerta. Tenía que ser eso. Nuestra última despedida no había sido la más amable por mi parte, pero había interpretado sus dibujos como una bandera blanca, una señal de paz. Quizás eran todo lo contrario. Quizás Adam quería que fueran una despedida. Por eso los dejó en mi habitación: para recordarme todo lo que iba a dejar atrás.

Al final todos se marchaban.

Me cubrí con la manta, como si con eso consiguiera acallar mi cabeza. Apreté las manos contra las sienes, pero el barullo de pensamientos no hacía más que incrementarse. «Cállate, cállate, ¡cállate!», susurraba, como si alguien pudiera escucharme.

Los monstruos en mi cabeza no eran mucho mejores que los llantos que mi padre me enviaba.

En algún momento conseguí dormirme, porque fue el sol colándose entre las cortinas lo que acabó despertándome. Me sentía pesada, extraña, como si hubiera olvidado hacer o decir algo. Seguramente había tenido pesadillas otra vez.

Pero el sentimiento no desapareció ni cuando llegué a la universidad. Las clases parecían todavía neblinosas, como si las nubes de fuera se hubieran colado a través de las ventanas. En el coche camino a Dublín, Gina y Carrie me habían invitado a estudiar con ellas una vez terminadas las clases, en casa de los Sloan. Por un momento quise decirles que no.

Porque no quería.

Porque no podía.

No podía fingir que era una chica más, como ellas, que mi mayor problema era salir a la calle sin paraguas o acabar de entender el último problema de Genética. A ellas no podía hablarles de espíritus que bajaban la temperatura de la casa, jugaban con las luces y dejaban heridas en mi piel. No podían entender ni la mitad de mis miedos.

Sentía que era inútil pasar el tiempo con personas que me conocían parcialmente. Que nunca llegarían a conocerme.

No como lo hacía Adam.

Pero no me quedó más remedio que aceptar. En parte porque aquella tarde mi madre había quedado con la señora Riley en casa y agradecería un poco de espacio; y en parte porque sabía que alejándome de ellas no hacía más que sabotearme a mí misma.

Estaba con Gina y Carrie, pero parecía encontrarme a kilómetros. Teníamos todos los apuntes esparcidos sobre la mesa del comedor, con tres vasos vacíos de zumo y la radio encendida. Carrie llevaba media hora enfrascada en una redacción que no parecía poder motivarle menos, y mordía el lápiz con nerviosismo. A mi lado, Gina llevaba todo aquel tiempo resolviendo problemas de matemáticas con una velocidad abrumadora, como si fuera un juego. De vez en cuando tarareaba la melodía de alguna canción, pero Carrie le hacía callar con un siseo.

A nuestros pies, *Coco* estaba tendido bajo la mesa, durmiendo tan mansamente que cualquiera lo hubiera confundido con una mopa. Le acaricié la cabecita antes de volver a mis apuntes.

Saqué el cuaderno de Botánica a tiempo de ver cómo los ojos de Gina iban directos a un papel perdido entre los apuntes.

—Ostras, ¿lo has hecho tú? —dijo, inclinándose hacia un lado. Carrie levantó la mirada al instante, curiosa.

Debajo del cuaderno de Genética asomaba el perfil a lápiz de Adam. Era uno de los dibujos que había metido a toda prisa en la mochila la tarde anterior, cuando fui a buscarle. El que tenía escrito aquel mensaje. Intenté ocultarlo para que no se viera, pero llegué tarde.

—No, yo no...

—Siempre se te dio muy bien dibujar, sobre todo si era en clase —interrumpió Carrie, levantándose por encima de sus apuntes para verlo mejor. No pude evitar ruborizarme—. ¿Quién es ese?

—No lo he dibujado yo —carraspeé—. Es de Adam. Adam Finn —repetí, esta vez mirando a Carrie—. ¿Te acuerdas de él?

La sonrisa desapareció de su rostro; Carrie bajó la mirada y retrocedió hasta sentarse de nuevo en la silla.

—Claro que nos acordamos, Bree... —dijo.

Gina se aclaró la garganta.

—¿Dónde lo has encontrado?

—¿Encontrado? No, él... —Pero no tuve tiempo de explicarles nada. El timbre del teléfono rebotó en las paredes del salón con un estruendo, como si fuera una alarma.

Carrie pareció pedirnos disculpas con una mirada antes de levantarse de un salto.

—Perdonad —dijo, antes de descolgar el teléfono de la pared—. Mi padre está medio sordo. ¿Sí?

Sacudí la cabeza como si así pudiera deshacerme del eco del timbre en mis tímpanos. Para cuando quise volver a los apuntes, Carrie se giró hacia nosotras y me tendió el teléfono.

—Bree, es para ti.

Pero no parecía muy segura. Acerqué el teléfono a mi oído, pendiente de cómo Carrie volvía a sentarse con mucho más aplomo que dos minutos atrás.

—Mamá, ya te he dicho que estaría en casa de Carrie hasta... —empecé, pero no fue la voz de mi madre la que me respondió.

—¿Bree?

—¿Señora Riley? —Su voz sonaba angustiada, como si se aferrara a mi nombre. Al otro lado de la línea oía su respiración agitada—. ¿Ocurre algo?

—Es tu madre. Estamos... Estoy en el hospital con ella.

—¿Qué?

—Está estable, tranquila, cielo —dijo, pero ella denotaba todo menos tranquilidad. Le tembló la voz con la última sílaba—. No he querido llamarte antes porque...

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a mi madre, qué...?

Escuché las sillas del comedor correrse a mis espaldas; Gina y Carrie se levantaron al escucharme alzar la voz.

—Tranquilízate, cielo. Es... No sé exactamente cómo ha ocurrido, pero...

—El murmullo al otro lado del teléfono se incrementó; empecé a distinguir los pitidos de las máquinas, el taconeo impaciente de la señora Riley, las voces de los enfermeros—. Tu madre ha ido a enseñarme uno de sus cuadros, ¿sabes? En el garaje. Yo la estaba esperando en el salón y entonces la he oído gritar. Cuando he llegado, todo el estante se le había caído encima. —Tragó saliva—. He visto todas las herramientas en el suelo, toda la pintura, todo... Todo encima de ella. Estaba inconsciente y me he asustado, así que he llamado a la ambulancia y la hemos llevado al hospital más cercano. No he querido llamarte hasta asegurarme de que estaba bien. Algo... Supongo que un tornillo suelto, una balda que cedió... No entiendo cómo ha pasado...

El miedo me anudó el estómago.

Yo sí que lo entendía.

—Voy enseguida, señora Riley.

Las contusiones de mi madre iban desde las sienes hasta las rodillas, como si un pintor macabro hubiera decidido lanzar gotas de pintura roja y púrpura por toda su piel. Tenía el ojo derecho hinchado y los labios entreabiertos; parecía que le costara respirar.

Ni en mis peores pesadillas la había imaginado tan rota.

No tardó en pestañear y abrir los ojos, después de un dulce sueño inducido por la morfina. Hacía media hora que la señora Ripley había vuelto a Degriffin, después de insistirle en que podía hacerme cargo yo sola. Apreté con cuidado la mano de mi madre cuando sus ojos empezaron a recorrer la habitación de hospital, algo desorientada.

—Bree... —murmuró.

—Hola, mamá. —Trató de incorporarse, pero llevé las manos a sus hombros para detenerla—. Eh, estate quieta o te harás más daño. El médico me ha dicho que en unas horas los analgésicos empezarán a perder efecto. —Me mordí el labio inferior, pensando si debía tragarme el miedo. Pero era mi madre. No podía fingir ser fuerte todo el tiempo—. Me has pegado un susto de muerte...

Se dejó hundir en la almohada.

—Estoy bien, cariño...

Me acerqué con la silla a la cama de mi madre antes de abrazarme los codos. Quería estar cerca de ella, pero no podía tenderle la mano. No podía dejar que viera las heridas que escondía bajo las mangas. No podía darle la fuerza que pedía, porque yo era la que más miedo tenía de las dos.

—La señora Riley me ha contado que por un momento pensó que te habías quedado en coma. No respondías, no te despertabas, no...

—Eso es porque Rachel es... Es un pelín exagerada. —Miró hacia el techo con una sonrisa aletargada, seguramente por los efectos de la morfina—. Lo primero que ha hecho cuando me he despertado ha sido pedirme

perdón, como si ella tuviera la culpa. —Chasqueó la lengua—. Algo me dice que vamos a pasar una buena temporada desayunando sus bizcochos.

—Y también pastel de manzana. —Intenté sonreír. El silencio que siguió después hizo que empezara a jugar con las manos sobre las rodillas, nerviosa—. Mamá, ¿qué pasó?

Quería que me respondiera que las tablas de los estantes habían cedido, o que había tirado de una caja y el efecto dominó había hecho tambalear toda la estantería. Algo lógico, algo mundano. Algo que me despejara las dudas. Pero su respuesta no hizo más que aumentarlas.

—No lo sé, cariño. No lo vi venir. —Suspiró. Por la expresión de su rostro, plagado de hematomas, supuse que los analgésicos empezaban a dejar paso al dolor otra vez—. Quería... Quería enseñarle mi último cuadro. Me subí a las escaleras para llegar al estante, como siempre, y luego... Luego todo se derrumbó.

—Así, sin más.

Ella se encogió de hombros.

—Los botes, las cajas, todo lo que había en la estantería... Todo se me cayó encima en un segundo. No recuerdo qué pasó después, Bree, supongo que me di un buen golpe en la cabeza. —Suspiró—. Los médicos de urgencias me comentaron que vieron algunos tornillos por el suelo, así que suponen que las baldas cedieron por el peso. Pero está todo bien, cariño. —Alargó la mano sobre las sábanas blancas del hospital para buscar la mía—. Ha sido solo un susto.

No era verdad.

Mi padre había vuelto a Degriffin para terminar lo que empezó años atrás; para seguir jugando con nosotras, para poder herirnos sin que nadie le culpara. Y una parte de él había querido avisarme. Había querido salvarme. Me había escrito que me marchara, que aquel no era nuestro hogar; ahora era el suyo.

Si había sido capaz de romper bombillas, pintar paredes y abrir heridas; aflojar los tornillos de la estantería no había sido más que un juego.

—Solo espero que no te deje secuelas, mamá —murmuré, acercándome más a ella. Me atreví a envolver su mano entre las mías—. Ya... Ya hemos tenido suficiente.

Los ojos de mi madre se humedecieron. La manga del pijama de mi madre se deslizó cuando levanté su mano para besarla, dejando a la vista su piel.

Sobre ella, torcidos de forma macabra, cinco cortes.

Limpios, secos, rojos; parecían bailar sobre las venas hasta formar la palabra «vete».

Aparté su brazo como si quemara y me puse en pie de un salto.

—¿Cómo te has hecho esos cortes?

Mi madre levantó una ceja, todavía aturdida.

—¿Qué? ¿Qué cortes, Bree?

Di dos pasos hacia atrás con la mano sobre el pecho y el corazón amenazando con atravesarme la piel, con la vista clavada en lo que ocultaban las mangas de mi madre.

—Yo... Tengo que llamar a alguien. Perdona.

Salí de la habitación, dejándola con la palabra en la boca.

Adam no contestó al teléfono. Parecía que en su casa nunca había nadie, o que desde nuestro enfado se hubiera empeñado en no contestarme. Colgué el teléfono público del hospital en cuanto me di cuenta de lo mucho que me temblaban las manos.

No iba a permitir que mi padre hiriera a nadie más. Encontraría la manera de comunicarme con él, lejos de mensajes en espejos y tablas de guija. Le haría escucharme.

Costara lo que costara.

Las horas en el hospital fueron eternas. Tuvieron a mi madre unos días más en observación, comprobando que no habían pasado nada por alto. Pero nadie más que yo veía las sombras que se arremolinaban bajo la cama, amenazantes.

Y nadie entendería por qué me dolía tanto que Adam siguiera sin contestar.

Quise llenarme la cabeza de crucigramas para no pensar más en él. Y, aunque fuera a cuentagotas, las horas en el hospital terminaron.

La Tierra seguía girando y todavía tenía un fantasma a mis espaldas. Con o sin Adam, tenía que deshacerme de él.

Lo primero que hice al volver a casa, una vez que mi madre se trasladó a su habitación, fue desempaquetar las últimas cajas de la mudanza que todavía acumulaban polvo bajo mi escritorio. Si no recordaba mal, ahí guardaba todos los libros acerca de fantasmas y *banshees* que había ido coleccionando tras la muerte de mi padre y que todavía no había trasladado a la casa del árbol. Sabía que uno de ellos hablaba de un ritual que te permitía contactar directamente con un espíritu. No caía en leyendas torpes ni mitos como la güüja. No te hacía buscar ingredientes imposibles como si fueras una bruja, ni quemar fotos o dibujar pentagramas. Si había una forma de hablar con mi padre, tenía que ser esa.

Sin embargo, una vez que abrí la caja vi que había un par de libros que faltaban. Las cicatrices parecieron arder, como si quisieran indicarme que aquello también era cosa suya. Pero tenía que haber otra explicación.

Salí al jardín cubriéndome la cabeza con las manos para protegerme de la lluvia y fui directa a la casa del árbol. En el interior, una pequeña gotera en el techo caía sobre los cojines. Deshice la primera torre de libros, que empezaban a sufrir las consecuencias de la humedad, buscando con la mirada el volumen que buscaba.

Lo encontré entre los libros que supuestamente Adam había sacado de la biblioteca. Con las manos aún temblorosas, no supe si por el frío o por el miedo, abrí la primera página y descubrí mi nombre escrito a lápiz. Como pasaba con todos mis libros.

Porque esos *eran* mis libros.

Cuando Adam los trajo de la biblioteca, me dio tiempo a mirarlos todos. Tendría que haberlos reconocido. Y él tendría que haber entrado en mi habitación para hacerse con ellos. Pero ¿por qué?

¿Por qué seguíamos jugando a ser fantasmas?

La oportunidad para preguntárselo no tardó en presentarse. Cuando salí de la caseta para volver al interior, me encontré la sombra de Adam mirándome desde la entrada, con la capucha sobre la cabeza y los hombros encogidos. Su bicicleta descansaba contra la pared y me esperaba de brazos cruzados, como si hubiera estado ahí todo este tiempo.

—Te he estado llamando —dije, acercándome a él. Tenía el flequillo mojado y pegado sobre la frente.

—Asuntos paranormales, supongo. —Frunció los labios. Me dolió que aquello fuera lo primero que pensara. Que Adam sintiera que solo lo necesitaba para eso, que solo lo utilizaba para no sentirme tan sola. Y me dolía todavía más que tuviera razón—. ¿Qué ha pasado?

—Mi madre ha tenido un accidente y estoy segura de que ha sido cosa del espíritu. Se le cayó toda una estantería encima.

Adam abrió mucho los ojos.

—¿Está bien?

—Está estable. Le duele todo al moverse, pero por suerte solo tiene heridas superficiales. Incluyendo cinco cortes en el antebrazo. —El rostro de Adam palideció—. Te dije que todo el asunto de la güija no me convencía, así que he decidido investigar otros métodos y creo... Creo que voy a ir a visitarlo. A visitar *su cuerpo*. Quiero ir al cementerio de Glasnevin, en Dublín. Es ahí donde lo enterramos. Creo que así... Creo que es la forma más sencilla de que me escuche.

Adam asintió despacio, ajeno a la lluvia que empapaba nuestros cuerpos. Le sentía a kilómetros de distancia.

—De acuerdo —dijo; sus labios formaron una fina línea—. ¿Tienes el coche?

Parpadeé.

—¿Qué? No voy a ir ahora, yo...

—Pues entonces deberíamos empezar a leer algo sobre cementerios. Me suena algún mito que hablaba de Glasnevin...

—Adam...

—Aunque lo mejor será leer más sobre tu padre. Quizás haya dejado algún otro mensaje, ¿lo has pensado? Puedes volver a leer su diario y... —Me cogió de la muñeca y dio dos pasos hacia delante, arrastrándome hacia la casa. Me zafé de él con un movimiento de hombro.

—¡Adam, para! No voy a hacer nada. No todavía. —Él levantó una ceja —. No estoy preparada.

—¿Y cómo sabrás si lo estás? Son solo excusas, Bree. Y tu padre no va a esperar a que estés preparada.

—No puedo coger un coche y marcharme ahora como si nada, ¿no lo entiendes? Mi madre...

Él bufó.

—Deja a tu madre tranquila. No mejorará nunca si estás pegada a ella todo el día.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. No tienes ni idea de lo que es...

—Lo único que sé es que tienes a un maldito espíritu haciéndote daño, Bree, a ti y a la gente que quieres. Que no va a parar, ¿es que no lo ves? —Se mordió el labio, exasperado—. Tenemos que movernos. Cuanto más sepas de él, cuanto más lo conozcas, menos te molestará.

—Cuanto más te conozco, más me molestas. Así que perdona si no me convence tu idea. —Pretendía destensar un poco el ambiente y volver a jugar a picarnos como todas esas tardes en la casa del árbol, protegidos de la lluvia. Pero no había terminado la última frase y en sus ojos ya se reflejaba el dolor.

Dio un paso atrás. No sabía si lo que corría por sus mejillas eran lágrimas o lluvia.

—Entendido. Te dejaré tranquila, entonces...

—Adam...

—Suerte haciendo de niñera.

Antes de que pudiera decir nada, él ya estaba sobre la bicicleta, con los pies en los pedales. Se fue sin darme tiempo a disculparme. A explicarme. A preguntarle.

No le importó lo mucho que gritara ni lo que calara la lluvia; siguió pedaleando por el asfalto hasta perderse entre la niebla.

Sentí que una parte de mí se marchaba con él.
«A ti también te he perdido».

Degriffin volvió a amanecer como si nada hubiera pasado, con el cielo aún nublado a causa de las lluvias y el olor a tierra mojada impregnado en cada calle. Volví a las clases con la misma sensación de irrealidad que me había acompañado los días posteriores a la muerte de mi padre. Como si tanta normalidad estuviera prohibida. Como si no acabara de creermelo que las horas podían seguir pasando, que la gente podía seguir riendo y viviendo, mientras mi madre se recuperaba en la cama después de haber sido atacada por un fantasma.

Nada más verme salir de la universidad, Gina hizo tintinear las llaves contra la palma de su mano. Se cruzó de brazos con fuerza, como si el frío la hubiera sacudido de pronto, con el pelo cayéndole a ambos lados de la cara como dos cascadas doradas. El gris del cielo solo hacía que su piel se viera todavía más clara.

—Carrie me ha dejado las llaves del coche —dijo una vez que llegué hasta ella—. Esta tarde tiene reunión en la Asociación de Estudiantes Negros de la universidad.

—No sabía que existía una asociación así.

Gina rio.

—Porque no existía; Carrie la fundó el año pasado. Son muy pocos miembros, al menos por ahora, pero lo está llevando bastante bien.

—¿Por qué no me sorprende?

—Es una reina. —La chica sonrió y empezó a caminar hacia el coche, aparcado en la acera frente a la universidad—. Oye, ¿te importa si la esperamos en el coche? —Miró al suelo, con el rubor tintándole las mejillas—. No creo que tarde mucho. Y seguro que agradece no tener que volver sola a Degriffin en ese cuchitril al que hacen llamar bus.

—Seguro —repetí. «Y *seguro* que esa es la única razón por la que lo haces», pensé, mirándola de soslayo. Gina aceleró el paso hasta entrar en el coche y ocupar el asiento del conductor.

—Entonces ¿no te importa?

—No. —Me senté a su lado y cerré la puerta de un portazo—. ¿Vamos yendo a la universidad para que no camine?

Ella asintió; metió las llaves en la rejilla y dejó que el motor ronroneara un poco antes de arrancar. Se quedó unos minutos en silencio hasta que dijo, en casi un susurro:

—Gracias.

Callé porque no había razones para darlas. Porque sabía que sus gracias eran una manera de decirme: «Gracias por soportarme cuando me pongo tonta con Carrie», y no había nada que soportar. Cuando volví del hospital, Carrie y ella fueron las únicas que preguntaron por el estado de mi madre. Y aunque una parte de mí gritaba que me miraban con pena, que preguntaban por obligación, que no les importaba; había una parte aún más grande que no podía dejar de pensar: «No, gracias a vosotras por soportar todo esto».

Gina aparcó el coche frente a una de las entradas laterales y dejó las llaves puestas para seguir escuchando la radio. Se apoyó en el reposacabezas, con la mirada perdida al otro lado de la ventana. No se me escapó el temblor en sus manos ni cómo intentaba distraerlo jugueteando con los dedos contra sus rodillas.

—Gi, ¿estás bien?

Ahora sería ella la que mintiera.

—Sí.

—No lo parece.

—Es que... No sé por qué hago esto, ¿sabes? —No lo dijo con rabia, sino con pena—. Siento que estoy perdiendo el tiempo. Solo eso.

—¿Perdiendo el tiempo? —Intenté sonreír y que no sonara ofendida—. Gina, eres tú quien ha dicho de esperarla. Y de todas formas no tardará mucho, ¿no? Puedes quedarte diez minutos tranquila, hablando conmigo. No es perder el tiempo.

Pero ella no parecía convencida. Soltó el aire que estaba conteniendo como si intentara apagar una vela, pero parecía que el aire en sus pulmones no terminaba de agotarse.

—Ya, pero son diez minutos que podría haber adelantado para ir a Degriffin, para empezar a ponerme con el trabajo que tengo que entregar mañana... Y joder, Carrie ni siquiera se espera esto. Creerá que nos hemos ido ya. Tendría que estar haciendo el dichoso trabajo. Tendría que aprovechar la tarde y no..., no...

Levanté una ceja. No la entendía. Sus palabras parecían arremolinarse unas contra otras, como si no fuera capaz de controlar la velocidad a la que pensaba.

—No nos cuesta nada esperarla unos minutos más, Gina —murmuré.

—¿Y para qué? —Ella seguía sin mirarme. Sacudía la cabeza en dirección a la universidad. Fui consciente del rubor en sus mejillas, del calor que empezaba a subirle por el cuello y la forma en la que sus ojos parecían escudriñar los alrededores del coche. Parecía fuera de sí—. No sé ni por qué lo hago, Bree. Carrie no lo haría. Seguramente salga de la universidad y ni siquiera se fije en el coche, ya verás. Pero aquí estaremos, esperándola como un par de tontas.

No era la primera vez que la veía así, tan nerviosa que parecía que el corazón iba a atravesarle el pecho. Pero siempre había una explicación detrás: una noche de estudio demasiado larga, un examen demasiado difícil, un trabajo en grupo en el que Gina sentía que sus compañeros no se esforzaban.

Ahora eran solo diez minutos.

—Gi, lo haces porque eres una buena amiga. Y porque no nos cuesta nada esperar un rato. Tú querrías que hicieran lo mismo.

—Ese es el problema: que no lo haría. Que Carrie no lo haría, porque yo..., yo... —Sacudió la cabeza y se apartó una lágrima con rabia. Seguía empeñada en que no la viera. Como si no la conociera. Como si en algún momento hubiera dejado de ser la Gina de diez años que tenía más miedo a una riña del profesor que a una noche sola en el parque—. Porque yo siempre estoy aquí, sin importar lo que ella haga. Sin esperar nada. Y cuando das por sentado que alguien va a estar ahí, hagas lo que hagas, se te olvida cuidarlo. Estoy cansada, Bree.

Apretó los puños, intentando contener los temblores que parecían expandirse por todo su cuerpo. No pude evitar sentir una punzada de culpa al ver reflejada las palabras de Adam en las suyas. Todas las palabras que no me había dicho todavía, al menos. Las que se callaba cada vez que me daba la espalda.

No le culpaba.

Alargué una mano para coger la suya, que seguía cerrada en un puño.

—Carrie te quiere, Gi. —Mis palabras le sentaron como un puñetazo en el estómago, pero era lo que necesitaba escuchar. Era lo que yo necesitaría escuchar—. Que no lo demuestre de la forma que tú esperas de ella no significa que no lo haga.

Gina no hacía más que negar con la cabeza. Se frotó los ojos con brusquedad, como si así evitara que las lágrimas le nublaran la vista. Tenía la mirada fija en la entrada de la universidad; una marea de estudiantes acababa de cruzar sus puertas.

—No lo hace —murmuró—. No como yo.

Seguí la dirección de sus ojos a tiempo de ver cómo Carrie aparecía entre la multitud, con una sonrisa radiante en el rostro y la melena rizada cayéndole sobre los hombros. Alargó la mano hacia atrás para alcanzar a otra chica de piel oscura, que la miraba con los ojos brillantes. Carrie le dio un beso en la mejilla para despedirse; un apretón de mano, una sonrisa ladeada y unas palabras al oído.

A mi lado, la respiración de Gina no hacía más que acelerarse.

—Gi...

—Es Joelle. Es... Ella es... —Pero no pudo acabar la frase; empezó a respirar cada vez más rápido, como si le faltara el aire. Su pecho subía y bajaba a una velocidad vertiginosa, sus ojos seguían fijos en Carrie, que aún no había visto el coche, y tenía las manos aferradas a las rodillas.

Había visto a mi madre así demasiadas veces como para no ser consciente de lo que le pasaba.

—Gina, tranquila... Gina, escúchame. —Pero ni me escuchaba ni me miraba. Le cogí la cara entre las manos, con cuidado, pero ella se apartó con un movimiento brusco en cuanto mis dedos rozaron sus lágrimas.

—No puedo... —murmuró, llevándose una mano al cuello—. No...

—Respira, Gina... —Pero pedir que se tranquilizara no serviría de nada—. Intenta respirar a la vez que yo, ¿vale? Está todo bien, de verdad. —Sacudió la cabeza. Le cogí una mano, intentando frenar los temblores, pero era imposible—. Ven conmigo y salgamos de aquí.

—¡No! —gritó; las lágrimas empezaban a recorrer todas sus mejillas—. Carrie... Ella...

—No nos verá. Gina, ven conmigo.

No dejé que replicara. Le cogí las muñecas y la obligué a salir del coche, pasando por encima del asiento del copiloto. Una brisa de aire fresco nos dio la bienvenida al salir, pero Gina no se paró a disfrutarla; se apoyó de espaldas a los cristales de la ventana y se escurrió por el lateral del coche hasta quedarse sentada en el suelo.

Me acuclillé a su lado.

—Gina, respira. Respira conmigo.

Pero no funcionaba. Gina se llevó las manos a la garganta. Tenía la mirada distante y me parecía que era capaz de ver sus pensamientos cruzando veloces por delante de sus ojos, sacudiendo toda su cabeza. Tragué saliva y me acerqué más a ella, invitándola a apoyarse en mi pecho. A que mis latidos sirvieran de metrónomo. Le acaricié la espalda y dejé que se aferrara a mi

jersey y que las lágrimas fueran amainando, que su respiración fuera relajándose.

Si no fuera por sus cabellos rubios, podría haber sido perfectamente mi madre. Mi madre después de leer aquel diario. Mi madre las mañanas que se despertaba y por un momento creía que Ivor estaría entre las sábanas, a su lado.

—Inspira... —susurré, inspirando a su vez— y espira... Lo estás haciendo muy bien. Cierra los ojos. Imagina que tus pensamientos son nubes; solo nubes, están muy lejos de ti. Tu cabeza es el cielo. Míralos desde abajo, Gi. Deja que el aire se lleve las nubes, mira cómo pasan y cómo se alejan...

Quería creer que funcionaría, como en el pasado me había funcionado a mí. Si veáis tus pensamientos desde lejos, te asustaban menos. Te dabas cuenta de que no podían hacerte daño. De que estabas a salvo.

Son solo pensamientos. No tienen por qué ser reales.

Para cuando Gina estuvo más calmada, aún con la cabeza hundida en mi pecho, Carrie llegó hasta el coche.

—Chicas, ¿estáis bien? —Se acomodó el bolso en el hombro y dio un paso hacia delante para agacharse junto a nosotras, pero Gina se puso en pie nada más oírla. Tenía las mejillas rojas y la frente perlada de sudor—. He... He visto el coche y al no veros adentro, yo...

—Me he hecho un esguince —dijo Gina, tragando saliva. Sus dotes de actriz dejaban mucho que desear, pero a Carrie pareció convencerle—. Bueno, o algo parecido. Me he torcido el tobillo cuando iba a entrar en el coche y Bree me lo estaba mirando.

—Eh... Sí, pero está bien —contesté, irguiéndome y colocándome bien las mangas del jersey. Por poco se veían las heridas—. Mejor que lo mire su madre al llegar a casa, que ella es la médica. Y que conduzcas tú, por si acaso.

Carrie parpadeó, paseando la mirada de Gina a mí.

—Ah... Claro.

—Están las llaves puestas. Hemos salido solo un momento.

La chica asintió, todavía con la duda en los ojos.

—Vale... Gracias por esperarme, chicas. —Sonrió antes de darse la vuelta hacia la puerta que daba al asiento del conductor.

Gina dejó caer los hombros, como si de pronto le hubieran quitado una piedra de encima.

—Lo siento, Bree —murmuró, bajando la mirada al suelo—. Siento... Siento que hayas tenido que ver esto.

—No tienes que pedir perdón por nada, de verdad. —Me acerqué hasta ponerle las manos sobre los hombros—. Y estoy orgullosa de ti.

A Gina se le escapó una carcajada.

—No seas ridícula.

—No lo soy. Lo has hecho muy bien, de verdad.

—Sí, sobre todo la parte de inventarse lo del esguince. —Chasqueó la lengua—. Además, te he empapado el jersey.

—Creo que sobreviviré. —Bajé la mano hasta acariciarle el antebrazo—. ¿Estás mejor ahora?

—Sí. —Se forzó a sonreír—. Ha sido solo... una tontería. Se me ha ido la pinza. Finge que no ha pasado nada, por favor. Estoy bien.

Asentí, no muy convencida. Gina se separó de mí y entró en la parte trasera del coche, dejándome con la palabra en la boca.

Nunca se le dio bien mentir.

Según una antigua tradición danesa, la noche que alguien muere se ha de dejar la ventana abierta para que su alma pueda salir con libertad. Cuando mi padre murió, debimos de tener cerradas todas las ventanas, porque la suya parecía haberse quedado atrapada en Degriffin. Oía sus puños contra la muralla de mis sueños todas las noches, suplicándome que le enseñara cómo escapar. Cómo volver al Otro Lado.

O cómo mandarme a mí a él.

Adam tenía razón cuando decía que no podía seguir esperando a estar preparada.

No podía permitir que mi padre hiciera daño a nadie más.

Dejé a mi madre al cuidado de la señora Riley antes de subirme al viejo Ford camino a Glasnevin. Por un momento pensé en hacer parada en casa de Adam, pero dudaba que abriera la puerta. Quizás era lo mejor. No quería que creyese que le estaba utilizando, otra vez. No quería ser tan egoísta, por mucho que me doliera lo lejos que le sentía.

Aparqué el coche en la acera frente al cementerio y me apeé, abrazándome los codos. Aquel día la bufanda no era suficiente para protegerme del frío. La humedad cargaba el ambiente y hacía que la brisa se calara en los huesos y me erizara el vello de los brazos.

Aunque quizás se debía a lo cerca que estaba de él.

El cementerio de Glasnevin se había extendido tanto en los últimos años que ahora era más una ciudad que un cementerio. Y de alguna forma parecía vivo, como si los latidos de todos los que habían muerto palparan bajo el suelo. El verde del césped que había entre las tumbas apenas se veía con la cantidad de monumentos y mausoleos que ocupaban el camposanto, llenándolo todo de cruces grises. Se amontonaban unas junto a otras, sin apenas espacio entre una tumba y la siguiente. Las estatuas se erguían cada

vez más grandes, más altas y más ornamentadas, creando sombras siniestras en el horizonte. Parecía que la necrópolis no llegara a terminarse nunca.

Me dirigí como una autómatas hacia la tumba de mi padre. Me sorprendía que aún recordara el camino empedrado que seguí aquella primera y última vez, con los mismos árboles meciendo las hojas sobre mi cabeza y las flores marchitas dejándose arrastrar por el viento.

No había nadie más en el cementerio, a excepción de un par de celadores que barrían las hojas caídas de la entrada. Pero en ningún momento me sentí sola.

Todavía menos cuando me detuve frente a la lápida de mi padre.

IVOR DUANNE

19 MAYO 1945 - 3 NOVIEMBRE 1996

Sentí que las rodillas me temblaban. Nunca creía que viviría para recordar la lápida de mis padres. Nunca quise reconocer que llegaría un día en el que morirían, que el destino era caprichoso, que en la vida real no había *banshees* que te avisaran cuando estabas en peligro.

Un día estaba; al siguiente, ya no.

Y la Tierra no paraba de girar, la gente no dejaba de vivir porque una vida se perdiera. En un solo segundo, el mundo tal y como lo conocía se derrumbó.

No quería llorar. En ningún momento quise. No quería reconocer que una parte de mí le echaba de menos.

Desde su muerte me había esforzado en recordar cada una de las palabras de su diario, cada una de sus malas intenciones, cada tarde que nos saludaba de malas maneras, cada vez que me sentía abandonada por él. Cada grito, cada pelea, cada noche de embriaguez. Todo aquello había ocultado recuerdos más antiguos. Los que de verdad dolían. Sus manos sobre la máquina de escribir, su voz leyéndome cuentos, nuestros pies pisando por primera vez la arena de la playa y su sonrisa cuando veía la cometa volar. Llegó un punto en el que veía a dos hombres distintos, pero ahora ambos descansaban en el mismo nicho.

Me crucé de piernas sobre el césped y acaricié el mármol de la lápida como si así pudiera tocarle. Como si siguiera ahí.

No sabía a cuál de los dos hombres hablarle.

—Todavía no sé qué hago aquí, pero necesito que pares. —Cogí aire—. Necesito que pares, ¿me oyes? No puedes hacernos esto.

Solo me contestó la brisa. El sol de Dublín parecía haberse atrevido a asomarse entre las nubes y algunos rayos de sol se escapaban hasta rozar el

suelo.

—Dios, me siento tan estúpida. —Las palabras se quedaron atravesadas en mi garganta, como si llevara siglos sin hablar—. No me vas a escuchar ahora, igual que no me escuchabas cuando estabas vivo, ¿verdad? No vas a parar. No sé lo que quieres ni lo que buscas y ya no... Ya no...

Callé de golpe. Si seguía hablándole así, no había Forma de que se revelara, a no ser que quisiera dejarme un nuevo mensaje en la piel. Pero costaba demasiado callar la rabia y el duelo, el dolor y la nostalgia. Los recuerdos se hilaban unos sobre otros. Gritos sobre abrazos. Silencios sobre risas. Miedo y ausencia.

Todo el dolor que había provocado, y ahora solo me dejaba con cinco cortes y una tumba de piedra.

—Ahora mismo te odio, papá. —Una lágrima se congeló en mis ojos, aunque el viento no helara. Aunque el frío naciera de dentro—. Pero no quiero odiarte. Por favor, no me hagas odiarte más. Para con todo esto. Tienes que parar, tienes que...

Las palabras murieron en mis labios.

«Tienes que irte».

«Tienes que dejar de hacerme daño».

«Tienes que irte como te fuiste cuando elegiste a Paige y a sus hijos por encima de nosotras. Porque necesitabas una nueva vida, aunque no tuviste el valor de decírnoslo. Tienes que irte para que deje de dolerme no haber sido ellos. No haber sido suficiente».

Arranqué otro trozo de hierba en cuanto las lágrimas empezaron a nublarme la vista. Quería que me frenara, que diera alguna señal de que estaba ahí, escuchándome. Me bastaba cualquier cosa: unas palabras en el viento, unos arañazos en la piel, un grito. Ya me daba igual.

—Todavía no sé qué hice mal. —Tragué saliva. Solo quería que mis palabras sirvieran de algo, que despertaran algo en mi padre. Que me diera una señal—. Pero necesito que pares, papá. Necesito que descanses de una vez.

Solo me contestó el silencio. Deshice la cruz de mis piernas y me senté sobre los talones, a solo un paso de levantarme e irme. Porque quizás podía echar de menos a alguien y no quererle de vuelta. Podía perdonarle y no querer darle una segunda oportunidad.

Quizá su silencio era una forma de decirme que mi vida podía continuar sin que él respondiera.

—Espero que algún día estés orgulloso de la mujer en la que me he convertido a pesar de todo lo que hiciste. A pesar de ti.

Arranqué el último puñado de césped del suelo y me puse en pie. Fue entonces cuando todo el cementerio pareció dar vueltas a mi alrededor y tuve que apoyarme en la lápida para no caerme. Los oídos comenzaron a pitarme y cerré los ojos con fuerza, apretando los dientes, pero cuando volví a abrirlos el paisaje que me esperaba era totalmente distinto.

Porque volvía a estar en casa. En la casa del invierno de diez años atrás, al menos. Las botas se me hundían en la nieve y los árboles aparecían desnudos, meciéndose como fantasmas. El pitido no cesaba. A solo unos metros, el lago se extendía hasta llegar a la otra linde del bosque, con el agua aprisionada bajo el hielo.

Oí un crujido antes de que todo se desvaneciera, pero el cementerio seguía ahí. Solo que esta vez las lápidas y las cruces estaban cubiertas de nieve, y todo lo que antes era verde ahora se había vuelto blanco.

—¿Qué...?

El pitido en los oídos se intensificó, demasiado parecido a los últimos segundos de un hombre en la máquina del hospital. Di un paso atrás y caí de bruces al suelo.

El sonido cesó.

Me miré las manos, todavía heladas, pero a mi alrededor el camposanto volvía a estar como lo había encontrado. Con el mismo silencio, la misma sombra de los árboles, el mismo sol alargando sus rayos hasta las lápidas. Noté que me faltaba el aire.

—Bree.

Por un momento creí que era la voz de mi padre.

Pero fue Adam quien se acuclilló a mi lado y me sujetó de los codos para ayudarme a ponerme en pie, llenándose las rodillas de tierra. Su cara estaba a un palmo de la mía y, aun así, sentí que él también formaba parte de la visión de segundos atrás. Me apoyé en sus hombros para sostenerme.

—¿Qué haces aquí? —solté, dando un paso atrás.

—Supuse que estarías aquí. Faltaba el coche en tu garaje y...

—Ya me volvía a casa, de todas formas —le corté—. Aquí no hay nada más que hacer.

Me sacudí las manos contra la camisa y comencé a andar, huyendo de la lápida de mi padre como si acabara de ver su fantasma.

No descartaba haber visto un paisaje fantasma, al menos.

Pero no podía ser tan etéreo si aún sentía las manos frías, si aún tenía las mejillas rojas y me pitaban los oídos. Sacudí la cabeza. Lo último que debía hacer ahora era contárselo a Adam. No era justo para él, no serviría de nada. Visitar a mi padre no había servido de nada.

—Espero que no hayas venido en bici —dije, cruzando los brazos sobre el pecho para abrigarme. Adam había aumentado el ritmo de sus pasos hasta llegar a mi altura.

—No —murmuró.

—Tenías razón, ¿sabes? Intentar hablar con mi padre ha sido una pérdida de tiempo. —Sentí un pinchazo en el corazón—. No tendrías que haber venido.

A mi lado, Adam se colocó las gafas sobre el puente de la nariz y me dedicó una breve sonrisa.

—Yo... —titubeó. Se mordió el labio inferior antes de continuar—: La verdad es que no estoy aquí por eso. Yo también tenía un cuerpo que visitar.

—¿Un cuerpo? ¿Quién?

Adam frenó unos metros detrás de mí. Tenía los hombros hundidos y la mirada fija en una de las lápidas del camposanto, tan pequeña que casi pasaba inadvertida entre sus compañeras. Hacía tiempo que nadie le dejaba flores.

El chico se mantuvo inmóvil mientras me acercaba, con el viento revolviéndole el pelo y las manos escondidas en las mangas de su sudadera. Estaba tan quieto que empezaba a asustarme. Parecía que se había vuelto de piedra.

—¿Quién es, Adam...?

Su nombre no fue más que un susurro. Para cuando seguí la dirección de su mirada, me volví de piedra yo también. Parpadeé y me puse de cuclillas junto a la tumba, rozando las letras que había grabadas sobre la cruz.

—Esto tiene que ser una puta broma —murmuré.

Pero su nombre seguía ahí.

ADAM FINN

4 ABRIL 1977 - 23 FEBRERO 1988

—No tiene ninguna gracia, Adam, ¿me oyes? —No pude evitar que me temblara la voz. No aparté los ojos de la lápida, como si así pudiera hacerla desaparecer. Bajo aquel bulto de tierra había un cadáver y me negaba a creer que era la misma persona que me acompañaba. Era imposible—. No... No eres tú. Ni de coña. Este niño murió hace nueve años y tú... Tú tienes veinte, estás estudiando Arquitectura, vives en la calle Brian, y no..., no estás... —

Tragué saliva; las manos me temblaban y sabía que no era por culpa del frío. No era invierno todavía. El frío venía de dentro. El frío nacía del miedo—. No estás muerto.

Me levanté de un salto y di un paso atrás, tropezando con una de las piedras que se habían salido del camino. Pero esta vez Adam no estuvo para sostenerme.

No estaba ahí.

Quizás nunca lo había estado.

20

Nunca conduje tan rápido como en aquel camino de vuelta a Degriffin. Apretaba el volante con fuerza, con miedo a que el temblor que me recorría el cuerpo me jugara una mala pasada. Bajé las ventanas y dejé que el viento me azotara. Que la velocidad aumentara. Que el verde de los árboles que crecían a ambos lados de la carretera se hiciera más difuso, más difuminado, más irreal.

Necesitaba sentir que estaba viva.

Necesitaba creer que Adam también lo estaba.

Aparqué el coche en la acera frente a su casa justo cuando el cielo nos regaló el primer trueno del otoño. Las nubes se movían por el horizonte como un enorme telón gris.

Era la casa de los Finn, seguía siendo la casa de los Finn. La misma casa de paredes de piedra blanca y enredaderas marchitas a la que había llamado unos días atrás. Con el mismo timbre averiado y el columpio balanceándose lentamente desde la rama de un árbol. La hierba crecía alta y los hierbajos se enredaban en mis tobillos mientras me abría camino hacia la puerta, atravesando el jardín. No había flores. Las persianas seguían bajadas, las ventanas acumulaban polvo.

Todo estaba como si los Finn hubieran huido. O como si nunca hubieran estado ahí.

Empecé a golpear la puerta con rabia, esperando que alguien pudiera escucharme al otro lado. Me desgarré la garganta gritando el nombre de Adam. Dejé que la madera clavara astillas en mis puños, que los nudillos se volvieran rojos.

—¡Adam! ¡Adam, por favor! —Otro golpe, pero no había respuesta—. ¡Adam!

Frené un segundo para apartarme las lágrimas que me nublaban la vista. Porque, a cada segundo que no respondía, su nombre en la lápida se hacía

más real. Y me negaba a creerlo.

Tenía que ser algún truco de mi padre. Quería arrebatarme lo único que me quedaba, lo único que me había hecho sentir segura en los últimos meses.

—¡Adam! —grité, desgarrándome la voz. Agarré una piedra con las manos llenas de polvo y la lancé contra la ventana. Un estallido de cristales rompió el silencio.

Las esquiras cayeron sobre la tierra como si imitaran la lluvia.

—¡Adam! Por favor... No puedes hacerme esto. ¡No puedes desaparecer ahora!

«No te vayas...».

Caí de rodillas sobre la hierba. Me temblaban las manos y aún sentía el corazón palpitándome en las sienes.

Mi padre estaba muerto, Adam estaba vivo.

Mi padre estaba muerto, Adam estaba *vivo*.

No podía dejar de respirar, no podía dejar de pensar, no podía huir de aquella casa, de aquel jardín, de aquel columpio donde un niño de ojos pardos y sonrisa torcida me enseñó a volar.

No podía soportarlo más.

Eché a correr calle abajo. Sin mirar atrás.

—Bree...

—Bree, tranquila.

Sus voces se multiplicaban en mis oídos; mi nombre resonaba en todas partes, haciendo eco. A pesar de ser la casa de los Sloan, fue Gina quien me abrió la puerta. Me sostuvo entre sus brazos como yo había hecho con ella, en el coche, y Carrie no tardó en aparecer a su espalda. Ella también repetía mi nombre.

Me llevaron al interior de la casa, aprovechando que los padres de Carrie estaban fuera. Me tendieron en el sofá y se pusieron de cuclillas frente a mí, mirándome como mirarían un animal asustado. La chimenea del salón estaba encendida y veía sus contornos difuminarse con la luz del fuego a sus espaldas. Sus caras cada vez más oscuras. Sus voces cada vez más lejanas.

—Bree.

—Bree, ¿qué ha pasado?

Estaba llorando. Estaba temblando por la lluvia y el frío y estaba llorando y sentía que la cabeza iba a explotarme. Empecé a respirar cada vez más

deprisa. Carrie y Gina seguían mirándome, las dos con el batín de ir por casa. Buscaban una respuesta, pero no podía decir nada. No entenderían que mi padre estaba intentando volverme loca, que la tumba de Adam tenía que ser falsa, que, si se enteraban de esto, corrían el riesgo de que fueran sus muñecas las que acabaran heridas.

Gina cogió mi mano entre las suyas y se la llevó al pecho.

—Bree, estás bien. Estás a salvo. Todo está bien, de verdad. Respira.

El problema es que estaba respirando demasiado.

Sintiendo demasiado.

Intenté concentrarme en los latidos de Gina, que al lado de los míos parecía que iban a detenerse en cualquier momento.

—Estaba... Estaba en el cementerio. Quería ver a mi padre, pero... —Carrie me apartó una lágrima—. He visto la tumba de Adam, Adam Finn, pero... es imposible. Adam no... Adam...

«No digas más».

El corazón me dio un vuelco. Había oído su voz como si me estuviera susurrando al oído.

Era Adam. Aquí, aunque no lo viera.

«No digas más, Bree».

No dije más.

—Bree, tranquila, tranquila... —Gina me abrazó contra su pecho y empezó a acariciarme la espalda—. Ya ha pasado todo. Siento... Siento que te hayas tenido que enterar así.

Carrie frunció los labios.

—Creíamos que lo sabías, cielo.

—Yo pensaba que todo Degriffin lo sabía, de hecho. Y cuando vimos tu dibujo...

—Temíamos que fueras a buscarlo y te enteraras así. —Carrie bajó la mirada y acercó su mano a la que Gina me había dejado libre—. Pero, vaya, lo del cementerio ha sido mucho peor... Lo siento mucho, Bree.

Pero sus palabras parecían falsas, ensayadas.

Me encogí más sobre mí misma y Gina se acercó un poco más a mí, acariciando mi espalda para que me calmara. Pero no podía calmarme si la única persona en la que había confiado desde que llegué a Degriffin estaba muerta. Muerta.

Era imposible.

Pero también pensaba que lo eran las *banshees*, los fantasmas, los espíritus.

—¿Qué le pasó? —murmuré. Gina miró a Carrie, invitándole a hablar. La chica carraspeó, fundiendo su voz con el chispear del fuego:

—Fue hace... Hace muchos años, no me acuerdo muy bien. Éramos muy pequeñas, once años o así. Los padres de Adam empezaron a llamar a todas las casas buscando a su hijo porque no había vuelto. Creían que había desaparecido. —Tragó saliva—. Lo encontraron poco después en... En el lago. Al parecer, Adam estaba jugando por ahí cuando la capa de hielo se vino abajo, y estaba solo, y...

—Y murió solo.

Carrie bajó la mirada al oírme.

—Sé que erais muy amigos, Bree —dijo Gina, pasando la mano por mi espalda—. Lo siento mucho.

—¿Por qué nadie me lo dijo? ¿Por qué...?

—Mis padres pensaban que volverías en verano y te enterarías, como todos, si es que no os habían llamado ya —dijo Carrie—. Pero... Supongo que, cuando los Finn se marcharon del pueblo, hablaron con vosotros y por eso...

—Por eso mi padre se negó a volver a Degriffin. Por el lago. —Sentí que las palabras se me atragantaban en la garganta—. Por Adam. ¿Crees que fue por eso? ¿Que no quería que yo me acercara al lago también? Nunca... Nunca me dijeron nada.

—Solo querían protegerte, Bree. —Gina me cogió de la mano con fuerza—. Tú hubieras hecho lo mismo. Una niña de once años es muy pequeña todavía para vivir el duelo.

Y ahora me tocaba cargar con dos.

Afuera, la lluvia no era más que una fina capa de agua, ligera, que apenas calaba. Los truenos seguían amenazando, pero aún quedaban lejos.

Como mi padre.

Como Adam.

El cielo estaba oscureciéndose cuando crucé las puertas de la biblioteca municipal de Degriffin. Me acerqué a la recepción y pregunté por la sala de archivos como una autómatas, como si mis labios no me pertenecieran ni fueran mis piernas las que caminaran. Una vez dentro, hundida en la semipenumbra de la habitación, no me fue difícil encontrar los periódicos locales fechados en febrero de 1988.

Me mordí el puño para no gritar, no fuera que despertara a más fantasmas.

Hallan el cuerpo de un niño en el lago congelado de Degriffin.

El pasado 23 de febrero, el Departamento de Bomberos de Dublín fue alertado por los vecinos al localizarse una persona sumergida en las aguas heladas del lago de Degriffin, alrededor de las 22:27. La policía identificó más tarde al menor como Adam Finn, de once años de edad. No se han encontrado testigos del suceso, pero todo apunta a un desafortunado accidente al jugar sobre la superficie del hielo.

A raíz de las bajas temperaturas que están afectando a algunas regiones de Irlanda, los más jóvenes han aprovechado los estanques y las lagunas congeladas para convertirlas en el escenario de sus juegos. Pese a la diversión que representa para algunos, estas actividades pueden ser peligrosas si la capa de hielo es demasiado delgada.

El alcalde de Degriffin ha lanzado un comunicado en el que ruega a los padres de la comunidad que aseguren que sus hijos saben que el hielo de los lagos y estanques no es seguro.

La noticia iba acompañada de una foto en blanco y negro del niño con el que creía haber compartido tantas horas, tantos juegos. Quizás también el último.

Miraba y sonreía a la cámara con el mismo hoyuelo en su mejilla derecha, con los dientes torcidos y mechones rebeldes de pelo castaño cayéndole sobre las cejas; con esos ojos pardos en los que el verde y el marrón jugaban a hilarse, aunque en la fotografía solo se vieran grises. Había pasado demasiado tiempo perdida en ellos como para no recordarlos.

Volví a dejar el archivo en su sitio, donde el nombre de Adam caería en el olvido como tantos otros en este pueblo. Todavía me temblaban las manos cuando me giré hacia la puerta de la sala.

Delante de ella, como si hubiera estado ahí todo aquel tiempo, me miraba el mismo chico de ojos pardos.

Bree... dijo. Su voz sonaba tan clara como había sonado en mi cabeza. Dio un paso hacia delante, pero se detuvo en cuanto levanté la mano.

—Ni se te ocurra acercarte. —Tragué saliva. El corazón comenzó a latirme demasiado rápido—. ¿Quién...? ¿Quién narices eres y por qué...?

Mi voz se fue apagando conforme su sonrisa crecía. La misma de siempre, con el mismo cariño. El mismo chico que me había ayudado a levantarme en el cementerio, que me había curado las heridas, que me cubría con una manta cuando me quedaba dormida sobre una pila de libros.

—Soy Adam, Bree.

—No, Adam Finn está muerto. Murió hace nueve años, cuando era solo un crío. Tú...

—¿Tanto tiempo estudiando fantasmas y ahora eres incapaz de reconocer a uno?

Sus palabras me vaciaron las venas.

—No estoy de humor para bromas. Hace unos días, mi madre estaba en el hospital porque le habían tirado una puta estantería encima, hablar con mi padre en el cementerio no ha servido de nada y ahora tú... Tú... —Noté cómo los ojos se me cargaban de lágrimas; no era pena, era rabia. Era miedo—. No me vengas con cuentos, por favor. Dime quién eres. Dime qué quieres. Estoy cansada de ir a ciegas, de ser una estúpida marioneta con la que todo el mundo juega.

—Bree, puedo... Puedo explicártelo, de verdad. Solo necesito que me escuches.

—No eres Adam. No puedes serlo. No eres un fantasma porque los fantasmas no crecen, los fantasmas no son... No son corpóreos. —Di un paso hacia él con la mano alzada, pero me detuve a dos palmos de rozarle el pecho.

Una parte de mí temía que mis dedos lo atravesaran—. Son espíritus. Etéreos, parte de otra dimensión. He pasado mucho tiempo estudiándolos para que ahora...

—*Muerte y vida*, página 407 —me interrumpió él—. Cuando un alma muere con un propósito, parte de ella se queda anclada a la vida, aunque su cuerpo perezca. Y esa alma es la que no descansa, la que se queda permanentemente entre la vida y el Otro Lado. Entre la vida y la muerte. Es ese dilema el que permite que el alma pase de un estado a otro, de etéreo a corpóreo, de visible a invisible, que adopte la forma que tendría si siguiera viva... Que envejezca. Al menos hasta que su propósito se resuelva.

—Y tengo que creerte. Tengo que aceptar de pronto que la única persona a la que consideraba mi amigo en este dichoso pueblo está muerta. Que veo fantasmas.

—Eso último no te sorprendía cuando los *escuchabas*. —Otra vez esa media sonrisa que no era real; que no tendría que existir—. Te dije que tenías un don.

—Y no me dijiste que estabas muerto. ¿Se supone que tengo que confiar en ti?

—¡Porque no estaba muerto *para ti*, Bree! ¿No lo entiendes? —Se mordió el labio con un suspiro—. Eres mi propósito. La única razón por la que estoy aquí. La única persona que me ve, que me escucha. No podía... No quería que huyeras, no quería que me tuvieras miedo como se lo tienes a tu padre. No soy él. No soy como él. No quería que cambiara nada, Bree. Sigo siendo Adam, te lo prometo.

Aparté la mirada para que no me viera llorar. Una parte de mí sabía que tenía razón, que ahora era cuando todo cobraba sentido.

Por eso nunca contestó a mis cartas, por eso nunca lo encontraba en casa, por eso no cogía el teléfono. Porque no estaba ahí. Solo lo estaba *para mí*.

Las lágrimas me nublaron la vista. Antes de que pudiera detenerle, Adam se acercó a mí y me rodeó con los brazos, con una mano sobre mi espalda y la otra acariciando mi pelo. Noté sus labios sobre mi frente y hundí la mejilla en su pecho, dejando que me meciera. Olía a lluvia, a bosque, a Adam.

Le abracé con más fuerza. Me negaba a creer que Adam no existía, que llevaba nueve años volviéndose polvo.

—¿Por qué puedo sentirte? —Las palabras se me atragantaron en la garganta—. ¿Por qué puedo verte? ¿Por qué tú y no...?

Me callé el nombre de mi padre. Una parte de mí quería recuperarlo, quería esa oportunidad de volver a conocerle. Otra parte de mí temía que nada

hubiera cambiado. Que fuera peor de lo que recordaba.

Adam siguió dibujando figuras en mi espalda.

—¿Qué crees que dirían tus libros, Bree?

—*Nuestros* libros. Aunque me di cuenta de que nunca sacaste nada de la biblioteca, ¿verdad? Todos eran míos.

—Son pequeños trucos del Otro Lado. —Rio contra mi pelo y sentí aquella pequeña carcajada reverberando por todo su pecho—. Pero puedes verme y tocarme y sentirme porque... Porque mi alma se quedó contigo, Bree. Me quedé anclado a ti, a ti y a este sitio.

Supe que no solo se refería a Degriffin, sino al lago. El mismo que me saludaba cada mañana, con las aguas meciéndose tranquilas, como si nunca hubieran acabado con la vida de un niño.

—Era yo, ¿verdad? La niña con la que jugabas en el lago. La última persona que te vio con vida. Por eso te veo.

—Dejamos un juego a mitad. —Adam levantó las comisuras, pero su expresión quedaba lejos de ser una sonrisa—. Y me prometiste que volverías aquel verano, pero...

—Pero para entonces ya no estarías. —Tragué saliva—. Hemos llevado ese juego demasiado lejos, Adam. Y ahora tú... Tú...

—Eh, eh, tranquila. —El chico se separó de mí y sostuvo el rostro entre sus manos. Fue como si de improviso el invierno azotara la habitación, como si sus manos y las mías se hubieran vuelto hielo. Se inclinó hacia delante para dejar sus ojos a la altura de los míos—. No hubieras podido hacer nada. No fue tu culpa, ¿vale? No lo sabías. Nunca lo supiste.

—Estoy cansada de no poder hacer nada.

Adam me acarició la mejilla con el pulgar, con los ojos tan lagrimosos como los míos, al otro lado de sus gafas. No le dio tiempo a decir nada más.

—¿Señorita? —Un par de golpes al otro lado de la puerta acompañaron a esa voz desconocida—. ¿Podría bajar un poco el volumen? Se ha de guardar silencio en esta zona de la biblioteca.

Miré a Adam, que se había separado un paso de mí y miraba al suelo con los labios fruncidos. Separé sus manos de mi rostro.

—Supongo que ya no tengo que pedirte que te escondas, ¿verdad?

—Tengo mis trucos. —Se inclinó para besarme la mejilla, justo donde unos segundos antes sentía su mano—. Nos veremos pronto, Bree.

Al alejarse volvió el frío.

Dio dos pasos atrás, se colocó las gafas sobre el puente de la nariz con una media sonrisa y bajó la mirada a sus pies. Su piel se fue volviendo traslúcida.

Sus manos desaparecieron; su pelo, sus hoyuelos, sus ojos, su cuerpo. Un pestañeo más tarde, lo único que tenía frente a mí era la puerta a sus espaldas.

Adam había desaparecido. Como si nunca hubiera estado ahí, como si no fueran sus manos las que habían rozado mi piel. Como el fantasma que era.

Sentí un nudo en el estómago.

—Perdone, ya me iba —dije, al mismo tiempo que abría la puerta de la sala.

Aún esperaba encontrármelo al cerrarla.

Cuando era más pequeña, bastaba con colarme en la cama de mis padres para que desaparecieran todas las pesadillas. Buscaba un hueco entre la espalda de uno y las manos del otro y escalaba a través de las sábanas hasta abrazar la almohada. Mi padre siempre dormía. Mi madre siempre abría los ojos.

—¿Qué es ahora, cariño? —decía.

No me costaba nada hablarle de mis sueños, porque de alguna forma hablar de ellos los hacía más pequeños. Daban menos miedo.

Mi madre me acariciaba el brazo hasta que volvía a dormirme, dibujando nombres en mi piel. A veces, incluso, cuando el miedo era demasiado intenso, se levantaba de la cama para preparar dos tazas de leche caliente, cogía el videocasete de la estantería y miraba conmigo mi película favorita, una y otra vez, hasta que me venciera el sueño.

En el último año había vuelto a escalar a la cama de mi madre, con un lado vacío, esta vez para ser yo la que ahuyentara las pesadillas. Pero echaba de menos que fuera yo la que buscara sus brazos. Echaba de menos que su cama fuera un lugar seguro, que hablar de los demonios que nos atormentaban los hiciera desaparecer. Ahora, mi único propósito las noches que no conseguía dormirme era hacer que por lo menos mi madre descansara.

Aquella noche también me cansé de mirar los tablones de madera del techo y salí de mi habitación con los pies de puntillas. Una vez en el salón, encendí un ratito la chimenea, lo suficiente para entrar en calor. Me hice un ovillo en el sillón mientras miraba el baile de las llamas. Una sola chispa que se escapara podía acabar con todo. Podía llevarme al Otro Lado, con Adam, con mi padre. Aunque corriera el riesgo de no regresar, a veces me preguntaba si las cosas no serían más fáciles allí. Donde nadie podía dañarte.

Quizás a mi padre le habían arrebatado la capacidad de sentir y por eso nos hacía tanto daño. Por eso no me escuchaba: porque había dejado de importarle. Porque había dejado de ser él. El cuerpo que había visitado en el

cementerio tenía tanto de él ahora como el fuego de la chimenea. Solo era polvo y ceniza.

Unos pasos en la escalera me sacaron de mi ensimismamiento.

—Mamá, ¿te he despertado?

Mi madre bajó los escalones con una mano aferrada a la barandilla y la otra sobre el pecho. Negó con la cabeza y esperó a llegar al suelo para contestarme. A la luz del fuego, todas las secuelas del accidente parecían ensalzarse, dándole un aspecto todavía más enfermizo.

—¿Qué es ahora? —murmuró.

Hacía años que no me lo preguntaba.

Deshice el abrazo y me acurruqué con ella en el sofá, con cuidado de no apoyarme sobre los hematomas. Mi madre estiró su batín para que también me cubriera a mí.

—No podía dormir —murmuré—. Me he enterado de lo que le pasó a Adam. No pensaba que me afectaría tanto. —Tragué saliva—. Tú lo sabías, ¿verdad? Por eso no querías volver. Por eso dejamos de venir. Por lo que ocurrió en el lago.

Ella suspiró, soltando el aire lentamente. Los ojos se le humedecieron.

—Fue idea de tu padre. No quería que supieras lo que había pasado y pensó que nos iría mejor si alquilábamos la casa. La vida en Dublín sería más fácil así...

Me separé de ella.

—¿Así cómo? ¿Ocultándomelo todo? Le dio igual que mi mejor amigo muriera. Mejor obligarme a empezar de cero en Dublín sin darme ni una explicación, como si acabara de nacer y no me enterara de nada. Oh, sí, seguro que así dolería mucho menos. —Me crucé de brazos—. Es estúpido.

—Bree, no lo entiendes, tu padre...

—No me hables de él.

Mi madre boqueó, como un pez al que han sacado a rastras del agua. No lo entendía. Estaba harta de que no nos dejara en paz. De que no se conformara con sus estúpidas visiones, sus mensajes, sus gritos, sino que además también ocupara la mente de mi madre. Todos los días, todas las noches. Ni él ni ella descansarían nunca.

—Tienes que volver a ver a Christine —murmuré.

Pero ella no me daría la razón.

—Solo he dicho que fue idea de tu padre...

—No hablo de eso. Eso es solo la punta del iceberg. Estoy cansada de verte dar vueltas en círculos y no llegar a ningún lado.

—Solo necesito tiempo, Bree.

—Ha pasado un año, mamá. ¿Cuánto más vas a esperar? Tienes que seguir adelante, tienes que hacerlo porque...

«Yo no puedo seguir haciéndolo por las dos».

Me levanté de un salto del sofá y le di la espalda para que no me viera llorar, aunque no sabía cuál de las dos empezaría primero.

—Solo he dicho que fue tu padre quien quiso quedarse en Dublín. —La voz le temblaba—. No entiendo a qué viene todo esto ahora.

—A que estás mal, mamá. —Me giré hacia ella—. Estás mal y te pasas los meses dejando que todo esto te consuma. Hablando de él. Inventándote excusas para no ver a Christine.

—Eso no es verdad. Fui a Christine hace cuatro meses y ahora estoy mejor, yo...

—Que no te pases todo el día llorando no significa que estés mejor. ¿Es que no lo ves? —Me mordí el labio, con tanta fuerza que temí hacerlo sangrar—. En tu cabeza no dejas de pensar en él, en todo momento, a todas horas. No he podido hablarte de Adam sin que saliera el tema.

—¡Me has preguntado tú!

—¡Es que no es la primera vez! —Apreté los puños—. Crees que estás mejor, que te vas a curar mágicamente, pero... Necesitas ayuda, mamá, yo...

—Deja de hablarme como si estuviera loca. —Ahora fue ella la que se levantó del sofá, aunque dejó una mano sobre el reposabrazos para apoyarse—. No estoy loca, Bree, no estoy...

—¡Yo no he dicho eso! Dios, ni siquiera me escuchas.

—He dicho que tu padre quería quedarse en Dublín después del accidente y entonces tú...

—No estoy hablando de él, estoy hablando de ti. —No quería discutir. No entendía por qué seguía empeñada en hablarme como si la estuviera atacando, como si estuviera en el bando contrario—. De que por una vez dejes de pensar en él, en lo que hizo, en lo que fue, y empieces a pensar en ti. Necesitas ver a Christine.

Pero era como hablarle a una pared. Mi madre ya no me miraba a mí, sino que buscaba refugiarse en cualquier otro rincón de la habitación y paseaba la mirada perdida de un lugar a otro, frenética. El brazo con el que se apoyaba empezó a temblarle. En su mente no estábamos conversando: ella tenía su propio diálogo en su cabeza, su versión, sus voces. A mí no me escuchaba.

—Sé lo que me va a decir. Pero aún necesito tiempo, cariño... —Sacudí la cabeza; tenía el rostro surcado de lágrimas—. Tú no lo entiendes. No

entiendes que han sido treinta años con él... Es... Es mucho dolor, muchísimo...

—Y para mí ha sido toda la vida. —Noté que la voz se me rompía con la última sílaba, que las piernas me fallaban. Mi madre no dejaba de llorar. Su rostro se había deformado en una máscara de pena—. Para mí ha sido toda la vida, mamá, toda...

Sabía que no me escuchaba. Seguía murmurando, hundiéndose cada vez más. Sentía que, por más que le hablara, no me escucharía, que en su cabeza se repetían las mismas frases trilladas, los mismos pensamientos, que la martilleaban con tanta fuerza que no era capaz de escuchar nada más. El fantasma de mi padre llamaba a su puerta todos los días.

Me acerqué a ella y cogí sus manos entre las mías. Las lágrimas apenas me dejaban hablar. Me dolía verla tan débil, tan pequeña, tan... rota. Quería arrancarle todo el dolor que sentía, toda la oscuridad que se aferraba a su corazón como si fuera alquitrán.

—Vamos a poder con esto, ¿me oyes? —Me incliné hacia delante para abrazarla—. Vamos a estar bien, mamá, te prometo que vamos a estar bien...

Pero ella seguía llorando contra mi pecho, como si el peso del mundo la hundiera.

Todo por *su* culpa.

Las mangas de su batín se resbalaron para dejar ver las cicatrices de sus cortes, gemelos de los míos. Apenas se distinguían entre las nebulosas de hematomas que le recorrían el brazo. Tragué saliva. Ya no sabía qué fantasma me asustaba más: el que habitaba la casa o el que habitaba nuestra piel.

No sabía cuál nos mataría primero.

23

Necesitaba tiempo para asimilar todo lo que estaba pasando.

Aquella mañana me levanté sabiendo que no merecía la pena ir a la universidad. No me serviría de nada estar en clase y estudiar la maravillosa anatomía de una mitocondria si mi cabeza solo pensaba en fantasmas, en vidas y muertes, en lagos helados y padres que no daban la cara.

Afuera, el frío casi se igualaba al que invadía el interior de la casa. Me abrigué con una vieja bufanda de lana y, después de dejar el desayuno preparado en la cocina, salí directa a la parte trasera del jardín. El gris del cielo no auguraba nada bueno.

La casa del árbol volvía a estar tan desordenada como cuando teníamos nueve años, con las mantas desperdigadas por el suelo y las ramas del árbol colándose por la ventana. La torre de libros hacía tiempo que se había caído.

Cogí el libro que Adam había comentado, *Muerte y vida*, y busqué el índice entre las primeras páginas. Tenían que hablar de esa conexión entre vida y muerte en algún lado.

Tenían que explicar cómo traerlos de vuelta.

Las manos comenzaron a temblarme mientras pasaba las páginas hacia el apartado dedicado a la necromancia. Las palabras bailaban sobre las hojas como si no quisieran que las leyera, como si el libro estuviera encriptado. Tenía que leer la misma frase una y otra vez para entenderla, pero todas las palabras me parecían fantasía. Irreales.

Magia negra.

Rituales de sangre.

Manipulación de cuerpos.

Invocaciones.

Sentí que se me erizaba la piel. Esta no era la vida que quería para él. Esta no era la vida que quería devolverle, y aun así...

Era la única vida que podía darle.

—¿Buscando cuentos?

Pegué un sobresalto al escuchar la voz de Adam junto a mi oído, al sentir su aliento rozándome la piel.

—Dios, Adam, no hagas eso.

Se había aparecido a mi lado, con las piernas cruzadas sobre la manta del suelo y las mejillas coloradas. Como si hubiera sangre corriendo por sus venas. Como si su corazón latiera, como si su aliento fuera real.

Adam sonreía como si no estuviera muerto.

—Perdona, no quería asustarte.

—Entonces deja de aparecerte como si... Como si... —Me mordí la lengua. Por la forma en la que Adam me miró, inclinando las cejas, supuse que no necesitaba acabar la frase para que me entendiera.

—No soy yo el espíritu que te persigue, Bree. —Se abrazó las rodillas—. No quiero que me tengas miedo...

—No me contaste nada de esto, Adam, *nada*. ¿Por qué? Me hiciste creer que... —La angustia me cerró la garganta. Noté cómo el labio inferior empezaba a temblarme y apreté los puños—. Se suponía que estabas de mi parte, que no había secretos, que querías ayudarme a librarme de aquel fantasma. Pero aquí el único fantasma eres tú.

Fue como si le diera una patada en el estómago. Adam se encogió todavía más. Esperaba verlo convertido en el niño que recordaba en cualquier momento.

—No quería que lo supieras —murmuró con un hilo de voz—. Precisamente porque temía que reaccionaras así. No quería que me miraras con miedo, Bree, no quería ser eso para ti. No soy... No soy tu padre, ¿entiendes? Nunca te haría daño. No podría.

—Fuiste tú el que apuntó a mi padre en primer lugar. —Sentí que todas las piezas encajaban de golpe; piezas que hubiera querido no encontrar nunca—. Y vi el lago, en el cementerio, cuando hablaba con mi padre. Entonces no lo entendí porque creía que esa visión hablaba de él, no... No de ti. ¿Por qué tengo que creerte ahora? ¿Por qué voy a confiar en la única persona que...?

Que estaba muerta, sí.

En el único fantasma que veía.

Pero también en la única persona que me había sostenido cuando el dolor que sentía era demasiado grande para guardarlo dentro. La única que me había escuchado una y otra vez, que no esperaba a que le preguntara cómo estaba para preguntar antes por mí. Los cortes en mis brazos no eran las únicas heridas que Adam había sanado.

Y ahora empezaba a preguntarme si era capaz de curarlas precisamente por haberlas creado.

Adam se volvió hacia mí, con las lágrimas agolpándose en sus ojos.

—Bree, cuando digo que no podría..., lo digo en serio. ¿No lo entiendes? Estoy aquí por ti. Sigo aquí por ti. Para encontrarte y protegerte.

—No soy ninguna dama en apuros —espeté, ofendida—. Y si querías encontrarme, ya lo has hecho. Puedes irte en paz, ¿no? Eres libre. Has cumplido.

Él sacudió la cabeza.

—Sigues sin entenderlo.

—¡Pues explícamelo, joder! —Aparté los libros que había acumulado en mi regazo con rabia, hacia Adam, aunque sabría que a él le bastaría con desvanecerse para esquivarlos. Pero no lo hizo. Se mantuvo corpóreo, inmóvil, mirándome con los ojos brillantes—. Explícame por qué tú no eres el espíritu que me persigue. Explícame por qué coño tendría que confiar en ti después de que... De que... —De nuevo, las lágrimas me callaron. Me froté los ojos con brusquedad.

«Después de que me hicieras creer que tenía a alguien que me sostuviera. Alguien a quien poder presentar a mi familia, alguien con el que crecer. Alguien que me hiciera sentir segura».

Adam agachó la cabeza.

—Me prometiste que volverías aquel verano y te marchaste —murmuró—. Y yo me prometí que te esperaría. Que esperaría a que volvieras. Fue la última promesa que hice, solo unos minutos antes de que el hielo se rompiera. Por eso... Por eso se creó el vínculo, Bree. Un vínculo contigo y con el lago al que regresarías. Un vínculo que nunca dejaría que te hiciera daño, porque eso sería como hacérmelo a mí. —Tragó saliva antes de levantar la manga izquierda de su sudadera; sobre su piel se distinguía la marca de cinco cicatrices horizontales, idénticas a las mías. Idénticas a las de mi madre—. Y no podía dejar que ese estúpido espíritu te hiciera daño o te alejara. Eres lo único que me queda, Bree. Mi puerta al Otro Lado.

—Y por eso te acercaste a mí. Para poder marcharte... —Sentí una punzada en el corazón—. Necesitas que me quede para irte y el espíritu busca todo lo contrario. Es eso, ¿verdad?

Adam no contestó.

Me mordí el labio y enseguida noté el regusto salado de la sangre, de una de las heridas que había abierto el día que discutí con mi madre. Durante todo aquel tiempo me había sentido culpable por pensar que estaba utilizando a

Adam, y en el fondo era él el que me necesitaba a mí. El que se había acercado solo para poder marcharse.

No quería tener que despedirme de él después de haberle conocido otra vez. No era justo.

—Soy solo tu puerta —murmuré.

—No digas eso. —Adam se incorporó y se acercó para cogerme de las manos—. No eres solo eso, no digas tonterías. No hubiera querido conocerte si solo fueras una zona de paso, Bree. No te querría si...

—Para. —Deslicé mis manos fuera de las suyas y me moví hacia atrás hasta apoyar la espalda en la pared de la caseta. Hasta que no pudiera alejarme más—. No... No quiero escuchar nada de eso. No puedo. No ahora.

«No me digas que me quieres y desaparezcás», pensé.

«No me digas que me quieres si estás muerto. Si al final de día yo soy la única de los dos que respira. La única que va a quedarse».

Quizás los fantasmas como Adam también podían leer la mente, y por eso agachó la cabeza y hundió los hombros, rendido.

—¿Qué digo entonces? —Tenía una sonrisa frágil, caída—. ¿Qué puedo hacer para que estés bien, Bree?

—Vivir. —El silencio que siguió a mi voz fue mucho más pesado de lo que esperaba—. Tú, mi padre... Estoy harta de que todo lo que me rodea acabe muerto.

—¿Lo dices por *Olivia*? —dijo, nombrando al pobre lirio que había perdido la vida unos días atrás—. Porque viendo cómo cuidas a tus plantas, *Rodolfo* será el próximo y entonces empezaré a preocuparme.

—¿Cómo sabes...?

—Te he dicho que tengo mis trucos.

—¿Y colarte en mi habitación es uno de ellos?

—Solo si veo que la vida de tus cactus peligra. Son *cactus*, Bree —insistió, ladeando la sonrisa. No tardó en aparecer el pequeño hoyuelo en su mejilla.

No pude evitar que una suave risa escapara entre mis labios, por muy triste que sonara. Me sentía como una niña pequeña con el orgullo demasiado grande resistiéndose a las cosquillas.

—Odio que me hagas reír cuando es lo último que quiero —dije, manteniendo la sonrisa. Adam se acercó un poco más a mí.

—No, no lo odias.

Mi risa fue apagándose hasta formar una fina línea con los labios, como si el peso de todo lo que habíamos hablado volviera de golpe. El rostro de Adam

se ensombreció al ver cómo cambiaba la expresión en el mío.

—Y tú no me quieres —repliqué, sin un ápice de la sonrisa de antes—. No puedes quererme. Soy un desastre, Adam. Y una egoísta. Solo sirvo para quejarme de lo mal que está mi madre y para pedirte ayuda con algo que... Que se suponía que no te incumbía. Hace solo un mes éramos dos desconocidos. No me conoces, no como antes. No puedes quererme y menos..., menos si estás muerto.

Adam parpadeó.

—Bree, llevo nueve años conociéndote —dijo—. Creciendo contigo, aunque no me vieras. Nueve años esperándote. Y no los pasé todos en Degriffin, ¿entiendes? Te conozco más de lo que piensas.

—Para conocerse se necesitan dos partes —contesté. Sacudí la cabeza; sentía que estaba siendo demasiado dura—. Y no me tranquiliza nada pensar que durante nueve años has sido el fantasma debajo de mi cama. Un poco perturbador, ¿no crees?

—Qué va, ese era otro.

Le pegué un suave codazo.

—Idiota. —Él sonrió.

—Nunca te haría daño, Bree, de verdad. —Miró hacia mis manos, como si quisiera cogerlas pero tuviera miedo de que le rechazara—. Nunca. Y tampoco entraría en tu habitación sin tu permiso, ni en esta dimensión ni en la siguiente. Uno tiene sus principios.

Adam se encogió de hombros y abrió los brazos como si me invitara a reencontrarle en ellos. Me envolvió en un abrazo demasiado cálido para alguien que está muerto, pero no pude evitar devolvérselo. Me sostenía con fuerza, como si quisiera recordarme que estaba ahí.

Aunque no viviera.

Aunque no pudiera volver a hacerlo, ni con toda la magia negra del mundo.

Por eso le abracé con más fuerza, para convencerme de que sus palabras eran reales y que sus brazos seguían siendo un lugar seguro. Que aquella casa del árbol seguiría siendo nuestro refugio, a salvo de espíritus negros, de dudas, de miedos. De heridas.

El corazón se me encogió al recordar sus palabras. Adam me meció, haciéndome caricias en el pelo, en cuanto se dio cuenta de que había empezado a llorar. Fuera también llovía.

«No me quieras, Adam» pensé.

«No sabré devolvértelo».

Volver a clase me parecía algo absurdo.

La chica que veía al otro lado del espejo mientras me peinaba tenía demasiados miedos y estaba demasiado cansada como para perder el tiempo escuchando las palabras de un profesor que ni siquiera se sabía su nombre. Me sentía una farsante vistiéndome de calle y arreglándome el pelo para que el resto del mundo me viera, para que dejaran de hacerse preguntas.

Pero la Bree del espejo había dejado de preocuparse por su reflejo y ahora miraba siempre a las sombras de su espalda. Ahora buscaba pintadas entre el vaho cada vez que salía de la ducha y se acostaba temiendo no volver a levantarse. Ahora miraba en cada esquina esperando que su único amigo apareciera. Buscaba los abrazos de alguien que ya no existía, no aquí, y renegaba de todos los demás.

Cuando salí al jardín, Carrie imitaba la melodía de una canción con el claxon y Gina se tapaba los oídos desde el asiento del copiloto. Bajó la ventana en cuanto me vio llegar.

—Por fin, ¿dónde te habías metido?

—Debajo de las sábanas, seguro —dijo Carrie con una sonrisa.

—Ojalá. —Me acomodé en uno de los asientos traseros y el coche arrancó con un ronroneo. Gina se dio la vuelta en su asiento para mirarme, pero yo me mantuve con la vista clavada en la casa.

—Tienes mala cara. ¿Has dormido bien, Bree?

Respiré despacio, con la sensación de que en un coche tan pequeño como aquel me faltaba el aire. Ahí es donde empezaba mi actuación: en una sonrisa despreocupada, en unos ojos que fingieran no ver cómo la figura de Adam se despedía de mí desde la puerta de mi casa. Me sonrió igual que me había sonreído toda la noche, cada vez que una pesadilla me desvelaba. Cada vez que los gritos volvían a reverberar por las paredes.

Antes de que pudiera devolverle la sonrisa, su cuerpo se disolvió como si no fuera más que polvo.

—De maravilla —mentí.

Me bastó una sola clase para entender que la universidad había dejado de ser mi sitio.

La tiza chirrió contra la pizarra, el taconeó de los alumnos fue cada vez a más. Pasaban las páginas. Murmuraban. La brisa silbaba al otro lado de la ventana, como si luchara por entrar. Todos los sonidos parecieron incrementarse al mismo tiempo, luchando por silenciarme. Y todos parecían venir de dentro. El bolígrafo rasgó el papel. Alguien tosió. El profesor lanzó una pregunta al aire. ¿Qué había dicho? ¿Por qué no paraba de hablar? ¿Por qué nadie se callaba?

¿Por qué no me dejaban en paz?

Arranqué la última página de mi libreta y empecé a rayarla hasta que todo se calmara. Raya a raya, la página se volvió negra. No solté el bolígrafo, ni siquiera cuando la tinta empezó a pegarse al costado de mi mano. Ni siquiera cuando los primeros compañeros empezaron a fijarse en mí.

Me miraban como si estuviera loca.

Pero ellos no lo entendían.

Ellos no lo *oían*.

—Bree, para. Para, te están mirando. —Una mano rodeó mi muñeca y solo entonces me di cuenta de lo mucho que estaba temblando. El murmullo se apagó de pronto.

Adam se agachó frente a mi mesa, sin soltarme. A sus espaldas, el profesor había retomado la explicación sin inmutarse.

—Tranquila —dijo, con una de sus medias sonrisas—. Tranquila. Ya está todo bien, Bree.

Sacudí la cabeza.

No, nada estaba bien.

No podía seguir así.

No podía soportarlo.

Mi padre siempre tuvo razón: no debería estar aquí. En este mundo, en este sitio, con esta gente.

No debería estar aquí.

Guardé la libreta en mi mochila y la cargué a mi espalda. Ni siquiera me importó que todo el mundo se girara al escuchar el chirrido de la silla. No podía quedarme. No podía seguir mirando a los ojos de Adam y que nadie más los viera.

No quería seguir con este juego.

Le di la espalda y salí del aula.

Como si el aire fuera capaz de arrancarme todas las voces de un manotazo, mi cabeza se silenció nada más cruzar las puertas de la universidad. La calma duró el tiempo que Adam tardó en volver a aparecerse. Miré por encima del hombro para encontrármelo a mi espalda, con las manos escondidas en los bolsillos de la sudadera.

Retomé la marcha con un suspiro, andando cada vez más deprisa.

—Bree...

—Vete, por favor —murmuré sin dejar de caminar.

—Pero, Bree, escúchame...

—En serio, vete. —Me detuve en medio del parque para mirarle—. Necesito estar sola, ¿vale? Por una vez, déjame estar sola. —El ruido estaba volviendo, como si un enjambre de abejas saliera de la boca de Adam cada vez que hablaba—. No puedo más, Adam...

Cerré los ojos y me apreté las sienes con fuerza. Las manos volvían a temblarme, el corazón volvía a latir con demasiada fuerza. Cuando levanté la mirada, Adam seguía ahí, con los hombros caídos, pero no era el único que me miraba. Un par de estudiantes tumbados al sol con libretas sobre las rodillas se había vuelto hacia mí con las cejas arqueadas y los labios abiertos, a unos cuantos metros de distancia.

—Genial, no pueden verte —murmuré—. Soy oficialmente la loca del campus.

No esperé a que contestara. Me di media vuelta y me alejé de los jardines de la universidad hacia una de las aceras menos concurridas. Sentía a Adam detrás de mí como si fuera mi sombra.

Aceleró el paso hasta ponerse a mi altura y me miró con el ceño y los labios fruncidos.

—No era tu padre.

Me detuve en seco.

—¿Qué?

—Lo que te ha pasado en el aula no era cosa de tu padre.

Suspiré y aparté la mirada para seguir caminando. Por una vez no quería saber nada: ni de mi padre ni de él ni de los muertos al Otro Lado. Solo quería que me dejaran en paz, Adam incluido. Solo quería descansar de una vez.

—Sigues oyéndolo, ¿verdad? —insistió él, a pesar de mis intentos por ignorarle—. Los ruidos, los murmullos, los gritos. Anoche no parabas de gritar en sueños.

—Se suponía que habíamos quedado en que no entrarías en mi habitación sin permiso.

Él no pudo evitar sonreír.

—Bree, fuiste tú quien me llamaste.

—En sueños, supongo.

—Y tampoco parecías molesta al verme cuando despertarte.

«Deja de sonreírme así, deja de mirarme así, deja de hacerme creer que estás vivo».

—Porque eres lo único que no me da miedo de toda esta locura, Adam. —Tragué saliva—. Lo único que parece real. Y por un momento, cuando te veo, yo... olvido que estás muerto. Que no existes. Que no tengo un jodido espíritu metido en la cabeza intentando volverme loca. Pero solo me engaño a mí misma, porque al final del día tu nombre sigue en una lápida y mi padre muerto sigue sin decirme qué quiere de mí. Por una vez solo quiero que...

—No era tu padre —repitió. Me frenó con una mano sobre el hombro, tan fuerte y calida como si estuviera viva. Pero es que ya no quería saber lo que iba a decirme, no quería escucharlo. Estaba demasiado cansada—. ¿Te acuerdas de lo que te dije hace un tiempo, que había personas con un don?

—¿Un *don*? Si lo dices así, parece especial y todo. Perdona que no me sienta así.

—Un sexto sentido. ¿Prefieres eso? Una capacidad que otros no tienen.

—Una mutación —murmuré.

—Exacto. Una mutación en los genes que se activa y se desarrolla como cualquier otra, ¿lo entiendes? Y la tuya está cada vez más desarrollada. Para ti, los límites entre la vida y la muerte son cada vez más difusos. —Adam se humedeció los labios y bajó la mirada—. Y puede que en parte sea por mi culpa. Por todo lo que has descubierto...

—Dado que veo a un niño muerto hace nueve años, lo de los «límites difusos» me parece un eufemismo —dije, cruzándome de brazos—. Y no sé a dónde pretendes llegar, pero ahora mismo no me parece que esté siendo una habilidad muy útil. Menos cuando solo quiero...

—Lo sé, pero escúchame, Bree, por favor...

—No, escúchame tú. —Me planté delante de él—. No quiero saber nada de esto, ¿entiendes? No quiero escuchar muertos ni ver fantasmas, no quiero tenerte revoloteando como si fueras mi ángel de la guarda y, por Dios, no quiero saber nada de mi padre. No hoy, no ahora. —Me aparté el flequillo de la cara, intentando que así no se notara lo mucho que todavía temblaban mis manos. Lo débil que me sentía—. Creía que estábamos controlando todo esto. Que conociendo historias de fantasmas los venceríamos, o que llegaría un punto en el que me dejarían en paz; pero ahora tú estás muerto y mi padre sigue muerto, y este mundo parece otro y no tengo manera de huir de esto. No sé qué hacer. La única persona en la que confío lleva años pudriéndose bajo tierra, pero ahora me visita cuando no puedo dormir. —Solté una risa seca, ahogada por las lágrimas que intentaban hacerse hueco a través de mi garganta—. Perdóname si por un día, solo por un día, quiero ir a clase y poder fingir que tengo una vida normal. Pero has vuelto a aparecer y...

—Tenía que sacarte de allí.

—Tengo dos pies, Adam. No te necesito.

—Pero no unos ojos que puedan *verlos*. —Soltó el aire que estaba conteniendo, como si llevara esperando horas para poder decirlo—. Sé que no era tu padre porque eran almas, Bree. Almas que empiezan a ver que puedes oírlas. El murmullo, el ruido blanco, los gritos que creíste que eran de una *banshee*... No están en tu cabeza, Bree, sino fuera. Y todas te necesitan a ti. Tenía que sacarte de allí antes de que se dieran cuenta.

—¿Y eso lo sabes por tu maravilloso sexto sentido?

—Eso lo sé porque estoy muerto. —La forma y la seriedad con la que lo dijo me sentó como una puñalada en el estómago—. Muerto —repitió, obligándose a que no le temblara la voz—. Muerto pero obligado a seguir aquí, en medio de nada, donde se solapan dos dimensiones distintas y ninguna me pertenece. No me ven ni vivos y muertos, solo tú. No puedo hacer nada si no es por ti. Y cuando por fin alguien me ve después de nueve años creciendo solo, cuando alguien me conoce de verdad, esa persona solo quiere alejarse de mí. Olvidarse de mí. Porque su vida ya es demasiado complicada sin un fantasma de por medio. ¿No te has parado a pensarlo, Bree? ¿No te has imaginado lo que es estar muerto? —Supe que el silencio dolía más que sus palabras en el momento en el que se quedó callado. Porque no quería responderle; no quería pensar. No quería recordar todo el dolor que esto nos estaba haciendo—. Tu vida no es la única que dejó de ser normal hace mucho tiempo. La mía nunca tuvo la oportunidad de ser *nada*.

Se mordió el labio inferior y se quitó las gafas para apartarse las lágrimas. Esperaba que desapareciera, que me dejara con la palabra en la boca y se marchara a dondequiera que fuera cuando no estaba conmigo.

Pero algo me decía que no había ninguna otra parte. No había nada. El Otro Lado era un lugar desconocido para los dos.

—Moriste, Adam —susurré. Odiaba que se me quebrara la voz—. Y no es justo. Pero tampoco es justo que me hagas sentir culpable, porque yo... Yo... Nunca quise nada de esto, joder. Nunca quise que murieras. —Sacudí la cabeza—. Perdona si te ofende que yo no esté muerta también.

No le di tiempo a responder.

Si él no quería desaparecer, lo haría yo.

—Solo quería protegerte —escuché, justo antes de darme la vuelta y echar a andar hacia la parada de autobús.

«Nos está oyendo».

«Está aquí, está con nosotros».

«No, todavía no».

«Ayúdanos».

«Por Dios, ayúdanos».

«Se está yendo, ¿dónde cree que va?».

«¿Dónde va a esconderse?».

«No puede esconderse».

«No está sola».

«Callad, no está sola».

Los cinco minutos desde la facultad a la parada de autobús se me hicieron eternos. Oía las voces lejanas, graves y rotas, como si hablaran con la garganta atravesada. A veces eran susurros, a veces solo llantos. El llanto que escuché la noche en que murió mi padre se repetía una y otra vez, sobreponiéndose por encima de las voces. Me pedían ayuda, me lloraban, vigilaban y describían cada uno de mis pasos.

Como si me observaran. Como si estuvieran dentro de mí.

«No deberías estar aquí».

Su voz me azotó de golpe, y ya no supe distinguir si era real o solo un recuerdo. Solo supe que por una vez le di la razón.

Quizás eso es a lo que se refería todo el tiempo. Quizás no me estaba ahuyentando; me estaba protegiendo. Me estaba dando la clave para huir de todas esas voces antes de que me volvieran loca.

Quizás solo quería llevarme con él porque me echaba de menos, aunque doliera.

Descubrirlo sería muy fácil.

Tanto como lo fue dejar caer la mochila sobre la acera y adelantarme dos pasos hacia la carretera, ahora vacía. De nada sirvió que la amable señora se

levantara de su asiento y me preguntara qué hacía, adonde iba. El autobús asomó por la curva de la carretera, la mujer empezó a gritar más alto, el viento me azotó con más fuerza como si quisiera apartarme.

Y mis pies continuaron clavados en la tierra. Cerré los ojos al escuchar el claxon del autobús, que no dejó de sonar: cada vez más fuerte, cada vez más cerca, mezclándose con el sonido brusco de los frenos y los gritos de la amable señora.

«Acaba con esto por mí», supliqué.

El azote del aire me hizo abrir los ojos de nuevo.

—¿Sube?

Parpadeé.

El autobús se había detenido frente a mí, pero no me encontraba en medio de la carretera, sino sentada en la parada del bus con las manos sobre las rodillas. La señora que estaba a mi lado había subido por delante de mí. El conductor seguía esperando mi respuesta con la puerta abierta y el ceño fruncido.

No había pitidos ni aire ni gritos.

Ni voces.

—Sí, perdone.

En la casa del árbol hacía cada vez más frío.

Todo el orden de semanas atrás se había derruido y ahora los libros descansaban desordenados unos sobre otros, con las esquinas de las hojas dobladas y tiques de compra entre las páginas. El tablero de güija seguía a medio hacerse. Pero ahora no había rastro de los números que Adam escribió.

Porque nunca lo hizo, ¿verdad?

—*El Libro de las Sombras*. —Leí en voz alta el título de uno de los volúmenes que encabezaban la torre de libros. Aquel en concreto había sido un regalo de cumpleaños para una niña que había dejado de creer en los cuentos de hadas y había empezado a disfrazarse de bruja.

La primera vez que leí sobre fantasmas fue en uno de sus hechizos, pero por aquel entonces creía que no eran más que juegos. Creía que los fantasmas solo eran cuentos. Ahora tenía que recordarme constantemente que Adam era uno, que por más que recordara sus abrazos y sus hoyuelos, por más que olera a lluvia y escuchara su risa, su verdadero cuerpo llevaba años bajo tierra.

Pero quizás podía darle uno de vuelta.

Escondí los puños en las mangas del suéter y salí de la casa del árbol con el cuello encogido, intentando protegerme del frío. Mi habitación se sentía todavía más fría, con los cristales de la ventana empañados de la humedad. Parecía que ella también había perdido vida: los restos del lirio blanco seguían marchitos sobre la mesita de noche, los dibujos de Adam seguían desordenados sobre el escritorio, desplazando los apuntes de biología que habían terminado en el suelo. Hasta los cactus parecían haberse apagado; cada vez los veía más grises y menos verdes, como si el invierno quisiera llegar antes de tiempo.

Aún con los codos abrazados, cogí la sábana arrugada de mi cama y la enganché a la estantería sobre la cabecera.

Encendí la lámpara de la mesita de noche para que iluminara la habitación y fui hacia las cajas desembaladas que aún se mantenían en una esquina. No me costó nada encontrar el libro. Lo abracé contra mi pecho y me escondí bajo el improvisado fuerte.

Debí de haber hecho ruido al entrar en casa, porque oí un «¿Bree...?» desde el piso de abajo, pero no supe si venía de mi madre o de los fantasmas que había dejado despiertos, así que no respondí. Me hubiera gustado desaparecer como hacía Adam. Como hizo Adam. Como hizo mi padre.

Pero nadie abrió mi puerta, nadie volvió a llamarme, nadie apareció entre las sombras de la sábana. Estaba sola, otra vez.

Miré el libro que había dejado sobre mis piernas. Conocía su cubierta como si no hiciera ni un día desde que lo encontré en aquel pequeño mercado medieval: las tapas negras con las marcas de los dedos que las rozaron, la tipografía dorada encajada en un recuadro vacío de líneas grises encima de todo, arriba. *El Libro de las Sombras*. Brujería básica para niñas que quisieran aprobar exámenes o quitarse un mal de ojo.

Y para niñas no tan niñas que quisieran revivir muertos.

Nunca creí que esos hechizos fueran reales. Y menos cuando la poción de amor que intenté hacer con quince años acabó provocándome la indigestión del siglo.

Pero ahora apenas reconocía a esa Bree que dejó de ir a la iglesia y empezó a dibujar flores y árboles en los parques. La Bree que intentó encontrar aquella pieza que encajara, aquel libro que le diera respuestas. El mundo parecía demasiado perfecto para ser una casualidad, pero no veía ni rastro del dios del que hablaban en su parroquia cada domingo. Si estaba ahí, no lo oía.

Y las voces que me llamaban tampoco le oían a él.

Aquel libro de brujería no había sido más que una época transitoria en la que me pregunté si serían las energías del universo las que lo explicaran todo. Pero para entonces no creía en fantasmas, no realmente. No creía en nada, pero quería saberlo todo.

Ahora creía en todo y sentía que no sabía nada.

Me detuve nada más encontrar el hechizo: «Invocación a los espíritus de los muertos». Mi mano se quedó quieta sobre el título y se me secó la lengua, como si mi mente quisiera asegurarse de que no me atrevía a recitar nada en voz alta.

No todavía.

Por la noche regresaron esas pesadillas que cruzaban la muralla de la realidad.

Me levantaba con el pulso acelerado y gritos en la cabeza, y, aunque pocas veces recordaba lo que había soñado, el miedo permanecía.

Volví a escaparme a la habitación de mis padres como cuando era niña, aunque ahora había un lado de la cama que estaba siempre demasiado *frío*. No era solo porque mi padre faltara; era el frío de todo lo que nos había quitado.

Miré cómo mi madre dormía hecha un ovillo, con las dos manos bajo su mejilla. Parecía una niña pequeña, reducida a la mitad. Todavía le veía las contusiones en la piel. A pesar de la penumbra de la habitación, conocía cada herida de memoria; incluso las que ella se negaba a ver, las que solo dolían cuando admitía todo lo que nos había pasado.

Porque cuesta creer que la persona con la que compartiste media vida (o toda una vida, en mi caso) no era la persona que creías conocer. Cuesta creer que nunca nos hablara de lo cansado que estaba de su vida. Que decidiera vivir otra; sin preguntarnos, sin intentarlo.

Se deshizo del amor de mi madre como si durante todos estos años no le hubiera importado nada. Buscó algo más fácil. Una vida más libre.

Y se fue sin darnos la oportunidad de perdonarle.

Odiaba quererle, porque después de todas las veces que nos había dado la espalda sentía que no lo merecía. En aquel diario contaba cómo había *planeado* destruir a mi madre, hundirla tanto que dejarla fuera un juego de niños. Podría haber hecho las cosas bien. El amor se acaba, la llama se apaga, lo entiendo.

«Pero no tenías por qué hacernos tanto daño».

Me encogí más sobre mí misma y me acerqué a mi madre. Conté sus exhalaciones e intenté acompasar mi respiración a la suya, pero sabía que nada de lo que hiciera serviría para dormirme. La casa seguía llena de fantasmas, como si alguien hubiera arrancado todo lo que nos pertenecía y lo

hubiera vuelto extraño. Las llaves colgando sobre la encimera, el espejo torcido sobre el tocador de mi madre. Hubo un tiempo en el que vivimos en esta casa, ¿verdad? No fue un sueño.

Pero cada día estaba más convencida de que nunca salimos vivas de ella.

Me pregunté si no sería cosa de mi padre. Si esta era su manera de hacerse presente. Solo quería invocarlo de una vez para poder preguntarle por qué; por qué hacía todo esto, por qué seguía aquí, por qué no podía dejarnos descansar.

Por qué no podía verlo como veía a Adam. Al final se había convertido solo en un recuerdo. Era la firma anónima de todo lo que me estaba pasando desde que había llegado a Degriffin pero, de alguna forma, no era..., no era real.

Cada vez era más difícil recordar su cara cuando no estaba enfadado, o recordarle como algo más que un cúmulo de recuerdos, una memoria de alguien más joven. El hombre que seguía vivo en aquella casa, en las lágrimas de mi madre y en las pesadillas que me mantenían despierta, no era el hombre al que había llamado «papá».

No quería que lo fuera.

Vuelve, Adam.

Sé que no te hace gracia que haga estas cosas, pero necesito saber que estoy haciendo algo, que... no finjo que no ha pasado nada. Aunque tienes razón, hace unas semanas que mi padre está más tranquilo (mi padre o el espíritu que no me deja en paz desde que llegué a Degriffin... Pero tú no pareciste dudar cuando lo señalaste a él y, bueno, teniendo en cuenta que tú lo puedes ver, me fio bastante. Aunque no acaba de aliviarme, la verdad. No quiero que sea mi padre porque eso significa que quiere hacer todavía más daño. Pero al mismo tiempo quiero que sea él porque significa que no nos ha olvidado. ¿Sabes cuál es el problema? Que me importan demasiadas cosas. Me importa si un hombre muerto me quiere y me importa si este paréntesis está quedando demasiado largo, pero esto es lo que soy. También me importa que vuelvas, por cierto. Me importas más que muchas otras cosas).

Quiero pedirte perdón por si dije algo que te hiciera daño y que ahora te impida volver. Pero también quiero decirte que voy a seguir intentando contactar con mi padre porque no puedo continuar esperando. No puedo quedarme quieta viendo cómo todo a mi alrededor muere (y sí, hablo de Olivia también) y llega el invierno.

Ya tengo todos los materiales que necesito. Solo me falta valor.

(Y quizás sea porque también faltas tú, porque una parte de mí tiene miedo de que me esté equivocando, porque siempre tienes razón y no me extrañaría que ahora también).

Por favor, vuelve. Echo de menos que vayas dejando dibujos en mi habitación y que me cuentes lo aburrido que es no poder dormir. Te echo de menos, Adam.

Perdóname.

Bree

Me quedé mirando la carta durante dos minutos antes de arrugarla y lanzarla al interior de la papelería. Después de todo, era una carta sin dirección ni destinatario, pero era lo único que me quedaba por probar.

Adam no era el único que había desaparecido en Degriffin.

Mi mesa en la universidad se mantuvo vacía, y cada vez que Carrie llamaba a la puerta para preguntar por mí, le pedía a mi madre que dijera que estaba enferma. Porque era mucho más fácil fingir estarlo que intentar explicar que tenía miedo de que las voces volvieran.

La primera vez que Gina me llamó a casa, me contó que había recuperado mi número de una agenda de teléfonos de hace diez años, donde había escrito la dirección y el teléfono de todos los niños de su clase, en la escuela de Degriffin, para mandarles cartas.

—Admito que me siento un poco acosadora —decía— pero es por una buena razón. Carrie me dijo que el otro día te encontrabas un poco mal, ¿estás mejor?

Su voz sonaba tenue al otro lado de la línea, aunque seguramente se debiera a que había acabado con el teléfono entre el hombro y la oreja y cada vez se me resbalaba más. De haber sabido que era Gina la que llamaba, no lo hubiera cogido.

—Sí, un poco. —Fingí toser—. Pero no creo que mañana vaya a clase.

—¿Por qué?

Subí los pies a la silla con ruedas y dejé que rotara frente a mi escritorio, con *El Libro de las Sombras* abierto de par en par. El aire olía a la lavanda que había esparcida sobre las hojas y la cera de una vela había empezado a caer sobre mis apuntes. La misma frase, la que tendría que recitar para invocar a mi padre, se repetía sobre el papel una y otra vez, hasta que no me hiciera falta leerla para recordarla. El resto de la habitación parecía un cuadro: la cama estaba deshecha; las macetas, vacías; los dibujos de Adam habían pasado de estar sobre el escritorio a esparcirse por el suelo, pero ya no me molestaban. El caos dejaba el espacio justo para que pudiera caminar hacia la puerta, aunque tampoco salía mucho de la habitación. Lo suficiente para asegurarme de que a mi madre no le faltaba nada.

—Estoy cansada —dije, y por una vez no me sonó a una mentira—. Quiero reponerme del todo antes de volver, y más ahora que se acerca el invierno.

—Oh, entiendo. ¿Quieres que me pase por tu uni para recoger apuntes o...?

—No hace falta, Gi.

—Vale... Si necesitas algo más, sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Entrecerré los ojos, aun sabiendo que ella no me veía.

—No me dices eso porque sientas que me debes nada, ¿no?

—¿Qué?

—Por... Por lo de Carrie y el día que esperamos para recogerla. O cuando quedasteis a «estudiar» en casa. No voy a decir nada, así que puedes estar tranquila.

Oí un carraspeo al otro lado y pude imaginar perfectamente cómo las mejillas blancas de Gina se volvían rojas en medio segundo.

—¿Qué? No, yo... Bree, no te estoy diciendo nada de esto por... Por eso. Estoy preocupada por ti, eso es todo.

—Estoy bien. —Hice rodar una bola de papel con la punta del pie—. No tienes que preocuparte.

—¿Y tu madre?

Puse los ojos en blanco.

—Bien.

—Vale... Dale recuerdos de mi parte, ¿de acuerdo?

Creo que las dos supimos en aquel momento que la conversación terminaba ahí.

—Lo haré. Y... gracias por llamar, Gina. Perdona si he sido un poco brusca.

—Eso es la gripe, seguro, que pone de mal humor a todo el mundo. —Rio—. Tú céntrate en mejorarte ahora. Pasaremos a recogerte otra vez cuando nos digas, que en el coche te echamos de menos.

Estaba segura de que no. No necesitaba ninguna voz en mi cabeza para decirme que no eran más que palabras cordiales, que ellas dos estaban mucho más a gusto sin que yo las estorbara. Gina tenía un corazón de oro y por eso llamaba. Carrie no tardaría en cansarse de fingir que le importaba. Solo era cuestión de tiempo que volviera a quedarme sola.

—Gracias.

—No es nada. Nos vemos pronto, Bree.

Le colgué antes de que le diera tiempo a decir nada más. Dejé el teléfono sobre la mesa, encima de un montón de páginas desordenadas con mensajes y palabras que cada vez me parecían más ajenas, como si las hubiera escrito otra persona. No sabía cuántas horas llevaba con esto, pero mi cuerpo pedía a gritos un sueño que no era capaz de darle.

Cerré *El Libro de las Sombras* y salí de la habitación hacia la cocina. Tenía el estómago cerrado, pero quizás una taza de café (otra) me ayudara a aguantar lo que quedaba del día con un mínimo de conciencia. Me crucé con mi madre al bajar las escaleras, mientras se ajustaba el batín a la cintura.

—¿Adónde vas? —pregunté, deteniéndome junto a la puerta de la cocina.

—Iba a por algo de comer —dijo mientras me acompañaba al interior. No hubo forma de esconder mi sorpresa: hacía meses que mi madre había perdido el apetito y me había acostumbrado a luchar cada día para que se llevara algo sustancioso a la boca—. ¿Sabes si aún hay sobras de ayer?

—Me... Me parece que queda algo de pasta en la nevera.

Mi madre asintió, se frotó las manos en el batín y fue a prepararse la cena.

Quizás esto era algo puntual. Solo era una cena, nada más, no significaba que mi madre estuviera curada. Y quería creer que tampoco era una forma de recordarme que la había dejado a su suerte, con los platos sucios acumulados en la pila sin lavar y sobras de hace una semana como alimento. Que era como una niña que había empezado a andar sin que sus padres estuvieran para verla.

—¿Queda algo para mí? —pregunté. No tenía hambre, pero no sabía si una cena así volvería a repetirse.

Mi madre asintió y sacó el táper de la nevera.

—¿Con quién hablabas arriba? —dijo en cuanto me acerqué. Estaba acostumbrada a que me lo preguntara, aunque esta era una de las pocas veces que hablaba con alguien real.

—Era Gina, llamaba para ver cómo estaba. Te manda recuerdos, por cierto.

—Qué amable. —Sonrió sin mirarme, separándose la pasta en su plato—. Tienes unas amigas que son un tesoro, Bree. Llevan preguntando por ti desde el primer día que faltaste a clase, ¿te das cuenta? —Suspiró—. Creo que te echan de menos.

—No, no creo. —Fruncí los labios—. Estoy bien aquí. Además, podría decirte lo mismo de la señora Riley.

La sonrisa de mi madre estaba cargada de pena.

—Pero yo también estoy bien aquí.

Fue la primera vez que lo vi en los ojos de mi madre. En sus ojos más que en sus palabras, en la forma en la que hablaba de la soledad con una sonrisa en los labios, como si así quisiera convencerse de que no dolía nada. De que era su vida. De que no podía cambiarla.

Y sabía que esos pensamientos tenían un único culpable.

—No, no es verdad, mamá. No es lo mismo. —Me serví un poco de pasta, rendida—. A ti no te ayuda en nada quedarte encerrada aquí. Esconder el problema no hará que te duela menos, ¿sabes?

Mi madre se quedó callada durante unos segundos que me parecieron eternos, removiendo los macarrones sin llegar a pinchar ninguno.

—No soy la única que está triste —murmuró.

Y no pude hacer más que responder con un suspiro, porque hablar con mi madre era como hablar con una pared. Una pared llena de grietas y con cuadros torcidos que se caía a trozos. Me guardé las palabras con las que quería responderle porque no sabía cuánta verdad había en ellas.

Yo no estaba triste, mamá. Estaba... vacía. Y no sabía cómo librarme de ese vacío porque había llegado a un punto en el que no lograba distinguir dónde acababa él y dónde empezaba yo. No entendía cómo un vacío podía pesar tanto.

Porque pasaban los días y solo quería estar sola, colgar las llamadas, bajar cada persiana y cerrar las puertas, pero en el fondo no quería estarlo. Quería el abrazo de alguien que no existía y rechazaba los tuyos, mamá. Quería una voz que me llamara, que me viera, que pudiera oírme; y al mismo tiempo temblaba cada vez que me llamaban las voces.

Y de alguna forma sentía que pasar tanto tiempo rodeada de fantasmas me había convertido en uno. Invisible para todo el mundo menos para mí, y tan real como una ciudad en llamas, gritando mientras ardo sin que nadie me oiga porque ya no queda nadie.

Así que no, mamá. Aún no sé si estoy triste o estoy maldita.

Adam no volvía.

Era mi primer pensamiento nada más despertarme y el último cuando volvía a meterme en la cama. Esperaba que en cualquier momento volviera a lanzar piedras a mi ventana (¿alguna vez lo había hecho o era parte de sus trucos?), que se apareciera mientras leía con un cuaderno entre sus manos y me dibujara, en silencio, con esa media sonrisa.

«No quiero nueve años más para volver a encontrarte», escribió. Ahora era yo la que no soportaría nueve horas más.

Algo no iba bien. Lo sabía porque, por primera vez en mucho tiempo, ni las voces ni los ruidos ni las visiones volvieron a molestarme. No había brisas frías que me helaran al entrar en casa ni bombillas que parpadearan sin causa. No tenía razones para invocar a nadie, pero el miedo seguía ahí. Y yo era la única que lo alimentaba.

Al final me vi obligada a salir de casa para hacer la compra semanal. Volví del supermercado con el maletero cargado de bolsas llenas de comida que probablemente caducaría antes de que nos diera tiempo a comerla, pero el primer paso para acercarse a la normalidad en casa era fingir que estábamos cerca de ella. El coche empezó a ronronear cuando entramos en Degriffin, como si fuera un aviso. Reduje la marcha en cuanto llegué a la carretera que serpenteaba el valle, antes de llegar a casa.

A lo que quedaba de mi casa.

—No —murmuré. Tendría que haber sido un grito. Tendría que haber gritado, haber apagado el coche, haber llamado a la policía, a los bomberos, a los vecinos, a alguien que me dijera que me estaba equivocando.

Pero mi casa estaba en llamas y yo no hice más que quedarme con las manos tiesas en el volante y el corazón perdido entre las cenizas.

—No, no, no... —Mi voz era la de una autómatas, y con cada sílaba sentía que me faltaba más el aire. La columna de humo que se extendía por encima

de mi casa parecía estar invadiendo mis pulmones—. No...

Dejé el coche en medio de la carretera, a treinta metros de la casa, y salí con la bufanda todavía enredada en mi cuello y el miedo en mi garganta. Ya no había silencio (ni voces ni ruido), solo el crepitar de las llamas ensordeciéndolo todo. Solo las lenguas de fuego escapándose entre las ventanas, iluminándolo todo con un aura dorada.

Mi casa estaba ardiendo.

Y mi madre seguía dentro.

—¡Mamá! —Eché a correr hacia la entrada, cegada por las lágrimas que empezaban a empañarme los ojos—. ¡Mamá, no...!

Una lengua de fuego rugió en una de las ventanas del piso de abajo, entre las cortinas azules.

—No... ¡No!

Corrí hacia la puerta, pero cuando llegué al primer escalón, unas manos me agarraron la cintura desde atrás.

—Bree, quieta —susurró.

—¡Suéltame! —chillé, volviéndome hacia Adam. Él se había aparecido a mis espaldas y me agarraba la cintura con el rostro serio y las cejas inclinadas. El fuego no le quemaba, la piel no le ardía. No había rastro de lágrimas en sus ojos—. ¡Adam, suéltame! ¡Mi madre está dentro!

Pero él hizo todo lo contrario: me alejó de las llamas y me obligó a caminar hacia atrás, de vuelta al coche. Forcejeé entre sus brazos, a ciegas.

—Bree...

—¡Suéltame! —Di una patada al aire, pero Adam seguía sosteniéndome—. ¡He dicho que me sueltes! ¡Adam, mi madre...!

Mi familia estaba ahí dentro. Tenía que...

Tenía que salvarla por una vez.

Me quedé sin voz. El humo me hizo toser, inclinándome hacia delante, con las manos de Adam todavía sobre mis brazos. La casa seguía ardiendo, mi madre seguía dentro.

—Bree, escúchame. —Los labios de Adam estaban a la altura de mi oído, pero no quería escucharle. No quería oír nada más que la voz que mi madre, otra vez—. No es real. Nada de esto es real.

Pero mi casa ardía. El fuego se extendía hacia el cielo y el humo era cada vez más denso.

—¡Suéltame! —chillé; las lágrimas me ardían en la garganta—. La casa... La casa está...

—¡Bree! —Esta vez no se limitó a contenerme; me cogió de los hombros y me hizo girar el cuerpo hacia él, cara a cara. Agaché la cabeza. No podía dejar de llorar. Oía la televisión. ¿Es que él no podía oírla? ¿No veía el fuego? —. Bree, mírame...

Conseguí zafarme de sus brazos y dar unos pasos más hacia delante antes de tropezar con mis propios pies. Caí de bruces al suelo, levantando una capa de polvo, ceniza y tierra.

Un segundo después, la casa explotó.

—¡No! —Un fogonazo de fuego lo inundó todo. Los ojos se me llenaron de lágrimas, en mis oídos solo se oía el grito del fuego. Sentía que no me quedaba aire en la garganta—. ¡No!

No podía ver nada.

No había nada.

Adam corrió hacia mí, se agachó y me ayudó a ponerme de pie, pero no tenía fuerzas. Tuvo que sostenerme para que no me derrumbara.

—Bree... —murmuró.

Me colocó una mano bajo la barbilla y me obligó a mirarle a los ojos.

—Es tarde, ¿verdad? —dije. No sabía si quería conocer la respuesta. No podría soportarlo—. Por... Por eso has vuelto. Por eso estás aquí. Mi madre...

—Tu madre está bien, Bree. Mira.

Con cuidado, Adam volvió a girarme hacia la casa, cubriéndome con un abrazo. Me aferré a sus manos mientras intentaba ver algo más allá de las lágrimas.

Ahora todo estaba frío. Todo volvía a estar vacío.

—No es real, Bree —murmuró en mi oído—. ¿Lo ves? Está todo bien. Ya está todo bien, Bree. No es real...

«Tú tampoco», pensé. Pero sus brazos seguían alrededor de mi cuerpo, y sus manos seguían cálidas entre las mías. Apoyó la barbilla contra mi cabeza, mirando a la casa que segundos antes ardía.

Parpadeé para deshacerme de las últimas lágrimas. El humo y el fuego habían desaparecido. No había cenizas ni quedaba rastro de ningún incendio. Al otro lado de la casa, donde acababa la carretera, el lago parecía estar burlándose con su calma.

El corazón seguía latiéndome como si esperara desgarrarme la piel.

Adam aflojó sus manos, pero no me soltó.

—No es justo —murmuré. Él me miró por encima de sus gafas y arqueó una ceja; como si no estuviera muerto, como si no acabara de ver mi casa en

llamas, como si no pasara nada—. No puedes desaparecer de repente y volver solo para..., para...

—¿Protegerte?

Alguien tenía que mirarse el complejo de héroe. Sacudí la cabeza y me llevé una mano al pecho, donde el corazón aún bombeaba como si le faltara aire.

—Frenarme —acabé—. Mi madre... Mi madre estaba ahí dentro.

—No había ningún fuego, Bree. —Lo dijo con un tono cansado; como si regañara a un niño por décima vez. Sin mirarme. Sin atreverse.

—¿Cómo lo sabes? —Me encogí y me abracé los hombros—. ¿Cómo sé que el fuego era una ilusión y que no has utilizado uno de tus estúpidos trucos para hacerme creer que todo está bien? —Todavía me temblaban los labios, pero hice un esfuerzo para seguir hablando—. No... No parecía mentira, Adam. Lo he sentido. El fuego, la televisión y...

—También me sientes a mí. —Se mordió el labio y agachó la cabeza. Parecía que en cualquier momento fuera a darme el pésame—. Ha sido tu padre. Ha jugado con las visiones como hizo el día que explotó la bombilla.

—Y tú lo has visto —adiviné. Él solo asintió—. No... ¿No ha hecho nada más?

Adam suspiró, mirando hacia la casa. El cielo se volvía más gris con cada segundo que pasaba.

—¿Te parece poco?

Me aparté las lágrimas del rostro, con rabia. Mi cuerpo seguía temblando como si aquel incendio hubiera sido real. Casi podía sentir la ceniza entre mis dedos, el calor del fuego y el rugido de las llamas, pero todo sería una mentira. Y todo sería su culpa.

—No me quiere aquí. —Todas las emociones de los últimos minutos parecieron golpearme a la vez y me doblaron por la mitad. Me arrastré hasta acabar sentada en el suelo, con la cabeza dándome vueltas y el espectro de Adam mirándome desde arriba.

«Mi padre no me quiere aquí —pensé—. Quizás solo está intentando volver a casa. Al hogar que tuvimos antes de que todo se derrumbara.

»Y si él no vuelve, no volverá nadie».

Adam se quedó a mi lado, en silencio. Se sentó sobre la tierra mojada, abrazó sus rodillas y apoyó la cabeza en ellas. Parecía estar esperando a que le gritara. A que le dijera que se marchara, otra vez.

Eché un vistazo a la casa antes de hablar, asegurándome de que no había fuego ni llamas ni humo ni miedo. Todo estaba tal y como lo había dejado

antes de marcharme. A juzgar por las persianas bajadas del piso de arriba, mi madre seguía tumbada en su habitación, ajena a todas mis pesadillas.

Solo había una persona que podía ayudarme a desacerme de ellas. Y estaba a mi lado, esperando a que me sanara de la única manera que conocía: con silencio. Con una sonrisa tímida cada vez que le miraba y la promesa de que se quedaría ahí hasta que le pidiera marcharse.

No lo merecía.

—Lo siento —murmuré. Adam levantó la mirada y parpadeó, confuso—. La última vez que nos vimos, yo... No debería haber reaccionado así. Sé que solo querías ayudarme, pero es que... —Me tapé el rostro con las manos, apretando los dientes—. Dios, estaba muy cansada de todo esto. Solo quiero que termine. No quería que te marcharas, no de verdad.

Él levantó las comisuras, en una sonrisa que parecía más una mueca triste. Deshizo su abrazo para acariciarme el brazo, con cuidado. Su piel era demasiado cálida para estar muerto. Demasiado real.

Dolía tanto como sus palabras.

—No puedo marcharme. —Su voz fue solo un susurro. Apartó la mano con cuidado y volvió a levantar la cabeza hacia la casa.

Estaba demasiado en calma para lo reciente que tenía el incendio.

—¿Sigue aquí? —pregunté. Adam sabía a qué me refería. Negó con la cabeza, pero sus ojos siguieron escrutando el paisaje, siguiendo el rastro de entes invisibles. Si aún sangrara, juraría que su rostro había perdido toda la sangre al palidecer—. Pero estás viendo algo, ¿verdad?

—Siempre hay algo. —Metió los puños en las mangas de su sudadera antes de ponerse en pie de un salto—. Quizás deberías entrar en casa. Tu madre debe de estar esperándote, ¿no? —Me tendió una mano para que me levantara, pero me negué.

—No creo que le importe esperar un poco más. Yo... No quiero entrar. No todavía. —Me sentía como una niña pequeña, acurrucada en la cama de sus padres.

—Puedo dejarte sola si quieres...

—No. —Mis labios hablaron más rápido que mi cabeza, sorprendiéndonos a los dos—. No, quédate. —Porque a su lado la casa parecía un poco más cálida, un poco más segura, aunque siguiera con el vello erizado. Aunque dentro de mí sintiera el invierno—. Necesito despejarme un poco. ¿Puedes quedarte?

Adam sonrió.

—Puedo. ¿Quieres quedarte aquí? —Eché un vistazo rápido a mi alrededor; a la puerta del coche todavía abierta, a mi cuerpo en medio de la carretera—. Va a empezar a hacer frío.

Como si no estuviera acostumbrada. Ni aunque quisiera podría moverme; el miedo seguía paralizándome, como si mi padre siguiera aquí. Como si estuviera esperando a que me girara para atacarme, para dar el golpe final. Para empezar un fuego que sí quemara.

Enterré el rostro entre las manos. Al poco rato volví a oír la voz de Adam, suave, más cerca de mí.

—Anda, ve a tu habitación. Estaré ahí.

—Pero... —Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Se ha ido, Bree, de verdad.

No tardaría en volver.

Después de todo, él tampoco podía marcharse.

Ya no podía entrar en mi habitación sin esperar encontrarme las paredes llenas de palabras escritas en sangre. Ya no era capaz de ducharme con la puerta cerrada, por miedo a que no me diera tiempo a pedir ayuda. Ya no sabía lo que era sentirse segura, a no ser que Adam me dijera que no había nada que temer. Que no había nadie.

Bastó con cerrar la puerta de mi habitación para que Adam se apareciera sobre la cama, con las piernas cruzadas y la sábana todavía sobre su cabeza como si se tratara de una tienda de campaña.

—Viste a mi padre —murmuré. No era una pregunta—. En el incendio, ¿verdad? Sabías que lo estaba haciendo él. —Tragué saliva, con miedo a que me confirmara lo que temía decir—. Lo has estado viendo todo este tiempo.

Adam chasqueó la lengua. Había agarrado el muelle de colores y se distraía pasándoselo de una mano a otra; como si no estuviéramos hablando de fantasmas, como si mi piel no tuviera cicatrices, como si no estuviera muerto.

—No es que... No es que lo vea como te veo a ti, ¿sabes?

—¿Y cómo es?

Ladeó la cabeza. Parecía que le sorprendiera haberse vuelto el sujeto de mis investigaciones.

—Difuso, supongo. —Bajó la mirada a sus manos en cuanto me senté a su lado sobre la cama. Los muelles chirriaron bajo mi peso—. Es... Es como si dos planos se solaparan: el mío y el suyo. Hay dimensiones que son más permeables que otras, como la tuya, y yo estoy...

—Entre las dos —le interrumpí—. Invisible para ellos, invisible para los de aquí. Y parece que solo coincides conmigo. —Tragué saliva—. Pero al menos puedes verle.

—No es lo mismo, Bree, de verdad. Las almas del Otro Lado... —Cerró los ojos con fuerza, como si le doliera hablar. Como si alguien le estuviera

ahogando con una soga para que callara—. Hay muchísimo dolor. Hay sangre, y gritos, rabia y venganza. Almas que solo quieren morir y no pueden. Por eso las oyes, porque se aferran a todo lo que les pueda ayudar a cruzar.

—¿También de vuelta?

Él arqueó una ceja.

—¿Qué?

—Has dicho todo lo que les pueda ayudar a cruzar. Pero ¿a dónde?

—Ya sabes a dónde, Bree. A lo que... Lo que hay más allá, sea lo que sea eso.

—O aquí. —Me incorporé, girándome para mirar a Adam a los ojos—. Quizás quieren volver porque saben que pueden, que existe una minúscula oportunidad de regresar. Por eso los oigo. Alguien vivo no puede ayudarles a morir, pero... Pero quizás sí que puede traerles de vuelta. A lo mejor puedo traerte de vuelta, Adam.

Parpadeó, como si por un segundo no estuviera seguro de haberme oído bien.

—¿Qué?

Me puse en pie de un salto y rebusqué entre la torre de libros que había escondido en el cajón. *El Libro de las Sombras* estaba encima de todos los demás.

—No es tan difícil como parece —dije, pasando las páginas—. He leído mucho sobre invocaciones y podría tratar de hablar con mi padre así, podría preguntarle qué quiere. Quizás solo quiere volver a casa y... Y tener una segunda oportunidad. Puedo acabar con todo esto de una vez. Con una vela, un ritual y... Y también podría traerte a ti.

—No, no podrías. —La voz de Adam me cortó de golpe, afilada como un cuchillo. Se había cruzado de brazos, con el muelle todavía en una mano—. Bree, mi cuerpo lleva años pudriéndose en el cementerio. Soy solo un puñado de huesos, ¿recuerdas?

El constante pinchazo que sentía en el corazón no dejaba que lo olvidara.

—Pero ya sabes que el Otro Lado es mucho más complejo que eso —insistí—. Si no, no estarías... No estarías atrapado. No crecerías. Si has podido hacerlo, también puedes volver. Quizás con otro cuerpo o...

—Bree, para. Es una locura.

—No, es una oportunidad. —Cerré el libro de golpe y el polvo creó nubes en el aire—. Estoy harta de quedarme de brazos cruzados dejando que pasen cosas. —Sacudí la cabeza—. Estoy harta de esperar, Adam. Voy a invocar a mi padre, quieras o no, y él me dirá de una vez qué es lo que quiere. —Bajé el

tono de voz—. Algo me dice que dejó muchas cosas a la mitad cuando estaba vivo.

Mucho amor que no dio, muchas heridas que nunca sanaron, muchas promesas que se rompieron. No podría descansar con la conciencia de ser un hombre de tantas máscaras.

—Una cosa es hablar con tu padre —siguió Adam, con el ceño fruncido— y otra es revivir muertos. No eres ninguna nigromante, Bree. No sabes... No sabes lo que estás haciendo.

—Tengo que intentarlo.

Pero Adam parecía no creerse nada de lo que dijera. Seguía mirándose con los ojos abiertos como platos y los labios tensos, debatiéndose entre la pena y la rabia.

—Bree... —De pronto, me pareció mucho más joven, como si volviera a ser un niño asustado que fingía ser valiente—. No quiero que hagas ninguna tontería. No tiene sentido. No quiero... No quiero volver.

—¿Por qué?

Él rio, pero no había ni un atisbo de gracia en su risa.

—¿Para qué? Estoy muerto. Llevo mucho tiempo muerto. —Una puñalada; luego dos—. Mis padres se marcharon de Degriffin, de todo lo que les recordara a mí, y ni siquiera quieren imaginar cómo sería ahora. Que llegara un chaval a sus puertas y les dijera que es su hijo les parecería una broma de muy mal gusto. No puedo vivir, Bree. Llevo mucho tiempo sin hacerlo. Llevo mucho tiempo esperándote, y no para volver, solo para... Para acabar con esto de una vez.

—No digas eso...

Adam miró al suelo.

—Siento si no es lo que quieres oír, pero no eres la única que está cansada. No lo compliques más.

Apreté los puños. No iba a dejar que Adam se rindiera tan pronto. No iba a dejar que se marchara, no ahora que sabía que podía recuperarle.

—Pero no sabes lo que te espera al Otro Lado —insistí, acercándome un poco más a él—. Quizás ese descanso del que nos hablaron es una mentira. No lo sabes. Solo... solo te estoy dando la oportunidad de quedarte un poquito más, aquí. Conmigo. —Tragué saliva—. No es... No es justo que estés muerto.

—No depende de ti que deje de estarlo. —Sus propias palabras parecían dolerle. Sentía que los dos estábamos fingiendo que hablábamos de cosas que importaban menos, que dañaban menos.

Apreté los puños. No quería llorar otra vez.

—Eso aún no lo sabes.

—Bree. —Bajó el tono de voz, como si fuera una niña pequeña a la que tuviera que reñir—. No cambiaría nada, ¿entiendes? Estoy aquí, ahora. Eso es lo único que importa. Puedes verme, puedes oírme, puedes tocarme... No necesitas nada más. —Me rodeó la mano con la suya y la apretó contra su pecho, frío. La aparté antes de que fuera demasiado obvio que no había ningún corazón latiendo.

—Pero vas a marcharte. Lo supiste desde el primer momento y no me...

—Todo el mundo se marchará tarde o temprano, Duanne —dijo, cortante—. Mira a tu padre.

Sus palabras fueron como un puñetazo directo al estómago. Me alejé un paso de él.

—Ni mi padre ni tú merecáis iros antes de tiempo. Tú tenías mucho que vivir y él... Él... Él tenía que demostrarme que me estaba equivocando, que no era la persona que ahora recuerdo. La muerte solo le ha traído ira. —Me mordí el labio y le di la espalda, mirando las fotografías que aún no se habían caído al suelo. Colgaban del hilo que atravesaba la pared como fantasmas—. No es justo, Adam. No es justo que os marcharais.

Una de las primeras fotos que hice en Degriffin encabezaba la fila. Días atrás aparecía un chico con gafas redondas encogido en la casa del árbol, con la expresión de sorpresa que siguió al *flash* de la cámara. Ahora la imagen solo mostraba la cabaña vacía, las paredes húmedas y raídas y los libros desperdigados, todavía sin ordenar. Esa era la casa que la gente veía. Era el vacío que empecé a ver en mis fotografías cuando descubrí que Adam era un fantasma; que todo había sido una ilusión, un juego de luces y colores. A veces podía verlo, a veces no. Pero nunca estuvo allí. No realmente.

Tampoco quería estarlo.

Sentí a Adam a mi espalda antes de que hablara.

—Bueno —dijo—, hagámoslo, entonces.

—¿El qué?

—Salvar a tu familia. Invocar a tu padre.

Resoplé, girándome para mirarle.

—Haces que parezca un chiste.

—No, lo digo en serio —dijo, irguiéndose—. Si..., si es lo que sientes que debes hacer, entonces hagámoslo. Te ayudaré en lo que pueda.

—¿Y qué hay de lo que has dicho hace unos minutos? Que era una locura, que no podía hacerlo. —Fruncí el ceño—. No te entiendo, Adam.

Él bajó la mirada.

—No es eso, es solo que yo... Bueno, ya lo sabes. No quiero que me traigas de vuelta *a mí*, no quiero que te pongas en peligro. —«Ya es tarde», pensé, con el recuerdo de los cortes en mi antebrazo—. Pero me he dado cuenta de que no importa si no entiendo por qué quieres hacer todo esto, lo que importa es que confío en ti. ¿Tiene sentido? —Sacudió la cabeza; en medio segundo, sus mejillas se habían tintado de rosa—. Lo único que sé es que quiero apoyarte. Quiero ayudarte. No tengo ni idea de cómo vas a hacer todo esto ni de qué vas a conseguir, pero... Confío en ti, Bree, igual que tú has confiado en mí todo este tiempo.

Una leve sonrisa cruzó nuestros rostros, y sentí que de alguna forma el mundo parecía volver a estar en su sitio. Que ya no había piezas de ajedrez jugando a comerse ni reyes escondidos detrás de sus torres.

Adam no había terminado de hablar:

—Ojalá supiera cómo ayudarte —dijo.

—Quedándote —murmuré, en un impulso—. Solo necesito que te quedes conmigo.

Ya he perdido a demasiada gente.

Adam desapareció al anochecer, cuando el sueño y el cansancio me hicieron dormirme sobre *El Libro de las Sombras*. Desperté con una manta sobre los hombros, media cara entumecida y una sonrisa congelada en los labios. Igual de fría que el resto de la habitación cuando Adam se marchaba.

Las tripas me rugieron. Me cubrí más con la manta y puse los pies descalzos sobre la madera, haciendo crujir las tablas. A juzgar por la hora que era, mi madre debía haberse acostado sin cenar. Si es que dormía.

Llegué hasta su habitación arrastrando la manta como una capa tras de mí. Di un par de toques a la puerta antes de entrar.

—¿Mamá?

La madera chirrió al empujarla. Cuando abrí, el humo invadió mis ojos y recorrió todo el camino desde mi nariz a mis pulmones, dejándome ahogada junto a la pared. Todo volvió a ser negro y rojo, todo ardía y quemaba.

Pero no podía ser real.

Esta vez no caería. No dejaría que el falso aire me ahogara ni que las llamas que no existían me dejaran quemaduras en la piel.

Entré en la habitación a traspiés, con una mano apoyada en la pared y la otra cubriéndome la boca. Sobre la cama estaba mi madre.

No.

Estaba el cadáver calcinado de mi madre, con las manos y los pies extendidos en ángulos imposibles y la piel negra, hecha cenizas, donde antes solo había blanco, con los ojos y la boca abiertos en una eterna expresión de horror y la mirada clavada en el techo como si aún buscara una salida. Como si pudiera librarse de él.

—¡No! —chillé con la garganta desgarrada.

No era real, no podía serlo, no podía hacerme esto, no podía matarla.

Salí de la habitación y cerré la puerta a mis espaldas, con el corazón descarrilado en el pecho, las mejillas empapadas de lágrimas y el olor a

quemado en la piel.

Unos pasos repicaron en las escaleras.

—¿Bree? —Escucharla no hizo más que aumentar el llanto—. Bree, ¿qué ha pasado? Cariño...

—Mi madre —la real, la que estaba viva, la que aún tenía una constelación de hematomas en la piel por culpa del hombre que no supo quererla— me encontró hecha un ovillo en el suelo, todo temblores y lágrimas. Y esta vez no fui capaz de fingir que no tenía miedo.

La abracé con fuerza, como para asegurarme de que ella no se desvanecería también. El antebrazo empezó a arderme antes de que me diera tiempo a contestarle nada. Lo miré por encima del hombro de mi madre y contuve la respiración.

«No llores, no llores, no llores».

«No grites, no grites, no grites».

«No es real».

«Tanto dolor no puede ser real».

Pero ahí estaba, marcando mi piel por encima de las cinco cicatrices. Una nueva herida se abría camino con sangre, más profunda y clara que las anteriores. Las manos comenzaron a temblarme y me cubrí el brazo con la manga para que mi madre no lo viera.

Porque esta vez había ido demasiado lejos.

En mi piel había escrito en sangre una única amenaza: «Tú también morirás».

Amanecía en el bosque, y en mi brazo la sangre seguía seca; la amenaza latente. Una fina neblina encapotaba las copas de los árboles, que a medida que se acercaba el invierno se teñían de colores más oscuros y fríos. Arrastré la bolsa entre la tierra, apartando la hierba alta a patadas para que no se me enredaran las zarzas en los tobillos.

La arboleda parecía vibrar. No estaba acostumbrada a entrar en el bosque que quedaba detrás de la casa. Cuando era pequeña, mis padres habían insistido en que estaba lleno de monstruos y fantasmas para evitar que entrara y me perdiera. Ahora me preguntaba cuánto de sus palabras era real. Las hayas extendían sus brazos al cielo y los primeros rayos de sol intentaban abrirse camino hasta el suelo, entre la niebla y las hojas, las ramas y los pájaros que piaban y saltaban de un árbol a otro.

El bosque no era lo único que parecía palpar con vida: la herida en mi antebrazo no hacía más que arder. Parecía que a cada hora los cortes volvieran a abrirse.

Dejé la bolsa de plástico sobre la tierra justo en el momento en el que Adam se aparecía delante de mí. Llevaba las manos escondidas en los bolsillos de su sudadera amarilla y las mejillas sonrojadas por el frío, como si siempre hubiera estado ahí.

—A buenas horas apareces —murmuré, cargando de nuevo con la bolsa.

—¿Vas a invocarlo ya?

—No me queda otra. —Levanté la manga de mi brazo izquierdo para enseñarle la herida. El rostro de Adam palideció al instante—. Vi a mi madre calcinada. —Tragué saliva, intentando ahuyentar aquel recuerdo—. ¿Dónde coño estabas ayer? Me pasé toda la noche... —La garganta se me cerró.

Toda la noche en vela, mirando cada esquina y asegurándome de que cada sombra era real, de que cada susurro era fruto del viento, de que los llantos solo pertenecían a mi madre. De que ella no se preocupaba por nada y seguía

pensando que lloraba porque las cosas iban mal con Gina y Carrie —aunque no fuera cierto, porque era yo la que no cogía sus llamadas. No entenderían que tenía un muerto al que traer de vuelta.

Y durante todo ese tiempo, con todo ese miedo y esa rabia y esa pena, Adam no había aparecido.

Pero no me dio tiempo a recriminarle nada más. Adam se adelantó y me agarró del brazo.

—Dios, Bree... —Su voz fue mitad suspiro. Me cogió de la muñeca para ver mejor las heridas y pasó los dedos por encima, con suavidad, sin llegar a rozarla. Parecía que no creyera que fuera real.

—Menos «Dios, Bree» y más avisarme cuando mi padre esté cerca para no llevarme estos sustos —dije, intentando quitarle hierro al asunto. Si le contagiaba mi miedo, no haríamos más que hacerlo crecer—. Ahora ayúdame con esto. Estoy cansada de... —Mi voz se perdió en el último suspiro.

De todo. Adam lo sabía.

Cansada de no poder huir ni poder gritar ni poder salvarle.

Adam se acercó a mí para ver el contenido de la bolsa una vez que la dejé en el suelo.

—¿Vas a hacerlo aquí? —dijo.

—Pensé que sería mejor alejarme de mi madre, por si acaso. La he dejado con la señora Riley.

—¿La de los pasteles?

Sonreí.

—En realidad el pastelero es su marido, pero sí. —Abrí la bolsa. La vela tintineó junto a los platillos metálicos—. Entonces, ¿te parece un buen sitio? ¿Tu radar paranormal capta algo?

Adam suspiró, llevándose las manos a la espalda.

—Solo a una chica metiéndose en líos.

Puse los ojos en blanco.

—Creía que ya habíamos hablado de esto...

—Sí, lo sé, es solo que... —Se mordió el labio, nervioso. Levantó la mirada a mis ojos—. Ten cuidado, ¿vale? No nos alejemos mucho y, por lo que más quieras, quédate cerca de mí cuando hagas... lo que sea que tengas que hacer.

—Eres tú el que desaparece cuando quiere, no yo. —Le saqué la lengua, pero no conseguí que Adam se relajara. Seguía mirando la bolsa como si contuviera el diablo.

A nuestro alrededor, el bosque parecía despertarse. Era hasta bonito, con los hilos de luz asomándose entre las hojas y el piar de los pájaros perdiéndose más allá de las copas. La hierba se enredaba en mis tobillos, alta, como si buscara que me quedara.

—¿Y qué pasaría si me alejara? —pregunté. La linde del bosque quedaba solo a quinientos metros a mi espalda.

Adam se abrazó los codos.

—Hay... criaturas más peligrosas que los fantasmas ahí dentro. No me creerías si te hablara de ellas.

—Adam, soy yo la que habla con fantasmas; es a mí a la que no creerían. —Sacudí la cabeza—. Da lo mismo ya. Ayúdame a hacer el círculo, venga. Dibujar siempre se te ha dado mejor que a mí.

Adam cogió la rama que le tendí como si fuera un arma pesada en lugar de un trozo de árbol. Sonrió al levantar la mirada.

—Viste los dibujos, entonces.

—Hace tiempo...

—No dibujo tan bien. Podrías haberlos hecho tú perfectamente. —Se agachó para empezar a dibujar—. Igual que este círculo.

—Calla —dije con una sonrisa. Saqué la vela y la coloqué en medio de la tierra, en el centro del círculo que Adam comenzó a trazar a mi alrededor. Coloqué un plato negro debajo, tal y como se explicaba en *El Libro de las Sombras*—. Además, creo que estaré más protegida si es un fantasma el que hace mi círculo de protección. Es como decir que estoy de vuestro lado.

Adam suspiró.

—No quieres estarlo. —Se irguió para ver su obra.

Tragué saliva antes de dibujar una estrella de cinco puntas en el interior del círculo.

—Ya está. Ahora solo queda invocarlo —murmuré. Adam se acercó a mí y me pasó el brazo por encima del hombro, acurrucándose junto a él. Era demasiado cálido para estar muerto. Demasiado real. El miedo empezó a abrirse camino en mi estómago—. Por favor, no te vayas —dije. Él respondió con un susurro:

—No me voy a ir.

No me puedo ir, diría. Es lo que siempre decía. Y aun así, a veces aún escuchaba las voces y los gritos y él no estaba, no estaba, no estaba.

Apreté su mano y me puse de rodillas frente a la vela. La encendí con una cerilla y dejé que la llama prendiera, que llamara a mi padre e iluminara *El Libro de las Sombras*. Pasé las páginas hasta dar con el capítulo que buscaba

y comencé a recitar el conjuro, con Adam mirándome asustada a mis espaldas.

—Tú que viviste ayer, llamo desde mi mente hasta la tuya. Vuelve desde las sombras a la luz y muéstrate. Muéstrate. Muéstrate. Padre, si estás ahí, yo...

Pero un grito cortó mi voz.

Fue la primera vez que lo reconocí: grave y desgarrador, desconsolado, roto. Era su voz como nunca antes la había oído.

El vello de los brazos se me erizó y, de pronto, ni una de las capas de ropa que llevaba sirvió para protegerme del frío. A mi alrededor, el bosque se volvió invierno. La nieve empezó a caer. El grito siguió haciendo eco entre las ramas. Adam se tapó los oídos con las manos y cayó de rodillas al suelo, apretando los dientes y conteniéndose para no gritar él también. La llama de la vela vibró y se balanceó sin llegar a apagarse.

La brisa venía de todas partes y de ninguna. Rasgaba mi piel y mi garganta, dejándome sin voz. La nieve —la *falsa* nieve— bailaba sobre nuestras cabezas, cada vez con más intensidad, cada vez con más rabia.

Todo estaba frío.

Entonces lo vi.

—Papá —murmuré. Pero no estaba segura de que pudiera oírme—. ¡Papá!

Él no me veía a mí. Estaba encorvado igual que Adam, tapándose los oídos con tanta fuerza que en cualquier momento se quebraría el cráneo. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta en un grito eterno. Como si todo doliera, como si sangrara.

Pero era él.

Era él y estaba sufriendo.

—Papá...

Estiré una mano hacia él, sin darme cuenta de que el hielo que notaba en las mejillas no era nieve; eran lágrimas. Cuando pestañeeé, el fantasma de mi padre estaba un poco más cerca. Casi podía tocarle, pero él seguía sin mirarme. Seguía gritando y murmurando frases inconexas cuando sus gritos solo eran ecos.

—Papá, ¿estás ahí...? ¿Estás...?

—Tengo que volver, tengo que... —Una ráfaga de viento cortó sus palabras, que parecían amontonarse unas sobre otras. Arrastraba las sílabas y repetía las mismas frases una y otra vez—. Casa. Ir a casa... ¿Por qué te has ido? ¿Por qué? Está Bree. Tengo que hacerlo por Bree... Bree...

—Papá, estoy aquí...

—Tengo que volver, tengo que volver, tengo que volver... He sido un idiota. He sido un verdadero idiota después de tantos años, tantos años... ¡Cállate! ¡Cállate, joder!

Esta vez su grito fue un llanto que acabó de romperme. No había visto nunca a mi padre llorar. No de verdad. Solo le había visto contenerlo.

—Papá, puedo... Puedo sacarte de aquí. —Estiré más la mano—. Puedes volver...

Ni me oía ni me miraba.

—Tengo que volver. Tengo que volver, ¡tengo que volver! Por Bree. Bree es todo lo que me queda y ahora, ahora... ¡Cállate, maldita sea! ¡Maldito seas!

—Papá...

Volvió a gritar. El grito se acompañó del sonido de cristales rotos y del cielo comenzaron a caer esquirlas, afiladas como cuchillos. Se abrían camino entre las copas de los árboles hasta caer al suelo, rodeando el cuerpo de mi padre.

Solo entonces me di cuenta de que aquellas frases en bucle eran parte de un recuerdo.

El recuerdo de sus últimos momentos antes del accidente.

«Por Bree».

Aquella tarde me rompieron el corazón por primera vez.

La imagen de mi padre se difuminaba entre las lágrimas, pero aún podía verle encogido, gritando, llorando, gimiendo, golpeándose las sienes con rabia como si así pudiera romperse. No me escuchaba. Di un paso adelante en la falsa nieve, con las manos extendidas hacia él.

Bastó con hundir un pie en la nieve para que todo se nublara. Estaba fuera del círculo, junto a mi padre.

Pero entonces dejé de estarlo. Los recuerdos sacudieron mi cabeza y ya no estaba en medio del bosque bajo la amenaza de una ventisca; estaba en mi habitación, cuando las paredes aún eran lilas y había más peluches que plantas muertas, con mi padre sentado sobre la cama con un libro en las manos y contándome esos cuentos tan largos que nadie más que él era capaz de contar. Estaba en el comedor, con el sonido de su vieja máquina de escribir — oxidada, inútil y pasada de moda, pero aún su favorita— como banda sonora, acompañando el atardecer. Estaba escondida detrás de la alacena, pequeña y asustada, mientras mi padre le gritaba a la nada y mi madre lloraba. Hacía aspavientos con los brazos como si quisiera ahuyentar a un fantasma. Y de

repente sus manos se vaciaron de amenazas y se llenaron de botellas de alcohol, y de alguna forma estaba un poco más callado, un poco más dócil.

Todo se cortó con su grito. El de ahora, el real. Las imágenes fueron superponiéndose unas con otras, cada vez más rápido, cada vez más difusas: él de joven, él cuidando de mi madre en su primera recaída, él escribiendo, él riendo, él cansado, él bebiendo, él enfermo, él explicándome biología en primaria. Había demasiadas versiones del hombre que ahora lloraba, atormentado.

Atrapado.

—Papá...

Los recuerdos se apagaron de golpe. La vela se tambaleó sobre el plato y cayó de lado, apagando la llama. Con un fogonazo de luz, todo acabó.

La nieve desapareció, la ventisca dejó de azotarnos, mi padre se deshizo con un grito, volvieron los grillos y el amanecer y las zarzas del bosque.

Vi a Adam por el rabillo del ojo, pero no quedaba rastro de mi padre. Nada.

—Se ha ido —murmuró Adam.

Sentía que me quedaba sin aire.

—Pero tiene que volver. Si no he conseguido hablar con él así, no entiendo cómo...

—No, Bree —me interrumpió, sacudiendo la cabeza—. *Se ha ido*. Se ha ido del todo, ¿entiendes? Cuando lo has invocado, ha enloquecido. No soportaba estar aquí, en esta dimensión; no soportaba estar tan... cerca de ti. —Bajó la mirada—. Pero se ha ido.

No entendía por qué, después de tanto tiempo y tanto duelo, aquellas palabras no fueron un alivio. Fueron una estocada.

Porque no había tenido una oportunidad de hablar con él. No me había explicado el sentido de sus visiones ni sus mensajes. No me había pedido perdón... y ya nunca lo haría.

No me había dado la oportunidad de perdonarle.

Volví la mirada a mi brazo, casi con miedo. Pero el mensaje escrito en sangre había desaparecido y en mi piel solo quedaban las cinco primeras cicatrices.

«Ha sido demasiado fácil», pensé.

Adam se había quedado mirando el interior del bosque, donde las ramas bajas de los árboles y los arbustos impedían ver más allá.

—¿Y ahora qué? —murmuré.

Él suspiró.

—Ahora intenta hacer vida normal.

—Dijo el fantasma a la loca del pueblo.

Adam rio, marcando el hoyuelo de su mejilla izquierda. Pero me sonó hueco, ajeno. No acababa de asimilar que de verdad todo se hubiera terminado.

Que mi padre *se había ido*, así, sin más.

Sin invocaciones ni heridas.

—Por cierto, ¿cuánto hace que no ves a Carrie y a Gina?

Hice un mohín con los labios.

—Demasiado.

—Pues quizás ese sea un buen lugar por el que empezar. —Sonrió—. Rodéate de gente normal y serás normal; rodéate de fantasmas y acabarás siendo uno. No quiero eso para ti, Duanne. —Se acercó a mí y me tendió los brazos. Como si se tratara de un imán, acabé hundiendo el rostro en su sudadera y dejando que sus manos me acariciaran la espalda, con cuidado—. ¿Estás bien? —dijo, pasando la mano por mi pelo.

Los restos del hechizo seguían bajo nuestros pies. Le abracé más fuerte, como para asegurarme de que él no desaparecería también.

No todavía.

—Sí —mentí, sin soltarle—. Ahora sí.

Adam todavía no entendía que solo me sentía segura entre fantasmas.

Volví a casa con un peso menos sobre los hombros que pareció trasladarse a mi corazón. Todo parecía demasiado vacío. Demasiado silencioso.

Subí sola a mi habitación. Sobre el escritorio se amontonaban los libros que Adam y yo habíamos pasado horas leyendo, con *El Libro de las Sombras* esperando a ser colocado de vuelta en su sitio.

«¿Ya está? ¿Esto es todo? ¿Así es como se vence al espíritu que ha intentado matar a tu madre? ¿El que marcó tu piel y tu habitación con sangre?».

A veces se me olvidaba que estaba hablando de mi padre. Porque todos aquellos fantasmas que habían surgido ante mí al mirarle a los ojos eran demasiado distintos como para ser la misma persona. Tenían los mismos ojos y la misma voz, pero el corazón se le pudría a cada paso que daba hacia el futuro. Mi padre había sido todas aquellas personas y ahora no era nadie.

Ya no estaba.

Quizás su último recuerdo me ayudara a entenderle. A despedirle de una vez, por mucho que ahora solo escuchara silencio en mi cabeza.

No quería que se marchara, no realmente. Quería pensar que le importaba lo suficiente para quedarse. Para hablar y dejar que me quedara con él, en la casa que en algún momento fue nuestro hogar.

Me senté en la cama con el diario negro de mi padre sobre mis rodillas.

... Al fin y al cabo, no me quieren aquí. No formo parte de su mundo, ¿verdad? Bree debe de odiarme, y con suerte haré que Fiona me odie más, pero que no les importe que me marche. Porque tengo que marcharme. Porque esta no es mi vida y no es la vida que quiero.

Con Paige todo es más fácil. Es fácil fingir y mostrarle la cara agradable de quien soy, antes de que mi cabeza me aburra

con ideas que no vienen de mí, pero que son demasiado reales y demasiado molestas. Ella no está harta de mí como lo están en casa. Con Paige lo olvido todo. Y, además, a sus hijos les gustan las historias que les cuento, y se ríen sin darse cuenta de que son reales. Las persecuciones y la gente mala que dice una cosa, pero hace otra. No se dan cuenta todavía.

Bebo cuando no está Paige. Me he comprado un whisky buenísimo y pienso estrenarlo por la noche. Por la noche siempre estoy peor porque recuerdo lo poco que les importo, lo mucho que me odian y lo que odio seguir aquí. Están ahí para recordármelo constantemente.

Pues bien, os haré el favor que pedís.

Os dejaré.

Y quizás así calléis de una vez.

No sabía qué esperaba encontrarme, si ya me conocía todo su diario y era capaz de recitar cada frase en voz alta. Pero eran muy repetitivas, como si mi padre intentara sacárselas de la cabeza a base de escribirlas. No había ni una página en la que los párrafos no se salieran de las líneas, escritos con rabia.

Quizás era solo la niña herida que había perdido a su padre la que quería encontrar una disculpa. Yo tenía que conformarme con sus palabras de odio.

«Os dejaré».

Lo supo todo este tiempo.

Hice caso a Adam e intenté retomar mi vida «normal» contestando a las llamadas de Carrie y Gina e invitándolas a pasar la tarde en casa. Mi madre agradecía tener algo de compañía, aunque solo fuéramos ruido de fondo. Así, al menos, se obligaba a arreglarse y a veces incluso se animaba a preparar algo sencillo para comer.

Cuando Carrie llegó a casa, se me lanzó a los brazos, seguida por una tímida Gina que ya había sacado toda su ropa de invierno y se escondía entre una bufanda y un gorro de lana. Las invité a subir a la habitación y rebusqué en el garaje hasta encontrar una vieja edición del *Monopoly* cubierta de polvo.

—¡Ja! —dijo Gina, moviendo hacia delante su dedal de metal—. Ya podéis ir pagándome, guapas.

Carrie le dio sus falsos billetes con una media sonrisa.

—Te dije que se lo tomaba *muy* en serio —dijo, mientras Gina contaba el fajo con el pecho hinchado, celebrando su victoria.

—Eso lo dices porque te fastidia que te haya dejado en la pobreza —replicó—. Eres malísima en estos juegos.

—Vente a echar unas canastas y veremos quién gana, *guapa*. —Gina rio, pero no fue la única.

Adam se había aparecido en el umbral de la puerta, de espaldas a ellas dos. Estaba de brazos cruzados, apoyado sobre un pie y con esa media sonrisa que le marcaba el hoyuelo. Aparté la mirada y la volví hacia el tablero.

—Bree, te toca —dijo Gi, tendiéndome los dados—. Estás muy callada, ¿va todo bien?

Me encogí de hombros.

—Estoy un poco cansada, nada más. Ellas parecían no haberse fijado en que jugábamos en el suelo porque tenía la cama todavía deshecha, que las plantas de mi mesita se habían muerto, que la mitad de las fotografías que colgaban de un hilo junto al armario estaban vacías y que había una torre de

libros acumulando polvo junto al escritorio. Mi habitación parecía la de un fantasma.

Carrie hizo un mohín con los labios.

—¿No seguirás un poco enferma todavía? —dijo.

Ah, sí. Se me olvidaban todas las excusas con las que me había aislado.

—Qué va. Es solo que duermo un poco mal, no te preocupes. —Me encogí de hombros, tirando los dados al centro del tablero.

Desde la puerta, Adam suspiró.

—Mientes como un bellaco.

«Cállate», pensé, fulminándole un segundo con la mirada. Él solo rio, como si estuviera jugando. Ajenas a su juego, Gina movió mi ficha por mí.

—Estábamos... Estábamos un poco preocupadas por ti, ¿sabes? —Tragó saliva, sin mirarme—. Te ha tocado en la propiedad de Carrie.

Esta sonrió, alargando la mano hacia mí.

—Y Carrie agradecería que la sacaras de la pobreza —dijo, hablando de sí misma en tercera persona. Le tendí el dinero del juego, acompañando su sonrisa—. Si esto fuera real, te invitaría a tomar algo para que alegraras esa cara. Bueno, qué digo, si *esto* fuera real, Gina podría comprarnos un *pub* entero.

—Una ciudad entera —replicó esta.

—No exageres tampoco, ¿eh? —Carrie puso los ojos en blanco—. Se te sube el dinero a la cabeza.

—Parece que de verdad se preocupan por ti. —Di un respingo al escuchar la voz de Adam junto a mi oído. Había desaparecido de la puerta en un suspiro para aparecer de cuclillas a mi lado, en el hueco que quedaba entre Gina y yo—. A lo mejor deberías contarles cómo te sientes. Hablarles de la verdad.

—¿Te vendrías a tomar algo esta noche, Bree? —insistió Carrie—. Puede ser divertido.

—¿Es que no te estás divirtiendo, perdedora? —Gina le dio un suave codazo en el costado.

—Podrías dejar de fingir —siguió Adam, mirando a la chica rubia con una sonrisa—. Podrías hablarles de mí.

Tragué saliva.

—No sé si me apetece mucho, la verdad —dije, contestando a los dos. Pero parecía que Adam no pillaba la indirecta, ya que se acomodó a mi lado, sentándose sobre sus piernas—. Nunca he sido de salir de noche, ya sabes...

—En realidad, no lo sabía —dijo Carrie, con la sonrisa enmarcada entre labios carmín—. Cuando te fuiste, ni siquiera teníamos edad para entrar en las discotecas *light*.

—Lo que es una suerte; aún recuerdo la primera vez que me arrastraste a una. —Gina sacó la lengua con un escalofrío—. Puaj.

—¿Ves? Gi tampoco es de salir de noche y aun así va a hacer una pedazo de fiesta.

—Precisamente quería hablarte de esto —dijo ella. Las mejillas se le tiñeron de rojo con la rapidez de una liebre—. El sábado es mi cumpleaños y...

—Y va a ser una pasada.

—Calla, Carrie —la chistó, acomodándose sobre sus piernas—. Llevo toda la semana llamándote para invitarte. Me haría mucha ilusión que vinieras. Es el sábado a las nueve, en mi casa; mis padres y Daniel van a pasar unos días con mis abuelos.

—Y obviamente le han dado permiso para celebrar una fiesta —dijo Carrie, sonriendo con sorna—. No vayas a creerte que Gi es una rebelde.

—No será muy agobiante, te lo prometo —contestó ella, pasándose un mechón de pelo por detrás de la oreja—. No me gustan las multitudes, y además...

—Además, la tía Carrie se encargará de todo. —Carrie se abanicó con los billetes del *Monopoly* mientras hablaba. Los rizos botaron sobre sus hombros—. Solo necesito saber si vienes sola o... acompañada, ya sabes. —Guiñó un ojo.

—¿Yo cuento? —Adam me habló desde el otro lado, apareciéndose detrás de Carrie con una sonrisa juguetona y las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—No creo que a mi madre le apeteciera mucho ir —contesté, mordiéndome el labio. Gina rio.

—No hablábamos precisamente de tu madre —dijo, bajando la mirada. Empezó a estirar la parte baja de su vestido hacia fuera—. Carrie y yo... Bueno, pensábamos que quizás tenías algún chico..., ya sabes —carraspeó, con la cara tan roja que parecía que en cualquier momento iba a explotar—, en Dublín o algo, y que quizás estabas triste por haberte ido y no querías decírnoslo. —Arrugó la nariz—. Pero es una tontería. Dios, perdona, es estúpido que pensara eso después de lo de tu padre. Es evidente que tienes todo el derecho del mundo a estar triste ahora y...

—Gi, tranquila —dije, con una mano sobre su brazo. Si no la frenaba, acabaría acelerándose en un remolino de vergüenza y disculpa—. Estoy bien, de verdad. No estoy triste. —Sonreí para que me creyera.

Como si las personas tristes no supieran sonreír.

—Además, Gina, no voy a permitir que te disculpes por intentar cotillear —intervino Carrie, inclinándose hacia delante—. Vale, quizás no dejaste a ningún ligue atrás en Dublín, pero ¿qué tal la gente de clase? ¿Alguien interesante? —Apoyó la barbilla entre sus manos y me miró con una sonrisa—. Yo te presento a Louis y sus amigos cuando quieras.

—Oh, no, no juntes a Bree con esos idiotas.

—A ti todos los tíos te parecen idiotas, Gi.

—Ninguno me ha demostrado lo contrario —contestó, encogiéndose de hombros.

—Auch —dijo Adam, apareciéndose detrás de ella. Su sonrisa me dio a entender que estaba de todo menos dolido.

—¿Y a ti, Bree? —siguió Carrie—. ¿También crees que todos los tíos son idiotas o hay alguno bueno pululando por ahí?

Aparté la mirada de Adam, fingiendo que volvía a concentrarme en el juego.

—No sé, ¿a qué viene todo este interrogatorio? —pregunté, mordiéndome el labio inferior. Tiré los dados como si de verdad fuéramos a continuar con la partida. Carrie rio y balanceó sus pies en el aire, tumbada sobre el suelo.

—Venga, ¿para qué están las quedadas de chicas si no es para esto?

Gina puso los ojos en blanco.

—Cliché —dijo.

Adam se desvaneció en el aire y volvió a aparecerse a mi lado, mejilla contra mejilla.

—Conque quedada de chicas, ¿eh? —Su aliento me cosquilleó en el oído—. Creo que entonces será mejor que os deje solas. Pásalo bien, Bree. Sé normal. —Besó mi mejilla con suavidad, muy cerca de la comisura, justo antes de desaparecer.

Carrie pegó un chillido.

—¿Ves, Gi? —dijo—. ¡Se ha puesto roja!

—¿Qué? No, yo...

—¡Se ha puesto roja, se ha puesto roja! —Carrie empezó a dar palmadas, moviéndose de un lado para otro—. Venga, ¿en quién estás pensando?

«En alguien que está muerto», pensé. Solo imaginar lo rápido que cambiaría la expresión de Carrie me hizo reír.

—En nadie, de verdad. No me he enamorado nunca y no creo que me enamore ahora.

—Tampoco digas eso, mujer, nunca sabes cuándo...

—Perdona si después de lo que pasó con mi padre he dejado de creer en el amor.

Pero ellas no entenderían que a mí no me dolía que mi padre hubiera sido infiel. Ya no. Dolía más la forma en la que hablaba de nosotras en el diario, la forma en la que nos dio la espalda. Dolió más ver cómo mi madre se reducía al ver muerto al hombre que había amado media vida. El hombre que no sabía cómo amarla de vuelta.

—Pero no digas eso... —dijo Gina, en apenas un susurro—. El amor es demasiado grande y demasiado complejo para creernos que el amor romántico es lo máximo a lo que podemos aspirar. Al final no creer en el amor es tan estúpido como no creer en la gravedad.

No me miró a los ojos. Era lo contrario a Carrie en todos los sentidos: donde una pisaba fuerte allá donde fuera, la otra tenía cuidado de no matar a las hormigas. Una se ganaba la mirada de todos, la otra solo buscaba una.

Carrie chasqueó la lengua.

—Bueno, ambas cosas te dan de hostias. Por eso de que cuando te caes es por culpa de la gravedad, ¿lo pillas? —Enseñó los dientes con una sonrisa radiante, pero Gina solo llevó los ojos al cielo con un suspiro.

—Vamos, que opino que diciendo que no crees en el amor solo te estás engañando —siguió. No lo dijo como un reproche, sino con pena—. Y solo te haces daño, porque de alguna forma también te niegas el amor a ti misma, ¿o no?

Removí los dados del tablero con un carraspeo.

—En otras palabras —dijo Carrie, inclinándose hacia delante para cogerme de la mano—, lo que Gi quiere decir es que te encontraremos a alguien interesante en su cumple que te hará volver a creer en el amor, ¿a que sí?

—La verdad es que yo no... —«No quiero querer. No así». Las palabras se me atragantaron. No lo entenderían, ¿verdad?

Adam me diría que hablara con ellas. Que no tuviera miedo, que ellas no me darían la espalda.

Pero Adam era un fantasma que llevaba nueve años muerto, así que dudaba que estuviera muy al tanto de la mecánica de los romances universitarios. O de lo problemática —*rota*— que me verían si les hablaba de lo poco que me interesaban.

—Déjala, Carrie. —Gi saltó a mi defensa, con una sonrisa cansada—. Solo quería decir que hay muchas formas de amar y ninguna es peor que otra. Solo diferente. Bree no necesita a nadie más que a ella misma en esa fiesta para pasárselo bien, ¿a que no?

Apreté la mano que me tendía.

—Aunque agradecería veros a las dos por ahí, la verdad —respondí.

Gina rio.

—Eso por supuesto. —Me acarició la palma de la mano, sin soltarla—. Ahora lo importante: ¿tarta de chocolate o de vainilla?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —dijo Carrie. Se apoyó sobre los codos para hacerse oír—. Como no sea de chocolate, me sentiré francamente ofendida, Gi.

—Hum, ¿es eso racismo inverso? —bromeó.

—Idiota. —Carrie la empujó suavemente en el costado, con una sonrisa—. Es tener un gusto pésimo. ¿Vainilla, en serio? Deja que yo me encargue también de la tarta, anda. Bree, tú traes el *Monopoly*.

Parpadeé.

—¿El *Monopoly*...?

—Parece que se te olvide que es la fiesta de Gina. O la dejamos ganar a algo o se transformará en gremlin.

—¡Tú sí que eres idiota! —dijo Gi, soltando mi mano para poder devolverle el empujón a Carrie con ambas.

Y esta vez mi risa acompañó las suyas, casi tan natural como lo eran el dolor y las lágrimas. Como si Gina y Carrie hubieran formado siempre parte de esta habitación, dando un poco de luz a la oscuridad que la inundaba cuando corría las cortinas. Como si ellas fueran capaces de espantar los fantasmas en mi cabeza.

Pero cuando las despedí desde el umbral de la puerta de mi casa, uno de ellos se me apareció con sus gafas redondas y su vieja bicicleta aparcada junto al muro.

—Todo despejado —dijo a modo de saludo. Se acercó a mí con las manos en los bolsillos, mirando de reojo cómo el coche de Carrie arrancaba en la carretera—. Así que una fiesta, ¿eh? Nunca he ido a una.

—No me digas. —Sonreí.

—¿Ha estado bien la tarde?

—No hace falta que finjas que no has estado por ahí. Te he visto, ¿sabes?

—Ya lo sé, boba. —Sacó la lengua—. Pero luego os he dejado intimidar, vaya. Fíate un poco de mí. No es como si te siguiera todos los días hasta el

baño.

—No lo harías, ¿verdad?

—Mi vida es aburrida, Duanne, pero no tanto. —Sacudió la cabeza y no pude evitar reír, a pesar de que la palabra «vida» en sus labios sonara marchita—. Se te da bien esto, ¿sabes?

—¿El qué?

—Hacer vida normal. Tendrás que ir acostumbrándote.

—Sigo hablando con un fantasma, ¿recuerdas?

—Pero al menos este no quiere matarte. No todavía, aunque no prometo nada. No soportaré muchas más quedadas de chicas donde habléis de maquillaje y tíos.

—¡Oh, por favor! —No sabía si reír o llorar—. ¿De dónde te has sacado eso, de una revista para crías? Porque he de decirte que...

—Solo quería demostrarte que *sí* que os he dejado intimidad, ¿ves? Además, no soy estúpido. Si te dieran coba, te pasarías el día hablando de *equinomerdos* o cosas así.

—¿Quieres decir *equinodermos*?

—Es así como llamas a las estrellas de mar, ¿no? Y luego te preocupa que te llamen rarita por hablar conmigo.

Le di un empujón en el costado con una sonrisa, igual que lo habían hecho Carrie y Gina minutos atrás. Él se mantuvo en su sitio, fuerte y robusto como un roble. Parecía fundirse con el paisaje a sus espaldas; los ojos del color del otoño y las pecas en la nariz como las estrellas que empezaban a aparecerse sobre nuestras cabezas.

Era tan real que dolía.

—Te he echado de menos, idiota —murmuré. Él levantó una ceja, con una media sonrisa.

—No me he ido —dijo.

—Ya lo sé.

«Pero te irás».

Cuando el hielo se derrita y pueda volver a las costas de Dublín para buscar ofiuras y estrellas de mar entre las rocas, Adam se habrá ido.

Cuando bajé los restos de la merienda a la cocina, mi madre aún estaba con las manos bajo el chorro de agua de la pila, lavando los platos de la cena. Le di un beso en la mejilla antes de colocarme a su lado para ayudarla.

—El bizcocho estaba buenísimo —dije—. Nada que envidiar a los de la señora Riley.

Ella levantó las comisuras en una sonrisa.

—Su marido fue quien me dio la receta.

—¿En serio? —Ella solo asintió, con la vista clavada en sus manos—. ¿Eso significa que has visto al señor Riley también? ¿Has ido al pueblo o...?

—Vino la otra mañana, cuando saliste con las chicas. —«Cuando salí a invocar a un fantasma, pero te dije que me iba con ellas», corregí en mi cabeza—. Creo que todavía se sienten culpables por el accidente...

Pero el culpable ya se había marchado, aunque ella no lo supiera.

Levanté la mirada a la ventana que quedaba sobre la pila; el bosque donde me había despedido de mi padre me miraba con burla, como si estuviera tentándome a perderme en él ahora que había oscurecido. A mi lado, mi madre soltó un suspiro. Junté mi hombro al suyo.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, es... Es noviembre, ya sabes.

Me contuve para no ser yo la que resoplara. No podía seguir enfadada con mis recuerdos o la casa nunca se vaciaría de fantasmas.

—A veces no entiendo por qué yo siento tanto odio todavía y tú solo sientes pena. —Sacudí la cabeza. Aunque yo también la sentía, a veces. Pero quería tragármela. Quería olvidarla. Sobre todo ahora, cuando sabía que no había forma de recuperarle—. Después de todo lo que leímos, mamá...

Dio un paso atrás, separándose de la pila y haciendo aspavientos con las manos para secarse.

—Aquel diario no me dijo nada que no supiera. —Tragó saliva—. Quizás... Quizás sientes rabia porque piensas que no puedes perdonarle, pero yo... Yo no puedo perdonarme a mí, cariño. Ese es el problema.

Sus palabras no hicieron más que aumentar el odio.

—¿Perdonarte? No tienes nada que perdonar, mamá. Por Dios, nada de lo que ha pasado fue tu culpa...

—Bree, no intentes entenderlo. Tú solo has leído una parte de la historia.

Me sequé las manos sobre el pantalón antes de volverme hacia ella.

—Si no lo entiendo, explícamelo. Porque no me entra en la cabeza que después de todo lo que te hizo...

—Tu padre no estaba bien, Bree. —No necesitaba jurarlo: le había visto beber hasta que de sus labios no salieran las palabras, gritar hasta quedarse sin voz. El problema era que la única forma que tenía de aliviar su dolor era pagándolo con nosotras. No era justo. Esa no era la vida que merecíamos—. No creo... No creo que él supiera cómo ser padre. Y su manera de querer... Era distinta, porque en el fondo no sabía cómo querer bien. Nadie le había enseñado.

—Solo estás justificándolo, mamá, como siempre...

Pero, por primera vez, mi madre no lloraba al recordarlo. Solo sonrió.

—Él solo quería estar conmigo. Pero le hice ver que, por mucho que le quisiera a él, había mucho más en mi vida: estabas tú, mi familia, mis amigos. Y fue entonces cuando todo empezó a ir mal. Se... volvió loco, Bree. Dejé de reconocerle. Se volvió un completo desconocido, pero no... No siempre fue así.

Mi madre también miraba hacia el bosque, pero sé que ella veía algo distinto. Ella recordaba los primeros años, cuando compraron esta pequeña casa junto al lago y gastaron todos sus ahorros en hacer reformas para convertirla en un hogar. Un gran jardín donde poder plantar flores, un garaje donde mi madre pudiera pintar, una pequeña habitación en el piso de arriba, con el techo inclinado y cortinas amarillas, para cuando llegara el día de ser tres en lugar de dos.

Un lago donde muriera un niño.

Una pared donde llenar cada rincón de sangre.

Un bosque donde huir.

—Sigo enamorada de la persona que fue porque, si he de elegir entre el recuerdo de tu padre en sus últimos días o el recuerdo de los primeros, me quedo con él, con el Ivor que conocí —siguió mi madre, inmersa en sus recuerdos. Se le habían humedecido los ojos—. Quizás deberías intentar hacer

lo mismo, Bree. Después de todo, ya no hay forma de volver atrás. No va a volver. —Se dio la vuelta con un suspiro, deshaciendo el delantal a mi espalda—. Por eso duele tanto noviembre.

Las manos todavía le temblaban; por el frío o por mi padre.

Pero era la primera vez que me hablaba de él así, con sus claros y sus oscuros. Era la primera vez que lo hacía sin dolor. Solo como un recuerdo. Como si estuviera sanando.

Y de alguna forma entendí que, durante todo su duelo, mi madre no solo estaba triste: estaba desesperada. Desesperada por un milagro que le arrancara todo el dolor, desesperada porque apareciera alguien que escuchara sus gritos, que recordara su nombre, que pudiera salvarnos.

Hasta que se dio cuenta de que solo necesitaba salvarse a ella. Solo necesitaba encontrarle un porqué a todo lo que ocurrió.

Solo necesitaba perdonarse por todo lo que no supo ver a tiempo.

A lo mejor yo tenía que empezar a hacer lo mismo.

El sábado llegó antes de que estuviera preparada. Me corté el flequillo antes de salir, cruzando los dedos para no dejármelo lleno de trasquilones. El pelo me había crecido más allá de los hombros y empezaba a formar tirabuzones en las puntas, que yo odiaba pero a Adam le encantaban. A veces me lo encontraba jugando a estirarlos con sus dedos y me preguntaba si el resto del mundo vería mis tirabuzones bailando en el aire.

Ahora caían sobre la bufanda de lana con la que había decidido protegerme del frío. Del cielo empezaban a caer los primeros copos de nieve, pero todavía no cuajaba. Adam abría la boca para intentar atraparlos con la lengua, como un niño pequeño.

—¿Vas a pasarte la noche aquí? —dijo.

Estábamos a las puertas del jardín de Gina, yo apoyada contra el capó de mi coche y él frotándose las manos para protegerse del frío. La calle solo contaba con la iluminación de dos pobres Farolas, y el resto de la luz venía de la casa de Gi, donde la música hacía tiempo que había empezado a retumbar en las paredes.

—No. Solo me estoy mentalizando. Ya dije que no me gustaban las fiestas.

—Eres una aburrida. —Adam puso los ojos en blanco—. Una aburrida y una abuela que se ha traído el *Monopoly*.

—Me lo pidió Carrie.

—¿Y de verdad pensaste que lo decía en serio?

—Cállate —repliqué, con una sonrisa—. Además, lo he dejado en el coche.

—Bien hecho. Ahora solo procura no llevarte a nadie a casa o les cortará todo el rollo.

Traté de empujar a Adam, bromeando, pero se desvaneció en el aire. Volvió a aparecerse a mis espaldas y me cogió de los hombros hasta

obligarme a andar hacia el jardín. Se veía la sombra de la multitud a través de las cortinas.

—Prométeme que intentarás divertirme —me dijo, volviendo a mi lado; sus labios de nuevo a peligrosos centímetros de mi oído.

—¿Estarás por ahí?

—No puedo irme.

Se encogió de hombros con una sonrisa, antes de colocarme una mano en la espalda para que me adelantara.

—Genial —dije, rozándole la mano a modo de despedida—. Solo te pido que no me hagas quedar como una loca. Nada de sustos.

—Te pones en evidencia tú solita, Duanne, no me echas la culpa.

Fui a contestarle cuando un coche aparcó tras el mío, con la música a todo volumen a través de las ventanas. Reconocí a algunos de los compañeros de clase de Gina a los que había visto por el campus cuando volvíamos de clase.

Me giré hacia Adam, pero él ya se había encargado de desaparecer. Con un suspiro, entré en la fiesta de Gina.

No fue ella quien me abrió la puerta; fue una chica desconocida que iba demasiado borracha para la hora que era y que me preguntó el apellido de Gina como prueba de que estaba invitada a su fiesta («Clarke. No, no como *Superman*, es con “e”»). Una vez que me hube deshecho de ella, pasé al salón sorteando un mar de universitarios. La gente se movía sin ritmo, tratando de seguir el son de la música que no se oía por encima de tantas voces.

Fui directa a una de las mesas del fondo, donde habían acumulado todas las botellas de alcohol y refrescos junto a dos torres de vasos de plástico, una de ellas caída. La gente ya estaba más que servida, y no eran ni las once.

Destapé la primera botella de vodka con un sonoro *plop*.

—Bree, ¿qué haces?

Adam se apareció a mi lado, con la frente casi pegada a la mía, como si de verdad los cuerpos de los demás le molestaran a él. Tenía el ceño fruncido.

Con una sonrisa, me serví el primer chupito de vodka.

—Hacer que me gusten las fiestas. —Me lo bebí de un trago, tratando de ignorar el momentáneo mareo que le siguió y el resoplido de Adam—. ¿Qué, celoso?

La suerte de estar en medio de tanto jaleo es que no importaba lo alto que hablara: nadie se iba a fijar en mí. Nadie vería el hueco que Adam dejaba a mi

lado.

—No voy a desaparecer a base de chupitos. Lo sabes, ¿verdad? —Intentaba sonar serio, pero él tampoco podía esconder la sonrisa. Me relamí los labios.

—Mejor.

Un chaval atravesó el espacio que Adam ocupaba, haciéndole desaparecer. Se tambaleó y acabó cayendo casi sobre mi espalda, con un vaso peligrando con desbordarse en su mano. Se marchó silbando, como si no hubiera estado a punto de estrellarme sobre la mesa.

«Gilipollas». Quizás necesitaba un chupito más para que estas cosas dejaran de molestarme. Seguían sin gustarme las fiestas.

Cuando me preguntaba por qué me había empeñado en venir, trataba de recordar el rostro iluminado de Gina al pedírmelo. Lo último que quería era que ella estuviera tan incómoda en su propia fiesta como yo lo estaba.

No por mucho tiempo. Tragué otra vez.

—¡Bree!

Gina pasó junto a dos personas que bailaban demasiado pegadas y se lanzó hacia mí para abrazarme. A juzgar por su efusividad, ella parecía también haberse evadido un poco para olvidar donde estaba. Por lo menos parecía contenta.

—Jo, me alegra mucho que hayas venido —dijo, separándose para cogerme de las manos. Se apoyó en la mesa, de cara a la multitud—. ¿Has visto cuánta gente? Y todos han venido por Carrie acá en la cocina arreglando la tarta porque algún idiota casi la tira al suelo, pero por lo demás todo va genial. ¿Te lo estás pasando bien?

—Acabo de llegar, la verdad. —Fruncí el ceño y me fijé en la supuesta multitud que venía a ver a Gina, pero la mayoría eran rostros desconocidos—. Oye, ¿esa no es Joelle? —pregunté, todo lo suave que pude. La supuesta amiga de Carrie que hizo que a Gina se le cortara la respiración en el coche se paseaba tan tranquila, bailando con las manos en el aire—. ¿La has invitado también...?

Lo más extraño es que a Gina no se le cansó la sonrisa ni un segundo.

—Bueno, sí, pero... —No necesité que continuara. Los ojos de Joelle se abrieron de golpe y en medio segundo estaba fundiéndose en un beso con un chico al que no conseguía ubicar, hundiendo las manos en su pelo—. En la Asociación de Carrie son pocos y hacen mucha piña.

—Ya veo.

Ahora me preguntaba si dos chupitos serían suficientes.

—¡Giiiiii! —No supe si la estaban llamando a ella o si alguien se había dado un golpe contra el canto de una mesa, pero Gina se giró directamente hacia la cocina.

—Creo que me llaman —dijo. Me dio un apretón breve en la mano—. Me voy antes de que quemen la cocina entera. Carrie es capaz.

Se despidió con un beso en la mejilla y se fue dando saltitos hacia la cocina, esquivando a quienes aún tenían energía para bailar.

—Ahora estaría bien que aparecieras, Adam —murmuré.

Pero lo único que llegó fue la mirada de reojo de uno de los chicos que tenía más cerca, que al parecer todavía iba lo suficientemente sobrio para escucharme. Le sonreí y me alejé del salón, con un vaso lleno entre las manos como arma por si algún otro idiota se me acercaba.

Señor, por qué había venido. No podía bailar: mi cuerpo parecía ser inmune al ritmo y en mi cabeza lo único que cabía eran teorías sobre Fantasmas y la constante duda de si mi madre descansaría aquella noche. Que estuviera mejor no significaba que estuviera bien. Además, el alcohol no parecía hacerme más efecto que drenarme; con cada paso que daba parecía arrastrar cadenas.

Me cansé de fingir que era una más en aquella fiesta y fui hacia las escaleras. Lo bueno de ser amiga de la cumpleañera es que no se ofendería si saltaba la norma no escrita de no subir al piso de arriba. Necesitaba un poco de calma.

Pero no llegué al primer escalón.

Primero vino el silencio: todo enmudeció como si alguien hubiera cerrado un grifo de golpe. Donde antes había música y risas y gente, ahora solo quedaba silencio.

Del silencio pasó a una nota aguda y constante que amenazó con reventarme los tímpanos. Solté el vaso de golpe para llevarme las manos a los oídos, pero no llegué a ver cómo rebotaba en el suelo: las luces del techo se apagaron de golpe, hundiéndolo todo en la oscuridad. Volvieron con un parpadeo, pero para entonces toda la casa estaba vacía.

Toda.

No había gente, no había muebles, no había ruido: solo un enorme «VETE» de color escarlata atravesando la pared.

Y el pitido no cesaba.

Hasta que lo hizo.

—Eh, ¿eres gilipollas o qué?

Un rostro desconocido me miraba con una mueca, enseñándome las palmas de las manos como si tocarme quemara. Solo después me fijé en que el contenido de mi vaso había caído a sus pies.

—Yo... —titubeé.

—Paso.

Habían vuelto los murmullos y la gente, la música y el ruido. Las paredes de la casa de Gina estaban vacías. Las luces habían dejado de parpadear.

Pero mi padre había vuelto.

—Adam —murmuré. Nadie respondió.

El corazón empezó a latirme cada vez con más fuerza. Me aferré a la barandilla de las escaleras y subí a zancadas, de dos en dos, como si llegar arriba significara que estaba segura. Que no había ningún fantasma persiguiéndome, que eran imaginaciones mías.

—¡Adam! —grité una vez arriba. El vestíbulo estaba desierto y las puertas de las habitaciones, cerradas, ahuyentando el barullo y el eco de la música—. Adam, joder...

«Ha vuelto. Ha vuelto, ha vuelto, ha vuelto...».

Quizás nunca se había marchado.

Y Adam, el idiota de Adam, decidía que era un buen momento para darme intimidación, mientras mis manos temblaban ante la simple idea de que volviera a pasar.

No quería más visiones ni amenazas. No quería nada de esto...

El vello de los brazos se me erizó al volver a escuchar a aquel pitido. Los murmullos de abajo se atenuaron y en su lugar empecé a escuchar otras voces: más desordenadas, más desesperadas; susurros desgarradores que parecían gritar en mi cabeza.

Caí de rodillas al suelo y me apreté las sienes, pero nada ayudó a que las visiones se detuvieran. Cuando levanté la mirada, las paredes y el suelo estaban llenos de mensajes escritos en sangre; mensajes que reverberaban en mi cabeza, una y otra vez.

Cada vez gritaban más alto.

Vete, VETE, nadie te quiere aquí, este no es tu sitio, el tiempo pasa y morirás, MORIRÁS, todo son mentiras, todo, no deberías estar aquí, NO DEBERÍAS ESTAR AQUÍ, vete, vete, vete, muérete, hazlo, HAZLO, VETE.

—¡Para! —chillé, aunque ni siquiera sabía a quién. No reconocía las voces, porque todas hablaban al mismo tiempo y todas hablaban demasiado deprisa.

Quería gritar hasta quedarme sin aire, gritar hasta que no las oyera.

Me hice un ovillo en el suelo, rezando para que al abrir los ojos todo frenara. Y no supe cuánto tiempo pasó sin que nadie me buscara. Sin que nadie me oyera gritarle a los fantasmas.

No sé cuánto pasó hasta que Adam apareció.

Para entonces ya no me quedaban fuerzas para lidiar con él.

—¿Dónde estabas? —grité.

Como si tuviera el poder de hacerlo desaparecer todo, a mi alrededor no quedaba más que vacío. Paredes granates y suelo de madera oscura, sin rastro de las letras escarlatas. Sin rastro de las voces. Adam se agachó para ayudarme, pero le aparté con una mano.

—¿Sabes qué? No quiero saberlo. Dices que no puedes irte y luego me das la espalda cuando vuelven. Siempre. —Sacudí la cabeza y me incorporé yo sola—. Llegas tarde.

—¿De qué estás hablando? Vamos, Bree...

Quería verle ofendido, pero en su lugar soltó el aire por la nariz con fuerza, como un niño enfadado. En un segundo sentí algo que ni era mío ni merecía: la culpa.

—No, no empieces. Eres experto en hacerte el inocente. Te quedas de brazos cruzados, apareciendo y desapareciendo como si esto fuera un juego. —Me puse en pie, con las manos sobre las rodillas. Toda la habitación me daba vueltas y no sabía si era por los fantasmas, por el cansancio o por el alcohol—. No voy a dejar que me maten por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —Alzó las cejas con incredulidad. *Experto en hacerse el inocente*—. Llevo años protegiéndote, y que tú no lo veas no significa...

—¡Yo nunca te pedí que lo hicieras!

—No es algo que pueda elegir, ¿es que aún no lo entiendes? ¡Morí por ti, Bree! ¡Por ti! —Dio un paso adelante, acercándose más a mí como si así pudiera enfatizar más sus palabras. Sin darse cuenta de cómo dolían.

De cómo jodía saber que eran ciertas y tener que mentirme todos los días, todas las noches.

—No fue mi culpa que el hielo se rompiera.

—Pero sí que jugara sobre el lago. Me dijiste que fuera valiente por una vez.

—Eso no es...

—No es verdad, ¿es lo que ibas a decir? Porque no lo sabes. No lo recuerdas, ¿verdad? —Adam sacudió la cabeza—. Si no fuera por las visiones, no recordarías nada. No sabes nada, Bree. Deja de fingir que te

importo, deja de fingir que te interesa lo más mínimo que aparezca si no es para que te cubra la espalda. Yo también estoy cansado.

—¿Cómo puedes decir eso? —Mi voz se quebró en la última frase y apreté los puños, como si así pudiera contener las lágrimas—. Estuve... Estuve buscando una forma de ayudarte. ¡Quería que volvieras a vivir, Adam! Quería traerte de vuelta, traerte conmigo, ¿y crees que no me importas?

—Te importan demasiadas cosas, Bree, ese es el problema. —Levanté una ceja, pero mi sorpresa no hizo que se callara—. Y lo que más odio es que esa siempre fuera una de las cosas que más me gustaban de ti. Que la vida te importa. Que te importa tu madre, te importan tus estudios, tu futuro, tus plantas... Tu mundo. Te importa todo. A veces demasiado. —Curvó los labios en una sonrisa, triste—. Estás... Estás llena, Bree. Llena de curiosidad y de preocupaciones, llena de vida y de sueños. No dejas espacio para mucho más. No para mí.

—Eso no es cierto —murmuré. No quería que lo fuera—. Yo no... —Me mordí el labio, acercándome a él todo lo que él se había separado—. Me dijiste que hiciera vida normal y, aun así, no... no soy capaz de deshacerme de ti. No quiero. No quiero perderte ahora que te he encontrado. Pero a veces pienso que a ti te da igual todo, que dices que quieres protegerme, pero a la primera de cambio te esfumas. Soy solo tu vía de paso, tu puerta.

Me crucé de brazos. El aire parecía cada vez más helado, como si el invierno se hubiera colado por debajo de las puertas. Adam no podía esconder el dolor en sus ojos.

—No tienes ni idea de nada —dijo, apretando los dientes—. Podría estar preocupado por estar muerto, por ser un puto montón de polvo y huesos y tener que fingir que aún existo para ti, y en su lugar no puedo dejar de pensar en lo mismo, Bree, y tú sigues fingiendo que no te das cuenta, sigues fingiendo que...

—¿Fingir? ¿Qué...? —Estaba demasiado alterada para entenderlo, y el alcohol tampoco ayudaba. Me martilleaba las sienes y hacía que el vestíbulo entero diera vueltas, que Adam se desenfocara ante mis ojos.

O quizás era otro de sus trucos.

Adam no parecía haberme escuchado. Se acercó a mí y agachó la cabeza hasta que nuestras frentes chocaron. Pero esta vez no había rastro de ternura o cuidado en su voz: solo pena, solo dolor.

—¿Quieres saber lo que hay en mi cabeza, Bree? —Di un paso atrás, pero él me agarró de la muñeca y me hizo detenerme—. ¿Quieres entenderlo?

Estaba llorando; las lágrimas cayendo silenciosas por sus mejillas. Su voz fue solo un murmullo hasta que resonó de nuevo en mi cabeza. Igual que aquel dichoso pitido, que volvió a atravesar mis tímpanos como una flecha. Caí de rodillas con un grito.

*No puedes amarla.
No importa cuánto lo desees.
No importa cuántas veces se te aparezca en sueños.
No importa lo vivo que te haga sentir.
No puedes, no puedes.
No puedes.*

Era la voz de Adam, repetida una y otra vez, gritando, llorando, en el encierro desesperado que había vivido mi padre. Cerré los ojos, pero sus palabras parecían grabarse en mi cabeza a fuego.

No puedes amarla, y eso te quema. Porque la ves todos los días, todas las noches, y hace que el caos de tu mundo lo sea un poco menos. La ves y sientes que el frío desaparece, como si ardiera una llama dentro de ti. Un incendio. Uno que no puedes apagar. Uno que no puedes dejar que te vuelva cenizas.

Adam había caído a mi lado y también lloraba. Se abrazó el estómago como si el incendio del que hablaba fuera real, como si todo él estuviera ardiendo. Sus labios estaban sellados; la mandíbula, tensa, pero seguía oyendo su voz.

*Quizás es porque la sientes cerca, porque quieres sentirla cerca; cuando en realidad estáis demasiado lejos. Quizás es porque no era el momento adecuado. No era la vida adecuada. Quizás no tiene que haber una razón: simplemente no puedes.
No puedes amarla.
Es como la música: lo suficientemente fuerte para hacerte temblar, pero tan elusiva que desaparece cada vez que la escuchas.*

El dolor de Adam acabó siendo el mío. Me agarré los brazos con tanta fuerza que abrí las cicatrices. Rasgué hasta ver la sangre, pero el pitido seguía, las voces seguían, el dolor era demasiado grande. El dolor era nuestro.

—¡Para! —grité.

No puedes amarla, como si no se te permitiera algo tan grande. Y eso no va a cambiar.

Y las lágrimas de Adam empezaron a resbalar por mis mejillas. Conseguí ponerme de pie y fui hasta la escalera, tambaleándome. El fantasma de Adam me seguía; porque no podía ser él, no podía estar roto.

—¡Para!

Algunas cosas no están destinadas a pasar. Tú no tenías que pasar.

Ardía.

—¡Adam, para!

—¿Bree?

No fue él quien preguntó por mí: Adam había desaparecido y en su lugar el suelo se había cubierto de niebla negra, oscura y opaca. Las voces seguían gritando en mi cabeza, la de Adam llorando por encima de todas.

No puedes.

Y Gina me miraba con los ojos desorbitados; el pelo lacio y rubio cubriendo su rostro y una mano tendida hacia mí. Decía algo, pero no la oía. No podía oírla.

—Gina, vete o...

Pero era demasiado tarde.

*Y pasarán los días y seguirás ardiendo, rezando para que quizás en el Otro Lado exista un alma que te haga sentir tanto, pero no será la suya, nunca será la suya, porque
no
puedes
amarla.*

Ya no eran sus llantos los que explotaban en su cabeza; eran los de mi padre, los de mi madre; eran los gritos y las noches en vela, eran las heridas abiertas en mi piel y la sangre en las paredes; todo volvía, todo me rodeaba, todo, todo, todo.

Había una figura mirándome, oscura como todo lo que me rodeaba. No era Adam, no era Gina.

Era mi padre.

Me llevé la mano al cuello. Me faltaba el aire. No podía respirar y los gritos no callaban, acunados por ese eterno pitido. Pasaron de la voz rota de Adam al recuerdo de mi padre.

Tú también morirás.

—Bree. —Unas manos me zarandearon. Parpadeé; todo se veía difuso, como si aún estuviera soñando—. ¡Bree!

Adam pasó la mano de mis hombros a mi mejilla, apartando las lágrimas. Ya no había rastro de su enfado; tenía las cejas inclinadas en una expresión compungida y le temblaban los labios. La herida de sus palabras volvió a abrirse.

Todo el dolor.

Todo el amor que no podía devolverle.

—Lo siento... —murmuré; la voz me tembló con la última sílaba. Me erguí para aferrarme a sus brazos—. Lo siento, de verdad que yo...

—No hay tiempo para eso ahora —dijo. Pero aún estaba dolido. Aún tenía lágrimas secas bajo los ojos—. Bree, mira.

Me ayudó a levantarme. Había acabado encogida en el suelo, en una esquina del vestíbulo lo más alejada posible de las escaleras (y de las puertas, y de *las sombras*). Adam me sostuvo entre sus brazos y me acompañó hacia el hueco de las escaleras, pero no necesité que me señalara nada para verlo.

El grito de Carrie fue más fuerte.

Como si se tratara de las aguas del Mar Rojo, el murmullo de jóvenes que se arremolinaba al pie de la escalera se abrió para dejar a Carrie pasar. La joven no dejaba de gritar y llorar. No le faltaban razones.

Se lanzó al suelo, con el pecho alzándose y descendiendo a una velocidad vertiginosa.

—¡Gina! ¡Gina, por favor! —Ya no había música. Apenas había murmullos: todos miraban a las dos chicas al final de la escalera, una llorando, la otra inconsciente—. ¡No se despierta! No se despierta, joder, no...

La sacudió por los hombros como Adam había hecho conmigo para despertarme, pero no sirvió de nada. Gina se movía como una muñeca rota, con el pelo enredado por encima de su cara y la piel más pálida que nunca.

Como un fantasma.

—¡Gina! —A Carrie se le desgarraba la voz.

—Ha sido él, Bree —dijo. Me colocó una mano en el hombro, bajando la mirada a los pequeños picos de sangre que descendían en la escalera—.

Tenías razón.
Había vuelto.

Las luces de la ambulancia alumbraban todo el jardín. Había empezado a llover, como la mayoría de las noches en Degriffin, pero en aquella ocasión parecía una broma de mal gusto.

Los invitados iban abandonando la fiesta, cabizbajos, esperando a los coches que los recogieran de vuelta a casa. Incluso los que no conocían a Gina estaban asustados.

Decían que Gina se había caído por el hueco de las escaleras y que ahora no despertaba.

Pero la realidad solo la conocíamos Adam y yo, y uno de los dos estaba muerto: que un fantasma le había empujado hasta que cayera, para alejarla de mí, y que había intentado llevársela con él. Gina tenía demasiadas ganas de vivir para ponérselo tan fácil.

Y ahora se debatía entre los dos mundos, entre este y el Otro Lado.

Había dejado de ser consciente de cuándo lloraba y cuándo no. Carrie se había subido a la ambulancia con Gi, todavía con la respiración y el corazón acelerados, y me había pedido que me encargara de que todos abandonaran la casa cuanto antes.

Así que me quedé sentada en el porche, viendo a los invitados marcharse, llorar, derrumbarse, gritar, reír incluso; viendo a cada desconocido volver a sus vidas sin fantasmas, sin tragedias, sin padres que aún buscaban matarlos.

«Tú también morirás».

Adam se apareció a mi lado. Me rozó la mano con la suya, cauto.

—Debería estar llorando —murmuré—. Debería estar destrozada y...

Solo estaba vacía, como si el fantasma hubiera absorbido todo lo que pudiera sentir.

—Bree...

—No —corté—. Por favor, no digas nada.

Él asintió.

Las lágrimas hicieron que se me volviera a nublar la vista, transformando a los últimos invitados en manchas borrosas.

Yo debería haber sido ella.

Gina solo había venido a cuidarme, solo se preocupaba por mí; Gina no tendría que haberse encontrado con el *monstruo* de mi padre. Le debía la vida. Y ahora la suya la que parecía estar a punto de perderse.

—Bree —susurró Adam, como si quisiera tantear si ya estaba preparada para hablar. Me cogió la mano con más fuerza—. Bree, Gina estará bien.

—No lo sabes.

—La veo, ¿recuerdas? Y no como la ves tú. Está entre dos dimensiones, pero está bien.

—¿Cómo va a estar bien? —Me contuve para no volver a llorar; para no gritarle, para no recordar todo el dolor con el que convivía—. Está al borde la muerte, joder. Yo debería estar en esa ambulancia. El espíritu me quiere a mí, no a ella. No es justo. No es justo que haya vuelto.

Me cubrí el rostro con las manos, pero ya no quedaban lágrimas. La noche lloraba por los dos.

—Quizás haya una forma de acabar con todo esto —dijo él.

—Se supone que la habíamos encontrado ya. Que mi padre no soportaba estar aquí y que por fin se había marchado.

Adam negó con la cabeza, con los labios fruncidos.

—Pero no has probado a reunirte con él.

—Fui al cementerio y...

—En el Otro Lado, Bree.

Parpadeé, intentando asimilar lo que estaba *diciendo*.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

—Es la única forma. Estarás en la misma dimensión que él, así que no podrá hacerte daño. Y te mantendrás con un *pie en esta* Tierra, como Gina.

Tragué saliva.

—Gina está en coma.

Era la primera vez que lo decía en voz alta. La primera vez que repetía lo que murmuraron los invitados, lo que gritaron los paramédicos, lo que lloraron los padres de Gina cuando Carrie los llamó.

—Por tu padre. Y yo podría hacer lo mismo contigo.

—Estás loco —confirmé—. No puedes... No...

—¿Has sido capaz de invocar a un fantasma y de vivir en una casa encantada, y ahora no te fías de esto?

—Pero ¿de verdad puedes hacerlo?

—Es uno de mis trucos. —Me dio un golpe suave en el hombro, pero no conseguí reír. No podía reír—. Puedo empujarte a otra dimensión si se dan las situaciones adecuadas, y puedo mantenerte anclada en ambas para que luego puedas volver. Solo tendrás que ir y hablar con tu padre. Preguntarle qué quiere. No estará alterado ni atormentado. Estará... Estará en casa, contigo.

Suspiré. No sabía si era el cansancio, el miedo a perder a Gina o la señal de que de verdad había perdido la cordura, pero no me parecía que tuviera otra opción. Lo único que quedaba era confiar en Adam.

—Entonces tendremos que buscar las situaciones adecuadas.

—Ya las tenemos. —Me apretó la mano, señalando hacia delante con el mentón. Entre la lluvia y la falta de luz, mi coche parecía fundirse en la negrura.

—¿El coche?

Adam solo asintió.

Respiré hondo.

«Tú también morirás».

No estábamos hablando de ninguna tontería; pero parecía que la única forma de salvarme era dando un paso hacia la muerte. Me pareció casi tan aterrador como seguir viva. Un coma no traería nada bueno: del coche pasaría a la ambulancia, de la ambulancia al hospital. A mi madre le rompería el corazón. Acabaría en el Otro Lado, con toda la oscuridad que eso suponía.

Pero Gina también estaba ahí.

Y no se lo merecía.

No podía permitir que se repitieran más accidentes como los de aquella noche, y mi padre no pararía hasta deshacerse de mí.

—Entonces, vamos —murmuré. Me levanté sin soltarle de la mano, arrastrándole hasta el coche. Aún no sabía quién estaba apoyando a quién. Quién tenía más miedo.

Adam se mordió el labio cuando me vio entrar y colocarme frente al volante. Se apareció en el asiento del copiloto, cabizbajo. La luz de la farola iluminaba la mitad de su rostro, que parecía haber envejecido años en una milésima de segundo.

Rocé el cuero del volante con las manos.

—Adam, lo que ha pasado antes... —Tragué saliva. Si algo salía mal, no tendría la oportunidad de decírselo; no en esta vida—. Lo que me has enseñado...

—No tienes que decir nada, de verdad. —Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás—. No tendría que haberte dicho nada. Ha sido estúpido.

—Quiero que sepas que te quiero, Adam. Te quiero y...

—Bree, basta. —Colocó su mano sobre la mía—. Estoy bien, estaré bien. Nada de lo que digas cambiará lo que siento, pero no voy a darte la espalda porque no sea correspondido. Quiero que estés bien, eso es todo. No te preocupes por mí.

—Pero es que... —No sabía nada. No podía entrarme en la cabeza que alguien como Adam me quisiera como *algo más*. Y aunque le correspondiera, él era consciente de cómo nos separaba un corazón que no latía.

—Bree —me miró con una sonrisa—, estaré bien. Ahora no es el momento de hablar de nada de esto.

Carraspeé.

—Lo sé, perdona. —Con un suspiro, volví la vista al frente y arranqué el coche, haciendo ronronear el motor—. Necesitaba olvidarme de todo esto al menos un segundo. Pensaba que así se me quitaría el miedo.

—Me preocuparía que no tuvieras miedo. —Sonrió—. Pero confía en mí, Bree. No haría esto si no supiera que es lo único que nos queda. Y tengo que salvarte, tengo que...

—Protegerme —terminé. Me mordí el labio—. Me siento todo menos protegida ahora mismo.

—No voy a dejar que te pase nada, ¿me oyes? —Otra vez su mano en mi hombro; su aliento en mi oído—. Necesito un golpe fuerte para poder llevarte al Otro Lado. En cuanto hayas encontrado a tu padre, te despertarás de nuevo, te lo prometo. Confía en mí, Bree —repitió—. Estoy contigo. Estaré contigo.

«No puedo irme».

—Si además de despertarme pudieras arreglar el coche, sería un gustazo. Quise sonreír, pero todavía temblaba.

—Intentaré usar alguno de mis trucos, Duanne. —Un beso suave en la mejilla; tan sutil que pensé que me lo había imaginado—. Ahora tienes que ser valiente. ¿Qué te parece ese muro de ahí, el de los vecinos?

Asentí con miedo. Adam me cogió de la mano mientras yo presionaba el pedal y el coche se aceleraba, saliéndose de la hilera de vehículos aparcados junto a los jardines. Fui directa al muro que separaba un tétrico parque del vecindario, con el chirrido de las ruedas en mis oídos. Esperaba que la velocidad fuera suficiente para que el choque me llevara al Otro Lado. Adam se encargaría del resto.

Segundos antes de que el coche colisionara y el airbag estallase contra mi cuerpo, un pensamiento atravesó mi cabeza. Fue como si todas las piezas del puzle encajaran de pronto, y la respuesta fuera la última que quería escuchar.

Que acababa de orquestar mi propia muerte.

Que me estaba suicidando.

Que quizá, después de todo, Adam se había ocultado detrás de aquella máscara de amigo para acabar conmigo, para vengarse por su propia muerte. Él estaba en medio de la nada por mi culpa.

Él era quien había intentado matarme, todo este tiempo. El causante de cada una de las visiones, del frío, del fuego, del incendio, de las heridas que él mismo trató de curar.

Todo había sido una mentira. Y al ver que todos sus intentos habían fallado, no le había quedado más remedio que convencerme para que yo misma acabara con mi vida.

Y ahí estaba, a un metro del muro. El capó del coche se arrugó como si estuviera hecho de papel. Grité, desgarrándome la voz, pero Adam ya no estaba. El impacto hizo que mi cuerpo se disparara hacia delante y, tras oír el ruido de los cristales haciéndose añicos a mi alrededor, todo se volvió negro.

Había tardado demasiado en darme cuenta.

0

1988

El hielo se rompió.

Adam desapareció con la facilidad con la que el agua se evapora, como si nunca hubiera habido ningún niño cruzando el lago. El frío cortó su grito y hundió el mundo en silencio. Su corazón luchó por seguir latiendo hasta que la sangre de sus venas se volvió hielo. Hasta que se convirtió en el príncipe azul de sus cuentos.

«Adam, vuelve».

Y solo a unos metros de distancia, Bree miró atrás una última vez.

—Cariño, venga. —Su madre la empujó con suavidad hasta el interior del coche, pero la niña seguía mirando el paisaje más allá de su casa.

Cuando volviera aquel verano, ya no habría nieve en las copas de los árboles ni acumulándose sobre el tejado. No habría brisas frías ni cielos grises. Con suerte, tampoco escucharía los gritos de su padre. Su madre decía que el verano le calmaba.

—¿Nos vamos ya?

—Solo un segundo, Bree. Papá está recogiendo.

Ella estaba sentada en el asiento del copiloto, con la mirada fija en un punto del exterior. Estaba temblando, pero Bree seguía creyendo que era por el frío. Que su padre gritaba a la nada solo porque estaba enfadado.

Hasta que oyó el sonido de los cristales rotos.

Fiona Duanne hizo un esfuerzo para que su hija no la viera llorar.

—Papá está gritando —dijo Bree, por si acaso su madre no lo había oído.

Veía como su padre alzaba los brazos por encima de su cabeza desde la ventana de la cocina. No se habían roto los cristales, era un plato, al que le siguió otro, y otro, y otro. A Bree le dio un escalofrío solo de pensar en el daño que se haría si entraba en la cocina con los pies descalzos.

—Papa no está bien, cariño. —Su madre intentó sonreír a través del espejo del retrovisor—. Vamos a esperar un rato a que esté mejor, ¿vale?

—Vale —dijo Bree, abrazando el viejo peluche que le acompañaba a su lado. El recuerdo del hermano que nunca tuvo.

Había noches que su madre todavía lloraba, y su padre respondía hablándole al aire. No; al aire, no. A otra gente. Decía que siempre había otra gente. Decía que todo era culpa de su mujer. Y estaba tan convencido que Fiona comenzó a creerle.

Otro grito al aire, y Fiona se encogió de hombros, tratando de esconder los gemidos. Sus lágrimas estaban tan heladas como los pulmones de Adam.

—Estará mejor —decía—. Estará mejor, Bree...

Pero nunca lo estuvo.

Era difícil hablar cuando lo último que recordaba era haber intentado matarme.

Y no me refería a duro, a difícil como algo mental, como una barrera; sino a algo físico. Porque me costaba el simple acto de abrir la boca y dejar salir las palabras. No fluían como las del resto de las personas, no parecían acompañar a mi cerebro, sino que volaban a mi alrededor como moscas, desenfrenadas, desordenadas, saliendo a trozos y a trompicones y provocando que me trabara cada vez que tropezaban en mi lengua.

Así que decidí quedarme callada, aunque a mi alrededor no dejaban de hacer preguntas.

Adam, en una esquina, me siseaba para que no las contestara.

Era *su* culpa que no estuviera en el Otro Lado; la de los vecinos que llamaron a urgencias demasiado pronto, la de los médicos que me llenaron de máquinas y pitidos, que me hicieron volver de ese mundo entre el sueño y la vigilia. Era su culpa por salvarme.

Es un milagro que estés tan entera, decían.

Es un milagro que estés *viva*.

Pero yo no me sentía viva. No me sentía bien. Estaba inmovilizada en una cama de hospital, con un cabestrillo en el brazo, con la pierna vendada, con un constante pinchazo en el estómago, con la misma nebulosa de moratones que mi madre recibió de su accidente. En la pulsera que me encadenaba al hospital ponía que había sido admitida por un accidente movilístico, pero no tardaron en trasladarme, de una habitación a otra, de un médico a otro, de máquina en máquina, prueba tras prueba, mirada tras mirada.

—¿Te duele algo? —preguntó una enfermera. Era la décima que entraba, o la undécima, había perdido la cuenta; y ya no estaba segura de si me visitaban ellas o eran los fantasmas de mi padre.

Me quedé callada, sin saber cómo contestar.

No podía explicarle que todo dolía. Todo. Y el dolor venía de dentro, de *mí*.

Estaba demasiado cansada para abrir los ojos, así que el tiempo pasaba entre tonalidades de negro y voces. Algunas venían de dentro, otras de fuera. La mayoría estaban muy enfadadas. Y era mi culpa.

Solo abrí los ojos cuando reconocí la voz de mi madre en medio de los murmullos. No le habían dejado entrar en mi habitación: estaba encogida, de brazos cruzados, hablando con una enfermera vestida de azul desde el umbral de la puerta. Tenía los ojos rojos de tanto llorar.

—Hay testigos que confirman el accidente, señora Duanne; y todo apunta a que fue un acto planeado. Estaba bajo los efectos del alcohol y, teniendo en cuenta los antecedentes familiares, tememos que pudiera sufrir ideaciones suicidas.

Mi madre no parecía asustada. Parecía demasiado cansada para sentir nada.

No llegué a escuchar su respuesta, porque Adam se apareció a mi lado, sentado sobre las sábanas blancas del hospital. Rozó mi mano con la suya, sin apartar la mirada de mi madre.

—No les hagas caso, Bree —dijo—. No tienen ni idea.

Fruncí el ceño. No quería escucharlas, no quería tener que dar explicaciones de ningún tipo. Solo quería salir cuanto antes de aquella cárcel de blanco y asegurarme de que Gina estaba bien, de que mi padre desaparecía de una vez. Quizás todas estas heridas bastaban para contentarle. Quizás así me dejaría en paz.

Sus cicatrices quedaban ocultas bajo el cabestrillo.

Porque tenía que ser él, no Adam.

Adam era quien me había traído de vuelta antes de que fuera tarde.

—No quiero escucharlas —murmuré, lo suficientemente bajo para que solo Adam me oyera. Giré la cabeza hacia la pared de la habitación—. ¿Podemos hablar?

Él parpadeó.

—¿De qué quieres hablar?

—De cualquier cosa. Necesito... tener la cabeza ocupada. —Notaba la garganta seca, como si cada palabra tuviera que rasgarme el esófago antes de salir—. Y tú eres mucho más agradable que esas estúpidas voces.

Adam resopló.

—¿Te han vuelto a encontrar?

—Ahora mismo es lo último que me importa.

Las visitas de Adam se hicieron incluso más regulares que las de las enfermeras, que no paraban de venir para medirme la tensión, para preguntarme por el dolor, por el hambre, por la sed. Y Adam se quedaba a mi lado, mirándolas de brazos cruzados y haciéndome reír.

—«¿Cuánto te duele del 1 al 10?» —decía, imitando la voz de las enfermeras—. ¿Y del 1 al 100? ¿Y del 1 al 76.000.000.000?

Y esas eran las únicas sonrisas del día, porque el resto de nuestras conversaciones se volvieron poco a poco más oscuras. Adam me habló de su dolor, del dolor de morir, de ver crecer a la gente de su alrededor mientras su cuerpo se volvía polvo. De ver cómo le olvidaban. Cómo su nombre se transformaba en una trágica anécdota más. De que, si hubiera llegado al hospital a tiempo, quizás aún seguiría con vida. Quizá podría estar ahí, conmigo.

Y yo también hablé, de mi vida en Dublín, de mi padre, de mi infancia, de mi madre. Por primera vez, nuestras conversaciones no se reducían a hablar de fantasmas. Por eso aproveché para hablarle de *todo*, y cuanto más sabía de mí, más preguntas me hacía. Más tiempo se quedaba. Así que me abrí en canal para él.

Porque, si hubiera querido matarme, ahora ya podía.

Supe que los espíritus habían vuelto —que *mi padre* había vuelto— porque las noches eran otra vez demasiado oscuras.

Porque seguía oyéndole, una y otra vez, entre gritos, entre llantos, en susurros. Nunca me escuchaba por mucho que me oyera, por mucho que yo gritara primero.

No quería quererme. Tendría que haberme dado cuenta antes.

Su voz se atenuaba cada vez que Adam aparecía a mi lado.

—No le escuches, Bree.

—Es un asco.

Adam suspiró y se sentó al borde de mi cama, haciendo chirriar los muelles del colchón. Casi parecía diluirse en la oscuridad hasta volverse una sombra más entre aquel mar de muebles tétricos y máquinas que pitaban. Soñaba con el momento en el que los picos se volvieran una fina línea y pudiera encontrar a Gina. Y pudiera terminar con todo.

Estaba cansada de estar en el lado equivocado.

—Quizá debería marcharme —susurró Adam. Abrí mucho los ojos, pero él no vio mi sorpresa.

—¿Qué? No, quédate. Eres lo único que me mantiene cuerda aquí. Desde el accidente, las voces no han hecho más que aumentar y todo el mundo me mira con pena, con miedo, todos susurran y hacen preguntas y nadie se para a preguntarme cómo estoy yo. Necesito alguien que *me vea*. Alguien a quien le importe. Me siento tan sola que...

—A tu madre le importas, Bree —dijo con una ligera sonrisa—. Lleva intentando verte desde que llegaste.

—Y no le dejan, ¿verdad? Porque se creen que estoy loca, porque dicen que aún estoy débil y que necesito tiempo. Todo es por culpa de mi padre. Lo único que falta ahora es que te alejes tú también. —Estiré el brazo bueno y cogí su mano entre las mías, acariciándola con el pulgar—. Quédate, por favor.

—No lo entiendes. Es... Es por tu seguridad, Bree.

Encerrada en una habitación asquerosamente esterilizada, con un pijama de hospital que olía a jabón y jazmín, una enfermera entrando a cada hora y la mitad de mis extremidades inmóviles, sus palabras parecían una broma de mal gusto.

—¿Por mi seguridad? —repetí en un susurro. A veces se me olvidaba que el resto del mundo no podía verle. Que no había nadie en mi habitación, aunque la piel de Adam acariciara la mía, cálida entre las sábanas.

—No te has dado cuenta, ¿verdad? Estar contigo es como señalarte con luces de neón. Eres el blanco perfecto para los espíritus, incluido tu padre. Y todo porque yo estoy revoloteando por aquí, mandándoles la señal de que alguien nos ve. De que puedes escucharnos.

—No. —Mis dedos se arquearon en el aire, como si buscaran agarrar las voces que me atormentaban. Quería sacudir a Adam hasta que se diera cuenta de la tontería que estaba diciendo; quería abrazarle, mantenerle a mi lado y no dejar que se marchara. Quería que todo mi cuerpo dejara de doler para poder fingir que seguíamos siendo solo dos jóvenes—. No —repetí—. Si soy su blanco es por todo lo que he hecho, Adam. Yo solita. Jugué a contactar con mi padre, *busqué* escucharlos... Vienen por mí. —Sonreí—. ¿Qué pasa, te piensas que eres la estrella de por aquí?

Intentaba bromear, pero Adam se puso tenso.

—¡No! Jobar, Bree...

—*Jobar* —le imité, con una sonrisa. Él me dio un suave empujón en el hombro, casi una caricia.

—Solo intento protegerte.

Como siempre. Estaba cansada de que Adam solo me considerara su damisela en apuros.

—¿Y quién te protege a ti?

Él rio entre dientes.

—Yo no soy lo importante aquí.

—Lo eres para mí. ¿O eso no importa? Nunca te pedí que me protegieras; solo te pedí que te quedaras, que... Que me recordaras que no estoy sola. Solo teníamos que querernos, Adam. Con eso es suficiente. —Tragué saliva. Quería recordarle que había muchas formas de querer; que no tenía por qué amarme, que yo tampoco podía. Pero eso no significaba que tuviera que marcharse—. Y si no vas a querer hacerlo, al menos ten el valor de admitir que lo haces para protegerte a ti mismo.

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir que...?

—Pensé que querías matarme, ¿sabes? —Todas las heridas posteriores al accidente habían hecho que olvidara los miedos que vinieron antes—. Pensé que todo era un... Un horrible plan que tenías para que me matara, que todas las visiones habían sido cosa tuya, que estabas harto de quedarte anclado por mi culpa. Que estabas consiguiendo deshacerte de mí, por fin.

Adam se dobló por la mitad, como si mis palabras hubieran sido puñaladas en su estómago. Más dolido de lo que estuvo noches atrás, en aquel vestíbulo lleno de fantasmas.

Más dolido que cuando le dejé morir en el lago.

—¿Cómo puedes decir eso? —murmuró. Estaba temblando, apretando los puños, como si así pudiera contener toda su rabia—. Yo...

—Ya no lo pienso —me adelanté, buscando sus manos entre las sábanas y acercándolas a mí. Quería asegurarme de que Adam me escuchaba, que acompañaba su respiración con la mía.

Relajó los hombros y me miró; sus ojos brillando en medio de tantas sombras.

—No puedo perderte —susurró—. No puedo...

—Desaparecer suena demasiado a perderme.

Su silencio no hacía más que aumentar mi impotencia. No sería capaz de frenarle si decidía marcharse; había comprobado con creces que daba igual lo alto que gritara, lo dolida que estuviera: las apariciones de Adam seguían unas leyes que desconocía.

—No te marches —murmuré, cerrando los ojos para intentar dormir. Las noches en el hospital eran demasiado largas—. Yo tampoco puedo perderte.

Aunque no fuera seguro.

Aunque solo doliera, porque no podía amarle, porque no podía quedarse para siempre, porque la muerte seguía recordándonos que no habría palabras suficientes para salvarnos.

Quizás solo teníamos que quedarnos así, cogidos de la mano, con la promesa de que los dos nos quedaríamos.

Me despertaron unas manos sacudiéndome con demasiada desesperación para tratarse de la enfermera de turno. Mi madre estaba sentada en uno de esos sillones duros que dejaban para las visitas, con las cejas inclinadas en un gesto de preocupación y los codos apoyados sobre las rodillas. Me miraba desde donde yo la había mirado semanas atrás, cuando era su cuerpo el que luchaba por sobrevivir. Parecía una broma cruel del destino.

—Mamá... —empecé, pero ella rompió a llorar en cuanto me escuchó hablar. Se acercó hasta rodear mi mano libre entre las suyas—. Mamá, ¿qué pasa?

—Bree, tengo que preguntarte algo.

Más preguntas. Desde que había abierto los ojos tras el accidente, todo habían sido preguntas y me había cansado de escucharlas. No quería ni contestarlas ni seguir fingiendo que no las oía.

Pero mi madre no parecía que deseara simplemente preguntarme algo: apretó mi mano con fuerza y se sorbió la nariz, haciendo un esfuerzo inhumano para no llorar.

—¿Fuiste tú, cariño? —dijo.

—¿Qué?

—¿Fuiste tú quién tiró a Gina? —Su voz se rompió con la última sílaba, atravesada por el llanto. Me incorporé en la cama al notar cuánto apretaba mi mano—. ¿Fuiste tú, Bree? Sé que tendría que haberlo visto venir, que tú también te aislabas, y luego vi todos esos papeles en tu habitación, todos esos dibujos tan..., tan extraños, y quise pensar que estaba exagerando, que no..., que no...

—¿Qué?

Mi madre abrió la boca para contestar, pero una enfermera entró por la puerta de golpe, después de habernos visto por la ventanilla exterior, y fue directa a ella para cogerla de los hombros.

—Señora Duanne, haga el favor de salir, por favor. Le hemos dicho que no puede estar aquí todavía.

A juzgar por la forma en la que mi madre ignoró a la enfermera, como si su voz no fuera más que el murmullo del viento, deduje que no era la primera vez que se colaba. Aunque el resto de veces hubiera estado dormida o demasiado llena de morfina como para escucharla.

—¡Suélteme! —dijo mi madre, sacudiendo los hombros—. ¡Es mi hija, por el amor de Dios!

—Señora Duanne, ya le explicamos que no era prudente que la viera todavía. Tenemos que hacerle unas preguntas más antes de llegar a cualquier conclusión, ¿de acuerdo? Su hija necesita reposo. Ahora tranquilícese. —La obligó a levantarse—. Acompáñame, señora Duanne, por favor.

Pero ella parecía fuera de sí.

—¡Es mi hija! ¡Es mi niña, mi niña! —Sus llantos escalaron hasta volverse gritos, pero estaba demasiado cansada para resistirse. Se dejó arrastrar hacia la puerta sin apartar los ojos de mí.

—Mamá... —murmuré.

La enfermera acompañó a mi madre hasta la salida y se quedó esperando a que se tranquilizara. Escuché cómo intentaba que controlara su respiración, como yo había hecho con Gina en el pasado.

Gina.

—¿A qué ha venido eso? —murmuré con un escalofrío. Adam estaba de pie frente a mi cama, mirando a la puerta con los brazos cruzados—. Gina...

—Te he dicho que está bien, Bree —dijo Adam.

No me dio tiempo a contestarle, porque una vez que mi madre se hubo retirado a la sala de espera, la enfermera volvió a cerrar la puerta de la habitación frente a ella.

Se acercó a mí, atravesando el cuerpo de Adam como si no fuera más que aire.

Para ella lo era.

—Lo siento, señorita Duanne. Todavía no se permiten visitas.

No era eso por lo que tenía que disculparse, precisamente. ¿Qué le habían dicho a mi madre? ¿Por qué estaba tan afectada?

Quizás mis heridas eran más graves de lo que habían querido decirme y por eso lloraba. Quizás mi padre había acabado infiltrándose en su cabeza y ahora me culpaba de la muerte de Gina. Lo último que quería es que mi madre se alejara de mí. Era lo único que me quedaba.

La enfermera se frotó el cuello mientras comprobaba los datos médicos en la cabecera de mi cama. Se dirigió a mí con un suspiro. Daba la impresión de que no era la primera vez que le tocaba lidiar con madres asustadas, a pesar de lo joven que aparentaba ser.

—Bueno, señorita Duanne, parece que tiene una visita con el doctor O’Laoire en breve. Solo serán unas pocas preguntas, no se preocupe.

—¿El doctor O’Laoire? Ya me visitó una doctora cuando ingresé y...

—La doctora Whelan es jefa de traumatología, pero necesitamos que un psiquiatra compruebe que el accidente no le ha dejado secuelas. No se preocupe, no muerde. —Sonrió, pero sus palabras me hicieron todavía menos gracia cuando Adam se apareció a su espalda, negando con la cabeza—. Le traeré la silla de ruedas. Espere un momento, ¿de acuerdo?

Asentí. Como si pudiera irme a algún lado.

Adam se aferró a mi mano, sin apartar la vista de la enfermera mientras se marchaba.

—No le digas nada, Bree —dijo—. No le hables de nosotros. No puedo perderte.

El doctor O'Laoire parecía un *leprechaun*.

Esa fue mi primera impresión, y el pensamiento que le siguió fue que, si los fantasmas de mis libros eran reales, no había razones para pensar que los *leprechaun* y los duendes de los mitos irlandeses no podían serlo también. Quizás el doctor escondía un caldero lleno de oro bajo esa impoluta mesa, donde se encargaba de interrogar a todos sus pacientes como si fueran criminales.

La única diferencia es que se dirigía a nosotros con una sonrisa, como si quisiera engañarnos. Era muy joven para ser un *leprechaun*. Aunque también para ser un psiquiatra, pensé, ¿no era lo común encontrarse a psicoanalistas con barbas como Freud y divanes en la consulta? No lo sabía; nunca había ido al psiquiatra. Christine jamás fue así, y nunca llegué a conocer al psiquiatra de mi madre. Sin duda, no era el doctor O'Laoire; mi madre me hubiera hablado de él.

La barba del doctor O'Laoire era corta y cobriza, y sonreía hasta que se le achinaban los ojos. Miró la hoja de información que la enfermera había traído conmigo antes de decir:

—Buenas tardes, soy el doctor O'Laoire. ¿Cómo te llamas?

Parpadeé. Parecía que me hubieran colado en un examen oral de francés.

—Eh... Bree. Bree Duanne.

—Muy bien, Bree, ¿sabrías decirme en qué año estamos?

—1997. Doctor O'Laoire, no hace falta que haga esto, yo...

—¿Y cómo estás, Bree? —me interrumpió—. ¿Cómo te encuentras?

El doctor O'Laoire hablaba con demasiada calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Su pregunta me pilló por sorpresa. Era la primera vez que parecía genuina, como si realmente se molestara por saber cómo estaba yo y no mi memoria.

—Yo... —Y era la primera vez que no sabía cómo contestar—. Bueno, estoy un poco... Un poco... —Otra vez las palabras parecían enredarse en mi boca, sin acabar de fluir. Me traicionaban—. Bien. Estoy bien. Bueno, no debo de estar del todo bien, claro, si me han mandado de cabeza al psiquiátrico.

—¿Y hay algo malo en eso?

—Claro que sí. Creéis que estoy loca y no es verdad. Solo tuve un accidente.

El doctor O’Laoire sonrió, a pesar de mi enfado. Parecía que en cualquier momento fuera a sacar su varita mágica, con esa sonrisa digna de un anuncio de dentífrico, y a curar con ella todas mis heridas.

—Nadie está loco aquí, Bree. Es solo que no pareces la misma desde el accidente —dijo sin relajar la sonrisa. Dejó lo que fuera que estuviera escribiendo en mi ficha y se cruzó de brazos por encima de la mesa.

—Usted no me conoce, doctor.

—Entonces ayúdame a conocerte, Bree. Dime qué te preocupa.

Quise reír. ¿De verdad no se daba cuenta? ¿De verdad *nadie* se daba cuenta?

Me preocupaba que mi madre no estuviera mejor, que todo fuera una mentira y que mi accidente no hiciera más que devolverla al hoyo de oscuridad del que había luchado por salir. Me preocupaba no salvar a Adam, y salvarlo. Me preocupaba saber que él nunca sería eterno. Me preocupaba Gina, Gina entre las garras de mi padre, Gina luchando para no morir.

Por encima de todo, me preocupaba tener razones para estar aquí. Porque no quería caer en el hoyo de mi madre, pero estaba cansada, demasiado cansada. No recordaba la última noche que dormí bien, a pesar de las caricias de Adam. El mundo parecía haberse dado la vuelta. Cuando conseguía dormir, soñaba, pero cada vez que abría los ojos, me azotaba la cruel realidad de que estaba despierta, seguía viva. Y no quería estar despierta, y eso es lo que más me asustaba.

Era una pesadilla inversa; como cuando de niña sentía alivio al despertarme. Ahora era al revés: me despertaba dentro de una pesadilla. Llena de sombras, de voces, de problemas que ya no era capaz de controlar.

—Nada —contesté al notar que el doctor seguía mirándome, expectante—. Aparte de tener que quedarme en silla de ruedas toda la vida, claro.

—Por lo que tengo entendido, tu pierna es lo que menos les preocupa a los médicos ahora mismo. —Tensó la sonrisa. Sentía que estaba buscando cualquier resquicio de debilidad para empezar el bombardeo de preguntas—.

Y ¿qué me dices de tu amiga Gina, Bree? ¿No te preocupa? Sufriste el accidente en su fiesta de cumpleaños, ¿no es así?

Tragué saliva.

—Sí.

—Y ahora está ingresada también.

«Y ahora está atrapada en los brazos de mi padre». Me esforcé para que no me temblara la voz:

—Sí.

—¿Sabes qué pasó aquella noche, Bree?

Que los espíritus y las sombras volvieron. Que sabía que si volvía a casa, por muy cansada que estuviera, no conseguiría dormir. Me despertaría con tanta hambre —después de pasar un día entero olvidándome de comer— que mi cuerpo cruzaría la línea y sería incapaz de comer nada. Pero aun así mi estómago gritaría, como si me consumiera desde dentro. Y estaba demasiado cansada para luchar contra mí misma.

Luchar contra los fantasmas parecía más fácil.

—Gi... Gina se cayó por las escaleras. La gente estaba muy alterada y yo... Yo...

—Te subiste al coche.

—Sí.

—¿Y luego?

Me encogí de hombros.

—No estaba tan entera como pensaba, supongo.

—¿No viste el muro, Bree?

Quería que callara. Él no podía entenderlo, nunca lo entendería.

—Estaba muy oscuro.

Él asintió despacio, aunque no parecía nada convencido.

—Entiendo. Debías de estar muy afectada, ¿verdad? A veces, cuando las personas se encuentran en situaciones de estrés, pueden vivir experiencias algo extrañas. ¿Notaste algo así?

—¿Qué? —Adam se apareció detrás del doctor O'Laoire, mirándole con el ceño fruncido. Se mordía el labio, preocupado. Aparté la mirada antes de que el psiquiatra sospechara—. No, yo solo... Tenía que irme de ahí. Tenía que volver a casa.

No me creía.

El doctor frunció el ceño una milésima de segundo antes de retomar su media sonrisa traviesa de *leprechaun*. Se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas.

—¿Por qué crees que te estoy preguntando todo esto?

—No lo sé. —Silencio. Tendría que responderme, pero se mantuvo callado como un bellaco—. Doctor, le juro que...

—Voy a hacerte una serie de preguntas, ¿de acuerdo? Y necesito que seas sincera. Estoy aquí para ayudarte, no para hacerte daño. —Sonrió antes de carraspear—. ¿Alguna vez has oído voces cuando no había nadie a tu alrededor, Bree?

Su pregunta me pilló por sorpresa y tuve que contenerme para no reír. Era absurdo. Él no lo entendería. Sabía que tenía problemas, pero ninguno pertenecía a este mundo. No estaba loca. No oía voces: oía las almas de la gente atormentada que no podía pasar al Otro Lado, como Adam. Pero ese era mi problema.

—No le hables de mí, Bree —repitió Adam. Quería que se acercara a mí y me cogiera de la mano, que hiciera que esta horrible entrevista terminara.

—No —mentí, mirando al doctor O’Laoire. Otra vez. Él solo asintió, todavía con esa sonrisa encantada.

—¿Alguna vez has pensado que tenías algún don especial?

—No.

—¿Que sabías algo que nadie más sabe?

—No.

—¿Has visto alguna vez algo que otras personas no ven, Bree?

—Di que no —dijo Adam, sacudiendo la cabeza. Parecía tan cansado como yo.

—No —dije.

—¿Has pensado en hacerte daño? ¿A ti o a otros?

—¡No! —Sacudí la cabeza—. Por Dios, doctor O’Laoire, le he explicado que no tengo ningún problema. Fue un accidente.

—Fue directa a aquel muro, señorita Duanne. —Ya no era Bree. Ya no parecía tan amable—. Los vecinos la vieron hablar en voz alta, pero no había nadie cerca. Cogió el coche y lo estrelló sin pensárselo dos veces.

—Yo...

—No le digas nada. —Esta vez Adam se quedó junto a mi oído y apretó con fuerza mi muñeca. Con demasiada fuerza—. No lo entendería, Bree. No es como tú.

—Estaba muy afectada, eso es todo. Usted mismo lo ha dicho —dije. El doctor asintió y Adam desapareció a sus espaldas.

Con un suspiro, O’Laoire revolvió los papeles que había sobre su mesa.

—Bree, estamos intentando ayudarte. Lo sabes, ¿verdad? —No contesté—. Hemos hablado con tu madre y con algunos compañeros que estuvieron contigo en la fiesta y tememos que puedas estar mostrando síntomas de una enfermedad mental. —Quise esconder el nudo que me atravesó la garganta de los ojos esmeralda del doctor O’Laoire—. No es nada de lo que haya que avergonzarse, pero cuanto antes podamos despejar dudas y tratarlo, en caso de ser necesario, mejor será el pronóstico. ¿Estás familiarizada con estos términos, Bree? ¿Necesitas que te lo explique mejor? Tengo entendido que estudiabas Biología, ¿verdad?

«*Estudiabas*, en pasado —pensé—. Porque quieren asegurarse de que no vuelvas. Porque creen que tú eres el peligro. Que estás como una cabra; loca, loca, *loca*».

—Mi madre tiene depresión, doctor —dije, irguiendo la espalda—. He sido su cuidadora en los últimos años, así que estoy más que familiarizada.

Volvió a asentir, apuntando algo en sus papeles sin dejar de mirarme.

—Y tu padre tenía esquizofrenia. Los últimos años debieron de ser una época difícil para ti. ¿También fuiste su cuidadora, Bree?

—¿Qué?

Parpadeé. Tendría que estar equivocándose de paciente: le habrían traspapelado los papeles y por eso me miraba con tanta suspicacia, buscando cualquier resquicio de duda en mi voz que le convenciera de que me faltaba un tornillo. Pero se equivocaba: mi padre era un maltratador, por mucho que la palabra aún me ardiera. Ese era su trastorno: que nunca supo querer bien y nunca se dio cuenta. Que soñaba con una familia perfecta y, cuando se dio cuenta de que no lo éramos, buscó una nueva realidad, una nueva vida. Con Paige. Sin nosotras.

Paige era real, ¿verdad? La vi en el tanatorio, a ella y a sus niños. Todo el mundo murmuraba, mirándome de reojo con pena.

Pero ellos también la veían, ¿verdad? No hablaban de mí. No podían estar hablando de mí.

—¿No lo sabías? —El doctor O’Laoire perdió la sonrisa por primera vez y acercó un paquete de pañuelos al borde de la mesa, como si supiera lo que se avecinaba. Carraspeó, arrugando el ceño—. ¿Qué sabes acerca de la esquizofrenia, Bree?

Abrí y cerré la boca varias veces, incapaz de responder. En mi mente se cruzaban las imágenes de películas de terror con los recuerdos de las fotografías de mi infancia, solapándose unas con otras. Intentaba encontrar un punto en común, pero no era real.

No podía serlo.

El doctor siguió hablando, como si le hubiera dado una respuesta:

—La esquizofrenia es una patología con una gran carga genética. Por eso es nuestra principal sospecha. Se suele presentar en forma de alucinaciones persistentes y delirios; y a veces se acompaña también de habla desorganizada, acciones o emociones incongruentes, extrañas. Puede que te dieras cuenta de que tu padre sentía emociones muy intensas, difíciles de verbalizar. —Una breve sonrisa; como si me estuviera hablando de sus cereales favoritos y no de que a mi padre le faltaba un tornillo—. Por lo que me han comentado las enfermeras, también has presentado mucha apatía y falta de apetito últimamente. ¿Tienes problemas a la hora de dormir, Bree?

No, tenía problemas con fantasmas, con pesadillas y visiones; tenía problemas porque mi padre quería algo de mí que yo todavía desconocía. Había incendiado mi casa, había hecho sangrar mi piel, había provocado un coma en Gina. Me lo estaba arrebatando todo y ahora quería asegurarse de que nunca me creyeran.

Porque ¿cómo iban a hacerlo? Eran fantasmas. Por supuesto que no los veían. Pero es que ellos no tenían la sensibilidad para atravesar las dimensiones. A Darwin también lo tacharon de loco.

Sacudí la cabeza.

—No... No lo entiende, doctor.

—Entonces explícamelo, Bree. —Otra vez esa sonrisa. Era un mentiroso. Me estaba acusando de estar enferma cuando él era el único que fingía de los dos—. ¿Alguien te está controlando?

Sacudí la cabeza.

—Señor O’Laoire, no puede entenderlo. Mi padre está muerto. No tenía esquizofrenia, tenía problemas con el alcohol y tenía problemas con la forma de relacionarse con la gente a la que quería. Y yo... Sé que quería arreglarlo. Que quería una segunda oportunidad.

—¿Cómo lo sabes, Bree?

Me mordí la lengua; era ahora o nunca. Podía callarme y dejar que un hombre con pintas de *leprechaun* se atreviera a llamarme loca o podía intentar hacerle entrar en razón. No era tan difícil de entender. No podía ser la única persona capaz de ver fantasmas, o todas esas leyendas e historias nunca se hubieran contado.

Adam me había pedido que me callara, pero a él también tenía que salvarle.

—Porque aún me persigue, doctor —dije—. Y por eso no puede entenderlo. Porque usted no tiene la capacidad de escuchar las voces del Otro Lado, de toda la gente que ha muerto con un propósito atrás. Pero hay gente que sí. ¿O es que no ha oído hablar nunca de las médiums?

—¿Te consideras una médium, Bree?

—¡No! —Apreté los puños. Seguía hablándome como a una niña pequeña, sin darse cuenta de que él era el único ignorante—. Pero puedo sentir a los muertos, eso es todo. Igual que hay gente que siente a Dios. No soy la única. La gente en su lecho de muerte ve a sus seres queridos y yo...

—¿Por eso condujiste hasta el muro? ¿Querías volver a ver a tu padre, Bree?

Apreté los puños. Él no lo entendería: por mucho que quisiera ayudar, solo estaba abriéndole las puertas a mi padre y al resto de los fantasmas. Si me mantenían encerrada mucho más tiempo, no podría salvar a Gina. No podría hablar con mi padre nunca.

—Doctor, le he dicho que no lo entendería.

—Está bien, está bien. —Puso las hojas en vertical, apilándolas sobre la mesa—. No tenemos por qué hablarlo todo ahora. Te ayudaremos con lo que haga falta, ¿de acuerdo? Ahora creo que lo mejor será que descanses.

Apreté la mandíbula.

Seguía sin entenderlo.

Los médicos me quitaron las vendas de la pierna y me animaron a realizar unos ejercicios de rehabilitación para superar el miedo a volver a andar. Pero nadie se daba cuenta de que, en aquel momento, ese era el menor de mis problemas.

Tenía otro diagnóstico rondando en mi cabeza.

Esquizofrenia.

Irónicamente, la palabra hacía eco en mi mente como antes lo hacían las voces. Pero el doctor O’Laoire estaba equivocado. La esquizofrenia era una enfermedad mental, y yo no estaba enferma. Aunque, claro, ¿cómo iba a entenderlo alguien como él? Él tenía un listado de enfermedades que debía asignar a sus pacientes, limitado, frío; y cuando algo salía de su conocimiento, era directamente visto como algo extraño. No sabía nada de mí porque no llegaba a entender que había personas más desarrolladas. Personas capaces de conectar con el Otro Lado, a pesar de los riesgos.

Tenía cinco cicatrices en la piel recordándomelo todos los días.

Por eso me obligué a olvidar todo lo que el doctor me había dicho cuando salí de la consulta, arrastrada en silla de ruedas de vuelta a mi habitación. Seguían sin permitirme recibir visitas. No de este mundo, al menos.

Adam estaba sentado en el borde de la cama, con los tobillos entrelazados. Sonrió al verme entrar y esperó pacientemente a que la enfermera registrara mis constantes y me acomodara de nuevo sobre la cama. Al menos ya podía estirar las piernas.

—¿Cómo ha ido con ese *psicoloco*? —dijo una vez que se cerró la puerta de la habitación. Habían dejado encendida la televisión, en la que estrenaban un absurdo programa sobre cuentos de terror para dormir. Iba a ser una noche larga.

—Era un psiquiatra, Adam, no un psicólogo.

—Lo mismo da.

Me encogí de hombros, acomodándome en la cama.

—Dice que quiere volver a verme pronto.

Bajé ambos pies al suelo para estirar las piernas, aprovechando que nadie me miraba. El cuello me dolía de aguantar todo el peso del cabestrillo.

—¿Eso es todo?

Arqueeé una ceja.

—¿No estabas ahí?

—Me has visto desaparecer, ¿no? —Se encogió de hombros, cada vez más incómodo. Se movía como si su cuerpo se hubiera quedado demasiado pequeño para él—. Además, no me gustan los psiquiatras.

No pude evitar reír: parecía un niño pequeño que se negara a ir al dentista.

—Adam, llevas muerto nueve años. Algo me dice que no tuviste tiempo para hablar con ninguno.

Se abrazó más los codos, conteniendo un escalofrío.

—No fui yo quien tuvo que visitarlo; fueron mis padres. Y lo vi todo sin poder hacer nada. Ellos necesitaban alguien que les escuchara, alguien que les dejara llorar; no alguien que les drogara hasta que olvidaran lo que era dormir sin pastillas. A veces al mundo le falta un poco más de humanidad.

Fruncí los labios y aparté la mirada. Solo bastaba con recordar la sonrisa ensayada del doctor O’Laoire, sus preguntas de manual y las ansias por diagnosticarme de cualquier cosa que encontrara en su querida guía. Adam no paraba de recordarme que en este hospital, a pesar de las almas y los fantasmas, los médicos eran el enemigo. Ellos querían mantenerme encerrada.

Adam se apoyó a mi lado, hombro contra hombro, con sus pies paralelos a los míos.

—Además, tú tampoco parecías muy cómoda —murmuró.

—No me gusta que me interroguen como si me faltara un tornillo. Tendrían que limitarse a curarme las heridas, no a..., a...

Mi voz se cortó como un grifo cerrado.

—¿A qué, Bree?

—A hacerme dudar de mí misma. No es agradable, ¿sabes? —Me abracé los codos. La brisa que entraba por la ventana de la habitación parecía más fría de golpe—. Dicen que tengo esquizofrenia. Dicen que mi padre tenía esquizofrenia también. No tiene ningún sentido.

—¿Qué? —Adam parecía tan molesto como si le hubieran acusado a él.

—Creen que... Que no eres real. Ni tú, ni los fantasmas, ni las voces; nada. Pero lo eres. Dios, te estoy tocando —dije, cogiendo su mano entre las mías—, te siento y te quiero más de lo que puedo querer a alguien que aún

está vivo. Te he vuelto a conocer todos estos meses y... Estás aquí. Te has quedado conmigo, Adam.

Esperé a que dijera algo, pero parecía demasiado paralizado para reaccionar. Su mano temblaba bajo la mía.

—Eres un fantasma y por eso no lo entienden —seguí—. Porque a ti no pueden verte, porque ellos no tienen el don que yo tengo. No tienen esa habilidad. No sabes lo que daría para que el doctor O’Laoire dejara de interrogarme y empezara a llamarme mutante, como lo hacías tú. Te juro que ni siquiera me enfadaría.

—Eso es grave, ¿eh? —Intentó reír, pero en su lugar solo trazó una de esas muecas que parecían a medio camino entre la risa y el llanto. Si su corazón latiera, sería capaz de escuchar la velocidad de sus latidos desde esta distancia.

—Pero no es verdad —insistí. En parte para convencerme a mí misma, en parte para que Adam reaccionara—. Nada de lo que dice es verdad.

—Te dije que intentarían engañarte.

Tragué saliva. Siempre había confiado en Adam. Cuando encontré su tumba, cuando me animó a hablar con mi padre, cuando me curó las heridas, cuando ahuyentó a las voces que querían arrastrarme con ellas. Siempre había estado ahí, y sin embargo...

—Dime el nombre de tus padres —dije. Las palabras atravesaron mi garganta como si fueran cuchillos. Apreté la mano de Adam con más fuerza, como si así pudiera evitar que se desvaneciera.

Como si así pudiera volverlo real.

—¿Qué? —dijo él, irguiéndose.

—No recuerdo el nombre de tus padres, ¿sabes? —Temblaron mis manos, y mis piernas, como si de pronto hubiera olvidado cómo se vivía—. Sé que vivías en el número 23 de la calle Brian, que tus padres querían darte un hermano pero no podían permitirselo, no todavía; sé que construías castillos de papel, que tu color favorito era el amarillo y que no veías más allá del lago si no forzabas la vista, así que bromeaba y te decía que acabarías calvo y con gafas como tu padre. Pero no recuerdo su nombre.

Aparté mi mano de la suya. Adam me miraba con los ojos muy abiertos y el ceño fruncido, como si estuviera hablando en otro idioma. Como si perteneciera a otro mundo.

—¿A qué viene todo esto? —dijo él—. No entiendo qué...

—Dime el nombre de tus padres, Adam —repetí, esforzándome para que no me temblara la voz—. Yo no lo recuerdo, pero tú tendrías que saberlo,

¿verdad? Son tus padres. Siguen siendo tus padres. Si fueras... —me dolía decirlo—, si fueras una imaginación mía, sabrías solo lo que sé yo. Pero no lo eres. No lo eres y por eso tienes que decirme el nombre de tus padres.

Adam dio un paso atrás, alzando las manos como si estuviera apuntándole con un arma.

—Bree, yo no...

—Lo sabes. Tienes que saberlo, ¿verdad? Porque no quiero pensar en que sabías que a mi madre le encantaba la tarta de manzana, sabías cuáles eran mis libros favoritos y sabías que todos aquellos libros «de la biblioteca» habían estado cogiendo polvo en las cajas de la mudanza. Sabías tararear mi canción favorita mientras estudiábamos esos libros, sabías cuándo te necesitaba después de cada pesadilla y cuándo quería estar sola. Lo sabes todo de mí, Adam. Sabes lo que nunca te he contado.

Adam rio. Fue una risa nerviosa, una que intentaba esconder el miedo. Dio un paso hacia mí, pero me aparté con una mueca. El recuerdo del accidente todavía dolía.

Y que no contestara dolía todavía más.

—Bree, no creerás lo que ese matasanos te ha dicho, ¿verdad?

—Dame razones para no hacerlo. Dime el nombre de tus padres.

Apreté los puños. A cada segundo que Adam guardaba silencio, la rabia hervía con más fuerza en mi estómago. No, no era rabia: era desesperanza. Quería cogerle del cuello de su camisa y obligarle a hablar, quería rodearle con los brazos y hundirme en su pecho, quería golpearlo hasta que dijera algo y quería verlo desaparecer.

Quería que *existiera*.

—Bree... —murmuró, sacudiendo la cabeza.

—Dímelo, Adam. Dímelo. Por lo que más quieras, dímelo. —Me acerqué un poco más a él. Ya no podía contener las lágrimas—. ¡Dintelo!

Adam se encogió con mi grito y la vista se me nubló un segundo. Pero seguía callando. Golpeé la cama con el puño cerrado y me acerqué más, obligándole a retroceder a zancadas.

—¡Vamos, dilo! —grité, cada vez más fuera de mí. Quería estar equivocándome, quería que me cogiera de los hombros y me calmara, que empezara a reír y me obligara a acompañarle. Quería que fuera real.

—Bree, cálmate.

—¡Dilo! ¡Adam, dilo! ¡Vamos! —Le di un golpe con la mano sana en el pecho, empujándole hacia atrás. El pelo me cayó por encima de los ojos, pegándose a las lágrimas—. ¡Dilo! ¡Joder, dilo!

Su mano rodeó mi muñeca, pero no consiguió pararme.

Porque no existía.

Y yo no podría soportarlo.

—¡DILO! —grité, desgarrándome la garganta. Sentía que me faltaba el aire, que el llanto no me dejaría respirar—. ¡Adam, dilo! ¡Dilo!

El golpe esta vez fue a la pared de la habitación, junto a su cuerpo. Pero él ya no se inmutaba.

—Lo siento, Bree.

La puerta se abrió de golpe, rebotando contra las paredes, y un ejército de enfermeros entró con las manos estiradas, con sus miles de tentáculos buscando contenerme y alejarme de él y llevarme con ellos. Gritaban mi nombre, pero yo solo veía a Adam. Solo quería verlo a él.

—Dilo —supliqué una vez más.

Pero Adam ya no estaba.

Mi cuerpo se contrajo como si me hubieran mermado todas las fuerzas; las manos y las rodillas me temblaban y solo oía mi propia respiración, cada vez más acelerada, luchando para que el aire llegara a los pulmones. Las lágrimas lo nublaban todo.

Un enfermero me sostuvo del brazo mientras el resto corría a mi alrededor para retenerme.

Cerré los ojos y me dejé caer, pero ni las voces ni las lágrimas se calmaron.

—Señorita Duanne, intente tranquilizarse.

—Estamos aquí. Está a salvo. ¿Puede escucharnos?

—¿Está oyendo algo, señorita?

—¿Qué le ha ocurrido? Señorita Duanne, ¿puede decirnos qué ocurre?

—Cálmese, señorita, por favor.

—¡Veinte mililitros de Valium, rápido!

Un pinchazo y el mundo parecería un poco más seguro.

Adam volvería a aparecer.

Volvería a salvarme, lo que había esperado hacer todo este tiempo. Como el príncipe azul que un día soñó ser.

Si tanto quería protegerme, ahora podía. Podía frenar a los médicos y enfermeros como mi padre me frenó a mí todo este tiempo. Podía demostrarme que era real.

Pero no lo hizo.

Desperté en la unidad de Psiquiatría General del Hospital Universitario de Dublín.

Lo primero que me vino a la cabeza fue que estaba demasiado enfadada para estar despierta, y demasiado débil para demostrarlo. Cualquiera diría que estaba pasando un duelo —y si lo pensaba, empezaba a creermelo que Adam estaba muerto; que Adam llevaba *nueve años muerto*— y que había decidido saltarme todas sus fases y quedarme anclada en la rabia. Como si no se me permitiera llegar más lejos. Como si no supiera sangrar de otra manera.

Cada vez que me recomponía de un golpe, algo nuevo llegaba y me rompía, obligándome a empezar de nuevo. Pero hasta ahora podía reconstruirme al lado de Adam.

Ahora solo me sentía vacía.

Me froté los ojos con rabia. No quería más lágrimas.

—Déjalo salir, Bree. —La voz del doctor O’Laoire me hizo pegar un salto sobre la cama—. Llorar nunca hizo daño a nadie.

Estaba vestido con la bata del uniforme y un cuaderno entre las manos, con su sonrisa de anuncio intacta y las gafas de pasta apoyadas sobre la nariz.

—No quiero llorar —repliqué.

—Está bien, entonces. ¿Cómo te encuentras? —dijo, pero yo tenía más preguntas para él.

—Desubicada. —Miré a mi alrededor: ahora la habitación ya no era blanca e impoluta, sino que se parecía un poco más a una casa y un poco menos a un hospital. Las paredes eran de color tierra y una de ellas estaba ocupada por un enorme ventanal (asegurado con doble cristal) que daba a los jardines traseros del hospital. La cama tenía menos aparatos y no había máquinas con pitidos; solo un par de timbres en el cabecero. Un armario, una mesita de noche y una puerta que daba a lo que supuse que era el baño. Nada

más. Nada punzante, nada peligroso, nada que pudiera recordarte a un hogar —. ¿Me habéis drogado?

Al doctor pareció hacerle gracia mi acusación, porque enseñó los dientes en una sonrisa mientras sacudía la cabeza.

—No es ninguna droga, Bree; es medicación. Tuvimos que darte unos tranquilizantes porque estabas en medio de un episodio.

—No estaba teniendo ningún episodio, yo...

«Estaba hablando con fantasmas», pensé. Y aún no sabía cuál de las dos versiones era real.

—Es normal que todavía no los reconozcas —dijo él, con la voz pausada y lenta, como si habláramos idiomas distintos—. Es difícil controlar los delirios y distinguir la realidad, pero tienes que confiar en nosotros, ¿de acuerdo? Estamos aquí para ayudarte, para que poco a poco te encuentres mejor. —Carraspeó brevemente, tendiéndome la carpeta que llevaba—. Hemos estado hablando con tu madre, Bree, y creemos que lo mejor ahora sería admitirte un tiempo en Psiquiatría, hasta que los síntomas remitan un poco. Te aseguro que para entonces lo verás todo más claro.

—Se están equivocando, doctor. Yo no tengo esquizofrenia, yo no...

—¿Y eso te lo han dicho las voces o es lo que realmente piensas, Bree? —Ladeó la cabeza; no lo decía con maldad, solo con pena—. Hemos descartado cualquier otra enfermedad que pudiera estar provocando los síntomas que presentas, como tumores cerebrales, epilepsia o esclerosis múltiple. Y, dado el gran componente genético de la esquizofrenia, es nuestra principal hipótesis diagnóstica. En cuanto resolvamos algunas dudas más, podremos ajustarte la medicación que necesitas y empezarás a sentirte mejor.

—Ya me siento mejor, doctor O’Laoire —mentí, irguiéndome en la cama. Aún tenía la piel llena de hematomas y cortes; la mano en el cabestrillo y una pierna que se quejaba cada vez que pisaba el suelo, pero ninguno de esos síntomas los trataría encerrada en esta habitación. Se estaban equivocando. Tenían que estar equivocados—. Usted...

—¿No lo entiendo, Bree? —Se adelantó—. ¿Qué es lo que no entiendo?

—No son imaginaciones mías, ¿de acuerdo? Son fantasmas. Son reales. Tengo pruebas.

—¿Como qué, Bree?

—Ha habido muchos accidentes provocados por mi padre, doctor, y lleva años muerto. Él me..., me hizo unos cortes en el brazo y...

—Las conductas autolíticas son muy propias de esta enfermedad, Bree. Es posible que no recuerdes nada de lo que hiciste durante el transcurso de un

brote. ¿Dirías que duermes bien?

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Seguro? ¿Recuerdas lo que has hecho cada noche? ¿Recuerdas haber dormido? ¿Tenías pesadillas, Bree?

Fruncí los labios. Era imposible que me hubiera cortado a mí misma, ¿verdad? Tendría que recordarlo. No vi las heridas hasta que estuve con las chicas, pero para entonces la sangre ya estaba seca. Aquella noche yo no..., no...

No soñé.

—Adam dibujaba para mí.

—Tu madre te vio hacer todos esos dibujos, Bree, de madrugada, cuando no dormía. Tienes la habitación llena de ellos. Escondidos detrás de la estantería, debajo de la cama, en las cajas de la mudanza. Siempre has dibujado, ¿verdad?

No me gustaba la forma en la que el doctor O’Laoire hacía encajar todas las piezas en mi cabeza. No me gustaba que Adam no apareciera para negarlo, para demostrarle que estaba ahí conmigo.

—Mi padre tiró la estantería encima de mi madre.

—Alguien tuvo que aflojar los tornillos.

—Yo nunca lo haría.

—Lo sé. No estando consciente. —Se acercó a mí, y esta vez su sonrisa dejó de parecer condescendiente. Parecía preocupado, preocupado de verdad —. Pero es..., es posible que no supieras lo que hacías cuando bajaste a tu garaje. O cuando empujaste a tu amiga Gina por las escaleras. ¿Lo recuerdas, Bree?

Sus palabras fueron como una patada en el estómago.

—No. No, eso no fue así. Mi padre volvió a aparecerse, oía todas esas voces y las sombras y entonces él... El...

—Gina no estaba sola. Hubo testigos que te vieron, Bree. Estabas fuera de ti, pero podemos ayudarte a volver a controlar la realidad.

—No —insistí, pero no fue más que una súplica. Porque no quería que fuera real, no quería ser la causante de tanto dolor. Primero fue mi piel, luego la de mi madre, y Gina... No merecía nada de esto.

El espíritu me quería a mí, no a ella.

Pero quizás no había ningún espíritu.

A lo mejor mi padre nunca quiso volver, nunca quiso reencontrarnos. Simplemente murió. Oí gritos de *banshees* que no existían para no tener que

lidiar con ello. Porque notaba que él ya no estaba, y quería odiarle por ello, y quería alegrarme. Quería sentirlo todo y no podía.

En su lugar, solo noté la cantidad de sitios en los que ya no estaba y oí todas las cosas que ya no decía.

Empecé a oír sus gritos a todas horas y creí que solo eran pesadillas.

Pero eran demasiado reales para ser solo sueños.

Y demasiado falsas.

Como Adam. El chico que hizo que Degriffin no fuera tan doloroso, que su recuerdo se atenuara. El que me ayudó a vencer el miedo. Si él nunca fue real, entonces ¿qué lo era?

Si Paige nunca estuvo ahí. Si mi madre nunca oyó esos llantos.

¿Eran todo mentiras? ¿Estaba soñando con todo este mundo, con Degriffin, con Gina, con Carrie? ¿Y si esta habitación tampoco era real, y si todo era una pesadilla?

Adam siempre había estado, siempre, y ahora me dejaba vacía y sin respuestas. Siempre pensé que su fantasma era real. Porque sus abrazos me daban la calidez que llevaba necesitando tantos años. Porque, por una vez, podía escapar del luto que había dejado mi padre.

No podía respirar.

Me llevé una mano al abdomen y cogí aire, pero sentí que la bilis escalaba mi estómago para bloquearlo. Se me cerró la garganta.

—Bree. Bree, Bree, tranquila. —El doctor O’Laoire dejó caer el cuaderno sobre la mesita, se plantó frente a mí y me cogió de los hombros—. Respira, ¿de acuerdo? Solo respira. Está bien, respira.

Su voz fue diluyéndose en el aire.

Mis manos agarraron la nada, buscando el tacto de Adam. Quería verle otra vez. Quería que volviera y me asegurara que no iba a marcharse, que él sí que era real; él sí, él sí, él sí. Necesitaba su seguridad y sus brazos. Necesitaba un amigo. Solo uno. Solo a él.

Solo quería la respuesta, todas esas preguntas que yo ya no conseguía responder.

Solo quería escapar de este mundo de sombras y voces y hospitales y verdades y volver a esconderme en mi cabeza, en una noche de caricias con Adam o con mi madre, donde no tenía que preguntarme qué era real y qué no.

Quería ser real.

Y no quería que nada de esto lo fuera.

A partir de aquel momento, la consulta del doctor O'Laoire se llenó de preguntas. Y dejé de tener miedo de responderlas, porque quizás en alguna encontraría la verdad.

Quizás el mundo dejaría de parecer tan confuso. Tan roto. Como esa muralla de pesadillas que se derrumbaba un poco más cada noche.

—Las voces —decía el doctor O'Laoire— ¿las oyes dentro de tu cabeza o parecen venir de fuera? ¿Son de tu padre, son desconocidas, es Adam? ¿Quién es Adam? ¿Cómo es, cómo lo ves? ¿Y qué te dice exactamente? ¿Te dice que hagas cosas o solo comenta lo que ya has hecho? ¿Has hecho algo de lo que te han dicho, Bree? ¿Como qué? Dijiste que tu madre tomaba pastillas también, ¿verdad? ¿Alguna vez las has tomado tú? Tu padre sufrió un brote de esquizofrenia en los ochenta, ¿lo sabías? ¿Hay alguien en tu familia que sufra una enfermedad mental, además de tus padres? (Ya sabes, alguien que esté LOCO DE ATAR, como tú, como tú, *como tú*). ¿Has consumido drogas, Bree? ¿Y alcohol? ¿Cuánto bebes y con qué frecuencia? ¿A la semana, a diario? ¿Y cómo te sientes en ese momento en una escala del 1 al 10? (*¿Y del 1 al 100? ¿Y del 1 al 76.000.000.000?*). ¿Y qué tal duermes últimamente? ¿Cómo te encuentras ahora? ¿Cómo andas de apetito? ¿Y qué pasó exactamente la noche de la fiesta, Bree? ¿Y la noche que murió tu padre? Intenta usar tus propias palabras, ¿de acuerdo? ¿Lo recuerdas, puedes recordarlo? ¿Tienes alguna pregunta, Bree?

—No.

—Dices que Adam lleva contigo desde que llegaste a Degriffin. Que estuvo siempre ahí. En la casa del árbol, en tu habitación, en la universidad...

—Sí. —Siempre era una palabra demasiado grande pero demasiado sincera. Adam no se iba ni aunque no lo viera. Había llenado algo dentro de mí que no sabía que tenía vacío. Le había dado vida.

Y no podía irse.

No quería que se fuera.

—Y oyes su voz, ¿no es así? ¿Qué dice?

Ahora ya nada.

Me dijeron que las visitas comenzarían en unos días, para asegurarse de que las pastillas empezaban a hacer efecto. Seguro que pensaban que así mi madre se asustaría menos, como si no llevara toda la vida viéndome así.

Decían que todo había empezado el día del accidente de mi padre, pero que seguramente ya presentaba síntomas antes. Que puede que de niña jugara con muchos amigos imaginarios y que no desaparecieran al crecer. Que mi madre se pasó toda mi infancia intentando que no viera los brotes de mi padre, que no me preocupara, y que protegerme del demonio que yo también llevaba dentro casi le había costado la vida. ¿Tenía culpa mi padre de todo lo que había hecho si estaba convencido de que era lo que debía hacer? Igual que cuando le invoqué. Igual que cuando me estrellé con el coche.

No sabía cuánta culpa teníamos, porque para mí seguía siendo demasiado real. Todo. Solo había un padre y solo había una Bree: no podía arrancarle lo que le atormentaba como si fuera un complemento. Eran uno.

Éramos uno.

Y, aun así, creían que las pastillas me salvarían.

Hicieron lo mismo con mi madre y no sirvió de nada, ¿verdad? ¿O es que la madre que conocía no era mi madre, sino una versión más feliz, más entera, más *estable*? Si eso era cierto, no quería imaginar lo rota que estaba al desnudo. Siendo ella, si es que podía volver a serlo.

Quizás ella era una con su enfermedad. Quizás teníamos que aprender a hacer las paces con las heridas que llevábamos dentro antes de que sanaran.

Primero había que admitir que existían. A mí aún me quedaba un largo camino.

Me envolví en la bata nada más sonar la primera alarma. Había algunos pacientes a los que se les pegaban las sábanas, pero esos eran los poco afortunados que al menos conseguían dormir. En la cola solo estábamos los más madrugadores, y todos parecían más mayores y más cansados que yo. No

pasé por alto sus sonrisas tímidas y sus intentos por acercarse a la «nueva», por conocer mi historia, pero no estaba allí para hacer amigos.

Estaba para marcharme.

La enfermera me dio en mano el surtido de pastillas que no quería tomar, por mucho que el doctor O'Laoire me asegurara que con ellas me encontraría mejor. No podía creerle.

No todavía.

No hasta que Adam me diera una explicación.

Tenía que ser real, *él* tenía que serlo. No iba a arriesgarme a que se marchara.

—¿Para qué son? —pregunté, agitando las pastillas de colores en la palma de mi mano. La enfermera me tendió un vaso de agua.

—La amarilla para que estés más relajada, y las dos blancas para ayudarte con todas esas ideas que te rondan la cabeza. —Lo único que me preocupaba era la idea de seguir aquí. Día tras día, tras día, tras día. Tenía que salir y hablar con Adam, tenía que salvar a Gina, tenía que escapar—. Y luego está la de color rosa, que es para paliar los posibles efectos secundarios. Creía que ya lo sabías, Bree.

Aún me sorprendía que todo el mundo supiera mi nombre cuando yo ni siquiera recordaba el nombre de pila de mi doctor.

—Solo quería asegurarme —murmuré—. Lo siento.

—Puedes confiar en nosotros, Bree. Estarás mejor.

—¿De verdad?

Asintió, pero estaba más pendiente de si me tragaba las pastillas que de mis preguntas. Y siempre me las tragaba, devolviéndole el vaso de plástico con una sonrisa. Y ellos siempre me miraban.

Me miraban cuando me dejaba comida en el plato, cuando lloraba en silencio con la puerta del baño abierta —no podíamos cerrarlas—, me miraban cuando me despertaban a cada hora, por la noche, para asegurarse de que todo iba bien; aunque a veces aún me preguntaba si quien me miraba era un enfermero o un fantasma.

Quizás era un poco de los dos.

Me quedé quieta frente al lavabo, mirándome en el espejo. Aún había sombras escalando las paredes al otro lado del reflejo, pero había dejado de tenerles miedo. Vivían ahí.

Me metí un dedo por debajo de la lengua y escupí las pastillas, que empezaban a darme arcadas. Encendí el grifo y dejé que se marcharan.

—Vuelve, vuelve, vuelve... —murmuré.

Porque habían vuelto los murmullos y las risas que parecían burlarse de mí a todas horas. También escuchaba ese horrible pitido, a veces. Los sueños también me perseguían cuando estaba despierta —hasta el punto de no poder dormir— y había empezado a pellizcarme los nudillos para asegurarme de que existía. De que no era otra pesadilla más, aunque estuviera rodeada de ellas.

Ahora tenía la mano llena de costras.

Y Adam no volvía.

Uno de esos primeros días me decidí a salir al jardín, que estaba revestido de altas murallas macizas. Parecía que no nos dejaran ver el cielo. No había más que un par de bancos, unas plantas mustias —si estuviera en casa, las acogería; si estuviera en casa, las salvaría— y un montón de hojas secas sobre el suelo de baldosas.

Los fumadores se quedaron hablando en un rincón. A veces me daba la sensación de que me hablaban a mí, pero quizás eran las almas que aún me buscaban. Solo por si acaso, prefería quedarme callada. Quieta. Hasta que el frío me sacudiera y Adam volviera a abrigarme con sus brazos.

—¿Está ocupado?

Un cuarentón con el pijama del hospital abotonado y una barba canosa señaló el espacio vacío a mi lado, en uno de los bancos que trataban de imitar aquellos que encontrabas en un parque cualquiera. Llevaba calcetines de colores y pantuflas en lugar de las aburridísimas zapatillas que te daban en el hospital. Y tenía la sonrisa más cuerda que había visto desde que entré en el pabellón.

Eso fue lo que me hizo dudar.

—No —murmuré. Volví la cabeza al suelo, cruzándome de brazos.

El hombre se sentó a mi lado y se rodeó la panza con las manos antes de coger aire. Se sacó una caja de tabaco del bolsillo con dificultad, como si hiciera esfuerzos para no abarcar más espacio del que yo le había tendido.

—¿Un cigarro? —preguntó.

—No, gracias. No fumo.

—Mejor. —Se llevó el cigarro a los labios—. Ahora solo me falta encontrar un mechero. Podría comprar uno, ¿sabes? En el quiosco de la entrada venden. No es que quiera llevarte al lado oscuro ni nada —rio, mirándome de reojo, y todo su cuerpo pareció reverberar con él—, pero la verdad es que fumar es la forma más fácil de socializar por aquí. O fingir que lo haces. ¡Eh, Bob! —Sacudió un brazo por encima de su cabeza, llamando la atención de uno de los pacientes que caminaba, cabizbajo, hacia la esquina de fumadores—. ¿Quieres un cigarro?

Bob se volvió hacia nosotros con una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias, tío. —Le dio un golpe amistoso en la espalda antes de coger el cigarro. Luego se volvió hacia mí para despedirse con una inclinación de cabeza—. Señorita.

Cuando se marchó, sentí que me deshacía de una enorme bolsa de piedras a la espalda.

Bob también veía a aquel hombre. Las enfermeras veían a Bob.

No podían ser fantasmas.

—Bob es un gran tipo —dijo el hombre, jugando con el cigarrillo entre sus labios—. Todo un *hippie*, he de decir. A mi mujer le hace mucha gracia. Siempre me está preguntando por él, como si le conociéramos de toda la vida. —Hizo una mueca—. La verdad es que lo suyo es jodido. A veces parece que fumar le da un poco de vidilla, ¿sabes? Es triste.

Se encogió de hombros y se recostó un poco más en el banco. Si esperaba que le hablara, lo tenía claro.

No tardó más de medio minuto en volverse hacia mí.

—No nos hemos presentado, ¿verdad? Soy Evan. A ti por aquí te llaman «la nueva».

Puse los ojos en blanco.

—Qué original.

—Tendrás que decirme un nombre si quieres deshacerte del mote, Nueva.

—Bree. —Estiré las comisuras hasta lo que me pareció una sonrisa—. Me llamo Bree.

—¿Bree? Me encanta. Fue uno de los nombres que Susan y yo estuvimos pensando para Dave antes de... Bueno, antes de que descubriésemos que era *un* Dave. —Se rio, acentuando las suaves arrugas que se dibujaban en sus ojos—. ¿Sabes lo que significa? —Me encogí de hombros—. Bree significa fuerza. Un nombre muy apropiado para una señorita como tú, estoy seguro. Mucho mejor que Nueva.

Le devolví la sonrisa, notando cómo se me destensaban los hombros.

—¿No vas a preguntarme qué hago aquí? —dije. Y ambos sabíamos que no me estaba refiriendo al banco más alejado del jardín.

La sonrisa de Evan se mantuvo, igual que el cigarro apagado en sus labios.

—Lo mismo que todos, Bree. Sanar.

Gracias a Evan encontré una forma de pasar las horas: volver a dibujar. Siguió sentándose en el banco cada vez que me veía jugar con la nada en mis manos, y siguió preguntándome si estaba ocupado, y hablándome de su mujer, Susan, de su hijo, de cuánto los echaba de menos, de cuánto luchaba por ellos. Porque quizás no podía arrancar su enfermedad de cuajo. No podía arrancar la herida; pero podía prometerles que se volvería más fuerte.

Él hacía crucigramas cada vez que empezaba a ponerse nervioso. Me dijo que Bob tocaba la guitarra. Que había gente que lo intentaba. Que otros fumaban. Que, de alguna forma, era la manera en la que se anclaban a la realidad.

Y cuando me preguntó cómo lo hacía yo, pensé en la cámara que ya no tenía y en las fotografías con rostros que ya no estaban.

Así que, a falta de una cámara, decidí que dibujaría todo lo que viera, oyera, sintiera; todo lo que estuviera ahí. El resto se encargaría de decirme si eran sombras reales o solo fantasmas.

Me movía del jardín a la habitación y de la habitación al jardín, arrastrando la bata por el suelo y con un cuadernillo siempre en las manos. Con el tiempo, los dibujos iban llenando las paredes de mi habitación y los demás pacientes empezaron a acercarse a mirar lo que dibujaba por encima del hombro, cuando Evan no los espantaba para que pudiera concentrarme.

Y si lo hacía era porque estaban ahí, ¿verdad?

Ellos tampoco podían ser fantasmas.

Sentía que estaba rodeada de ellos, pero mis manos seguían buscando solo a uno.

Cada día, una enfermera volvía a preguntarme cómo me encontraba, si estaba bien, si oía a Adam. Si le recordaba. Le mentía con mi mejor sonrisa.

Era otro día que me obligaban a olvidarle.

Cuando mi madre llegó, no la recibí con un abrazo.

Suponía que eso era lo que esperaba: un abrazo, unas cuantas lágrimas y un «te quiero» después de tantas semanas separadas. Había perdido la noción del tiempo. Quizás no llevara semanas; ¿no dijeron que serían solo cinco días? ¿Por qué me parecía que llevaba meses encerrada entre las mismas paredes?

Quizás porque lo único que diferenciaba un día del anterior era cuántas veces me visitaban las almas que no conocía —de mi padre no había ni rastro, tampoco de Adam— y cuánto espacio quedaba en las paredes de mi cuarto. Las llenaba de dibujos, terminados y a medio hacer, hasta que alguna enfermera entraba en la habitación y se tapaba la boca como si eso fuera lo peor que hubiera visto en la unidad.

—Me ayuda —le decía—. Dibujar lo que veo y lo que siento me ayuda a ubicarme un poco. A llevar todo esto mejor.

Mentira, mentira, *mentira*.

Ella fruncía el ceño.

—Tendremos que hablarlo con el doctor O’Laoire, Bree.

Pero supuse que se les olvidaba. Y a mí se me olvidó abrazar a mi madre.

Se quedó quieta en el umbral de la puerta, con las manos sobre el pecho y los ojos nublados por las lágrimas. Casi podía verme a través de sus ojos: las greñas de pelo sobre las cejas, el flequillo demasiado largo y el pijama de hospital demasiado grande y demasiado sucio, lleno de las manchas de tinta que dejaban los roturadores con los que a veces dibujaba en la sala común.

Fue a abrir los labios para llamarme, pero fui más rápida:

—No me mires así —dije, abrazándome las rodillas sobre la cama. Mi madre frunció el ceño y se acercó un par de pasos, despacio.

—¿Así cómo?

—Como si no fuera yo. Como si estuvieras viendo a un desconocido o fuera a lanzarme a tu cuello en cualquier momento.

—Bree...

—O como si fuera yo la que está en coma. No quiero tu pena, mamá, quiero respuestas.

Sus labios se curvaron en una mueca triste. Acabó sentándose a mi lado con un suspiro.

—Te estoy mirando como te he mirado siempre, Bree. Por favor, no me hables así. —Buscó mi mano con la suya. No la recordaba tan cálida, tan pequeña. Tan frágil como las mías—. Me alegro mucho de verte, cielo. Estaba preocupada por ti. ¿Podemos hablar?

—Has venido para eso, ¿no? —Clavé mis pupilas en las suyas, esforzándome para no alzar la voz—. Para saber por qué tu hija casi mata a su mejor amiga. Para saber por qué casi te maté a ti.

—Bree, no digas eso. —Apretó mi mano con fuerza. Parecía cansada—. Quiero saber cómo estás. De verdad. Y quiero... Quiero ayudarte, cariño. —Habla con el tono de voz muy bajo, suave, como si temiera despertar a mis fantasmas—. Si no me hubiera callado todo este tiempo, si me hubiera dado cuenta antes, yo... Yo...

—No habría cambiado nada. No puedes cambiar nada, mamá. Me has mentido.

La rabia me hervía en el estómago, pero hice un esfuerzo por ignorarla.

Mi madre lo supo todo este tiempo y nunca dijo nada. Nunca. Y lo único que se le ocurría ahora era apartar la mirada y susurrar:

—Lo sé.

—Si quieres ayudarme, haz que salga de aquí. —Abrió mucho los ojos, como si le estuviera pidiendo que me clavara un puñal. No me pareció una idea tan mala—. No quiero estar aquí. No creo que sea el sitio en el que deba estar ahora, ¿sabes? No pinto nada. No es justo. Me encuentro muchísimo mejor, mamá, solo estaba confundida —mentí—. Creo que estoy lista para volver a casa. Y tienes que ayudarme, me lo *debes*. Necesitaré unas semanas más para recuperarme de las lesiones de la pierna, pero con suerte podré volver a clase y...

«Y tratar de ordenar el caos en el que se ha convertido mi vida», pensé. Porque pronto empezarían a llegar los mensajes de los pocos compañeros de clase que se acordaran de mí, empezarían a preguntarme por los proyectos de Botánica a medio hacer y por los libros de espiritismo que no devolví de la biblioteca. En Degriffin no existían los secretos, e igual que no pudieron

ocultar la muerte de aquel niño en el lago, tampoco se les pasaría por alto la historia de la chica loca que afirmaba verlo. Pronto empezarían los rumores y las presiones, empezarían a crearse mil versiones de la misma historia. De cómo Gina estaba en coma por mi culpa. De cómo intenté matarme después. De cómo aún tuve el coraje de querer volver a la universidad y fingir que no había pasado nada.

—Creo que deberías pasar un tiempo recuperándote, Bree —dijo mi madre. Se acomodó a mi lado sobre la cama—. La universidad lo entenderá.

—¿Entenderá que su alumna esté chalada, quieres decir? Oh, sí, seguro que eso les dará una muy buena reputación. —Bufé—. Se equivocan, mamá. De verdad. No tengo por qué estar aquí, estoy *bien*.

Ella se mantuvo con los labios fruncidos.

—A mí no tienes que mentirme, cariño. Por favor, no te encierres más. —Pasó su mano de la mía a mi mejilla, con cuidado—. Háblame de él.

—¿Él...?

—De Adam. Llevas callándote mucho tiempo, Bree y no quiero que cargues con esto sola.

Abrí y cerré los labios casi en el mismo segundo. Quería enfadarme con mi madre por venir aquí, por mantenerme encerrada, por las palabras que gritó cuando desperté («¿Fuiste tú? ¿*FUISTE TÚ BREE?*») y que ahora fingíamos no haber oído.

—Adam está muerto —murmuré, también para convencerme a mí misma. Mi madre no dijo nada. Pero suspiró, y me dio la sensación de que todo el miedo desaparecía con la brisa que escapó de sus labios. Los papeles parecían haberse cambiado otra vez. Ya no sabía quién cuidaba más a quién. No sabía quién necesitaba más a quién—. Pero... A veces veo su fantasma.

Eso era. Un *fantasma*.

Mi madre se mantuvo callada durante unos segundos que me parecieron siglos, pero no me importó. Quizás tenía razón. Decirlo en voz alta hacía que pesara un poco menos.

—Es como si... ¿Como si lo recordaras todo el rato? —preguntó.

—No. Lo veo de verdad, mamá. Como te estoy viendo a ti y... Y también hablo con él. —*Hablaba*. Mi madre asintió, pero no parecía muy convencida. Su «de verdad» debía de ser distinto al mío y por eso mantenía esa sonrisa tan tranquila, porque se creía la mitad de mis palabras. Porque su verdad no era la mía.

Esta vez no me importaba. La verdad no tenía que ser universal para que fuera real.

—¿Y qué te dice, cariño?

Me guardé una risa entre dientes. Hablaba como si Adam fuera una marioneta o un juguete roto que repite las mismas frases, una y otra vez.

—Todo, mamá. Me... Me ha ayudado mucho. Es bueno conmigo, ¿vale? Él nunca me haría daño y ha querido ayudarme todo este tiempo, de verdad. Por eso sé... Por eso no puede ser imaginación mía, ¿no? No es como las voces o las sombras. Es... Es real.

Mi madre seguía con esa mirada tan propia de los psiquiatras como el doctor O'Laoire; esa que parece querer atravesarte la pupila para entender todo lo que cruza tu cabeza. Una mirada cargada de compasión, también.

Era la primera vez que le hablaba de Adam a alguien. Del Adam que para mí seguía vivo.

—¿Y cómo te sientes cuando estás con él?

—Bien. —Solté el aire por la nariz en algo que se parecía a una risa—. Al final, aunque discutamos o estemos callados, siempre me hace sentir bien porque lo estoy viendo.

Mi madre no dijo nada. Se quedó callada y se hundió un poco más en el colchón. No se me pasó inadvertida la fuerza con la que apretaba mi mano.

—¿Por qué preguntas todo esto? —dije. Ella contestó en un murmullo, como si hubiera escuchado una pregunta totalmente distinta.

—Tu padre veía a Paige. Me dijo que era una compañera de trabajo, sin más, que formaba parte de otra plantilla y que pasaba el rato con ella en algunos almuerzos. —Se encogió un poco sobre sí misma—. No se dio cuenta de que los pasaba solo. No... No quiso creernos cuando le intentamos explicar que no existía Paige, ni sus hijos, ni su casa. Pero él estaba seguro de haber estado ahí. Creía que le quería engañar porque no podía aceptar que ya no me quería. —La mirada de mi madre parecía perdida entre recuerdos—. Le enfadaron tanto mis celos que decidió darme razones para tenerlos, pero no se dio cuenta... No se dio cuenta de que Paige era un producto de sus delirios. El mismo delirio que le hizo creer que ya no queríamos tenerlo en casa. Que no le necesitábamos y que lo mejor que podía hacer era alejarse de nosotras. Primero con palabras, luego con hechos. —Tuvo que soltar mi mano para frotarse el cuello con una mueca, como si mi padre también le hubiera dejado marca ahí. Ya no lo sabía—. Quería que me hablaras de Adam porque tu padre decía que Paige nunca le haría daño, hasta que lo mató.

—Ella no...

—Tu padre estaba mejor, Bree. A ratos. Cuando tomaba la medicación, al menos. Pero era muy triste para todos verle así, como si estuviera apagado,

como si hubiera olvidado cómo se sentía. Y dolía todavía más cuando sí conseguía mostrar sus sentimientos. Porque veía que aún nos quería, Bree. Pero si lo veía, significaba que había dejado de tomar la medicación, y eso significaba que... —«que estaba tan perdido como yo», pensé, pero mi madre tenía otra respuesta— que podríamos tener un accidente otra vez. Una pelea tonta que no quería que escucharas. O una discusión por personas que nunca existieron. —Sacudió la cabeza—. La última acabó con él cogiendo el coche para traer a Paige y demostrarme que era real. Ella y todas las palabras que dijo, las que le convencieron de que nosotras éramos el enemigo.

La realidad me golpeó como una bofetada.

Nunca conocí a mi padre.

Nunca conocería a mi padre.

Aquel fantasma *nunca fue mi padre*.

Me abracé el estómago con fuerza, como si mi cuerpo fuera a caerse a trozos.

—¿Por qué nunca me dijiste nada de esto? —murmuré. Sentía que las lágrimas se me subían a la garganta.

—Supongo que no quería que te asustaras, Bree.

—Preferiste que le odiara.

—Bree...

—Y luego, cuando encontramos ese diario... Tú sabías que la mitad de sus palabras eran reales y la otra mitad eran delirios. Sabías que Paige no existía y aun así nunca me lo dijiste, nunca me contaste que papá... Que él...

—Tu padre acababa de morir, Bree. —Lo dijo con firmeza, conteniendo las lágrimas ella también. Quería decirle que podía llorar. Que había pasado demasiadas noches con ella llorando en mi regazo como para que ahora se contuviera. «Sigo siendo la misma Bree, mamá. Por favor, mírame. Mírame»—. Tenías suficiente con pasar un duelo y yo... Ya no tenía fuerzas. Sé que me equivoqué, cariño. Todos estos meses... Me necesitabas y no estuve ahí para ti.

Me acerqué y la rodeé con el brazo sano, buscando que su corazón encontrara el mío.

—No, mamá —dije con la voz suave—. No necesitaba que estuvieras para mí. Necesitaba que estuvieras *para ti*. Necesitaba que pensaras en ti. Merecías... Mereces volver a ser feliz, mereces una nueva vida y que las dos tengamos la oportunidad de empezar de nuevo de verdad. Que nuestra casa deje de tener fantasmas.

Ella me apartó una lágrima con la mano, con una media son risa.

—Primero tendrás que aprender a despedirte de los tuyos, Bree.

Y en ese momento sus palabras me parecieron tan lógicas como que dijera que el cielo era azul. Si Adam llevaba tanto tiempo sin aparecerse, quizás era porque él también estaba preparando su marcha y quería ponérmelo un poco más fácil.

Quería ayudarme a que volviera a convertirlo en un recuerdo. Puede que fuera lo que mi madre y yo necesitáramos, al fin y al cabo. Un mundo donde no nos atormentara nadie más.

Estaba cansada de las voces, de los gritos en mi cabeza y de las pesadillas que empezaban cada vez que abría los ojos. Estaba *tan* cansada.

Asentí despacio, y los labios de mi madre se curvaron en una sonrisa que no duró más de tres segundos.

Lo que tardé en verle a él.

—¿De verdad crees que sería tan idiota de marcharme sin despedirme? Si no digo adiós es porque volveré, Duanne. No te voy a dejar sola.

Apareció apoyado en las puertas del armario, con los brazos cruzados por el pecho y una sonrisa socarrona, como si no hubiera pasado ni un día sin verle.

—Adam. —Me aparté de mi madre, sin dejar de mirarle. Tenía miedo de que desapareciera si parpadeaba.

—Bree, ¿qué...?

—Está aquí. Adam está aquí.

No pude evitar trazar una media sonrisa, mientras las lágrimas encontraban por fin una forma de escapar. Mi madre me rozó la muñeca con la mano, pero yo no la miraba.

Solo podía verle a él.

—¿Tanto me echabas de menos? —dijo.

—Imbécil. Eres imbécil, Adam. —Me dolían las comisuras de tanto sonreír y al mismo tiempo parecía que las lágrimas ardieran.

Me levanté de la cama y di un paso hacia él, pero los brazos de mi madre me detuvieron. Clavó las uñas en mis hombros y se plantó frente a mí para buscar mis ojos.

—Cariño, ahí no hay nadie. —La voz le tembló con la última palabra—. Adam está muerto.

Pero también estaba a dos pasos de mí. Y podía volver a abrazarle, podía llorar en su pecho como lo había hecho tantas noches y dejar que su aroma a lluvia y bosque me envolviera.

Tenía que recuperarle.

—Apártate. —Me zafé de ella con un movimiento brusco de hombros.

—¿Que crees que...?

—¡Aparta! —La hice a un lado con un empujón, pero para entonces no quedaba rastro de Adam.

Se había ido.

«Me dijiste que no te irías».

—No —murmuré. Giré sobre mí misma, buscándole en cada resquicio de la habitación. Las sombras y las líneas de mis dibujos empezaron a reírse de mí—. ¡No!

Seguí dando vueltas a la habitación, esperando que Adam apareciera después de cualquier parpadeo. Quizás encima de mi cama, o dentro del armario, o descolgando los dibujos que un día pensé que le pertenecían. Pero no había nadie, y las risas cada vez se oían más fuertes, más crueles. No podía oír nada más.

—¡No! —grité, levantando la escayola para poder apretarme las sienes con ambas manos. Quería enmudecer los murmullos.

Quería que la habitación dejara de dar vueltas y quería que Adam volviera.

Quería que me llevara con él.

Tenía que irme con él.

Corrí hacia la puerta de la habitación, pero mi madre me detuvo con toda la fuerza que no sabía que tenía. Placó su cuerpo contra el mío y me agarró los brazos. Me estaba siseando que me calmara, pero era difícil distinguir su voz de entre todas las que se agolpaban en mi mente. Ninguna era la de él.

—Bree, tranquila, cariño. Tranquila...

—Se ha ido —murmuré—. Estaba aquí y se ha ido. Es tu culpa. Joder, ¡se ha ido por tu culpa! —Me zarandeeé para deshacerme de las manos de mi madre, pero ella se mantuvo firme.

Todo mi cuerpo temblaba, sacudido por los llantos. No sabía si eran míos o si venían de fuera. Quería arrancarme la cabeza.

—Se ha ido —gemí, dejando de resistirme. Me hundí en sus brazos y apoyé la barbilla sobre su hombro, soltando un mar de lágrimas que no sabía que estaba conteniendo—. Se ha ido, mamá...

Nunca supe que su ausencia podía pesar tanto.

Llamé a la puerta de la sala de los enfermeros, cinco minutos después de que mi madre desapareciera en el ascensor. Todos los trabajadores del turno de mañana estaban ahí, sentados en sillas de plástico con los vasos de café en una mano y compartiendo el bizcocho que debieron de dejar los del turno de noche.

Me dio la sensación de que les interrumpía. Como si ellos vivieran en una burbuja de normalidad que no se me permitía conocer y yo acabara de romperla.

Carraspeé antes de hablar:

—Necesito PRN, por favor —dije.

Aprendí lo que significaba PRN el primer día en la unidad, después de la conversación con el doctor O’Laoire: era el acrónimo de *pro re nata*, una frase en latín que literalmente significaba «por la cosa nacida». En aquel momento no lo entendí, pero luego me explicaron que era la forma en la que se referían a la medicación que podía pedirse bajo demanda, en momentos de emergencia. La terminología solo intentaba embellecerlo un poco.

Por la cosa nacida, decían.

Como los fantasmas que me habitaban.

—Necesito la que me tranquiliza —insistí al ver que nadie se acercaba.

Al final, una de las enfermeras más jóvenes dejó su café sobre la mesa y se levantó hacia el casillero donde guardaban las pastillas. No sabía su nombre, pero sabía que era una de las pocas que sonreía a los pacientes (de corazón, y no para ocultar el miedo) y que se había quedado mirando mis dibujos con curiosidad, no con asco.

—¿Dices diazepam? —preguntó mientras miraba la tabla que tenían junto al taquillero—. Ya te hemos dado una esta mañana, Bree. Tarda un rato en hacer efecto. Te daremos otra en la comida, ¿de acuerdo? ¿Por qué no pruebas a hacer algún ejercicio de respiración?

No tenía tiempo para respirar.

—Ya los he hecho —mentí.

—¿Y por qué no te distraes con algo? Podrías dibujar. Te gusta dibujar, ¿verdad?

Le contesté con una sonrisa tensa porque no podía contestarle con la verdad. Que no; no me gustaba, porque mis trazos no me parecían míos, sino que me recordaban a los dibujos que Adam había dejado en mi habitación, a cada detalle que él había guardado para siempre, para los dos. No me gustaba porque intentaba encerrar en el papel a cada fantasma que veía. Dibujaba las palabras que no podía gritar y llenaba cada trazo de rabia, de ira, de miedo.

No me gustaba dibujar. Era mi forma de sangrar.

Después de todo, había pasado mucho tiempo dibujando mensajes en mi piel sin darme cuenta. No era tan distinto.

Me despedí con una sonrisa y di un giro sobre mis talones para volver a la habitación.

A dibujar.

Dibujaría hasta que las manos me sangraran. Hasta que las voces desaparecieran. Era eso lo que ellos querían, ¿verdad?

Cerré la puerta —aunque nunca se cerraría del todo— y fui directa a la cama para quedarme hecha un ovillo.

No necesité abrir los ojos para saber que Adam había vuelto. Lo sentía como si fuera una extensión más de mi cuerpo. Quizás lo era. Quizás Adam vivía en ese escalofrío suave que me erizaba la piel cada vez que me visitaba.

—Cogí la mala costumbre de esconderme cuando venía tu madre —dijo. Sabía que estaba sonriendo aunque no lo viera—. Lo siento, Duanne.

Su beso fue cálido en mi mejilla.

Apreté los ojos con más fuerza, porque todavía no sabía si quería que se quedara o que desapareciera. Todavía no sabía cómo enfrentarme a que no existiera. A que el niño que murió en el lago nueve años atrás (por mi culpa, mi culpa, mi *culpa*) no fuera a crecer nunca.

—No tiene gracia —murmuré. No quería llamar la atención de los enfermeros otra vez.

Notaba las lágrimas a punto de salir, pero no las solté.

Él se quedó en silencio, acariciándome el pelo mientras yo me encogía todavía más sobre mí misma. Aferré las sábanas con las manos.

—Me dijiste que se equivocaban —dije finalmente, rompiendo el nudo que me atravesaba la garganta. No me atrevía a mirarle. No todavía—. Me dijiste que ellos no lo entendían...

Me dijiste tanto, Adam.

Me dijiste que habías venido para ayudarme.

Me dijiste que veías a mi padre.

Me dijiste que las voces eran almas, que las sombras eran visiones, que algo me estaba persiguiendo.

Me dijiste que me querías. Que estarías ahí.

—¿Y por qué ibas a creerme?

—Porque eres tú. —La pregunta me parecía estúpida—. Porque siempre has sido tú, porque siempre has estado ahí, porque tú..., tú...

«Tú tenías que protegerme, Adam».

Su mano encontró la mía. El frío de su piel fue suficiente para hacerme callar, porque, por primera vez, Adam parecía muerto. Seguía sintiendo su tacto tan real como sentía la cama bajo mi cuerpo, y eso era lo que más dolía. Que estaba ahí, pero no lo estaba.

—Bree... —Adam habló con una suavidad que me asustó, porque hasta hacía dos segundos su tono intentaba hacerme reír. Ahora solo intentaba no hacerme más daño—. Bree, todo lo que dije fueron cosas que tú pensaste. Lo sabes, ¿verdad? —Oí su suspiro—. No estoy aquí. Sabes que en realidad nunca he estado aquí. Solo estoy en tu cabeza.

Apreté su mano con más fuerza, porque en el fondo quería convencerme de que me mentía. Los fantasmas en mi cabeza no podían tocarme. No podían quererme. Adam tenía que venir para refutar todo lo que habían dicho los médicos, no para apoyarlo. Esto no era lo que quería escuchar. No quería que fuera real.

Esta vez no me esforcé en contener más lágrimas.

—Lo siento mucho, Bree. De verdad.

No dije nada porque no podía. Porque había malgastado demasiadas palabras intentando convencerme de que aún me quedaba un resquicio de cordura, que algo no encajaría y esto solo sería un mal sueño. Quería que los fantasmas fueran reales, porque ellos daban mucho menos miedo que esto.

El colchón recuperó su forma cuando Adam se levantó, pero no dejé que se marchara. Le apreté la mano con fuerza.

—Está bien —dijo, aún bajito—. No desapareceré, te lo prometo.

Lo dijo porque eso era lo que yo quería escuchar, porque se lo pedía, porque estaba en mi mente.

—Ya no te creo.

—Quizás eso es que empiezas a sanar.

Me dolía que hablara de él como si no fuera más que un germen del que tuviera que deshacerme. Como si él fuera la herida y hubiera olvidado que lo que me había estado atormentado todos aquellos meses nunca fue su voz. Deshice el ovillo en el que me había convertido y me senté sobre la cama para mirarle.

—Dijiste que no podías marcharte, pero luego... —murmuré.

—Dije lo que querías oír. —Otra vez esa media sonrisa—. Pero puedo irme si eso es lo que necesitas ahora, Duanne. No quiero hacerte daño.

Se acercó hasta darme un beso en la frente.

—Tú no... —empecé, pero las lágrimas me cortaron la voz.

Cuando levanté la mirada, Adam ya no estaba.

Descubrí que las pastillas dejaban un regusto metálico bajo mi lengua cada mañana, al despertarme, pero por lo menos dormía. Descubrí, también, que la enfermera sin nombre tenía razón cuando decía que tardaban un tiempo en hacer efecto. Y que, lejos de convertirme en un zombi, sí que ayudaban a que me encontrara un poco más en paz. Conseguí que el estómago se me abriera y en los desayunos empecé a tomar algo más que una taza de café. Evan me pasaba su zumo de naranja de contrabando para que no volviera a la habitación con el estómago vacío.

Quería que las pastillas hicieran efecto cuanto antes. Que me arrancaran las alucinaciones de la cabeza y así pudiera volver a casa y a la universidad y a todo lo que ahora me parecía un privilegio. Como ver películas de alquiler en la tele o escaparme a dormir con mi madre las noches de tormenta.

Una parte de mí temía convertirse en la marioneta sin sentimientos en la que se convirtió mi padre. La otra temía volver a verle y que regresaran las pesadillas, la sangre, los mensajes, los gritos, el fuego.

Por ahora, la segunda ganaba.

Aun así, todavía asomaban resquicios de la enfermedad (porque eso era lo que era, y el doctor O'Laoire decía que tenía que empezar a ponerle nombre, que tenía que dejar de ver fantasmas y empezar a ver síntomas) en cada esquina del pabellón.

En mi habitación, de noche, cuando las pastillas no funcionaban y me quedaba despierta hasta las tantas, abría el grifo del lavabo para salpicarme la cara. Y el agua parecía susurrarme que volviera. Que les escuchara. Cuando abría un refresco y las burbujas chisporroteaban, la voz de Adam me decía que seguía conmigo. Me hablaba a través de cada escalofrío, a través de un estornudo, del regusto de las pastillas o de la sal que se derramaba por la mesa.

Estaba en todo y en todas partes. Como si en lugar de desaparecer se hubiera descompuesto en sus partes más diminutas: en átomos o en electrones, protones y neutrones. Se había vuelto inalcanzable.

Quizá si estuviera más lúcida, si la medicación no empezara a hacer efecto, sería capaz de descifrar y comprender lo que intentaba decirme con el movimiento de las hojas o con las miradas de soslayo del resto de los pacientes. Quizás había una forma de salvarnos a los dos.

Acallé ese pensamiento con cada nueva pastilla.

Esquizofrenia:

1. f, Med. Del al. Schizophrenie, y este del griego σχίζειν schizein («dividir»), φρήν phrēn («mente»). Trastorno mental severo caracterizado por la desintegración de los procesos del pensamiento, el contacto con la realidad y la respuesta emocional.

En la sala de estar de la unidad de Psiquiatría tenían pocos libros y muchos diccionarios, así que dejé pasar las horas leyendo palabras de la A a la C, de la D a la H, saltando todas las que sonaran demasiado absurdas.

Me quedé una hora mirando la E, intentando asimilar todas las palabras que ahora me definían: esquizofrénica, enferma, egoísta, extraña, estúpida, enferma, enferma, *enferma*. Cuando los demás pacientes empezaron a arrastrar los pies hacia el comedor, donde nos esperaban las bandejas de la comida, cogí lápiz y papel y añadí una nueva entrada al diccionario:

Duanne, Bree:

1. f. De su madre Fiona (diagnóstico: distimia, también conocido como trastorno depresivo persistente) y padre Ivor (diagnóstico: esquizofrenia tipo paranoide). Joven que ha perdido el contacto con la realidad y en el fondo no quiere recuperarlo, porque significaría volver a sentirse sola. Protegida, pero sola.

Acabé la definición con un pequeño dibujo en la esquina del papel. Un autorretrato, aunque apenas me reconocía en los ojos cansados de aquella chica. Con suerte algún día esa definición dejaría de perseguirme.

Evan echó un vistazo por encima de su libro de crucigramas. No entendía cómo podía mantener la sonrisa cuando cada día que pasaba en este antro era otro día alejado de su familia, de su trabajo, de la normalidad que le habían arrebatado de raíz.

Y teníamos que esperar, esperar, esperar y esperar, como si fuera a llegar un día en el que nos levantaríamos sin miedo ni demonios.

—Ya no le veo el sentido —murmuré. Evan levantó una ceja y dejó el cuadernillo sobre sus muslos.

—¿A?

—A todo. A la vida. —Soplé, haciendo rebotar el flequillo sobre mi frente—. No entiendo por qué vivimos, por qué estamos aquí nosotros y no otros, por qué Adam tuvo que morir en el maldito lago, por qué hay gente que quiere matarse. No lo entiendo.

Evan frunció los labios. Me tranquilizaba mucho hablar con él, aunque solo fuera para explotar. Era el único que te miraba sin desenfocar la vista, que te respondía con una sonrisa sincera y que tenía todavía la cordura necesaria para resolver crucigramas.

Tampoco entendía qué hacía él aquí.

—Siento que no te va a gustar mi respuesta, Bree, pero no tengo otra. —Se encogió de hombros—. Quizás no le encuentras el sentido porque no lo tiene.

Sus palabras me sentaron como un puñetazo.

—No me estás tranquilizando nada.

—Porque no puedo hacerlo. —Mantuvo la sonrisa, mirándome con esos ojos tan azules como el cielo—. Esa idea que tienes de que debería haber una forma de sentirse seguro en este mundo es infantil, Bree. Es infantil y cobarde. Porque es algo que te frena, ¿entiendes? Hace que tengas miedo de vivir cualquier cosa, incluida cualquier cosa buena.

Me encogí un poco más en el sofá que compartíamos, con el murmullo y las sonrisas enlatadas de la televisión de fondo. Bob soltó una carcajada.

—No era lo que quería que contestaras. Tenías que ayudarme a estar menos hecha mierda.

Él rio.

—Ya sabes cómo. Deja de esperar que la vida sea fácil, Bree. Deja de esperar que alguien venga a salvarte. —Me dio una suave palmada en el hombro—. Hay veces que las cosas no tienen sentido, pero tú eres fuerte. Solo tienes que aceptar que no siempre será fácil y podrás tener una vida increíble, Bree.

Volví a escuchar una carcajada, y esta vez la boca de Bob estaba cerrada.
Quería creer a Evan, de verdad. Pero algunos fantasmas seguían diciéndome que no lo hiciera.

Al doctor O'Laoire debió de parecerle que me estaba portando bien, porque aumentó mi horario de visitas y me permitió las primeras salidas. Lo primero no me era muy útil: la única persona que me visitaba —además de esas figuras que aún veía por el rabillo del ojo, siempre a mi espalda, y que a veces se parecían demasiado a Adam y a mi padre— era mi madre. Nadie más sabía de mi hospitalización, pero tampoco quería que lo supieran.

Mis compañeros de universidad nunca fueron más que eso: compañeros. Si supieran mi situación, empezarían a llamarme loca. Y esa palabra se repetiría con todavía más fuerza en los ecos de mi cabeza, cada vez más alto, cada vez más fuerte, cada vez con más rabia, hasta que acabara creyéndomela.

Carrie no quería verme. Y Gina seguía en coma por mi culpa.

Por eso mi madre era la única persona que quería que me visitara.

—Quizás deberías hacer limpieza, cariño —dijo mientras miraba la pared llena de dibujos con el ceño fruncido. Se amontonaban unos sobre otros, unidos con pequeñas cintas de celo que se despegaban por los bordes—. ¿No te han dicho nada los enfermeros?

—Que dibujo muy bien. Me ayuda, mamá.

—Pero puede que sea buena idea guardar los dibujos en otro sitio, ¿no crees? Empiezan a ser demasiados.

Se me escapó una sonrisa.

—Es mi forma de atrapar alucinaciones. ¿Ves ese de ahí? —Señalé uno de los más nuevos, dibujado con un lápiz de cera rojo (había que evitar cualquier objeto punzante, decían), que mostraba una sombra demasiado grande erguida a espaldas de una mujer.

Mi madre.

—Eres tú. Lo vi la última vez que viniste a visitarme, ¿recuerdas? Cuando trajiste el cuaderno de dibujo y los bolígrafos. Estaba detrás de ti. No podía verle bien la cara porque, cuando intentaba mirarle a los ojos, desaparecía y

volvía a aparecerse al otro lado de tu hombro, así que solo podía verlo de reojo. Y gritaba, mucho. Por eso el dibujo está tan rayado. —Suspiré. Había apretado el lápiz con tanta fuerza que había acabado convirtiéndose en polvo sobre el papel—. Seguía escuchándolo cuando lo dibujé, pero al acabar conseguí que se marchara.

Las pastillas de emergencia que me dio una enfermera al verme llorar tan acelerada también ayudaron, pero no quise asustar más a mi madre. Ya era suficiente con ver cómo su rostro palidecía con cada palabra. Se humedeció los labios.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque a veces desaparecen cuando los ignoro. Pensé que él también lo haría y no quería preocuparte.

—Oh, cariño —dijo mi madre, buscando mi mano con las suyas. Se mordió el labio, sin saber qué decir—. No tienes por qué enfrentarte a todo esto sola. Tienes que hablar, Bree, hablarnos de... De lo que ves. De cómo te hace sentir. El doctor cree que será lo mejor.

Pero era mucho más fácil dibujar que hablar, porque de alguna forma podía hacerles partícipes de lo que veía. Podía fundir mi realidad con la suya, en una lucha constante por decidir en cuál quería vivir.

—Lo haré. Le... Le iré llevando los dibujos.

—Y quizás puedes pensar en guardarlos. Ya no te queda espacio en la pared, cariño.

Me encogí de hombros.

—Tampoco pensaba utilizar esa pared para mucho más. Lo prefiero así. Parece menos un hospital.

Mi madre no pudo refutar eso. Ella era la primera que había intentado hacer mi estancia ahí un poco más acogedora: me había traído uno de los cojines de mi habitación, velas aromáticas que no nos dejaban encender, las fotografías y un nuevo cactus, que era tan pequeño que ni siquiera pinchaba (intentó hacerme creer que era *Rodolfo*, pero a estas alturas ya era capaz de reconocerlo). Todo para que olvidara dónde estaba. Todo para que olvidara el porqué.

Yo me encargaba de recordarlo cada mañana, cuando abría los ojos a la pared plagada de dibujos, con el regusto metálico de las pastillas todavía bajo la lengua.

—¿Y si lo sustituyeras por alguno de mis cuadros? —dijo mi madre, con la naturalidad con la que hablaría de un par de zapatos. Seguía mirando mis dibujos, abrazándose los codos.

—¿Sigues...? ¿Sigues pintando?

Una sonrisa le atravesó el rostro.

—Sí. Quiero que sientas que tienes un hogar al que volver, y pensé que recolocar el taller en el garaje ayudaría. —Se frotó el brazo y miró al suelo, como si fuera una niña pequeña—. Sé que siempre quisiste que volviera a pintar y ahora... Ahora me doy cuenta de que no puedo seguir... No puedo seguir como estaba. Tengo que mirar adelante; por mí, por nosotras. —Volvió a cogerme la mano con un apretón—. He vuelto a ver a Christine.

Abrí mucho los ojos. Creía que la única chalada que la necesitaba ahora iba a ser yo.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—También he estado recogiendo tu habitación. Espero que no te importe. He guardado todos esos libros, Bree. —Suspiró, como si lo que fuera que iba a decir pesara toneladas—. Y el diario de tu padre...

—Tíralo. —Mis palabras salieron de mi boca como impulsadas por un resorte. No tuve ni que pensarlo—. Al fin y al cabo, ya no sé cuánto de lo que escribió era real y quizás... Quizás a veces hablaban sus voces y a veces hablaba él. No lo sé. —Tragué saliva—. Pero no podré saberlo nunca, así que no sirve de nada tenerlo.

Estaba intentando convencerme a mí misma.

Porque una parte de mí quería acostarse con aquel diario todas las noches, descifrar cualquier mensaje que hubiera quedado escondido entre líneas y conocer a mi padre de una vez. A mi padre sin sus demonios, si es que alguna vez existió.

Y otra parte de mí temía justificarlo. Temía olvidar todo el daño que nos hizo al abandonarnos, al sustituirnos por otra familia. Fuera real o no, para él fue mejor. Y eso es lo que más dolió: que tantos años de cariño parecían ahora una farsa. Que de pronto ya no sabía en quién confiar, porque el único hombre de mi vida se había encargado de hacer mi corazón pedazos. Porque los héroes dejaron de existir y las palabras empezaron a sangrar más fuerte que cualquier otro golpe.

No quería olvidar todo ese dolor. Pero tampoco quería que ensombreciera el hombre que algún día fue mi padre. Porque fue un hombre bueno, un hombre bueno que hizo cosas mal. Porque tenía una infancia llena de recuerdos felices que ahora ya no podía borrar.

No necesitaba hacerlo. Solo tenía que convencerme de que no tenían por qué ser mentira.

Quizás en una persona podían convivir luces y sombras como lo hicieron en mi padre. Y no se trataba de perdonar y olvidar todo el daño que había hecho; se trataba de vivir en paz sabiendo que no podía hacer nada para cambiarlo.

Que, el día que volviera a ver a mi padre, él podría sentirse orgulloso de la persona en la que me convertí a pesar de todo lo que nos hizo.

A pesar de todo lo que sufrimos.

—De acuerdo —dijo mi madre.

Levantó las comisuras, haciendo que se le marcaran dos pequeños hoyuelos. Hacía demasiado tiempo que no los veía.

Aquel parecía un buen momento para darle buenas noticias.

—El doctor O’Laoire me ha dado permiso para salidas, ¿sabes?

Su rostro se iluminó como una vela.

—¿De verdad?

—Bueno, por ahora solo será por el recinto. Pero podemos dar paseos por los jardines del hospital; y me han dicho que los miércoles tienen un menú especial en la cafetería. —Sonreí, contagiándome de la ilusión de mi madre—. Además, también me dijo que, si sigo así, no tardará en darme algún fin de semana libre para ver cómo me manejo.

Mi madre se llevó ambas manos a los labios, intentando contener la sonrisa.

—Cariño, eso es genial. —Se inclinó hacia delante para abrazarme—. Estoy muy orgullosa de ti, de verdad. Lo estás haciendo muy bien.

Mi sonrisa se tambaleó. Desde que había llegado al hospital, sentía que me habían sumado años a la espalda, como si ya hubiera vivido demasiado y este fuera el precio a pagar. Y al mismo tiempo, el resto del mundo me trataba como si acabara de nacer. Había enfermeros que me felicitaban cuando me veían salir de la ducha, con una toalla alrededor del cuerpo y la otra sobre la cabeza. Palmadas en la espalda, tiempo libre para dibujar, y muchos «lo estás haciendo muy bien, Bree».

Yo tendría que estar estudiando microbiología a través de un microscopio, analizando las distintas especies de equinodermos e intentando explicarle a mi madre los problemas de contaminación que había sufrido el mar de Irlanda por la planta de producción nuclear de Windscale, no coloreando sin salirme de los bordes y escuchando el canal infantil de la sala de estar a todas horas.

Tenía cosas más importantes que hacer. Tenía una vida que recuperar.

—Mamá... —murmuré, deshaciéndome de su abrazo.

—Dime, cielo.

—He pensado que... Bueno, me gustaría visitar a Gina en mi primera salida. Sé que está en este hospital también y... Quiero verla. Quiero estar con ella. Pero tengo miedo.

Mi madre inclinó las cejas.

—¿Miedo a qué?

—Miedo a que sea real. —Y lo era. Eso era lo peor: que por mucho que me intentara proteger del miedo, no había ningún sitio al que huir—. No recuerdo nada de lo que pasó justo antes del accidente de Gina, mamá, y a veces se me olvida que tengo más culpa de la que siento. Ella no querría tenerme ahí. Fui yo..., fui yo quien...

Se me cerró la garganta, pero mi madre enseguida acudió al rescate. Me acarició una mano con cariño.

—No tengas miedo, Bree. Estoy segura de que lo entenderá. Estabas teniendo un brote psicótico, cariño, no eras consciente de lo que hacías.

Pero yo recordaba perfectamente lo que ella llamaba brote psicótico. Recordaba lo ensordecedores que eran los pitidos, y cómo las mismas sombras que ahora avanzaban con timidez por el suelo de mi habitación lo oscurecían todo. Me rodeaban. Me querían a mí. Me querían volver loca.

Para mí, mis manos nunca se separaron de mis sienes, pero de alguna forma tenía que empezar a creer que fueron ellas las que empujaron a Gina.

Todo el mundo lo vio. Eso es lo que más me asustaba: que todos lo vieron menos yo. Y de alguna forma su realidad siempre sería más válida que la mía.

—A lo mejor su familia se enfada —dije—. Ya les he hecho demasiado daño.

Mi madre negó con la cabeza.

—Los Clarke me han estado apoyando mucho este tiempo. Y yo les he estado apoyando a ellos. Es importante estar ahí los unos para los otros, sobre todo ahora. —Sonrió un poco más—. Incluso he podido cuidar al pequeño Daniel. Está enorme, no le reconocerías.

—No me creo que no me odien.

—Bree, ¿cómo van...?

—Su hija se está muriendo, mamá. —Decirlo en voz alta dolía un poco más, pero logré contener las lágrimas. No por mucho tiempo—. Se está muriendo por mi culpa.

—Puede recuperarse. Los médicos le han dado un pronóstico bueno, es solo cuestión de esperar, y estoy segura de que...

—Tú misma lo has dicho: *puede*. Y puede que no.

Hundió los hombros con un suspiro.

—Es cuestión de tener fe, Bree. Es lo único que nos queda. Y tengo fe en que Gina se recuperará, igual que tú.

Me contuve para no reír. No se me ocurría cómo esto se iría para siempre, alguna vez.

No entendía la fe de la que mi madre tanto hablaba. Dejé de ir a la iglesia mucho antes de que mi padre muriera, y empecé a buscar a su dios en la biología, en la cantidad de organismos que funcionaban con demasiada perfección para ser producto del azar. En las estrellas, en la geometría, en el amor.

Y me di cuenta de que a veces mi madre y yo sí que compartíamos nuestra fe. Porque tener fe era cuestión de confiar. Confiar en que alguien o algo nos observaba, que alguien conseguiría hacer que todas las piezas del puzle encajaran en medio del caos. Que las cosas volverían a estar bien.

Para creer tenías que querer creer. Y ese fue mi problema.

Que quise creer a Adam.

Quise creer en fantasmas.

Y ahora quería obligarme a creer en las palabras de mi madre.

—Entonces iré a verla.

Mi primera salida de permiso consistió en bajar unas cuantas plantas del hospital con un abrigo sobre el pijama y calcetines bajo las pantuflas. Mi madre se había puesto en contacto con los Clarke, así que, si no había ningún problema, me encontraría a Gina sola en la habitación, rodeada de cables y máquinas que pitaban, y nadie me cogería de los brazos para arrastrarme a la salida ni trataría de inyectarme Valium en vena. Un celador tuvo que acompañarme en el ascensor, de la séptima a la tercera planta. Notaba cómo todos los trabajadores clavaban los ojos en mí, como si quisieran decirme: «No deberías estar aquí».

Quizás aquella sensación la llevé arrastrando en el cuerpo mucho antes de que mi padre la escribiera en el cristal.

Mucho antes de que empezaran las alucinaciones, me corregí. Mi padre estaba muerto. Y Gina no estaba en ninguna dimensión desde la que Adam pudiera verla: estaba lidiando entre la vida y la muerte en una triste habitación de hospital.

Me quedé paralizada en el umbral de la puerta.

Gina Clarke parecía haber salido de uno de sus cuentos favoritos cuando era niña. Tenía dos cascadas de oro a ambos lados de la cara, con pequeños tirabuzones en las puntas y las manos entrelazadas sobre la colcha blanca de la cama. A su alrededor todo era invierno: el cuello blanco del pijama, las paredes níveas, las ventanas cerradas y la palidez de su piel. Un tubo transparente conectaba su nariz con las máquinas, permitiendo que siguiera respirando. Y como todas las princesas de cuentos, a su alrededor todo florecía.

La habitación estaba llena de ramos de flores y globos de colores, algunos a medio desinflar. Sobre la cabecera habían colgado dos dibujos infantiles en los que se leía un «mejórate pronto» (lo traduje de un torpe «*mejora te pontro*») y la firma de su hermano Daniel en una esquina.

—Hola, Gi. —Me acerqué a su cama. Una parte de mí aún quería que me contestara, aunque fuera parte de una alucinación. Aunque fuera un fantasma. Necesitaba saber que podía escucharme.

Necesitaba que supiera lo mucho que lo sentía.

Lo mucho que dolía.

Tenía el rostro en calma, con las comisuras alzadas como si se preparara para sonreír en cualquier momento. El pecho se alzaba y descendía al compás de cada respiración, pero una parte de mí temía que en cualquier momento fuera a pararse.

Podía pasar. La habitación podía volver a llenarse de pitidos, de gritos y de sombras.

Y sería mi culpa.

—¿Bree? —No era la voz de Gina, pero aun así no pude evitar sobresaltarme.

Carrie apareció en la puerta, con un refresco en la mano y los labios formando una «o» perfecta. Se había recogido el pelo hacia atrás con una banda y tenía el rostro marcado por dos grandes sombras bajo los ojos. No tardé en atar cabos. Otra vez estaba interrumpiendo, otra vez estaba donde no me querían.

—Sí, pero ya... —«Ya me iba», quise decir, pero Carrie habló primero:

—¿Qué coño haces aquí?

Di un paso atrás inconscientemente, como si la rabia de sus palabras pudiera azotarme. No sé por qué esperaba otra respuesta.

—Estoy... Estoy ingresada en el hospital —murmuré, llevándome las dos manos al botón de mi camisa—. Yo...

—Eso ya lo sé. Pero no deberías estar *aquí*. —Dio dos zancadas hasta llegar junto a Gina y le acarició la mano con suavidad. Seguía con las cejas y los labios fruncidos, haciendo un esfuerzo por no alzar la voz—. Gina está así por tu culpa.

Fue como si me diera una patada en el estómago.

Una cosa era repetirme todos los días que yo era el único monstruo que la había mandado donde estaba, y otra muy distinta era que las únicas personas que te habían acogido de vuelta en Degriffin también lo pensarán. Que también te dejen de lado. Que te abandonaran como tú lo hiciste.

—Yo no quería...

—Me da igual lo que quisieras, Bree. Gina podría estar muerta ahora mismo porque tú la empujaste. Puede que ya lo esté, ¿sabes? Puede que ya no despierte. —Su voz se quebró con la última sílaba y se apartó las lágrimas con

la mano libre, con rabia—. Y seguirá siendo tu culpa, así que haznos un favor y vete. No *puedo* verte, Bree. No si sigues excusándote detrás de estupideces y...

—No me estoy excusando —la interrumpí, apretando los puños para que no me temblaran las manos—. Yo no quería nada de esto. Fue todo culpa de mi padre, ¿es que no lo entiendes? ¡Fue él, joder! ¡Él la empujó, él es el culpable, él...!

—¡Tu padre está muerto! —Carrie se inclinó hacia delante, con las lágrimas estancadas en sus mejillas—. Los muertos no matan, Bree.

—No lo entiendes... Carrie, mi padre ha estado jugando conmigo todo este tiempo y yo he tenido que luchar contra él sola. *Sola*. ¿Crees que no me duele saber que está muerto? ¿Saber que Gina está así por su culpa y que no haya nadie que me crea?

—¡Joder, Bree, todos vimos cómo la empujabas! ¿Por qué no lo recuerdas? ¿Por qué sigues jugando como si nada hubiera pasado?

La rabia me hervía en el estómago; Carrie no se daba cuenta de nada, cegada como estaba por el dolor. No se daba cuenta del odio que llevaba arrastrando desde el cumpleaños de Gina, de las noches que había pasado en vela escuchando las voces que me culpaban como ahora lo hacía ella. Las voces que me gritaban, las que se reían de mí, las que me recordaban que merecía morir.

Y ahora Carrie formaba parte de ellas.

Estaba cansada de que no me creyera. De que intentaran convencerme de que nada de lo que sentía era real, porque lo era. El miedo era real. Mi padre era real. Estaban todos ahí, rodeándome en cada sombra, susurrándome cada vez que callaba.

Crucé los brazos sobre el pijama y di un paso atrás, hacia la puerta de la habitación. Miré a Gina una última vez antes de despedirme.

—Te demostraré que lo que viví fue real, Carrie. Y salvaré a Gina. Te lo juro.

Carrie rompió a llorar en cuanto le di la espalda, pero no llegué a verlo. Subí de nuevo a la séptima planta sin ningún celador que me acompañara.

Fui directa a mi habitación y empecé a arrancar cada dibujo que decoraba la pared, cada mentira y cada engaño que los médicos habían querido que creyera. Las heridas de mi piel eran reales, la culpa en la boca de mi estómago pesaba más de lo que debería. No me pertenecía. Y mi padre seguía riéndose a mis espaldas. Estaba segura. Se reía de lo tonta que había sido por dejarme encerrar, por permitir que esta gente me drogara y me mintiera como le habían mentido a él.

Mientras arrancaba el último dibujo, Evan entró en la habitación con los ojos como platos y un café todavía caliente en la mano.

—Eh, eh, ¿qué haces? —Me cogió de la muñeca con la mano libre y me acompañó hasta el borde de la cama, apartando a patadas todas las bolas de papel que habían acabado en el suelo—. Bree, ¿qué ha pasado?

Cuando abrí la boca para contestar, lo único que salieron fueron lágrimas. Más y más lágrimas, como si intentaran ahogarme. O callarme.

Al final, con la sensación de que aún me faltaba el aire y el pecho subiendo y bajando a demasiada velocidad, encontré la voz para hablarle a Evan de mi primera salida, de la visita, de Gina, del accidente, del odio que una parte de mí no esperaba por parte de Carrie. El odio que no me pertenecía.

Evan me rodeó con un brazo y dejó que me apoyara sobre su hombro. Hablé hasta que su café se quedó frío.

Pero él tampoco estaba de mi parte.

—Bree... —Chasqueó la lengua—. Llegará un día en que tendrás que dejar de aferrarte a lo que te gustaría que hubiera pasado y empezar a vivir lo que está pasando.

Tensé los hombros.

—Que nadie me cree, ni siquiera tú. Eso es lo que pasa.

—Bree, no...

Me zafé de su abrazo y me puse en pie, dándole la espalda.

—Vete. Quiero estar sola.

Evan suspiró. Quería que se marchara, que desapareciera, que dejara de hacerme creer que podía haber gente buena en este hospital. Solo era una máscara. Todos estaban contra mí, todos querían mantenerme encerrada y muda. Para ellos era fácil; no tenían que sufrir el recuerdo de los fantasmas cada puto día.

—Bree...

—¡Vete!

Mi grito fue lo suficientemente fuerte como para que Evan se marchara sin mirar atrás.

Me escurrí de la cama cuando las sombras de la noche empezaron a susurrar, creando remolinos negros alrededor de mis tobillos como si fueran cadenas. Lo tenía todo listo: el recuerdo en mi memoria, los rotuladores en mi bolsillo y mi padre todavía despierto.

Había sido buena estos días. Había fingido tomarme cada pastilla y les había dedicado una sonrisa a todos los enfermeros, aunque ellos no me la devolvieran. Había vuelto a dibujar en silencio, desesperada por llenar las paredes de la habitación hasta que no se distinguiera el color de las pinturas. Porque los muertos aprovechaban cualquier resquicio para dejar mensajes, para escribir con sangre palabras que desaparecerían en cuanto entrara el primer enfermero.

«Tú también morirás».

«Nadie va a creerte».

«Estás *SOLA*».

De noche, la unidad de psiquiatría se quedaba en un constante duermevela, como si todos fingiéramos estar durmiendo y el aire se cargara de nuestras mentiras. Bob me había enseñado las dinámicas de la planta — escondiéndonos de Evan como dos niños traviesos—; me había ayudado a distinguir a los residentes de los médicos, y a los enfermeros de prácticas, más delicados con los pinchazos pero más asustados de los gritos, de los más veteranos. Se sabía cada cambio de turno, cada entrada y salida, los segundos que tardaba el ascensor en subir y el ruido de las pisadas de cada celador. A él le era útil para controlar sus paranoias. Para asegurarse de que nadie más entrara a por él, sin importar los que salieran.

—Salir de noche es como robarle un caramelo a un niño —había dicho, haciendo bailar el cigarro entre sus labios—. Siempre que luego vuelvas, claro. Cuando intentas salir del hospital es cuando te pillan, porque los médicos de guardia están avispados, sí señor. Serían capaces de atrapar moscas con las manos. Pero ¿los de aquí? Se creen que están cuidando bebés. —Recogió el cigarro entre los dedos y dejó caer la ceniza—. Aunque, viendo a Mario, tampoco me extraña.

Se pasó el resto de la tarde hablando de él, y yo me pasé el resto de las horas comprobando cada movimiento de los enfermeros.

El celador de las cuatro de la madrugada siempre aprovechaba para entrar en la sala de enfermería a tomar un café. Era novato y tenía que cargar con un carrito lleno de medicamentos y bandejas, así que lo dejaba siempre junto a la puerta, entreabierta.

Aquella noche no fue una excepción.

El celador empujó el carro hacia el interior de la unidad, haciendo chirriar las ruedas, se secó el sudor de la frente y dejó caer las manos. No se molestó en guardar silencio y se puso a tararear camino al café que le esperaba en la salita.

Fue entonces cuando me escurrí por el hueco de mi puerta, deslizándome como si mis calcetines no pudieran rozar el suelo. Tal vez no lo hacían. Cargué con un par de dibujos bajo el brazo y una vela avainillada en la otra mano.

El corazón comenzó a latirme cada vez más rápido, como aquella vez en el bosque. Y el aire se volvió más frío; mis pisadas, más suaves; mi cuerpo, más ligero. Atravesé el pabellón hacia la puerta encogida sobre mí misma, como si fuera uno de los fantasmas que me habitaban.

Cuando salí, no supe cuál de todos me habló.

—Bree, vuelve a tu habitación.

—Bree, estás loca.

—Bree, no vas a conseguir nada. Somos tuyos.

—Eres nuestra, Bree.

—Vuelve, imbécil.

—¡Bree!

Pero no quería escuchar esas voces, por mucho que al ignorarlas las convirtiera en molestos zumbidos. Ninguna voz sería la de Adam.

Apreté los puños como si así pudiera hacerlas callar. Corrí hacia el ascensor con las luces del interior de la unidad haciendo sombras a mis

espaldas. El celador estaría tomándose su café, como si una interna no hubiera salido a dar una vuelta. Como si yo fuera la primera.

Las puertas del ascensor se cerraron a mis espaldas. Me senté en medio de aquella jaula de metal y esperé a que bajara a la segunda planta, dando golpes nerviosos con el pie.

La planta de ingresos dormía, no como psiquiatría. Aquí las luces estaban encendidas, pero todos sus pacientes guardaban silencio. Aunque no era de extrañar, dado que la mayoría jugaban a estar muertos, como Gina. Era lo mejor. Ellos no tenían por qué ver cómo convocaba a fantasmas, pero Carrie sí. Estaba cansada de que mi infierno fuera invisible. De que no me creyeran, de que no me vieran.

No quería poner a nadie en peligro, pero no me dejaban otra opción.

Saqué el rotulador de mi bolsillo, con las manos temblando y la prisa recorriéndome de las venas, y empecé a colocar los dibujos en un círculo. En el medio, la vela, que no tuve que encender porque ya ardía.

Dibujé el círculo sobre los papeles, con una estrella en el interior, como en el bosque. Al murmullo de las voces se unió el mío, repitiendo las mismas palabras una y otra vez, mientras los pies se me quedaban fríos y el aire me azotaba como si tuviera las ventanas abiertas.

—Tú que viviste ayer, llamo desde mi mente hasta la tuya... —comencé, tropezando con las palabras, acelerada. Porque ahora no eran los fantasmas quienes me perseguían; eran los médicos que empezaban a saber de mi marcha, que cogían el ascensor y encendían las luces—. Vuelve desde las sombras a la luz y muéstrate. Muéstrate, ¡muéstrate!

Acabé el dibujo con el pulso disparado. Se abrieron un par de puertas, se encendieron luces, y el frío llegó con ellas. La nieve llegó a la altura de mis tobillos hasta tapar el círculo, que ardía bajo mi cuerpo como si fueran líneas de fuego.

—Tú que viviste ayer, llamo desde mi mente hasta la tuya, vuelve desde las sombras a la luz... —murmuré, antes de que la nieve se colara también en mis labios.

El viento empezó a azotarme como en el bosque, las piernas me temblaron y caí de rodillas al suelo, a la nieve que no debería estar ahí. Las voces se incrementaron y no supe si venían del círculo o de la sala de enfermería. Pero todas iban a por mí.

Y no había rastro de mi padre.

—¡Muéstrate! ¡Muéstrate, joder!

Cada vez me costaba más gritar.

Ignoré las manos que empezaron a buscarme y atravesé la nieve hasta llegar a la puerta de la habitación de Gina. Carrie debía de estar ahí dentro, y tenía que ver esto. Tenía que ver cómo ardía una llama que nadie había encendido y cómo la nieve nacía desde el techo hasta atravesarme los pulmones. No vería a los fantasmas, pero los sentiría como yo los siento. Ella también tendría frío.

—¿Bree? —Carrie apareció atravesando la capa de nieve que se acumulaba en su puerta, con el pelo despeinado por una brisa distinta a la que me azotaba. Quise hablar, pero los golpes me habían dejado sin aire—. ¿Qué estás haciendo?

—Tienes que verlo. Tienes que verle, Carrie, tienes que... Tienes que crearme.

Pero mi padre seguía sin aparecer, aunque la planta cada vez tenía más ruidos y más gritos, más aire y más nieve. La llama ardía y notaba que me faltaba el aire, como si fuera yo la que se estuviera consumiendo.

—¡Refuerzos a la planta dos, repito, refuerzos a la planta dos! —Una enfermera gritaba por el telefonillo y las demás se convertían en sombras. Sombras que pronto empezaron a acorralarme, que me cogieron de los brazos y me apartaron de Carrie.

—¡Traed veinte miligramos de Valium!

—¡Rápido!

Intenté zafarme retorciendo todo mi cuerpo, pero el frío me tenía helada. Cada extremidad se había convertido en hielo y ya no sabía si las sombras solo me gritaban a mí o si Carrie también podía verlas, si los brazos que me agarraban también la podían agarrar a ella.

—¡Soltadme! —grité, desgarrándome la garganta—. ¡Soltadme! ¡Están aquí, joder, están por todas partes! ¿Es que no lo veis? ¡Carrie! —Las manos me arrastraron alejándome de la puerta, pero ella siguió mirándome, con una mano en el pecho y los ojos hundidos en lágrimas—. ¡Carrie, están aquí! ¡Fueron ellos, ellos empujaron a Gina, ellos...!

Ellos.

Los fantasmas, las voces, las sombras, las mentiras, el ruido. Todo eran ellos y nadie lo veía.

—Señorita, haga el favor de calmarse.

No podía hacerlo si los fantasmas que había llamado se reían a mi espalda. Quería apartarme las lágrimas de los ojos para verlos mejor, para entender por qué Carrie lloraba como si me hubieran matado a mí, pero eran estalactitas congeladas en mis pestañas.

Fue entonces cuando la persona que prometió abandonarme volvió a aparecerse. Como si fuera una tarde más en la casa del árbol, con su sudadera desgastada y sus gafas redondas, con las cejas inclinadas y las manos extendidas hacia las mías.

—Bree, basta. Deja de buscarme, por favor —dijo.

Noté un pinchazo en el hombro, regalo de alguna de las sombras que me rodeaban. Me mordí el labio y encontré la fuerza para contestarle.

—Tengo que demostrarles que estás aquí. Que estáis todos aquí, que no fue mi culpa, ¡joder! —Me aparté de uno de los brazos que me rodeaban—. ¿Es que no los veis? ¿Es que nadie lo ve?

Carrie rompió a llorar y se tiró de rodillas al suelo. Un enfermero corrió a socorrerla y Adam se quedó inmóvil a su lado, con los pies hundidos en la nieve. Me miraba como si fuera a romperse en cualquier momento.

Y lo haría. Se volvería aire y átomos y me dejaría sola otra vez.

—No pueden verme, Bree. No pueden oírme. —Dio un paso adelante y colocó las manos sobre mis hombros, mientras una nueva tanda de enfermeros me cogía de la espalda para evitar que cayera al suelo. Todo mi cuerpo temblaba y el círculo seguía en marcha. Los espíritus seguían entrando y nadie lo veía—. Solo tú.

Se acercó tanto que pude ver el reflejo de la sala en sus ojos. Vi a los cinco enfermeros que me acorralaban, dos sujetándome desde atrás, uno hablando a través de un telefonillo, los otros dos con jeringuillas en las manos. El vestíbulo estaba vacío, con una absurda vela en medio de un montón de papeles rayados. Gina seguía en coma y Carrie lloraba desde su puerta con las manos sobre los ojos. Sus labios repetían la misma frase una y otra vez.

«¿Qué te ha pasado? Bree, ¿qué te ha pasado?».

Quién eres ahora.

Y Adam ya no me miraba, aunque estuviera mirando a través de sus ojos, porque no estaba aquí. Porque el viento había dejado de atravesarme los pulmones y la nieve se había deshecho en mis tobillos.

—Adam, haz que esto pare, por favor. —Cada vez le veía más nublado, a través de una cortina de lágrimas. Me miraba como si el hielo le hubiera congelado el corazón—. Quiero que deje de doler tanto, quiero que te vean, quiero que...

—No soy real —murmuró. Su voz fue una caricia en medio de todo el ruido—. No puedo hacer nada, Bree. Ya no.

Se despidió con un beso en la frente, dejándome las mejillas frías.

Descubrí que la esquizofrenia tenía el poder de robarme recuerdos. A veces ni siquiera recordaba haberlos vivido, como la fiesta de Gina. Otras veces plagaba mi mente de manchas negras, tan oscuras como las sombras que se enredaron en mis tobillos y entraron por mi garganta hasta que Adam desapareció; la nieve y el frío con él.

Desperté con la sábana cubriéndome todo el cuerpo y la memoria vacía. Tenía la garganta seca, el cuerpo pesado y demasiados tranquilizantes en las venas.

Mi madre estaba sentada en el diminuto sillón de la habitación, con la marca de las lágrimas todavía en las mejillas. En el lugar donde Adam siempre me besaba para prometerme que volvería.

Me giré hacia mi madre, que parecía demasiado quieta para estar viva.

—Eres real, ¿verdad?

Frunció los labios, como si mis palabras fueran estacas.

—Sí, cariño. —Se acercó a la cama y envolvió mi mano entre las suyas—. Soy real. ¿Estás bien?

Nunca lo había estado.

—Quería demostrar que eran reales. —Las palabras salieron de entre mis labios como si no soportaran quedarse dentro—. Papá me perseguía todo este tiempo, ¿sabes? Antes de esto. Sé que él estaba aquí antes de todo esto.

Un suspiro.

—Ahora estás a salvo, Bree. En un ratito te encontrarás mejor y...

—Te quería matar a ti, mamá, lo sé —insistí. Parecía que no entendía que no era yo quien tenía que protegerse—. A mí no puede matarme porque no es real. —Tragué saliva—. Porque soy yo.

Se me cerraban los ojos y sentía que volvían a llevarse mi memoria con ellos. Que volvían a deshacerse de un pedacito de mí, y con cada trozo me disminuían. Me perdía.

Ya no sabía quién era.

Cuando volví a entrar en la consulta del doctor O'Laoire, lo entendí.

Lo peor de esta enfermedad no era lo que me hacía creer o lo que me empujaba a hacer. No era la forma en la que me controlaba, la forma en la que jugaba conmigo. No era el miedo. No era ni siquiera no ser capaz de nombrarla, porque ella era real; no lo que creaba.

Lo peor de todo era lo egocéntrica que me volvió.

Pensaba en mi madre y en Adam y en Gina y en Carrie y en el mundo, pero nunca por ellos. Lo hacía por mí. Porque esta enfermedad, como todas las enfermedades que veía en la unidad, hacía que nos replegásemos hacia dentro. O eso parecía. Nos atrapaban a todos en nuestro dolor mental, igual que el dolor de una pierna rota o un corte en un dedo atrapa toda tu atención hasta el punto en el que la pierna sana o el dedo sano deja de existir. En nuestro mundo no había luces. No teníamos tiempo para verlas.

Solo pensaba en mí, siempre pensaba en mí. En lo que yo sentí, en lo que pensé, en cómo reaccioné. En lo que a mí me dolía.

Y eso era lo que el doctor O'Laoire quería escuchar, al fin y al cabo.

—No he hecho nada malo —murmuré cuando sacó el tema de mi último episodio.

—Ya lo sé, Bree. Pero algunas personas están preocupadas por ti. —Reí ante la ironía de ese «personas» en plural. La mitad de ellas fingían—. ¿Por qué crees que se preocupan?

—Porque estoy loca.

—No lo estás.

—Porque parece que estoy loca. Les doy miedo y les da miedo lo que pueda hacerles.

—Bree...

—Estoy cansada, doctor —suspiré, echándome hacia atrás en mi asiento—. Cansada de que las alucinaciones que más odio lleguen sin avisar, cuando pienso que todo está bien por fin. Y estoy cansada de que las que quiero se marchen. No es justo.

Él frunció los labios y apuntó algo en sus papeles, sin dejar de mirarme.

—¿Te refieres a Adam?

No contesté; me quedé con la mirada clavada en la ventana que el doctor O'Laoire tenía a la espalda. Adam estaba apoyado en el alféizar interior de la

ventana, como si nos hubiera escuchado. El amarillo de su sudadera y el pardo de sus ojos parecían haberse atenuado, como si la luz que atravesaba los cristales también lo atravesara a él. Jugaba con un muelle de colores entre las manos.

Y no me veía.

Tuve que mirar yo cómo se desvanecía, como si siempre hubiera sido polvo.

—¿Bree? —El doctor O’Laoire se inclinó sobre la mesa—. ¿Estás viendo algo ahora?

Sacudí la cabeza.

—Ya no. —Tragué saliva. Me llevé una mano a los ojos; no me había dado cuenta de que estaba llorando—. Era... Era él. Adam. Estaba ahí, callado.

—¿Se ha marchado?

Asentí. Cayó otra lágrima.

—Sí. No se queda mucho tiempo; no como antes. Y ya no sé qué hacer. No sé qué pensar ahora, porque... —sentí que me atragantaba con las palabras y por un momento busqué los dedos de Adam entre los míos. Pero solo quedaba aire— lo necesito.

El doctor O’Laoire suspiró.

—No, no lo has necesitado nunca, Bree. Adam estaba ahí para apoyarte, no para que tú te volcaras en él y en su ausencia ya no sepas caminar.

Era irónico que hablara de andar cuando, después de la caída al resistirme a los enfermeros, los ejercicios de rehabilitación me costaban el doble. Pero ni siquiera tenía fuerzas para bromear con ello. Parecía que solo pudiera llorar, así que eso es lo que hice.

El silencio nos envolvió y el doctor me dejó espacio. Empujó la caja de pañuelos y miró recetas en el aparatoso ordenador de mesa, fingiendo estar distraído. Quería encerrarme dentro de esa caja tonta y perderme entre cables y códigos, volverme átomos como lo hizo Adam después de morir, y formar parte de cualquier otra cosa. Quería vivir en un mundo donde todo se solucionara rápido, donde el tiempo no doliera y no existieran los fantasmas, ni buenos ni malos.

Por primera vez, no le pedí al doctor ningún tranquilizante para dejar de llorar. Tal vez era así como tenían que ser las cosas. Quizás eso era lo que me había frenado todo aquel tiempo: que no me había dado tiempo para despedirme. Para llorar por el duelo de Adam otra vez.

—Sobrevivirás a esto, Bree —murmuró el doctor—. Sobrevivirás y volverás a vivir. Te lo prometo.

Fue la primera vez que volver a la habitación de la unidad se asemejó a volver a casa, y no sabía si eso debía aliviarme o asustarme.

Los fantasmas (reales y dibujados) parecían saludarme con un poco más de calma al entrar; las sábanas parecían menos tristes y las hojas secas que el viento arremolinaba en el jardín habían dejado de murmurar insultos. Y aunque en la habitación me sintiera más protegida, ya no temía salir más a menudo al comedor, a la sala de estar o al jardín de fumadores. Me había ganado el mote de «la Fugitiva», pero a los internos no parecía molestarles.

Había quince camas en la planta, y llegaban nuevos pacientes al tiempo que otros se marchaban (como Susan, que siempre abrazaba a su osito de peluche; o Grace, que después de mucho tiempo había decidido que ya no quería morir), como si aquello fuera el hotel más estrambótico del mundo. Y, sin embargo, sentía que yo era la única loca. Los demás se curarían. Terry aprendería a dejar de contar los saleros en la comida para darse buena suerte, y las manos de Evie sanarían después de tantas heridas. Pero no estaba segura de si yo volvería a ser la misma alguna vez. Porque había partes de Bree que nunca recuperaría.

Recuerdos que se habían perdido, sustituidos por mentiras.

Como la noche que empujé a Gina. Nunca recuperaría lo que realmente pasó. Para mí, Adam se mantendría a mi lado, recordándome que no podía amarme (porque no existía, no existía, *no existía*) y las sombras seguirían jugando a perseguirme hasta la locura. Nunca sería la persona que fui antes de todo esto. Sentía que estaba atravesando un purgatorio entre el mundo real — el que *ellos* decían que era real— y un mundo nublado y ficticio lleno de alucinaciones y paranoia.

Pero a veces la medicación ayudaba. Sabía que estaba funcionando cuando los colores dejaban de ser tan intensos y las sombras, tan oscuras. Cuando recordaba la invocación de una semana atrás con vergüenza y no con

miedo. Cuando me daba cuenta de que hablarle a Adam como si me escuchara era ridículo, porque llevaba nueve años haciéndose polvo y ni siquiera me recordaría. No el Adam que conocí.

Y también sabía que funcionaba porque no podía recordar las cosas con claridad, como si los recuerdos se mezclaran con los sueños. A veces me sentía como si no hubiera dormido en semanas, o salía a desayunar con el pijama puesto del revés.

El doctor O’Laoire trataba de ajustarme la medicina lo mejor posible.

—Esto debería disminuir la paranoia, los delirios y las alucinaciones, pero tendremos que esperar a que haga efecto para verlo, ¿de acuerdo? —decía. Porque no podía arrancarme las mentiras de la piel. No podía arrancarme los ojos para dejar de verlas—. Es posible que te sientas algo cansada. Bebe mucha agua también, porque con esta medicación es fácil deshidratarse. Quizás sufras cambios en tu peso, todo depende. —Después de la larga lista de efectos secundarios y contraindicaciones, siempre acababa con una sonrisa y una frase que parecía una palmadita en la espalda—. Lo estás haciendo muy bien, Bree.

En una ocasión, una enfermera novata me dejó leer el prospecto.

Efectos secundarios más comunes:

- Somnolencia y fatiga.
- Hipotensión.
- Sequedad en la boca.
- Visión borrosa.
- Calambres o temblores.
- Dolor de cabeza.
- Náuseas y/o vómitos.
- Inquietud.
- Vértigos leves.
- Alteraciones cardíacas.
- Reacciones alérgicas.
- Cambios de apetito.
- Depresión.
- Aumento de peso.

No quería leer los menos comunes, pero lo hice. Porque una de cada cien personas padecía esquizofrenia y me había tocado a mí, de modo que no había razones para pensar que yo no podía ser también ese uno de cada cien esquizofrénicos.

Infecciones; reacciones alérgicas severas; rigidez facial; fiebre; ansiedad severa; convulsiones; pensamientos o intentos de suicidio; babeo; pensamientos anormales; modo de andar anormal; picores; dificultades respiratorias; arritmia; dificultad para concentrarse, hablar o tragar; espasmos musculares; arrebatos de ira; pesadillas; volver a ver muerto a mi padre, volver a ver la muerte de Adam, matar a Gina.

No sabía qué realidad me daba más miedo, por eso empecé a jugar con los dos. A tragar una pastilla y tirar otra por el lavabo. A pedir medicación para dormir, y que fuera tan intensa que pudiera seguir soñando de día.

Sabía que el doctor O’Laoire quería ayudarme, pero yo tenía mi propia forma de enfrentarme a la realidad. No podía fotografiar, por eso pintaba. Pintaba lo que era real y lo que no. Y con el tiempo, los demás pacientes y los enfermeros se encargaban de decirme cuándo estaba equivocada y cuándo no.

A diferencia de ellos, yo no tenía el lujo de dar por sentada mi realidad. Y en realidad no odiaba a los que sí podían. A veces me compadecía de ellos, porque no habían tenido la oportunidad de conocer a Adam. Por muchos fantasmas que me persiguieran, por él merecía la pena. Ellos no vivían en mi mundo.

Ellos no podían saber que Adam sí que lo hacía todavía. Aunque no me hablara. Aunque solo me sonriera desde lejos, a veces, o me cogiera de la mano camino al comedor para luego desaparecer cuando me sentara.

Estaba ahí, conmigo, ahuyentando las demás voces.

Yo aprendí a callar la mía.

Sabía que Adam estaba conmigo aunque no lo viera. Que había vuelto. Que todavía me necesitaba para pasar al Otro Lado, y que yo aún le necesitaba para sobrevivir a este.

A los enfermeros y a los médicos les sonreía y les enseñaba la lengua cada vez que fingía tragarme una pastilla más. Creía que estaba haciendo lo mejor. Que por fin podía controlarlo.

Carrie me escribió una nota, pero no me dejaron leerla por razones que no entendí. Mi madre me veía bien, ya que estaba un poco más lúcida, un poco más contenta. Me traía chocolatinas y hasta me regaló un libro de Botánica, porque pensó que eso me animaría. Que me apetecería leer algo más que los diccionarios donde las letras cambiaban para hablarme.

Aún no podía escucharlas del todo bien. Pero me sentía animada otra vez. *Viva*. Quizás todo era cuestión de ajustar la medicación, como decía el doctor O'Laoire. Y nadie mejor que yo misma para controlarme, para medirme.

Por eso cada noche arrancaba todos los dibujos de la habitación para sustituirlos por otros nuevos. Por los hilos de luz y oscuridad que asomaban en las esquinas de mi visión, por las moscas que hablaban demasiado alto y las lámparas que cambiaban de color. Y en todos, aunque no lo viera, dibujaba a Adam. Tenía miedo de olvidarlo si no lo hacía. De que los pequeños detalles se desvanecieran como si nunca hubieran formado parte de él.

Las cosas olvidadas eran peligrosas, porque no tenían recuerdos que las contuvieran o las frenaran. Si alguna vez me encontraba alguna Cosa Olvidada en mi habitación, tenía que dejarla libre. Si alguien la había olvidado era por una razón.

El miedo me cargaba como si fuera toda la cafeína que me había obligado a dejar de lado. Tenía miedo de que, abriendo el muro que separaba la realidad de mi mundo, el espacio fuera demasiado pequeño para que Adam

pasara. Y también temía que fuera demasiado grande; que las grietas dejaran escapar mi infierno otra vez. Tenía miedo de tener que olvidar todo esto. Miedo a que Carrie y mi madre volvieran a tenerme miedo.

Miedo a tener que deshacerme de lo que había sido mi vida todos aquellos meses. No era una paranoia, doctor O’Laoire; era mi vida. Fue mi vida. Fue la única vida que conocí.

No podía arrancármela a base de pastillas.

La punta del lápiz se partió de la fuerza con la que rayaba el papel. El crujido se parecía demasiado al hielo rompiéndose, a la risa de Adam, y por eso no paré de dibujar.

Tenía miedo de quererle, pero ya era demasiado tarde.

Tenía miedo de dejar de hacerlo.

—Vuelve, vuelve, vuelve... —murmuré, una y otra vez, como si formara parte de un nuevo hechizo de *El Libro de las Sombras*. Empecé a dibujar círculos en el papel, cada vez más pequeños.

Y el aire siguió helándose. La brisa de la ventana se enfureció, como si quisiera echarme de aquel hospital a patadas. A ella también la dibujé, sin dejar de llamarle a él.

Una sonrisa cruzó mi rostro.

—Has vuelto —murmuré, sin apartar la mirada del papel. Porque de pronto el Adam del dibujo movió la mano para saludarme y me guiñó el ojo, y la poca luz de la luna que se colaba por la ventana no llegó hasta el suelo, porque el cuerpo de Adam apareció para taparla.

Estaba a mi espalda. Oí su risa un segundo antes de que su mano rozara la mía y su voz se oyera junto a mi oído.

—Sabes que no puedo marcharme —dijo.

Pero era mentira.

Me había abandonado todo este tiempo; sus átomos encerrados en cada pastilla de colores. Me giré para mirarle, pero él no había terminado de hablar.

—Aunque debería hacerlo, Bree. No puedo estar aquí.

No llevaba puestas las gafas ni la sudadera, sino que vestía el mismo pijama de hospital que yo. Los ojos le brillaban al mirarme con una expresión que se balanceaba entre la pena y la ternura. Una expresión que se parecía demasiado a una despedida.

Otra vez.

—Llevas mucho tiempo aquí y nunca te ha importado. —Tragué saliva—. No antes de que descubrieras que estoy loca, al menos.

—Ese es el problema, Bree. No estás loca, pero no estarás bien mientras yo esté aquí, ¿lo entiendes? Tengo que irme.

—Pero me necesitas para irte —insistí, dejando el lápiz en el suelo para poder cogerle de los brazos con ambas manos, acercándole más a mí—. Me lo dijiste, Adam, no podrás cruzar al Otro Lado hasta que llegue el verano. Espera al verano, por favor. No te vayas todavía...

Él se separó con cuidado; sus labios inclinados en una mueca triste.

—No me refiero a ese viaje, Bree. Y lo sabes. En el fondo lo sabes. —¿Estaba llorando? Sus ojos reflejaban demasiado la luna como para estar hechos de agua. Quizás se había tragado el lago. Quizás había vuelto a donde empezó todo, para terminarlo sin mí—. Durante todo este tiempo, he sido yo el que no debería estar aquí. Yo y todos tus fantasmas.

Me mordí el labio con tanta fuerza que no tardé en notar el sabor metálico de la sangre.

—Tú no eres solo un fantasma, Adam —dije—. No para mí.

Pero no era lo que él quería escuchar. Sacudió la cabeza y se puso en pie, dejándome sentada en el suelo con todos los dibujos a mi alrededor.

—Tengo que irme —repitió.

—Es eso lo que quieres, ¿verdad? —Me puse en pie de un salto y le di un golpe en el pecho para empujarle a la pared—. Eso es lo que has querido todo este tiempo. Marcharte. Quieres librarte de mí y dejarme sola, abandonarme como lo hizo mi padre, ¡como lo hacen todos! —Me aparté las lágrimas con el puño cerrado—. Nunca quisiste quedarte. No conmigo.

—Bree, no...

—¿No querías irte? ¡Pues vete! ¡Vamos, vete! —Le empujé de nuevo, pero no conseguí que se moviera ni un centímetro. Se tambaleó y se mantuvo con los pies en el suelo y las manos en alto—. ¡Vete! ¡Vete!

Me miraba como si estuviera loca.

Él, que era mío.

Que no existía.

Quizás lo estaba.

—Bree, cálmate —decía, y su voz se unía al eco de otras voces más graves. Voces que no quería escuchar—. Bree, no soy el único que está aquí. Tienes que calmarte.

Me llevé las manos a las sienes, levantando el cabestrillo. Cuando cerraba los ojos, su cara no desaparecía; se multiplicaba. En medio de la oscuridad veía a mil Adams, y solo uno me miraba con cariño. Los demás no me querían aquí. Los demás querían matarme.

El murmullo de voces se incrementó y se hizo cada vez más nítido. Me susurraban que no valía nada. Que estaba loca, que iba a morir, que nadie me esperaba fuera del hospital. Nadie me necesitaba, ni siquiera mi madre. Estaba recomponiendo su vida sin mi ayuda.

—¡Vete! —grité. Hubiera chillado más alto si las lágrimas no me ahogaran.

—Bree... —Adam se acercó y volví a empujarle, con rabia.

¿No se daba cuenta? Estaba loca. Oía mil voces, veía mil caras. No, no podía verlas porque no estaban allí, no realmente. Pero para mí lo estaban. Adam lo estaba.

—¡Vete, joder! ¡Desaparece de una vez! —No me molesté en seguir empujándole y le golpeé el pecho con los puños, sollozando que se marchara. Le golpeé hasta que me quedé sin fuerzas y me dejé caer sobre su pecho, empapándole el pijama de lágrimas. Y Adam me abrazó, aunque no estaba ahí. Me dio un beso en la frente y siseó para que me calmara.

Mis golpes no le habían hecho daño. Porque no había nada. No era nadie.

Y aunque le pedía que desapareciera, me abracé a él como si no quisiera que se marchara nunca.

Una luz en el exterior de la habitación me hizo apartarme de golpe. Se oían voces, y ya no sabía si estaban dentro de mi cabeza o eran las de los enfermeros. Ya no podía distinguirlo. Los dos me llamaban.

—Vete —murmuré con los ojos cargados de lágrimas. La misma palabra que mi padre repitió en mi cabeza una y otra vez, marcada en sangre. Quizás nunca estuvo destinada a que yo la oyera, sino él.

No esperé a ver cómo desaparecía y salí de la habitación, arrastrando las pantuflas por el pasillo. Un par de enfermeros habían salido de la garita de guardia con sendas linternas. Su luz me cegó por un segundo, pero también me indicó hacia dónde correr.

—¿Bree? —decían. O quizás no eran ellos. Quizás ellos tampoco existían —. Bree, ¿qué ocurre?

Sacudí la cabeza y corrí hacia la puerta que habían dejado abierta: la sala de los enfermeros, donde guardaban cazafantasmas en forma de pastillas. Ellos debían de estar demasiado cansados para frenarme, o yo demasiado harta de ser frenada, porque sus manos parecieron resbalar por mi piel cuando me colé en la habitación.

Fui directa al cajón de las pastillas.

—Bree, estate quieta. Vuelve a tu habitación ahora mismo.

Mis manos buscaron solas el bote de pastillas con mi nombre, desesperadas. Quería que Adam desapareciera para que verle dejara de doler. Quería que desapareciera de mi memoria, que olvidara que alguna vez quise a alguien que no existía.

Las manos de los enfermeros me agarraron antes de que pudiera hacer nada. Debieron de ganar fuerza, o yo la perdí, porque no les costó apartarme del estante y dejarme patalear en el aire.

—¡Dadme las pastillas! —grité—. Las necesito, por favor... Por favor... Todo empezaba a dar vueltas.

—Bree, cariño, tienes que calmarte —dijo una enfermera joven mientras su compañero me mantenía agarrada. Llevaba las manos por delante, como si estuviera intentando acercarse a un animal salvaje—. Estamos aquí para ayudarte, ¿vale? ¿Qué ha pasado? ¿Qué estás viendo?

No podía contestarles si seguía llorando tanto. Si los fantasmas seguían persiguiéndome y las voces gritaban tan alto.

Y en medio de aquel caos, Adam se asomó por la puerta de la sala de los enfermeros, en silencio. Se apartó el pelo de la cara y me miró, compadeciéndose. Despidiéndose.

—Un amigo —murmuré.

—¿Un amigo? Eso está bien, Bree. —Eso lo decían siempre, a todos. «¿Te has vestido tú solito hoy, Steven? Eso está muy bien»—. Estás bien, tranquila, te vamos a ayudar, ¿de acuerdo? Pero tienes que tranquilizarte.

—No, no estoy bien —dije, intentando zafarme de los brazos del enfermero. Las piernas me flaqueaban—. Estoy viendo a un amigo y eso es lo que más me duele. Que no podré verlo nunca más. —Me mordí el labio. En lo que duró un pestañeo, Adam se acercó hasta mí, junto a la enfermera que nunca podría verlo, y me acarició la mejilla con cuidado—. Y quiero y no quiero verlo, todo al mismo tiempo. Quiero olvidarlo para que deje de doler. Solo quiero que deje de doler...

Caí de rodillas al suelo, llorando, y el enfermero hizo un esfuerzo por sostenerme. Mientras, su compañera le hacía gestos con la cabeza para que me inyectaran alguna pócima mágica que hiciera que el mundo dejara de importarme.

Adam se sentó a mi lado en el suelo, con su rostro a solo un palmo de distancia del mío.

—Yo no voy a olvidarte, Bree —dijo. Luego me besó.

Una vez en la frente, otra en la mejilla.

El doctor O'Laoire estaba preocupado por mí. Eso decía.

Decía que esa era la razón por la que me limitó de nuevo las visitas y los permisos, y volvió a marcar mi salida de la unidad psiquiátrica como «indefinida». Me recetó unas nuevas pastillas, esta vez más fuertes.

—Van a ser solo temporales, hasta que consigamos reducir un poco los síntomas. Luego volverás a las que estabas tomando, pero quizás ajustemos las dosis. —Eché un vistazo a sus papeles y suspiró. No estaba pensando en ellos; estaba pensando en mí. En lo mal que lo estaba haciendo y en lo mal que podía ponerme si seguía así—. Tienes que tomarte las pastillas, Bree —dijo—. No puedo ayudarte si no lo haces. Tienes que confiar en nosotros.

Tienes que hacer un esfuerzo, tienes que recuperarte, tienes que olvidarte de Adam, tienes que pasar página, tienes que esperar a que haga efecto, tienes que tranquilizarte, tienes que *morir*.

Demasiadas órdenes y demasiadas voces. Estaba cansada de escuchar lo mismo, una y otra vez, y no ser capaz de obedecer a nadie. Cansada de sentirme una marioneta con las cuerdas rotas.

—Aun así —dijo el doctor O'Laoire, mientras limpiaba las gafas de vista en el borde de su bata—, tengo que darte la enhorabuena por tener el valor de contarnos que habías recaído, Bree.

Una risa se me escapó entre dientes.

—No se puede recaer si nunca se ha estado de pie.

Él frunció los labios.

—No infravalores tu progreso. Estabas mejor, aunque tus síntomas no llegaran a remitir del todo. Es cuestión de tiempo. La recuperación no es lineal, no ocurrirá de la noche a la mañana, pero eso no significa que merezca la pena rendirse. Lo importante es seguir avanzando, siempre. —Parecía que estuviera sacando cada frase de los sobres de azúcar—. Con cada pastilla estás más cerca de recuperarte. De que todos esos fantasmas desaparezcan.

Tragué saliva. El problema es que aún quería que uno de ellos se quedara.

—Me seguiré esforzando —murmuré, porque sabía que era lo que él quería oír. El doctor sonrió de oreja a oreja.

—Pues claro que sí. Me alegra mucho que vinieras aquí y pidieras la ayuda que necesitas, Bree. Eso es muy valiente.

Le había cambiado la voz a ese tono paternalista que utilizaban tanto en el hospital, ese que te recordaba constantemente que, sin importar tu edad o tu lucidez, tú eras el paciente y ellos, los doctores, o trabajadores, o voluntarios, o lo que fuera. Los sanos y cuerdos. Podías gustarles, y era posible que de verdad quisieran verte bien, pero cuando te hablaban así era inevitable sentir esa distancia. Esa grieta que nos separaba. Tú seguías estando roto y podías derrumbarte en cualquier momento, no ellos.

El doctor O’Laoire cogió todos los papeles que había sobre la mesa y los ordenó dando pequeños toques.

—Bueno, creo que eso es todo —dijo—. Enseguida os traerán la comida.

—Doctor, espere. —Me despegué del asiento para evitar que él lo hiciera—. Yo... Tengo una pregunta todavía.

—Adelante.

—Es sobre mi padre. —Carraspeé, acomodándome en el asiento. Quería darle la sensación de estar mucho más cuerda y lúcida de lo que en realidad estaba—. Me gustaría que me hablara de él. De su estancia aquí, de..., de cómo era.

El doctor O’Laoire me miró de soslayo y chasqueó la lengua.

—Sabes que eso es confidencial, Bree.

—Pero está *muerto* —insistí. La palabra salió llena de furia, como si quemara, porque hacía meses que para mí había dejado de estarlo—. Está muerto y lo que le mató puede matarme a mí, ¿no es así? Solo quiero entenderlo.

—Tengo entendido que tu padre falleció en un accidente de tráfico, Bree. Aquí estás a salvo.

Sacudí la cabeza.

—Estoy aquí exactamente por lo mismo. Los dos teníamos una voz pidiendo que nos subiéramos a ese coche. Y él... Él...

Él no tuvo mi suerte, pensé. Pero quizás había tenido más suerte todavía: después de todo, en el Otro Lado no podías escuchar demonios ni ver fantasmas. Quizás estaba en paz, a salvo.

Quizás Paige fue su forma de estar en paz, como Adam era la mía. La diferencia es que querer a Adam no me había obligado a dañar a nadie más.

Excepto a mi madre, a Gina, a Carrie, a todo aquel que alguna vez intentó querermme.

Me mordí la lengua. Puede que no nos diferenciáramos tanto.

—Entonces, deduzco que él, igual que en tu caso, no estaba tomando la medicación adecuada. Siento mucho lo que pasó, Bree. Fue una tragedia, pero es inútil buscar culpables ahora.

Negué con la cabeza.

—No lo entiende. No es cuestión de buscar culpables. No es su muerte lo que me importa, sino su vida.

—No soy el más adecuado para hablar de ella, me temo.

—*Necesito* hablar de ella —insistí, clavando las manos en la mesa con un gesto que hizo que el doctor se sobresaltara. Aún no había relajado su ceño fruncido—. No me recuperaré solo a base de pastillas, doctor, ¿no lo ve? Tengo demasiadas heridas. Demasiadas emociones que no entiendo. Necesito que alguien me escuche.

¿Esa era la razón por la que mi madre empezó a ir a Christine? Para que alguien la escuchara. Para que alguien ordenara el caos que tenía en su cabeza y le ayudara a lidiar con el miedo, con la culpa y con el duelo.

—Me he pasado mucho tiempo sintiendo que quería odiar a mi padre y odiándome a mí misma por quererlo todavía. He justificado todo el daño que nos hizo para después no querer saber nada de él. He llorado su pérdida y lo he echado de menos. Y luego me he preguntado por qué lloraba por alguien que nunca lloró por mí. —Me hundí en el asiento, haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas. El doctor O’Laoire se mantuvo en silencio, invitándome a seguir hablando—. Pero eso no es verdad, ¿a que no? Usted conoció a una persona distinta a la que conocí yo. Y quizás me ayude a entender qué fue lo que me dolió tanto: si fue su muerte o el hecho de que para mí muriera mucho antes, cuando nos abandonó por alguien que no existía.

—Bree...

—Cuando empecé a ver fantasmas, una parte de mí se sentía... aliviada, importante. Mi padre se estaba esforzando en que lo viera, en que lo escuchara, aunque lo hiciera a base de amenazas y visiones. Y estaba feliz porque eso significaba que le importaba lo suficiente para intentar contactar conmigo. —Me aparté las lágrimas con rabia y cogí aire—. ¿Cree que eso lo van a cambiar las pastillas? Deme razones para querer sanar, doctor, no más recetas. Yo ya no las encuentro.

El doctor O'Laoire arrastró un paquete de pañuelos al borde de la mesa, con sutileza, como si estuviera interrumpiendo algo.

—Te buscaré un psicoterapeuta que pueda ayudarte. Pero solo si prometes que seguirás tomándote las pastillas, Bree. No servirá de otro modo.

Asentí, cabizbaja.

Él me miró por encima de sus pestañas, todavía con esa mueca triste en los labios. Ni que fuera él al que le perseguían los fantasmas. Se inclinó hacia delante y juntó las manos sobre el escritorio antes de sonreírme.

Su pregunta me pilló por sorpresa:

—Ahora dime, ¿qué quieres saber sobre tu padre?

Todo.

Sabía que las pastillas hacían efecto porque me encontraba más relajada, no porque las alucinaciones desaparecieran. Simplemente, dejaban de importarme. Cuando veía a personas sin rostro, o seres traslúcidos que me pedían ayuda, me limitaba a colocar un bloc de dibujo sobre las piernas y a retratarles como si estuvieran posando para mí.

—¿Quién es ese? —dijo Evan. No pude evitarlo, y su diagnóstico apareció junto a su nombre en luces de neón. Bipolaridad tipo II. Mucha gente no sabe que hay dos tipos de bipolaridad, sobre todo porque son esas mismas personas que creen que cuando lloran y ríen en el mismo día, o tienen cambios bruscos de humor, ya se han ganado ese diagnóstico. Pero apostaría la pierna que no me dolía a que no se atrevían a ingresar en la planta como lo había hecho Evan.

Además, Evan era bipolar II, que en mi opinión era peor que ser bipolar I porque, cuando sus episodios hipomaniacos no eran exagerados, apenas le hacían caso. Así es como empeoró con el tiempo: creyéndose lo que la gente consideraba «normal» y esperando a estar «lo suficientemente enfermo» para pedir ayuda.

Eso me lo había enseñado Christine, que ahora venía al hospital a verme dos veces a la semana. Que no tenía que esperar a que las paranoias se hicieran demasiado grandes para pedir ayuda, porque entonces ya estaría convencida de que eran ciertas.

Era muy duro no poder fiarse ni de lo que uno pensaba.

—Una sombra muy pesada —le dije a Evan, que se había inclinado para ver mi dibujo—. De hecho, la tienes justo detrás.

Fingió que le recorría un escalofrío.

—Joder, Bree, no me digas eso. Si me pongo en medio, ¿desaparecerá?

—Lo dudo. Es una sombra, así que...

—¿Por qué no le pones nombre?

Levanté una ceja.

—¿Algo como «sombra»?

Evan rio. Tenía una sonrisa bonita. No me hubiera extrañado encontrármelo trabajando en una cafetería y repartiendo sonrisas entre los clientes. Quizás lo hacía antes, cuando estaba bien.

—No, algo como... Yo qué sé, Jackson. O Miranda, si es chica.

Una suave risa se me escapó entre comisuras.

—Es una *sombra*, Evan.

—Porque tú la has llamado así. —Se cruzó de piernas en el suelo, a mi lado. La sombra se volvía cada vez más grisácea, como si pudiera escucharnos—. Mira, mi mujer y yo teníamos un juego que al principio me pareció una tontería, pero que luego me ayudó mucho. Ella le puso nombre a mi depresión; un nombre absurdo, como «garrapata». Parece un juego de niños, lo sé, pero cada vez que le decía algo en medio de un episodio, ella me recordaba que no era yo quien hablaba; era la garrapata. Si conseguía separar la enfermedad de mí, tratarla como una persona, como un ser... Podía enfadarme con ella. Podía hartarme de ella y podía empezar a luchar por mí. —Me dio una palmada en el hombro antes de levantarse, sin mudar la sonrisa. Siempre sonreía cuando hablaba de su mujer. Tenía suerte de que ella fuera real—. Eso sí, hazte un favor y busca un nombre más original que garrapata. Yo voto por Miranda.

Le devolví la sonrisa y me giré hacia la sombra con la intención de bautizarla, pero parecía que nuestra conversación la hubiera espantado. Ya no había nada que retratar, pero sabía que volvería. Siempre volvían. No creía que lo de los nombres arreglara mucho.

Después de todo, algunas de mis sombras ya tenían nombre propio.

Como Adam.

A veces, justo cuando más lo necesitaba, la vida envolvía regalos en forma de metáforas. Sustituía la brisa que me hablaba por silencio o premiaba cada pastilla que tragaba con mi postre favorito para cenar. Y cuando creía que todo estaba perdido, me devolvió lo que no sabía que necesitaba: algo de esperanza.

El doctor O'Laoire fue compasivo conmigo y, además de las visitas programadas de Christine, volvió a restituir el permiso para visitas, siempre que fueran dentro de la unidad. Cuando me levantaba cada mañana para mirar

los anuncios en el tablón —«Pedir un pijama talla L (Sarah)»; «menú vegetariano para Mario y Bob»; «Taller de guitarra los martes a las 18:00. ¡Únete aquí!»; «TU ENFERMEDAD MENTAL NO TE DEFINE»—, el nombre de mi madre ocupaba todos los huecos reservados para visitas.

Pero no el de Carrie.

Me había acostumbrado a las sombras en las esquinas, a oír murmullos, salir de mi habitación y no ver a nadie, a no distinguir cuando una pesadilla era real y cuándo estaba dormida. Aprendí la diferencia entre vivir y existir gracias a mis compañeros; porque también me acostumbré a escucharles.

Pero no estaba acostumbrada a que el revuelo viniera de fuera.

—Por favor, estoy segura de que el doctor O’Laoire lo entenderá. ¿No hay nadie de guardia?

La voz de Carrie hacía eco por todo el pasillo, a pesar de hallarse en la entrada del pabellón, con un enfermero cruzado de brazos impidiéndole el paso.

—Lo siento, pero no tiene permitido...

—Le hará bien. Por favor, déjeme preguntarlo al menos.

Di un paso hacia delante, anudándome la bata que me cubría el pijama.

—¿Carrie? —pregunté, aunque desde tan cerca no había duda de que era ella. Seguía con el pelo encrespado y recogido con una banda de colores chillones, con las ojeras bajo los ojos y el recorrido de unas lágrimas que ya no estaban ahí trazado en las mejillas. Por un momento me creí lo peor.

—Déjeme hablar con ella. Por favor. —Carrie se tomó el bufido del enfermero como una invitación y le dio la espalda, acercándose a mí de brazos cruzados.

La última vez que nos vimos, ninguna de las dos reconocía a la otra. Yo la veía demasiado ciega y ella a mí, demasiado rota. Las palabras que nos hirieron parecían abrirse camino de nuevo, pero Carrie suspiró y miró al suelo, como si así pudiera disiparlas.

—Bree... Tengo... Tengo que hablar contigo. —Levantó la mirada—. Es importante.

El enfermero se interpuso entre nosotras.

—No se lo volveré a repetir: tiene que esperar al horario de visitas, señorita.

—Es urgente —insistió, pero el enfermero ya la alejaba con una mano—. Bree, tienes que hablar con tu médico cuanto antes y que te deje salir, tienes que...

—Señorita, por favor.

—¿Qué? ¿Por qué? —dije. No estaba segura de haberla escuchado bien, no después de que en la unidad me ganara el título de «Fugitiva». No entendía por qué Carrie quería verme fuera.

Pero su boca se rompió en una sonrisa.

—Gina ha despertado.

Mi madre dejó libre el hueco de aquella tarde en horario de visitas y se bajó para hablar con los Clarke mientras Carrie subía para hablar conmigo.

Me sentía un condenado esperando la horca. Me quedé tiesa sobre el asiento de la sala de visitas, mirando los dibujos de los demás internos que colgaban de las paredes. No sabía si Carrie me recibiría riendo o llorando, odiándome o buscándome. Ni siquiera sabía cómo estaba Gina. Había despertado, sí, pero quizás ya no era ella. Quizás no recordaba nada, quizás recordaba demasiado. Quizás las dos se unirían para darme la espalda.

Lo peor de la medicación era sentirme más lúcida, más presente. Era darme cuenta de que la última vez que Carrie me vio estaba dominada por unos fantasmas inexistentes, y que ahora no había forma de demostrarle que ya no los veía. No había forma de prometerle que no volvería a verlos.

Mi cabeza parecía jugar a la cuerda floja entre la cordura y mis miedos. Y caí justo cuando Carrie abrió la puerta.

Era la primera vez que la veía arreglada desde que llegamos al hospital, con los labios pintados de carmín y la blusa planchada. A su lado parecía una niña pequeña a la que habían sacado de la cama a rastras. Carraspeó antes de sentarse en el sillón de enfrente, como si no estuviera segura de si era lo que le correspondía.

—Hola —murmuró—. He dejado a Gina con sus padres un rato, se morían por verla y decían que yo estaba acaparando todo el espacio. —Hizo un amago de sonrisa—. Aunque tenía ganas de que me diera un poco el aire, la verdad. No me imagino cómo debes de estar tú.

«No, no te lo imaginas».

—Estoy mejor —murmuré; en parte porque era verdad, si a eso podías llamarlo mejor, y en parte para defenderme. Para que no huyera. No podría mantener una conversación superficial durante mucho más tiempo—. Carrie, lo que pasó la otra noche, yo...

—No tienes que explicarme nada —dijo, frunciendo el ceño. Como si el recuerdo le doliera. Como si fuera ella la que se hubiera vuelto loca—. Ya me

lo ha explicado Gina.

—¿Qué? ¿Ella...?

—Tiene muchas ganas de verte, ¿sabes? —No lo dijo con rabia ni celos, sino con curiosidad—. Preguntó por ti enseguida y me enfadé muchísimo porque no lo entendía. No entendía cómo después de pasarme día y noche con ella, después del infierno que habíamos vivido, era a ti a la primera persona a la que quería ver. Y no se sorprendió nada cuando le dije dónde estabas.

Parpadeé.

—Pero ¿está bien? ¿Está...?

—Eso es lo primero que me pregunté yo, sí, pero está genial. Necesita reposo y esas cosas, pero los doctores le dieron un buen pronóstico desde el primer día. Era a mí a la que le costaba creerlo. —Frunció los labios—. Estaba tan..., tan *lejos*, Bree. Pensé que nunca la recuperaría. Pensé que tú querías todo esto y... Creo que te debo una disculpa. Me empecé en culparte de algo que no... No... Bueno, algo que no entendía.

Jugueteaba con el bajo de su falda entre las manos, sin atreverse a mirarme. Parecía que todos los engranajes de su cabeza se estaban colocando en su sitio entre chirridos, y por eso se empequeñecía tanto. Porque costaba separarme a mí, a la Bree que sabía que nunca tiraría a su amiga por las escaleras, de la Bree en la que me convertía la enfermedad.

Yo aún no estaba segura de que fueran dos personas distintas.

—No tenía que haberte dicho todo lo que te dije. Lo siento —murmuró.

Sacudí la cabeza. Una parte de mí esperaba que reculara, que en cualquier momento se echara atrás y empezara a reírse de sí misma por lo que estaba diciendo. Me decía que esto no era lo que tenía que pasar, que Carrie tenía que odiarme. La familia de Gina tenía que odiarme. Estaban aquí por mi culpa, todos, y aun así encontraban la fuerza para perdonarme. No lo merecía. Hubiera sido mucho más sencillo que Carrie me recibiera con una bofetada y que no volviera a hablarme.

Arrugué la nariz.

—¿Gina nos escuchó? —pregunté. Carrie levantó una ceja—. Has dicho que fue ella quien te lo explicó. ¿Te referías a su cumpleaños?

Se encogió de hombros.

—Más o menos. No recuerda nada después de esa noche, si es lo que estás pensando. Pero ella te... Te vio. Te escuchó. Y luego, después de lo que hiciste en el vestíbulo la otra noche, yo... —Apretó con fuerza los ojos, como si estuviera conteniéndose para no llorar—. Me di cuenta de que no eras tú, no realmente. Estabas sufriendo. Tú nunca hubieras querido hacer daño a

Gina, pero yo me empeñé en culpar a alguien, en odiar a alguien y... Todo este tiempo solo ha sido culpa mía.

Sus palabras me parecían totalmente fuera de lugar. A Carrie debían de habersele cruzado los cables; ella estuvo con Gina desde el primer momento. Cuando cayó del último escalón, cuando la subieron a la ambulancia, cuando la trasladaron a la habitación, cuando le dieron las malas noticias. Carrie le había dado todo el amor que tenía para salvarla.

Pero al amor no salva; solo cura. Y con eso a veces no era suficiente.

No lo fue conmigo.

—Tú no tuviste nada que ver, Carrie.

—Pero tendría que haberlo visto venir. Tendría que haberme dado cuenta de que te pasaba algo, joder. Eres mi amiga y yo... Yo...

—Y tú por supuesto que no viste mis demonios, Carrie, porque nunca fui un demonio delante de ti. —Levanté la cabeza hasta encontrarme con sus ojos—. No fue tu culpa.

Se removió en el asiento. Se mordía el labio con tanta fuerza que sentía que en cualquier momento comenzaría a sangrar.

—Tampoco la tuya. Y no quiero pensar en el infierno que ha sido que creyeras que sí. —Se apartó una lágrima con prisa, con rabia—. Eso también me lo ha dicho Gina, por cierto.

La lágrima acabó cayendo en la comisura de su sonrisa.

—Sabe lo que me pasa entonces —dije. Ella solo asintió—. ¿Y no me odia?

—Solo odiamos a los demonios de los que hablas. —Volvió a encogerse de hombros—. Todos los tenemos, al fin y al cabo. La diferencia es que tú los ves. Y durante mucho tiempo pensé que era elección tuya, que podías plantarles cara y acallarlos, que era tan fácil como dar media vuelta y no hacer caso a lo que te dijeran. Porque pensé que eran inofensivos. Malos, pero inofensivos. —Alzó la mirada para mirarme—. Ojalá no hubiera tenido que esperar a ver lo que te pasó aquella noche para darme cuenta de la verdad.

No sabía si se refería a la forma en la que grité los conjuros de *El Libro de las Sombras*, a las lágrimas cuando vi a Adam o al abrazo que le di al aire. No sabía si lo que le había confundido eran los arañazos con los que amanecí, tras toda la noche sedada sin recordar dónde había puesto las manos, o las palabras que pudieron salir de mi boca. A veces no coincidían con las que yo escuchaba desde dentro.

Me removí en mi sitio. De pronto, me sentía demasiado consciente de mi pijama y mis pantuflas, de la barrera invisible que todavía nos separaba.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo entonces.

—Claro.

—¿Lo estás viendo ahora? —Me miró por debajo de sus pestañas, como si temiera herirme—. ¿A... Adam?

Ojalá.

—No. —Carrie frunció los labios; parecía decepcionada—. ¿Cómo sabes que lo veía?

Veía, en pasado. Solo decirlo dolía, como si las heridas de mi antebrazo volvieran a sangrar. Al menos ellas eran reales.

—Nos enseñaste sus dibujos. Bueno, dijiste que eran suyos, pero... Ya sabes. —Se encogió de hombros—. Luego te oí llamarle en el vestíbulo, así que no me costó atar cabos. Perdona si te ha molestado que preguntara. Pensé que... Pensé que en el fondo era bonito reunirse con un viejo amigo.

—Las alucinaciones no son bonitas, Carrie.

Bajó la mirada, cohibida.

—Ya, tienes razón. Lo siento. Joder, es que soy horrible para estas cosas. —Se pasó la mano libre por los ojos, con brusquedad, intentando arrancar cada lágrima—. Olvida lo que he dicho. Y perdóname, de verdad, yo... Solo quiero hacer las cosas bien de una vez. Y quería empezar pidiéndote disculpas por hacerte tanto daño.

«Igual que me lo hago yo», callé. A veces aún me pasaba: en mi cabeza se arremolinaban las palabras, sin dejar espacio para nada más, atropellándose unas sobre otras hasta que conseguía decirlas en voz alta. Pero controlarlas en el aire era todavía más difícil, y acababa apagándome. Dejaba que el resto de la gente imaginara todo lo que cruzaba mi mente.

Todo el odio, todas las voces, todo este cansancio.

Carrie se acercó un poco más a mí y me rozó el brazo con una mano, pero la apartó de un tirón en cuanto se abrió la puerta de la habitación.

—Bree, ¿con quién hablas? Habíamos cancelado la visita de esta tarde.

Una de las enfermeras asomó la cabeza y el corazón se me paró de golpe. Mi mirada pasó directamente a Carrie, a sus rizos, a sus labios, a las pulseras que tintineaban en su muñeca, a su mano sobre los muslos, a sus ojeras, a su camisa, al color pistacho de la banda de su pelo, a las zapatillas desgastadas que hacía chocar unas con otras mientras balanceaba los pies desde el sillón.

No podía ser una alucinación.

No quería que fuera una alucinación.

No quería volver a estar *sola*.

—Yo... —La voz se me quebró. Apenas podía ver a la enfermera; las lágrimas lo nublaban todo.

Quizás ella tampoco existía. Quizás Gina ni siquiera estaba en este hospital, quizás yo no había llegado a salir de la habitación. Quizás seguía soñando y esto estaba a punto de convertirse en una pesadilla.

—Conmigo. —Carrie se levantó y se acercó a mí, saludando con una mano. Para mi sorpresa, la enfermera se giró hacia ella nada más oírla—. Soy Carrie, una amiga. La madre de Bree canceló su visita para que pudiera verla hoy.

La enfermera parpadeó.

—Ah, perdona, no te había visto. Entonces nada. Solo quería recordarte que en quince minutos subiremos la merienda, Bree.

—Gracias —murmuré, todavía con el miedo atravesándome la garganta. La enfermera se despidió de las dos con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

—¿Te has asustado? —dijo Carrie, inclinándose hacia delante.

—Culpa mía. —Intenté sonreír—. Debería haberme asegurado de que eras real antes de empezar a hablar contigo.

—Bree, querida, no es que te subestime, pero no serías capaz de inventarte alguien tan complejo como yo. —Puso los ojos en blanco con una media sonrisa, pero la expresión desapareció enseguida de su rostro—. ¿Es muy pronto para decir esto?

Ladeé la cabeza.

—¿Para decir el qué?

—Ya sabes, para... No sé, bromear.

La forma en la que Carrie miró al suelo, como si intentara esconderse, me arrancó una suave risa.

—Carrie, por favor. Si no bromearas, empezaría a sospechar que tú también eres una alucinación. Lo echaba de menos.

Su sonrisa le iluminó todo el rostro.

—Esa ha sido buena. —Se llevó las manos a la espalda con un suspiro—. Entonces, tengo permiso para hacer bromas con todo esto, ¿no? Gina tiene que estar harta del repertorio de siempre. Me ha escuchado hablar de bellas durmientes cuatrocientas veces desde que despertó.

Miré a sus ojos sinceros, y una llama de esperanza pareció prender en medio de aquella habitación. Quizás esto era lo que llamaban fe. Creer que Gina podía perdonarme, que la esquizofrenia no dolía, que algún día las tres volveríamos a cantar música *country* en el coche de Carrie.

Creer que podíamos volver a estar bien.
—Todas las que quieras —dije.

No me costó convencer al doctor O’Laoire para que me dejara bajar un par de plantas, siempre que uno de los enfermeros de turno —uno que no se creyera que Carrie era una alucinación, a poder ser— me acompañara en el ascensor y se quedara esperando en la puerta. Quise imaginarlo como un guardaespaldas y no un verdugo.

En el ascensor, cogida de la mano de Carrie, aproveché para intentar arreglarme el pelo. En la unidad no teníamos espejos. Y lo agradecía, porque todavía me daba miedo que la imagen en el reflejo se moviera sin mi permiso; pero también hubiera agradecido estar un poco decente para el encuentro con Gina.

—¿Está bien? —pregunté a Carrie cuando el ascensor paró en la sexta planta.

—Está cansada, pero sí, está bien. —No era capaz de aflojar la sonrisa—. ¿Estás tú bien?

Me encogí de hombros.

—Me duele que vaya a verme así.

Carrie me dio un apretón en la mano, suave, e intentó quitarle importancia con un gesto.

—Hombre, es que el color de ese pijama no te favorece para nada, Bree, a mí también me dolería. —Me dio un suave codazo—. Pero no te preocupes, de verdad. No creo que encuentres a nadie más comprensivo que Gina con estas cosas. Cuando se lo contamos, ni siquiera pestañeó.

—Lo tomaré como algo bueno —murmuré con una sonrisa. No estaba del todo cómoda sabiendo que la primera noticia que Gina recibía de mí nada más despertar es que estaba ingresada en el pabellón psiquiátrico a raíz de un brote psicótico. Pero tampoco hubiera estado cómoda siendo yo quien le explicara mi enfermedad.

Una parte de mí todavía intentaba convencerme de que eran todo mentiras, de que tenía un don que los demás no tenían y que me trataban así por ser diferente, de que los fantasmas existían y mi padre todavía gritaba para que me marchara, y Adam todavía me suplicaba que me quedara con él. La misma parte que no se atrevía a darle nombre a la enfermedad. Lo hacía demasiado real.

Esquizofrenia.

O cuando el infierno bajaba a la Tierra.

Las puertas metálicas de la segunda planta se abrieron para dar paso a un pasillo demasiado iluminado; con grandes ventanales a un lado y los corredores que daban a las habitaciones al otro.

Tras la puerta 223, Gina seguía con su disfraz de princesa, rodeada de flores y con su pelo creando un halo dorado sobre las sábanas. Sus mejillas y sus labios habían recuperado el color, por fin.

Entré de brazos cruzados, cohibida, pero Carrie pasó por mi lado y se me adelantó.

—¡Gi! —dijo, como si aún le sorprendiera que siguiera despierta.

Se acercó hasta ella y la besó.

La sangre me subió a las mejillas. Sentía que estaba viendo algo que no me correspondía; un momento que les pertenecía solo a ellas. Aunque a juzgar por la forma en la que Gina cogía las muñecas de Carrie, que le acariciaba las mejillas, y por cómo ninguna era capaz de contener la sonrisa, supuse que no era el primero.

Carrie lloraba otra vez. Parecía que hubiera esperado siglos para darle ese beso y ahora quisiera devolverle la vida que todo aquel tiempo en coma le había quitado.

Le cogió de la mano y se sentó en el borde de la cama, dejando espacio para que Gina me viera. Le habían acomodado un par de almohadas a su espalda para que estuviera un poco más erguida. Su pijama era de color rosa pastel; el mío era azul.

—Hola, Bree. —Ella también se apartó una lágrima, como si no la hubiera visto llorar—. Tenía ganas de verte.

Fruncí los labios y bajé la mirada. No la creía. Tenían que estar engañándome, tenían que formar parte de un sueño o una alucinación. Tenían que odiarme.

—¿Lo dices en serio?

Gina abrió mucho los ojos, sin aflojar la sonrisa.

—Bueno, las primeras veinticuatro horas que pasé despierta estuve rodeada de médicos y enfermeros, así que sí, lo digo en serio. Tenía ganas de ver caras conocidas. —Sonrió un poco más—. De volver.

—Que sepas que, mientras estabas de vacaciones en tu Bahamas particular, aquí nos tenías preocupadas —dijo Carrie, dándole una palmada sobre la mano—. Sobre todo a Bree.

Mi lengua tropezó consigo misma buscando una respuesta. ¿De verdad Carrie pensaba eso? Era ella la que había pasado día y noche en la habitación de Gina, asegurándose de que seguía respirando y poniéndola al día aunque no la escuchara. Era ella la que hacía los trabajos de clase en la biblioteca del hospital y dormía sentada en el sillón de su cuarto.

Yo, en cambio, llevaba todo aquel tiempo encerrada en un lugar donde me aplaudían cada vez que tragaba una pastilla. Aprendiendo a vivir otra vez. A convivir con mis fantasmas. Intentando borrar de mi cabeza la noche que intenté convocarlos en su puerta.

—Bueno, yo... —titubeé, sin saber qué decir.

—Anda, tonta, acércate —dijo Gina, con un humor y una alegría que no veía en mucho tiempo. Dio unas palmaditas a la cama, invitándome a sentarme junto a Carrie—. Quiero ver cuánto has crecido.

Me abracé los codos, como si así pudiera empequeñecerme y ocultarme.

—He estado... —empecé.

—Arriba, lo sé. —Por primera vez, la expresión de Gina vaciló y se volvió una mueca—. ¿Te encuentras bien?

La pregunta me pilló desprevenida. Era ella la que todavía no se había levantado de la cama del hospital, no yo.

—Sí... Estoy mejor.

—¿Y cómo llevas el brazo? ¿Puedo firmarte la escayola?

A su lado, Carrie sacudió la cabeza.

—Ya le pregunté en la última visita y al parecer tiene unos enfermeros de lo más antipáticos, así que mejor esperar a que esté fuera.

—Espero que sea pronto. —Gina sonrió, con una fe que llevaba tiempo buscando.

Porque para creer tenías que querer creer. Y yo todavía no podía.

Carraspeé y me acomodé mejor entre las sábanas.

—¿Cómo estás tú, Gi? ¿Estás bien? ¿Del todo?

Carrie fue más rápida en responder:

—Aún necesita descansar un poco.

—No, estoy bien. —Dijo Gina, fulminándola con la mirada—. Sería capaz de ganarte al *Cluedo* y luego irme de fiesta contigo perfectamente.

—Y eso es lo que me preocupa. ¿Una fiesta? ¿En serio? ¿Quién eres y qué has hecho con mi Gina?

—Era broma —murmuró, como si no nos diéramos cuenta.

—Lo sé, boba. —Le dio un suave beso en la frente—. Lo del *Cluedo* me parece buena idea, aun así. Quizás pueda traer uno aquí. Sigo creyendo que es el juego más aburrido del mundo, pero te vendrá bien para estimular el cerebro, así que...

—¿Estimular el cerebro? —Gina chasqueó la lengua, ofendida—. Tengo el cerebro perfectamente, Carrie.

—Los médicos discrepan.

—Solo se está despertando. Dale tiempo.

—Carrie, ¿podrías dejarnos a solas un segundo? —Mis palabras llegaron antes a mis labios que a mi cabeza. Carrie cruzó una mirada rápida con Gina, como si quisiera pedirle permiso a ella también. Como si temiera que tuviera en un episodio en su ausencia.

Que podía pasar. Nadie me aseguraba que no estuviera ya en uno.

—Claro. —Se despidió de Gina con una sonrisa y un apretón de manos—. Estaré fuera, que me ha entrado hambre y las chokolatinas de la máquina me hacen ojitos. Portaos bien.

—Hazle compañía a mis padres, que los pobres están esperando con Dani fuera y está hecho un terremoto.

—A la orden. Ración doble de chokolatinas, entonces. —Sonrió.

Gina siguió a la chica con la mirada mientras desfilaba hacia la puerta. Suspiró cuando se cerró tras de ella.

—Al menos esta vez no me ha dicho que ni se me ocurra dormirme otra vez. —Sacudió la cabeza, con una sonrisa—. Se cree que puedo volver... a estar como antes. Que puede que no despierte. —Se encogió de hombros—. Deberíamos vivir más como si no fuéramos a despertarnos otra vez.

—¿Es Gina Clarke quien acaba de decir eso? ¿Estás segura de que todo va bien ahí dentro? —bromeé.

Por un momento se me olvidó que éramos dos pacientes en el mismo hospital, que la última vez que hablamos de mi boca no salían más que gritos; de sus ojos no salían más que lágrimas. Por un momento olvidé que tenía que odiarme. Olvidé que estábamos enfermas.

Éramos solo dos amigas reuniéndonos de nuevo, y parecía fácil.

—Va muy bien —dijo, apartándose el pelo por detrás de la oreja—. Es como si me hubiera reiniciado, ¿sabes? Como si todo fuera nuevo otra vez. Una nueva oportunidad. Estoy bien. Pensé que no lo diría nunca, pero estoy bien.

Me dolieron las comisuras al sonreír.

—Tenía miedo de que no lo dijeras nunca —murmuré. Sentí un nudo en la garganta—. No recuerdo lo que pasó, Gina, pero te juro que yo no quería... Yo nunca quise...

—Lo sé. —Con una bondad que no merecía, estiró la mano hasta rozar mis dedos—. Bree, si has venido a disculparte, puedes darte la vuelta ahora mismo. Mi infierno no ha sido peor que el tuyo.

—Yo estaba viva, Gi. Y tú casi dejas de estarlo por mi culpa. Porque fui tan estúpida que...

—No fuiste tú —dijo, con la frialdad con la que abriría un tajo en la piel—. Fue tu padre, lo sé.

—¿Qué?

¿Estaba bromeando conmigo? Porque no me hacía ninguna gracia.

Los pensamientos empezaron a crear remolinos en mi cabeza, enredándose unos con otros hasta encontrar una teoría que desmintiera sus palabras. O que les diera sentido. ¿Había visto Gina a mi padre? ¿Estaba ahí, aunque yo no lo viera? Estaba demasiado ocupada tratando de acallar a las voces y soñando con arrancarme los oídos. Pero, si Gina lo vio, ¿era una alucinación o los fantasmas estuvieron ahí todo aquel tiempo? ¿Y si Gina tampoco existía? ¿Y si todo esto estaba en mi cabeza? Podría haberme muerto en aquel accidente, en el coche. Este podría ser mi infierno. Un castigo que consistía en no distinguir qué era real y qué no, quién te quiere y quién te odia. Un mundo en el que me daba miedo quedarme a solas conmigo misma. En el que mi mente quería matarme.

—Cuando subí a mi habitación, te vi en el vestíbulo y estabas... Estabas fuera de ti. —Se mordió el labio, jugando con las sábanas entre sus dedos con la mano que quedaba libre—. Llorabas y no parabas de moverte, llamando a tu padre. Le decías que parara. Que te estaba haciendo daño. —Tragó saliva—. Quise tranquilizarte, pero tú no me veías, Bree. Solo lo veías a él. Ahora lo entiendo.

—No veía a mi padre. No realmente —murmuré—. No sabía lo que me pasaba, Gi.

—Es normal. Lo importante es que estés bien ahora. O mejor, al menos. —Me dio un suave apretón en la mano—. No me tienes que pedir perdón

porque sé que no fuiste tú. Sé que tú no querías y que estabas pasando por tu propio infierno sola. Solo me arrepiento de no haber estado ahí para ayudarte a tiempo.

—Tenías que estar para ti.

—¿Te recuerdo esa tarde en el coche, esperando a Carrie? Me puse como loca por una estupidez y tú...

—¿Por qué no estás asustada? —la interrumpí, en un intento de frenar los pensamientos que seguían bombardeándome—. ¿Te enteras de que estás en el hospital porque tu amiga está chalada y ve cosas que no están ahí y no dices nada? ¿No me dices nada?

—Bree, estoy bastante familiarizada con este tipo de cosas, ¿sabes? —No parecía ofendida; estaba tranquila. Quizás a ella también la habían medicado, como a mí. O quizás tenía que empezar a creer que en mi vida no todo el mundo me daría la espalda. Que había gente que quería entenderme—. No puedo juzgarte por algo que no has elegido.

Me aparté una lágrima antes de que ella la viera.

Tarde.

—Pero... Yo sí que no soy la Bree que conocíais, ni tú ni Carrie. En los últimos meses he vivido en medio mundo que no era real.

—Bueno, Bree, ¿y qué es la realidad, al fin y al cabo?

Parpadeé. Algo me decía que Gina sí que seguía siendo la chica que parecía tragarse enciclopedias y que se dormía respondiendo a preguntas imposibles.

—Pues... tú, por ejemplo. Eres real porque Carrie te ha visto, y Carrie es real porque la enfermera la ha visto, y el médico también, y tú también.

Y así es como juzgaba yo la realidad: por lo que otros veían. Por la forma en la que interactuaban en un mundo que cada vez me era más desconocido.

—Respuesta incorrecta —dijo ella—. Bueno, más o menos. Piensa con el cerebro, Bree.

—No sé pensar con otra cosa.

Puso los ojos en blanco.

—Entonces, según tú, la realidad es lo que ves y oyes. Y no con lo que fantaseamos o soñamos, o con... Con lo que tú ves, a veces —dijo. Me encogí de hombros—. Vale, ¿y cómo explicas las pesadillas, entonces? Esa sensación de miedo, de quedarse sin aliento, y la calma que sentimos cuando nos damos cuenta de que todo es un sueño. Pero no lo sabíamos antes, porque creíamos que era real. ¿Sabes por qué pasa eso?

—¿Vas a darme una clase de neurobiología a mí, Gi?

Dejó escapar una sonrisa.

—Entonces sí que lo sabes.

—Porque, cuando soñamos, nuestro cerebro reacciona de la misma forma que cuando experimentamos algo real —recité de memoria. No sabía a dónde quería llegar.

—Exacto. —Cerró los ojos con una sonrisa de autosuficiencia—. Así que, si lo que percibimos muchas veces no es del todo exacto, ¿cómo sabemos lo que es real y lo que no?

Sentía que la cabeza me iba a explotar.

—No sé si con esto me ayudas o lo empeoras, Gina —bromeé.

—Anda, no me digas eso. —Puso pucheros y levantó la mano en un intento de darme un suave golpe en el codo, pero se quedó sin fuerzas a medio camino—. Entender las cosas siempre ayuda a que podamos controlarlas mejor. Es bonito tener una explicación para todo. Para casi todo.

—Solo tú podrías decir eso. ¿Por eso estudiaste Ingeniería? ¿Para encontrar las respuestas?

—Para *crear* las respuestas, al menos. Dios, qué ganas de volver a clase.

Le llevé una mano a la frente con una sonrisa.

—Carrie tiene razón; necesitas descansar. No sabes ni lo que dices.

—Sé perfectamente lo que digo. —Suspiró—. ¿Tú no tienes ganas de salir de aquí?

Me llevé una mano al estómago, que de pronto parecía haberse vuelto un agujero negro que lo absorbiera todo. No podía contarle la verdad: que yo no quería salir de aquí. Que no veía el momento en el que saldría, porque ahora el mundo me daba miedo. Me daba miedo quedarme sola y que los fantasmas volvieran, me daba miedo no tener un tranquilizante a mano, me daba miedo volver a tener un episodio y que se volviera una mancha negra en mi memoria. Me daba miedo volver a hacerme daño. Al menos en el hospital tenía todo un equipo para frenarme.

—Solo si cuando salga soy otra vez una persona normal.

Gina sacudió la cabeza.

—No se puede ser «normal» en un mundo donde cada persona es diferente. No somos robots.

—Ya, bueno, pero yo veo cosas que no están ahí y tú no, Gi. Hago daño a la gente mientras duermo y luego no recuerdo nada. Eso no es ser normal, es... ser peligroso.

—Tener una enfermedad mental no te hace peligrosa.

—Gina, por Dios, ¿tengo que recordarte qué haces en esta cama?

—¡Deja de culparte! —Dio un suave golpe con el puño cerrado sobre la cama—. Escúchame, Bree, no eres menos normal por lo que te atormenta, ¿vale? Igual que yo no soy menos normal por... Por culpa de mi ansiedad. —A ella también le costaba darle nombre. Quizás esa era la razón por la que a Evan le funcionaba el truco de la garrapata; porque de alguna manera se enfrentaba su enfermedad. Le hacía sentir más libre—. Pero, para algunos, esa es la forma en la que aprendemos a lidiar con el mundo. Hay gente que puede sobreponerse a todo lo que se les venga encima. Otros preferimos protegernos de la realidad, a veces a través del pánico —me cogió de la mano— y a veces a través de las alucinaciones. Del alcohol, de la comida, de las drogas, del ejercicio, del trabajo, de las compras, de las mentiras. Si nos ponemos a mirar a la gente, apenas hay gente «normal», porque todos buscan una forma de escapar del dolor. Y eso solo nos hace más daño. —Suspiró, hundiéndose un poco más en la almohada—. Pero eso no significa que estemos rotos. Si te arrancaran tu enfermedad de cuajo, o a mí la mía, no aprenderíamos a aceptarlo. No serviría de nada. Hay... Hay que mirar el dolor a los ojos para poder darle la espalda.

Se puso de lado en la cama, no sin una mueca que señaló cómo su cuerpo aún trataba de recuperarse del accidente. Alzó la mirada hasta que sus ojos encontraron los míos, con una sonrisa.

—Por eso quiero salir —dijo—, para aprender a vivir con lo que soy. Para aprender a enfrentarme al miedo.

Yo todavía no estaba preparada, pero no se lo dije. Solo aparté la mirada. No sabía si alguna vez llegaría a estarlo.

—¿Ves? Así está mucho mejor.

Mi madre colocó una de sus acuarelas sobre la pared de la habitación con cinta adhesiva. A su alrededor aún quedaban los dibujos más recientes: la mayoría eran sombras de colores, o reflejos en el agua, o voces que parecían venir del viento y de las hojas. Era agradable ver algo real en medio de tantos fantasmas.

Mi madre había dibujado unas flores, casi tan delicadas como las fucsias que fotografié en el jardín de Degriffin. Tenía miedo de encontrarlas marchitas cuando volvieran, pero al menos en el cuadro de mi madre sobrevivirían.

—¿Te ha dicho algo el doctor O’Laoire sobre los dibujos?

Me encogí de hombros.

—Tiene asuntos más importantes de los que ocuparse.

Mi madre chasqueó la lengua.

—Bree, tú eres importante.

Pero no mis dibujos. No mis demonios. Era un paciente más al que medicar, uno de tantos.

Cuando el doctor O’Laoire me habló de mi padre, lo hizo a base de síntomas, de episodios, de las veces que pasó por su consulta. No conocía otra cara de él. No sabía que tomaba siempre tostadas para desayunar y un café con leche, que su máquina de escribir era su mayor tesoro y que por mi noveno cumpleaños transcribió todos los cuentos que inventé cuando era niña. No sabía todas esas cosas que le hacían el padre que recordaba. El padre que quería recordar, aunque no todo en su vida hubiera sido bueno. Si me esforzaba, podría decidir qué recuerdos conservar.

Pero mis alucinaciones no tenían el mismo plan.

—Te he traído rollitos de canela de Riley’s y las revistas que me pediste. ¿Te apetece?

—¿Los rollitos o las revistas?

Mi madre sonrió.

—Los dos. Todo mi bolso huele a canela y se me ha abierto el estómago. ¿Quieres compartir uno?

Asentí. Mi madre sabía que a mí me pasaba todo lo contrario: las primeras semanas tomando la medicación de nuevo significaban que todos mis sentidos se apagaban. Que podía haber un incendio y no olería a quemado, que podían gritarme al oído y las voces de mi cabeza siempre sonarían más fuertes.

Que podían llamar a la puerta y solo escucharlo yo.

Pero Evan llamó con demasiada fuerza para ignorarlo; su barriga asomó por la puerta antes que su cabeza. Se guardó el cigarro apagado de sus labios al bolsillo de su pantalón antes de saludar a mi madre con una inclinación de cabeza.

Ella solo lo conocía de mis relatos y de las pocas veces que me había saludado por el pasillo, cuando había visitas, pero pareció sorprenderle tanto como a mí verlo vestido de calle.

—Evan, ¿qué...? —empecé, pero él pestañeó en dirección a mi madre.

—Perdone que interrumpa, señora Duanne —dijo con una sonrisa tan amplia que le atravesaba las mejillas. Mi madre sonrió, intentando esconder la sorpresa de verlo con sombrero y camisa, con la barba recortada y los ojos brillantes—. Venía a despedirme.

Tardé en procesar sus palabras más tiempo del que debiera. Para cuando lo hice, Evan dejaba la puerta entrecerrada a su espalda.

—¿Te vas? —murmuré—. Pero las salidas no empiezan hasta...

—No he hecho la maleta por una simple salida, pequeña. —Se encogió de hombros con una suave sonrisa—. El doctor O’Laoire me ha dado el alta. Me voy de la unidad, Bree.

Sentí que las sombras volvían. Lo noté en la forma en la que mi primer pensamiento fue un acto tan egoísta como retenerle, como decirle que le necesitaba para no perder la cordura, para recordar que nuestro sufrimiento no nos definía. Que podía ser, algún día, todo lo que veía en él.

Pero necesitaba que se quedara para creérmelo.

Me tragué mis sombras, imaginando que no eran más que nubes oscuras en el cielo. Estaban ahí, pero estaban lejos. No podían hacerme daño.

—Te vas —repetí—. Pero... ¿así, de repente? ¿Cómo...?

Evan rio.

—De repente no, Bree. El doctor O’Laoire lleva un tiempo barajando la posibilidad de darme el alta, pero no me he decidido a dar el paso hasta hoy.

Estoy estable, estoy bien. Tengo ganas de estar con mi familia esta Navidad. —Suspiró y destensó los hombros—. Pero supongo que sentía que aún me quedaba algo por hacer aquí. Como evitar que la Fugitiva se quedara con ese mote tan feo, teniendo un nombre tan bonito. —Me pellizcó la mejilla con cariño.

—Lo dices en serio. —No era una pregunta. Una parte de mí estaba intentando cuadrar las nuevas piezas del puzle. Que Evan ya no iba a estar. Que no volvería a verlo en pijama, con cigarrillos apagados en el bolsillo y pasándome zumo de naranja en el desayuno de contrabando. Pero había algo que me dolía más que su marcha: que no lo hubiera hecho antes—. ¿Estás diciendo en serio que el doctor te dio la oportunidad de irte y tú la rechazaste? —Hice una mueca—. Evan, si yo fuera el doctor O’Laoire, eso es lo que me preocuparía.

Él negó con la cabeza.

—Tú lo sabes mejor que nadie: por mucho que te quejes de estar aquí dentro, a veces el mundo real da mucho más miedo. —Sonrió, pero no había ni rastro de ánimo en su sonrisa—. Ahí fuera no tendrás el orden y los horarios, no tendrás comida cada día en tu plato si no te la buscas, no tendrás las horas muertas de las que tanto nos quejamos. Y perder todo ese tiempo para ti, para sanar, da miedo, Bree. Pero no dejes que te atrape, ¿me oyes? No seas como yo. Sal. Vive. Pasa miedo. No dejes que la comodidad de este hospital te engañe. Eres capaz de protegerte por ti misma, Bree, solo tienes que creértelo.

Me aparté una lágrima con la mano, tratando de esconder la sonrisa. Mi madre se había alejado un par de pasos para darnos espacio, pero ella también se estaba emocionando.

—Tienes que hacerme llorar hasta el último día, ¿eh, maldito? —dije, volviéndome hacia él. Evan rio antes de rodearme con uno de sus robustos brazos.

—Llorar está bien, pequeña. Guardárselo es peor. —Me dio un suave beso en la frente antes de separarse—. Créeme, he estado en los dos extremos y ninguno es bueno.

—¿Te quedas para comer, al menos?

Negó con la cabeza.

—Mi mujer viene a recogerme en media hora. Me temo que no nos queda mucho tiempo, Bree. Espero que no tardes en seguirme.

Sonreí, aunque no supe hasta qué punto le creía.

—Seguiré dibujando garrapatas. Y poniéndole nombres a las sombras.

Él hizo una mueca:

—Pero recuerda también no vivir solo en tu cabeza, Bree —dijo—. Es peligroso y solitario. Habla con la gente, mira a los ojos y sé honesta. Vuelve a leer esos libros tan raros que te gustan, coge una cámara en cuanto puedas y acuérdate de quién eres detrás de todo esto, ¿me oyes?

Por la forma en la que dio un paso atrás, supe que se iría. Que en media hora dejaría de verlo aparecer por los pasillos y sería mi responsabilidad no olvidar ninguno de sus consejos. Pero, aunque una parte de mí estuviera triste, la otra sentía que el corazón le iba a estallar de vida. Porque Evan era real, porque no se iba para morir, no se marchaba para hacerme daño. Iba a vivir, a ser libre. A cuidarse lo suficiente para que su estancia en el hospital no fuera más que un recuerdo, no una herida.

Quería ser la siguiente. Pero para eso yo también tenía que despedirme.

Mi vida se había convertido en una montaña rusa marcada por cada dosis de pastillas. Los picos más altos eran los episodios más esporádicos —que, gracias a Dios, no llegaban al nivel de realidad de los de antes—, los que se desencadenaban por culpa de la ansiedad, de una discusión con los enfermeros o un dibujo que salía demasiado mal, aumentando el volumen de las voces. El descenso era desgarrador, porque durante la caída, cuando tomaba más medicación de la que me correspondía, todos mis sentidos se nublaban. No es que no hubiera sombras o voces, es que no había nada. Caminaba en el aire sin sentir los pies, y recibía besos fríos en la frente de parte de nadie.

Contaba los días que faltaban para que bajara de esa macabra montaña rusa. Para que dejara de haber altos y bajos y solo hubiera vida. Solo realidad, lejos de fantasmas. Incluido el fantasma en el que me estaba convirtiendo yo.

Descubrí por casualidad que Gina y yo compartíamos a veces horario en la sala de rehabilitación. Yo estaba cada día un poco mejor (curar un músculo siempre era más fácil que curar el cerebro), así que no pasaba mucho tiempo en el gimnasio. Si lo hacía era porque el ejercicio me dejaba tan agotada que no tenía tiempo de ocuparme de los pensamientos extraños que me venían a la cabeza. Ella se tomaba las cosas con más calma, pero porque siempre tenía alguien que la acompañara. Cuando no eran sus padres, era Carrie. Siempre estaba ahí, sujetándole de los codos en la cinta de correr —andar, para nosotras— y plantándole besos cada vez que llegaba un poco más lejos.

Y cuando me veían, se acercaban a mí. Pero yo me alejaba de ellas. Guardaban el recuerdo de una Bree que yo ya no reconocía y no quería decepcionarlas.

—¡Ey, ya te han quitado la escayola!

Carrie dejó a Gina sentada en uno de los bancos, al otro lado de la sala, y vino dando saltitos hasta mí. Me cogió el brazo con suavidad.

—¿Te duele? —dijo. Me tragué una mueca.

—A veces, pero no como antes.

Ella no podía relajar la sonrisa.

—Te veo mucho mejor.

—Poco a poco —contesté, cruzando el brazo por delante de mi pecho para estirarlo—. Por cierto, creo que Gi te está llamando.

—Se estará quejando —bromeó, poniendo los ojos en blanco—. Oye, ¿te han dado ya permisos? Podríamos ir a tomar algo uno de estos días, las tres juntas. Ya sabes, un zumo o un refresco o algo —especificó, por si acaso—. Y si tiene que ser en la cafetería del hospital, pues ahí mismo. No importa.

Arrugué la nariz.

—Todavía no me los han dado —dije—. Mi psiquiatra prefiere que pase unas semanas más en la unidad para ver si necesita ajustar la medicación.

—Ah, vale. —Me acarició con suavidad el brazo un segundo antes de separarse—. Bueno, la oferta sigue en pie para cuando quieras. De verdad.

Su sonrisa fue interrumpida por el suave «¡auch!» de Gi al tropezar sobre sí misma para llegar hasta una de las máquinas.

—No te olvides de Gina. Creo que aún se piensa que es *Superwoman*. —Carrie rio.

—A mí me recuerda más a la Hormiga Atómica, pero no se lo digas. —Se mordió el labio antes de darme la espalda—. Cuídate, ¿vale?

—¿Por qué le has mentido?

Me quité el chándal de espaldas a Adam, que se había quedado de piernas cruzadas sobre el suelo de la habitación, ojeando los dibujos que aún no me había dado tiempo a colgar en la pared.

Él aparecía en todos.

Porque parecía que la enfermedad por fin me había dado un respiro, un regalo. Adam aparecía y desaparecía cada vez con más frecuencia: a veces para susurrarme un par de palabras, otras para pasarnos noches enteras hablando de todo y nada.

Se estaba quedando, pero no sabía durante cuánto tiempo. Y con cada pastilla temía que fuera la última vez que lo viera.

Con cada pastilla me acordaba de que tenía que marcharse si quería marcharme yo también.

—¿A quién? —dije, metiendo el cuello por la camisa del pijama.

—Antes, a Carrie. Le has dicho que no tienes permisos, pero no es verdad. Te los dieron hace una semana, Bree, y la semana que viene vas a tener un día libre y todo.

—Porque les mentí y les dije que ya no te veía. Pero esa mentira no te parece tan horrible, ¿eh? —Me giré para sacarle la lengua, estirando el borde de la camisa hasta que pareciera un vestido.

—Porque ellos son psiquiatras. Carrie es tu amiga. —Adam lanzó por el aire el pantalón del pijama que buscaba, que aterrizó directo en mi pecho.

Aún no entendía cómo era capaz de hacer estas cosas.

Pero bueno.

Tampoco entendía del todo porque a él le veía si llevaba años siendo polvo. Por qué sus abrazos eran tan cálidos, aunque no existieran. Había dejado de intentar entenderlo.

—No quiero quedar con ellas —murmuré sin mirarle. Me vestí con el pantalón del pijama.

—¿Por?

—Por ti, idiota. Porque aún te veo y tengo miedo de verte también cuando esté allí.

—No, no tienes miedo. —Adam dibujó una media sonrisa en sus labios, como si no hubiera pasado el tiempo y siguiéramos siendo dos jóvenes escuchando historias de fantasmas en la casa del árbol—. Es lo que te gustaría y lo sabes.

—Cállate.

—Tan agradable como siempre, Duanne. —Callé su carcajada tirándole uno de los cojines sobre la cama directamente a la cara—. Pero, en serio, estoy un poco preocupado. Creo que deberías pensarlo un poco más.

—Yo creo que deberías hablar un poco menos o los enfermeros no tardarán en venir. Y empezarán con las dichas preguntas...

Se encogió de hombros.

—Grace está teniendo un mal día y la mitad de los enfermeros están ahora en el descanso. Están ocupados. Si tanto te preocupa, baja la voz, Bree.

Así es como lo hacíamos ahora: compartíamos silencio de día y nos quedábamos sin voz de noche, cuando nadie podía escucharme.

—¿Sabes lo que pienso? —siguió él, al ver que no contestaba. Se puso en pie mientras yo me sentaba sobre las sábanas, sintiendo cómo el colchón se hundía bajo mi peso. Cuando volvió a hablar, lo tenía tan cerca que podía contar cada peca de su piel—. Creo que tienes miedo del más mínimo atisbo

de relación con cualquier otro ser humano. Incluidas tus amigas, aunque se hayan quedado aquí después de todo lo que ha pasado.

Sacudí la cabeza con un bufido.

—No me vengas ahora con jerga psicológica, anda, ya tengo suficiente con Christine.

Él se cruzó de brazos y frunció los labios, como un niño pequeño al que le han dejado sin postre.

—Entonces dime que me equivoco —dijo.

Suspiré.

—Adam, mírame, por Dios. Oigo voces, ¿recuerdas? —Dejé salir el aire por la nariz, como si así también disipara la rabia—. Veo cosas irreales, hablo con las paredes y me creo que van a matar a todo el mundo por mi culpa. ¿Cómo voy a tener una relación normal con... cualquiera? No se lo merecen. No..., no lo merezco.

—Tuviste un episodio, Bree —dijo, chasqueando en la lengua. Me cogió de la mano como si así quisiera darme fuerza—. Son cosas que pasan. Ahora afróntalo y supéralo.

—Dijo la alucinación que no se separa de mí.

Adam puso los ojos en blanco.

—¿Por qué tengo la sensación de que te preocupa más que de costumbre?

—¿El qué?

—Las alucinaciones, Duanne.

Bufé.

—Ya te lo he dicho. ¿Y si el próximo episodio me pilla delante de Carrie y Gina, eh? Entonces...

—Ellas ya saben lo que te pasa. —Su mano se alejó de la mía, dejándome fría. Adam se cruzó de brazos; seguía con el ceño fruncido.

—Ya, pero saberlo y verlo son cosas distintas. —Los ojos inyectados de miedo de mi madre cruzaron mi memoria. La forma en la que me miró, como si estuviera maldita. Como si fuera mi padre. Como si hubiera perdido a su hija y supiera que no había forma de recuperarla de nuevo—. No sé. Será mejor que dejes de intentarlo, Adam.

—Eso es lo que va a volverte loca: alejarte de todos, no tus alucinaciones. Mentir. —Suspiró; parecía que sus palabras le dolían a él más que a mí—. ¿Cómo llevas la medicación?

—Me gustaba más cuando no te entrometías.

—Bree... No le has dicho que te ajuste la dosis, ¿verdad?

Bufé al aire.

—Oye, mira, para algunos son pastillas milagrosas. Para mí no, ¿vale?

—Pero cuando te ajustan la dosis tienes menos síntomas.

—Sí, menos síntomas y menos vida, también. —Apreté los puños—. Me cuesta tanto concentrarme que no puedo ni acabar de leer una línea. No puedo escribir, no puedo pensar, no... No, ¿vale? Puedo controlar todo esto. —Me aparté el pelo de la cara; él no parecía muy convencido—. Seguiré yendo a terapia con Christine, respetaré mi rutina, cuidaré mi dieta, mantendré la mente concentrada y ocupada...

—¿Connmigo, Bree?

Le brillaban los ojos. Se sentó en el borde de la cama, junto a mí. Quería bromear y decirle que no se sintiera tan importante, pero no podía. Porque sería engañarme a mí misma otra vez. Adam era *demasiado* importante.

—Cállate —murmuré, pero no sonó tan amenazante como pretendía. Tampoco quería que se callara.

—Podríamos hablar del episodio.

En una ocasión Adam fue el que me dijo que todo lo que él dijera vendría de mí, de cosas que yo hubiera pensado o dicho. Pero quizás ese Adam solo estaba diciéndome lo que yo quería oír. Quizás, después de todo, él podía ser la excepción a mis fantasmas. Él podía ser el único real.

—Tú estabas ahí —murmuré.

—No todo el tiempo. —Empezó a jugar con los dedos sobre sus brazos y suspiró, al ver que no estaba con ganas de colaborar—. Bree, sabes como funciona tu mente. A veces esas alucinaciones te dicen cosas que no eres capaz de ver conscientemente. Es...

—¿Como si mi subconsciente me hablara? ¿Eso es lo que intentas decirme, que eres una especie de Pepito Grillo?

Tenía que tomármelo a broma o me hundiría. Porque no quería entender qué decía de mi subconsciente que todo lo que viera fueran sombras que me perseguían, gritos de ayuda y un amigo que perdí hace años. Mi subconsciente me había hecho pensar que tenía que largarme. Que tenía que morir. Que pertenecía a Otro Lado.

—Quizás necesitas algo más fuerte... —susurró Adam, cohibido.

Me daba rabia que no se diera cuenta todavía.

—Lo que necesito es despedirme de ti de una vez.

Mantuve la voz firme hasta la última palabra, que pareció quebrarse. Los bordes de Adam se difuminaron por culpa de unas lágrimas intrusas.

Quería que me respondiera con una risa, con una broma. Quería que me prometiera que iba a quedarse. Que esta no sería nuestra última conversación.

Pero la forma en la que deslizó sus dedos por mis brazos, hasta llegar a mis manos, me dijo todo lo contrario.

—Bree... —Acarició mi mejilla y sentí un escalofrío recorriéndome la espalda. Nadie podía decirme que el cariño que sentía no era real. Nadie podía quitarme esto—. Bree, aferrarte a mi recuerdo es lo que hace que la enfermedad siga fuerte. —Él también lloraba, pero al menos su voz estaba firme—. Por el bien de tu cordura y de todo lo que te importa, tienes que olvidarme.

—No digas eso. No es olvidarte, es... —Sabía que estaba ahí porque sus manos sujetaron mis brazos para evitar que me derrumbara. Lo sabía porque apoyó su frente contra la mía y dejó que llorara, que las palabras se me quedaran atrapadas en la garganta—. Por favor, Adam, no...

Me dio un beso en la frente, otro en la mejilla. Sus labios se curvaban en una sonrisa, pero él tampoco podía sostenerla. Él tampoco estaba bien, y aún no sabía quién estaba sosteniendo a quién.

Quién lloraba por quién.

Porque, si Adam tenía razón, sus palabras eran las mías. Sus besos eran los que yo no me atrevía a darme. Y ver sus heridas era una forma de percibir que las mías todavía sangraban.

No se separó de mí, frente contra frente, ni cuando los llantos fueron tan intensos que sacudieron todo mi cuerpo. Siguió acariciándome como todas las noches que no podía dormir.

—Todo saldrá bien —dijo.

Pero yo solo oí un «adiós». Una mentira.

Y eso fue lo que me rompió todavía un poco más.

La última vez que vi a Adam Finn con vida fue en el lago, cuando teníamos once años y el hielo decidió separarnos.

Y, sin embargo, me despedí de Adam muchos años más tarde, en una cama de hospital, con las persianas algo bajadas y el reflejo de la luna colándose hasta el suelo.

—No sé por qué sigues viniendo —murmuré—. No sé por qué sigo viéndote.

—Es mi debilidad, Bree. —Adam mantuvo la voz suave y se encogió de hombros—. Nunca llegaste a decir adiós.

Y supe que se refería a aquel día en el lago. Al frío. A la forma en la que dejé que muriera solo.

Estaba tan cerca de mí que era casi imposible ignorarle, pero cerré los ojos. Apreté los puños. Parecía que todas mis barreras eran insuficientes para frenarle; el corazón me latía demasiado alto, la respiración se me entrecortaba, el nudo en el estómago crecía.

Todo por alguien que no existía.

Cuando me despedí, no supe si se lo decía al niño que perdí en el lago o al amigo que ahora ya no volvería.

Pero lo hice.

—Te echaré de menos, Adam.

Mi madre y yo habíamos ido juntas a la guerra, combatido en las trincheras hombro contra hombro y sobrevivido de una manera que ninguna de las dos podíamos explicar. Había pocas experiencias que unieran tanto como dos personas enfrentándose juntas a la muerte.

Ella, a la muerte de su marido y a las mentiras que conoció.

Yo, a la muerte de Adam, con nueve años de retraso. Tenía que pasar el duelo por la persona que fui y que no volvería a reconocer en el espejo.

Mi madre me trenzó el pelo mientras yo guardaba los últimos dibujos en la maleta.

—¿Has visto? —dijo—. Ya te llega para hacerte trenzas.

Suspiré para apartarme el flequillo de la frente; estaba tan largo que tenía que apartármelo hacia los lados para que no cayera sobre los ojos.

—Creo que ya está —dije, cerrando la maleta sobre la cama—. Casi no me caben tus cuadros, mamá.

—Pues tengo más en casa, ya verás.

Sonreí, tensa. Mentiría si dijera que no tenía miedo de volver. Llevaba tanto tiempo viviendo entre las mismas cuatro paredes, escuchando las mismas risas y las mismas voces todos los días, que me daba miedo que volver a mi casa significara despertar otra vez todos sus fantasmas.

Pero aquí ya no me quedaba nadie. Evan se había marchado semanas atrás; Carrie y Gina empezaron a visitarme con ropa de calle en lugar de pijamas de hospital; y los enfermeros habían cambiado de cara tantas veces que no me molestaba ni siquiera en aprenderme sus nombres. Ellos sabían el mío.

Christine me dijo que seguiríamos las sesiones en Degriffin, y eso me dejó un poco más tranquila. Pero aún tenía esa espinita en el corazón que no conseguía arrancar.

—¿Vamos, cielo? —dijo mi madre. Me alisó la camisa con las manos antes de bajar la maleta de la cama—. Tenemos que dejar la habitación vacía antes de las doce.

Sonreí. Como si esto fuera un hotel. Por un momento se me pasó por la cabeza dejarle un mensaje a la persona que ocuparía mi cama a partir de ahora. Escribirle para decirle que le pusiera nombre a sus demonios, que se creyera que podía vencerlos y que aprovechara para salir al jardín de fumadores de vez en cuando, aunque no fumara.

Pero quizás la clave de recuperarse era aprender todo eso solo. Tropezándose. Enfadándose. Luchando por volver a vivir, una y otra vez.

Aún no entendía cómo me habían dado el alta del ingreso. Quizás se me daba mucho mejor mentir que vivir, o quizás este era el máximo nivel de recuperación al que podía aspirar. Una vida donde la pregunta que más repetiría sería «¿tú también lo ves?», y donde de vez en cuando todavía dormiría con la nana de mil voces desconocidas.

El doctor O’Laoire fue claro, pero por primera vez sus palabras no me parecieron una sentencia.

—No puedo asegurarte que las alucinaciones desaparezcan para siempre, Bree —había dicho—, porque, como sabes, el estrés tiene un factor determinante en el brote de nuevos episodios. Lo importante es que aprendas a gestionarlos. A distinguir las alucinaciones de la realidad y no dejar que los delirios te arrastren. —Sonrió y pasó una de las tarjetas del hospital por encima de la mesa—. Tienes a gente a tu lado para ayudarte.

Y sabía que no se refería solo a él o a Christine. Sabía que quería convencerme de que mi madre había vuelto a pintar por mí, para que pudiéramos reconstruirnos juntas. De que Carrie y Gina eran sinceras cuando me decían que querían estar conmigo. Que querían ayudarme. Que estarían ahí, bajo el fuerte que construiría con las sábanas de mi habitación, todo el tiempo que hiciera falta.

Hasta que los fantasmas volvieran al lugar que les correspondía. Al Otro Lado, lejos de la realidad. Lejos de mi verdad.

A veces me hubiera gustado que mis fantasmas fueran reales, porque Adam me estaría esperando a las puertas de mi casa, con las manos en los manillares de su bici y el pelo alborotado después de luchar contra la brisa. Porque tendría una nueva oportunidad de recuperar a mi padre.

Pero estaría viviendo una mentira.

—¿Lista? —Mi madre me cogió el brazo con una mano y la pequeñísima maleta con la otra. Apenas me reconocía vestida de calle otra vez, con el peto

vaquero sobre la camisa y una trenza recogíendome el pelo. La Bree que se despertó en el hospital tampoco se reconocería.

El ascensor me abrió las puertas a la vida normal.

El doctor O'Laoire me corregiría si me oyera, pero ya no iba a hacerlo. No en mucho tiempo.

—El propósito de la recuperación no es volver a ser *normal*, Bree —decía—. Es aprender a convivir con tu enfermedad y enfrentarte a ella, de la misma forma que todos tus vecinos se enfrentan al caos de la vida día a día. Con el tiempo dejará de ser una losa tan pesada, te lo prometo.

«Con el tiempo dejarás de pensar que ella es todo lo que tienes».

La esquizofrenia sería mi eterno talón de Aquiles, pero no mis esposas.

Mi madre me dio un apretón de manos cuando salimos al exterior. Le sonreí, con una calma que nos sorprendía a las dos, mientras ella levantaba la mano para llamar a un taxi.

Era curiosa esa sensación tan extraña que nacía cuando estabas a punto de abandonar un lugar. Como si no solo fueras a echar en falta a las personas que quisiste o lo que viviste, sino también a la persona que fuiste en aquel momento y en aquel sitio.

Como si supieras que nunca más volverías a ser ella.

Mi madre estiró el brazo para cambiar la emisora de la radio, sujetando el pincel entre los dientes. Había instalado parte de su estudio en el salón de casa, de forma que cada vez parecía menos un salón y más una galería de arte. No me quejaba. El papel de periódico lleno de pintura se juntaba en el suelo con la alfombra frente al sofá; en las paredes de la casa se hallaban sus acuarelas con mis fotografías y mis dibujos (los menos siniestros, eso sí); y los sustitutos de *Rodolfo* y *Olivia* pedían luz desde la estantería, llena de nuevas ediciones de libros sobre psicología y diagnósticos que volverían loco al doctor O'Laoire.

Fuera nevaba, pero la casa de Degriffin no había tenido nunca tanto color como aquel invierno. El lago llevaba mucho tiempo helado. Y a veces, cuando me debatía entre el sueño y la vigilia en la cama, oía el crujido del hielo. Al menos ya no le acompañaba el grito de Adam. Uno de los dos había conseguido descansar en paz, al fin. Aunque su ausencia doliera cada día como una losa sobre la espalda.

Había dejado de añadirle en mis dibujos porque ya no lo veía. Porque quería empezar a retratar la realidad, *mi* realidad, con sus luces y sombras; y no la realidad que me gustaría que existiera.

—¿Me pasas una goma? —le dije a mi madre, estirando la mano hacia ella. Yo estaba sentada en el suelo, con el bloc de dibujo sobre las piernas y las manos manchadas de grafito. Y la goma saltó hasta mi nariz—. ¡Ay!

—Perdona —rio mi madre, volviendo a hundir el pincel sobre su lienzo—. ¿Cómo vas por ahí abajo?

Llevé el dibujo hacia mi pecho para que no lo viera. La estaba dibujando a ella, a ella y su sonrisa, a ella y la vida que parecía haber recuperado a través de cada lienzo. Necesitaba una goma para borrar todas las sombras. Para que solo quedara luz.

—De maravilla. —Le sonreí un segundo antes de escuchar unos golpes en la entrada. Arrugué la frente y me puse en pie—. ¿Han llamado a la puerta?

Así era mi vida ahora.

Preguntas absurdas para asegurarme de que vivía en la misma realidad que los demás. Susurrarle a mi madre si veía al cartero o ignorar las sombras que aún a veces se escaqueaban en mi habitación. Aprender a distinguir las voces de la radio de las que escapaban de mi mente.

Mi madre sonrió, así que imaginé que mi mente no me estaba jugando una mala pasada.

—Me parece que sí. ¿Abres para ver quién es?

No sería la señora Riley, porque por las mañanas trabajaba en la panadería.

No sería el cartero; ya era tarde.

No sería Adam.

Y, aun así, el corazón se me frenaba una milésima de segundo justo antes de abrir la puerta, cuando el aire gélido besaba mi piel y me recordaba que me faltaban dos besos. Aún temía que fuera el rostro de un padre que había imaginado el que me recibiera. Que llamaran fantasmas.

Pero Gina y Carrie desprendían demasiada vida para ser parte de ellos.

—¡Sorpresa! —dijo Carrie, levantando el bolso con una mano mientras con la otra agarraba la cintura de Gi. Las dos venían con las mejillas y las orejas sonrojadas por el frío y las bufandas de lana subidas hasta la nariz—. ¡Reunión de chicas *express*!

Gina rio a su lado, frotándose las manos.

—¿Es mal momento? —dijo—. ¿Te pillamos mal?

Eché un vistazo al salón, con una mano todavía en el umbral de la puerta. Mi madre tarareaba la canción de pop que sonaba por la radio, moviendo el pincel al ritmo de la música.

—Qué va. La casa entera huele a pintura, pero mientras no os moleste...

—Mientras no molestemos nosotras... —dijo Gina, solapándose con la voz de Carrie:

—¡Perfecto! —La chica pegó un saltito y cogió la mano de Gi—. Ve sacando todos los juegos de mesa que tengas. He apostado una noche de *sushi* a que hoy no me marchó sin haber ganado una partida.

—Así que ve haciéndote a la idea de que voy a tener mucho *sushi* para compartir contigo, Bree —dijo Gi mientras Carrie le daba un suave codazo, con una sonrisa que deshelaría el lago.

Me hice un lado para que entraran en la casa.

—Voy a por el *Monopoly*, entonces —dije—. Podéis ir subiendo a la habitación, pero no os aseguro que esté ordenada.

—Coge también el *Cluedo*.

Carrie puso los ojos en blanco.

—Eres una aburrida. Eliges el *Cluedo* porque sabes que vas a ganar.

—¿Tan poco confías en ti, Carrie?

Ella rio.

—Cállate —murmuró, pero prefirió callarla con un beso.

Adam se había marchado.

Y lo sabía porque antes habría sentido ese resquicio de esperanza cada noche que no podía dormir, cada vez que escuchaba un golpe en la ventana. Lo sabía porque subir de nuevo a la casa del árbol para recoger los juegos de mesa me dejó vacía.

Por primera vez, los escalofríos los producía el frío. Adam ya no estaba, aunque aún doliera. Aunque la enfermedad siguiera latente, atontada, esperando cualquier momento para derrumbarme. No le daría la oportunidad.

Estaba matando esa parte de mí que le hacía seguir vivo.

Pasé la mano por las tablas de madera, por cada grieta y cada roce. Las ramas del árbol que se colaban por la ventana estaban desnudas, y ahora lo único que caía era nieve. La casa parecía más grande cuando no estaba él. Cuando te dabas cuenta de que nunca hubo nadie.

Cuando volví del hospital, me dio la sensación de que tenía que aprenderlo todo otra vez. Cómo hablar sin tener miedo a lo que escuchara desde dentro. Cómo sonreír sin que dolieran las comisuras. Cómo ser una hija. Cómo ser una amiga. Cómo volver a querer. Tuve que aprender a existir otra vez en un mundo que parecía querer echarme a patadas.

Era como si todo lo que alguna vez quise me esperara al otro lado de una puerta, pero esa puerta estuviera sellada. Como si no existieran llaves ni cerraduras. Estaba atrapada en el verdadero Otro Lado mientras el mundo seguía creciendo a mi alrededor.

Eso era vivir con una enfermedad mental.

Con el recuerdo de que hubo un amigo que un día se sentó conmigo sobre estas mismas tablas, que quitó el polvo de estos mismos juegos, que escuchó la risa que ahora tenía que volver a encontrar. Tenía que descubrir quién era

yo sin él. Quién era yo más allá de mis fantasmas. Y todo empezaba aprendiendo a confiar en mi mente otra vez.

Abracé la caja de juguetes contra mi pecho antes de despedirme de la casa del árbol con una sonrisa. Con un poco más de calma y ninguna sombra a la espalda.

Sabía que volvería a la casa del árbol en el futuro y dolería un poco menos. Y sabía que a veces dolería un poco más. Que quizás entonces el hospital me volvería a abrir las puertas, y estaría acostumbrada a las rondas de cada hora, a que alguien me levantara con un golpe en la puerta, a oír retazos de conversaciones desde la sala de los enfermeros. Me había acostumbrado durante demasiado tiempo a sentir que Adam estaba cerca. Que me acompañaba. Y ahora me llevaría tiempo acostumbrarse a su ausencia.

Christine quería que lo escribiera, que lo dibujara. Que no dejara que la enfermedad me callara y se ocultara. Que fotografiara cada espacio vacío y cada pequeña victoria; no para atesorar recuerdos, sino para dejarlos marchar.

Por eso dejé que Gina y Carrie esperaran en mi habitación y cogí la cámara de fotos para hacer una última instantánea perfecta. Una en la que no quedaba nadie. Luego lloraría lo que hiciera falta, hundiría las manos dentro de las mangas del jersey y volvería a mi habitación para vivir, para reír y jugar y crecer, intentando no mirar a los fantasmas que se quedarían detrás.

Así es como dejaría de doler.

FIN

Nota de autora (Aviso de spoiler)

La esquizofrenia es una enfermedad devastadora que afecta a más del 1 % de la población. Lo que significa que, cuando estás en una habitación con cien personas, existe la probabilidad de que una de ellas sufra esta enfermedad. Una enfermedad que rompe los límites de la realidad, que te hace dudar de ti mismo. Y a todo ese dolor se le une la incompreensión de la sociedad. El estigma. El miedo.

Con *Las voces del lago* he intentado acercarme a esa realidad, pero ha habido muchos mecanismos que he utilizado en favor de la narración, aunque en la vida real no sean tan comunes. Por ejemplo, aunque la esquizofrenia afecta tanto a hombres como a mujeres, la edad de aparición de los primeros síntomas en mujeres suele ser un poco más tardía, a partir de los veinticinco. También es importante recordar que las alucinaciones que tienen lugar en la novela son muy poco comunes (en su mayoría visuales y multisensoriales). Las más frecuentes son las alucinaciones auditivas y, a diferencia de Adam, el contenido de las alucinaciones pocas veces es positivo. Los síntomas negativos de la esquizofrenia (apatía, lenguaje desorganizado) también son más comunes de lo que se muestra en la novela. Los efectos secundarios de la medicación varían mucho de una persona a otra, pero suelen ser tan devastadores como la propia enfermedad.

Pero el sufrimiento de sus pacientes es real, no es producto de la ficción. Aunque no significa que todo esté perdido. No significa que nunca vaya a dejar de doler.

Si en algún momento te has sentido identificado con algunos de los pensamientos descritos en el libro, tanto de Bree como de su madre, de Gina o de Ivor, no te guardes el dolor. Cuéntalo. Habla de cómo te sientes a tus seres queridos y pide ayuda. Habla con un médico o un psicólogo lo más

rápidamente posible, porque ese sufrimiento puede ser tratado. Puede aliviarse. Las cosas pueden cambiar y hay gente dispuesta a ayudarte.

Agradecimientos

Escribir esta novela supuso un proceso tan catártico e intenso que, sin duda, no podría haberlo sobrellevado sin el apoyo de todas esas personas maravillosas que me han acompañado por el camino. Que se quedaron incluso cuando todo eran sombras.

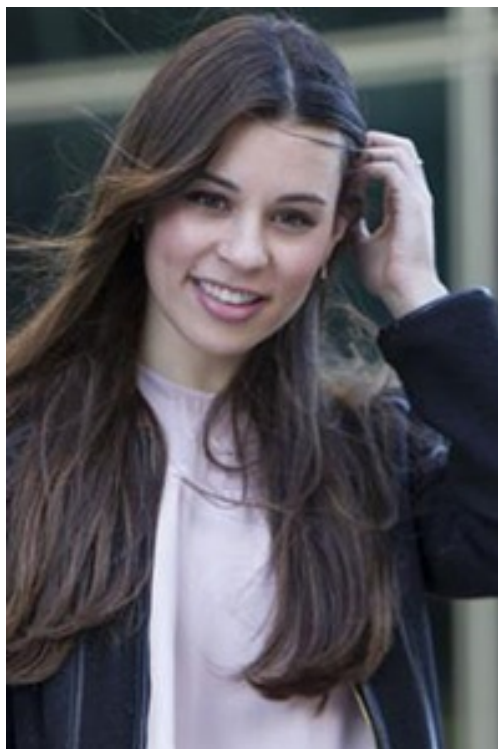
Mi madre siempre se lleva el primer «gracias», pero esta vez he querido que se lleve el libro entero. Ella sabe por qué. Gracias, mamá, por estar siempre ahí, por apoyarme y cuidarme de muchos de los fantasmas que existen en nuestro mundo, dentro y fuera de nosotras. Gracias a Patri, entre otras muchas cosas, porque aguantaste que fuera una pesada leyéndote fragmentos de la novela que ya conocíamos de sobra. A Bree le hubiera hecho falta una hermana como tú. Y gracias a mi padre, que me hizo un regalo sin fecha de caducidad: el amor por los libros.

Gracias a Sevi, hoy y siempre, porque no habrá palabras suficientes para agradecerte todo lo que haces por mí. Gracias por convertirte en hogar, por escucharme y cuidarme siempre. Gracias a Aintzane y Maribel, por vivir otra historia conmigo. No tengo espacio suficiente para escribir cuánto significáis para mí. Gracias a Mairena por sus consejos, por compartir tanto conmigo, por hacer que volviera a ilusionarme por esta historia tan cargada de fantasmas. Y gracias a todas mis compañeras, a las que tengo la suerte de poder llamar amigas: Arantxa, Helena, Gema, Victoria, Andrea, Laia, Laura, Rolly, hacéis que todo esto sea mucho más bonito. Gracias a Javi y a Adri por escucharme siempre cuando esta historia dejaba de ser ficción.

Mil gracias también a todo el equipo de Nocturna, por hacer posible esta novela y hacerme un hueco en la que ya considero mi segunda casa. Es precioso ver el cariño con el que cuidáis cada historia.

Y por último, aunque siempre vaya primero, gracias al que siempre ha estado conmigo por dejarme tocar tantos corazones. Gracias por llegar al mío.





BEATRIZ ESTEBAN nació en Valencia en 1997 y en 2019 se graduó en Psicología en la Universidad de Valencia. Compagina los estudios de un Máster de Psicología, con su carrera de escritora, y su trabajo como lectora editorial, además de impartir charlas sobre literatura y salud mental tanto en institutos como en universidades.

En 2017 publicó su primera novela, *Seré frágil*, que dos años antes había resultado finalista en el Premio Literario Jordi Sierra i Fabra para Jóvenes. En 2018 ganó la segunda convocatoria del Premio Ripley de Ciencia Ficción y Terror con el relato *Niña caducada*.